

**JAIME DURÁN BARBA
SANTIAGO NIETO**

LA NUEVA SOCIEDAD

Poder femenino,
electores impredecibles
y revolución tecnológica

De la transformación
al caos

DEBATE

La nueva sociedad

Poder femenino, electores impredecibles
y revolución tecnológica

De la transformación al caos

JAIME DURÁN BARBA
SANTIAGO NIETO

DEBATE

*A Roberto Zapata, amigo y colega
con quien hemos compartido,
durante cuarenta años, la aventura
de descifrar la nueva política en
América Latina.*

*Su experiencia, permanente
actualización intelectual y formación
holística fueron centrales para que
podamos escribir este texto.*

AGRADECIMIENTOS

En los últimos veinte años hemos tenido un intercambio muy enriquecedor con pensadores, políticos y escritores de todo el continente. En particular, fue muy importante participar del intenso ambiente intelectual de la ciudad de Buenos Aires, y de hecho sería imposible enumerar a todos los amigos que tanto nos enseñaron.

La Graduate School of Political Management (GSPM) de la George Washington University ha sido un espacio de discusión, especialmente con los profesores de la escuela y las decenas de cursantes que fueron alumnos del posgrado en español. Destacamos el aporte de Roberto Izurieta, director del área latina de la escuela.

Agradecemos a quienes trabajan en Informe Confidencial, donde muchos han contribuido para que nuestros proyectos fueran posibles. Debemos mencionar especialmente a Pedro Nieto y Gandhi Espinosa, directores de Quito y Buenos Aires.

Gonzalo Torres revisó el texto original y Emil Erazo colaboró en la fase final.

Por último, agradecemos a Penguin Random House, y en particular a nuestra editora, Glenda Vieites, que nos han estimulado para que este libro saliera adelante.

PRÓLOGO

¿Por qué leer este libro? Porque ayuda a lograr algo que no es sencillo: renovar la mirada de la política aportando frescura y acción. Me explico. Es difícil para el pensamiento social acercarse a las nuevas realidades que el cambio del mundo ha producido en el último siglo. Seguimos aplicando conceptos que fueron útiles en épocas pasadas, pero que ya no lo son, y lo hacemos sin darnos cuenta. Se insiste en mirar los hechos con anteojos que ya no permiten ver, o más bien y peor, con lentes que los deforman y hacen aún más difícil construir éxitos electorales.

El análisis político, y entre ellos el que realizan los protagonistas de la escena del poder, se ha transformado en un género literario de fantasía, cerrado sobre sí mismo, al que le cuesta enormemente encontrarse con el dinamismo de las sociedades actuales. No es por mala voluntad, es verdaderamente difícil abrirse a un diálogo con una realidad cuya nueva forma carece en general de palabras, no puede decirse con claridad a sí misma y se muestra indescifrable a nuestra mirada desorientada.

Esto resulta en una serie negativa de consecuencias: malas interpretaciones que generan fracasos y una visión cuya

tendencia crítica está al servicio del objetivo de disimular los supuestos falsos de los que dicho análisis político suele partir.

El aporte de Jaime Durán Barba y Santiago Nieto consiste en ofrecer una visión renovada de lo social, del sentido y forma de la política, que además es útil porque está construida sobre ideas probadas en decenas de intervenciones en la compleja realidad que, como decíamos, tiende a escapársenos. Sí, es necesario reconocer la situación en su forma actual, pero hay un valor añadido en hacerlo con herramientas reflexivas que han jugado un rol, que se han perfeccionado participando en la real lucha de fuerzas. Unas ideas que no han estado en el banco de suplentes, sino en el campo de juego, probadas durante años en decenas de campañas y asesorías prestadas a importantes líderes de Latinoamérica.

Acuerdo con los autores de este libro en un supuesto básico: el intelectual no puede ya ser definido como un pensador crítico separado de la realidad, es necesario —la época lo pide, nuestra propia pulsión vital lo exige— dar el paso hacia un rol innovador y participativo. El intelectual no puede encontrar su lugar en un aislamiento descontento y supuestamente meritorio, debe hacer su mejor contribución creativa.

He trabajado durante años en el mismo equipo de comunicación del que participaban Jaime y Santiago asistiendo al presidente Mauricio Macri y he visto cómo su visión del mundo daba lugar a constantes aportes concretos. Su mirada resultaba orientadora, era siempre novedosa y aportaba valor en cada coyuntura desafiante. Sus intervenciones no se limitaban a la función de comunicar, en sus planteos y sugerencias asomaba la fuerza de la estrategia.

He visto cómo el poder de una perspectiva que hilá los hechos de manera novedosa y justa puede ser crucial en el desarrollo de una fuerza política que aborda la difícil tarea de transformar un país. Jaime y Santiago fueron factores clave para los enormes logros políticos de Juntos por el Cambio.

¿Qué si sus movimientos fueron siempre coronados por el éxito? No hay infalibilidad en el mundo humano, pero en la historia de estos dos ecuatorianos sorprendentes hay más aciertos que errores, y sobre todo hay en su trabajo —insisto— un permanente esfuerzo por cambiar el mundo, dando forma, apartándose de la pasividad de un análisis puro. Lejos de la acostumbrada complacencia intelectual que se solaza en la descalificación de la realidad y sus complejidades, vemos aparecer el rasgo superador: la búsqueda de efectos reconocibles, el aporte para lograr que sociedades que padecen el peso de la inadvertida sumisión a ideas perimidas puedan optar por el avance de un mundo siempre vital y en indudable desarrollo. La suya es una visión del mundo renovada que expresa las ganas de vivir de millones de personas trabadas en repeticiones ideológicas sin sentido que retrasan o hunden a sus comunidades. Los autores no solo son capaces de pensar lo nuevo, ayudan a su despliegue, suman impulso a este necesario desenvolvimiento.

En este libro teoría y realidad aparecen fundidas de manera productiva. No solo porque se renueva el repertorio de observaciones de pensamiento, sino porque esto sucede generando también nuevas vías de acceso a un juego político que se ha puesto más complejo de lo que estamos dispuestos a aceptar. Este es un libro valioso porque es un libro útil. Su perspectiva invita a la acción, a nuevos protagonismos, a

superar planteos clásicos y ser capaces de ideas nuevas que decantan necesariamente en nuevas posiciones.

El ingrediente principal, no dicho pero supuesto y evidente, es el protagonismo de los individuos, una posición que requiere tanto de una teoría valiosa (no hay conocimiento gratis, sin apuesta vital) como de la osadía de animarse. Creo que todo lector ligado a una perspectiva de cambio encontrará aquí más de un aporte decisivo.

ALEJANDRO ROZITCHNER

La gente común no vive de la política

INTRODUCCIÓN

La teoría del caos, formulada para explicar lo imprevisible en las matemáticas y la física, plantea que el mundo no funciona según un patrón fijo, sino que se comporta de manera caótica. Sus procesos dependen de una acumulación de pequeñas circunstancias, que se aglomeran y conducen a resultados inesperados.

El matemático Edward Lorenz popularizó esta teoría al hablar del “efecto mariposa”, según el cual “el débil golpe de las alas de una mariposa puede ser la causa de un huracán a miles de millas de distancia”. En todos los campos, una variable concreta es capaz de alterar a otras. Y esto ocurre en forma recíproca y progresiva hasta producir efectos inimaginables.

La globalización y el desarrollo de la tecnología nos precipitaron a la sociedad del caos: todo está relacionado y se ha vuelto imprevisible. Vemos en tiempo real lo que ocurre en el planeta y esa información modifica todo el tiempo nuestra percepción de la vida y de la política. Somos parte de una sociedad en la que un virus que muta en Sudáfrica provoca la clausura de Broadway en cuarenta y ocho horas.

La feminización de la cultura occidental y la revolución tecnológica nos llevaron a una transformación radical. La democracia representativa entró en crisis, y cuando se celebran elecciones, lo único seguro es que no ocurrirá lo previsible.

Después de los comicios mexicanos de 2003 publicamos el libro *Mujer, sexualidad, internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*, en el que expusimos algunas ideas que explicaban las desconcertantes actitudes de los nuevos votantes. Desde entonces, la revolución de las redes de 2007 y los cambios producidos por la Tercera Revolución Industrial nos han conducido a una sociedad que el filósofo Zygmunt Bauman calificó de líquida, que sufre cambios continuos e irrecuperables. Las transformaciones de las rutinas actuales no se fijan en el espacio ni se atan al tiempo: se desplazan con facilidad y no pueden detenerse.

Hasta el siglo pasado, habitábamos un mundo predecible. Hoy las costumbres, las ideas de corto plazo, las ideologías y las creencias se derritieron, y la sociedad renuente al cambio devino en otra líquida y maleable. Entraron en crisis la política que giraba en torno a los partidos, las ideas cristalizadas y los discursos de líderes personalistas. Los electores se independizaron del espectáculo organizado por los dirigentes y comenzaron a reclamar protagonismo. Los “aparatos” perdieron su eficiencia y los comités de campaña de los barrios quedaron vacíos. Los militantes ya no juegan con naipes: están en YouTube. Cuentan con una enorme oferta de placer que les abre muchas posibilidades vitales.

En 2004 aplicamos una encuesta nacional en México para averiguar las actitudes ante la vida de los jóvenes menores de veinticinco años, la familia, la amistad, el amor, la política, sus

sueños e insomnios. Repetimos la investigación en la Argentina cinco años más tarde para tratar de entender la vida cotidiana de los nuevos electores.

Algunos políticos creen que la gente común vive conversando sobre lo que a ellos les interesa, pero hemos visto que no es así. Pocos seres humanos comunes leen textos de teoría política o dejan de dormir porque cambió la directiva de un partido, y son menos los que dan discursos o cantan una marcha partidaria. Están motivados por problemas, alegrías e ilusiones más amplios.

Nosotros tratamos de comprender la política desde la vida de la gente. No tenemos interés en predicar ideologías ni mundos ideales. Creemos que nadie posee la verdad y eso nos incluye a nosotros mismos, arqueólogos de la política, que trabajamos durante décadas aprendiendo elementos que nos permitieran y nos permiten revisar nuestras hipótesis en cada proceso político y en cada país.

Queremos aproximarnos a la realidad, no afirmar si los nuevos electores son mejores o peores que los antiguos. La literatura acerca de la falta de valores de la juventud es trampa. Resulta poco racional suponer que sociedades más machistas, ignorantes, supersticiosas, verticalistas y autoritarias hayan mantenido valores superiores a los actuales.

No buscamos encontrar un “deber ser”, sino que tratamos de aprender de los nuevos electores la lógica de un mundo que nace. Tenemos nuestras propias utopías, pero sabemos que son las de una generación que creció entre libros, enamorada de las palabras, rodeada de otros que luchaban por ideologías. Algunos anuncian que iban a morir por ellas; felizmente, no

cumplieron con sus dichos y hoy escriben o discuten textos como este.

A quienes amamos tanto la revolución en ese tiempo las grandes utopías nos marcaron, pero terminada la Guerra Fría las ideologías cayeron en un campo de discusión aburrido, en el que no hay lugar ni para la parusía ni para el apocalipsis.

A partir de los años sesenta se desarrolló una transformación profunda. Se implantaron progresivamente valores femeninos, que dejaron en claro la falta de sentido del machismo. La invasión de Vietnam terminó cuando los jóvenes norteamericanos, en conciertos de rock masivos, reclamaron *peace, flowers, freedom, happiness* y rechazaron el napalm y los bombardeos.

El desarrollo tecnológico se aceleró exponencialmente desde la llegada del ser humano a la luna y apareció la Tercera Revolución Industrial, la mayor transformación de la historia de la humanidad. En estos días ya se instala la cuarta, que nos convertirá en una nueva especie.

Los cambios ocurridos son profundos, no se pueden enfrentar mejorando la publicidad ni haciendo marketing. Hacer política no es lo mismo que vender cereales; implica al ser humano de manera integral. Necesitamos estudiar lo que significan estos cambios, cómo podemos usarlos para el bien del conjunto de la gente y, además, de qué modo enfrentar los peligros que conllevan.

El primer libro en el que tratamos estos temas fue publicado en 2005, en vísperas del inicio de la gran revolución de la red, provocada por la difusión, el incremento de la velocidad de los ordenadores y la aparición de nuevas plataformas. Desde

2007, la aparición en escena de YouTube, Facebook, Twitter, WhatsApp, Instagram, Pinterest, LinkedIn, MySpace y TikTok, entre una multitud de plataformas, cambió nuestra forma de ser y potenció la transformación. Actualmente casi todos hemos incorporado a nuestra vida el celular, del que no podemos separarnos. Cabe en nuestro bolsillo y es miles de veces más poderoso que la computadora que llevó a los astronautas a la luna en 1969.

Todos están de acuerdo en que hay que renovar la política, pero no es suficiente mejorar lo antiguo. Hay que repensarla desde las bases. No es útil que los líderes tomen clases de oratoria, ni que pongan sillas más cómodas para que los militantes vayan a los comités de barrio. La comunicación política tiene otros caminos. Las experiencias vividas en el continente en los últimos veinte años, el estudio permanente de los cambios concretos, el diálogo con tantos intelectuales y políticos del continente nos han llevado a escribir este libro, que pretende promover discusiones y discrepancias.

Esperamos que sirva para incrementar el debate entre políticos, intelectuales, periodistas y activistas, pero sobre todo en la gente común, que cada día toma más poder. Vivimos en una sociedad en la que la aparición de una aplicación desestabiliza la política de cualquier país del mundo. Como la mariposa que produce ciclones, según la teoría del caos.

PRIMERA PARTE
MUJER, SEXO, INTERNET

Mujer: la feminización de Occidente

EL IDIOMA DE LAS MUJERES

En la China clásica las mujeres no podían aprender a leer la escritura tradicional del país, el Nan Shu, lo que imposibilitaba su desarrollo intelectual. Obstaculizar el acceso de las mujeres a los estudios fue una forma de segregación que se practicó en muchas sociedades, incluidas las latinoamericanas.

Impedidas de aprender la escritura oficial, las chinas de Hunan inventaron el Nü Shu, un sistema silábico fonético con cerca de 700 caracteres, que solo ellas sabían descifrar. Los escritos se bordaban en tela, se tallaban en adornos, se escribían en papel. Los ideogramas chinos fueron siempre obras de arte, pero estos caracteres estilizados y secretos reflejaban, además, la delicadeza del espíritu femenino y desafiaban a una sociedad en la que solo los hombres podían aprender a leer y escribir.

Nü Shu significa “escritura para mujeres”. Pasó inadvertido porque parecía solo un conjunto de trazos ornamentales sobre marcos de cuadros, alhajeros, y otros objetos femeninos, pero esos ideogramas fueron la herramienta privilegiada para comunicarse privadamente entre hermanas, madres y amigas.

La escritura creó nuevas costumbres y códigos sociales en Hunan. Con frecuencia los textos Nü Shu se rompían después de leerlos o se quemaban en el funeral de su autora. Madres y

tías desarrollaron la tradición de las *Cartas del tercer día* (sān cháo shū), un libro con poemas personales escrito en Nü Shu que se entregaba a la esposa el tercer día después de la boda en expresión de cariño.

Aunque formó parte de la sociedad femenina china desde el siglo III d. C., el Nü Shu no se conoció públicamente hasta 1983, cuando se superaron los estragos de la Revolución Cultural que pretendió destruir todo vestigio de la cultura tradicional china, incluidos textos, monumentos y escrituras sagradas. Los guardias rojos destrozaron casi todos los textos escritos en Nü Shu.

Felizmente quedaron algunos y la última mujer que conocía el Nü Shu, Yang Huanyi, comunicó los secretos de esta escritura a la Universidad de Qinghua antes de su muerte, en septiembre de 2004. En la actualidad, el Nü Shu se ha convertido en un atractivo turístico de Jianyong, ciudad natal del idioma. Hay clases instructivas, exposiciones de textos típicos y se venden *Cartas del tercer día*.

Durante siglos el Nü Shu se transmitió en secreto, de generación en generación, solo entre mujeres. Ahora se escribe en forma abierta. Es uno de los logros de las mujeres chinas en su lucha por ocupar un nuevo lugar en la sociedad.

LAS REGLAS DEL PODER Y LA FAMILIA

Los seres humanos construimos socialmente la realidad. A diferencia de un potro que domina su entorno en cuanto nace, los humanos construimos la realidad durante un prolongado tiempo en el que dependemos de nuestros progenitores.

Conocemos el mundo que nos presentan otros en los primeros años de nuestra vida. Los padres, familiares y maestros ponen los límites de lo real y lo irreal a partir de sus experiencias.

Unos creen en dioses, otros en aparecidos, otros en la santería. Los loas del vudú existen o no, según nos criamos los primeros años en Haití o en otro sitio. Lo mismo ocurre con el Mahdi Oculto que gobierna Irán, o con la Virgen de Guadalupe. Un gato negro para los occidentales es una amenaza, en Japón ahuyenta la mala suerte.

Mientras otros mamíferos saben, desde el nacimiento, que la hierba es hierba, que existen animales peligrosos y que ciertas cosas son útiles para la vida, los humanos nacemos inermes, aprendemos de otros el sentido de las cosas. En el extremo, cuando dos niños fueron criados por lobos en el sur de la India, se socializaron con ellos, aprendieron a recelar de los seres humanos, supieron que la carne cruda era deliciosa, desarrollaron gustos y destrezas lobunas. Sobre estos niños lobos de Madrás, son interesantes las reflexiones de Pedro Laín Entralgo en su libro *Teoría y realidad del otro II*.¹

En el seno de la familia aprendemos a relacionarnos con los otros y con el mundo. Es allí donde los padres transmiten a sus hijos las normas que les comunicaron sus ancestros. Comprendemos la política desde las relaciones de poder que experimentamos en la familia en nuestros primeros años. La figura del padre y las relaciones verticales que establecíamos con él en la antigua sociedad se proyectaban después en nuestros vínculos con otras autoridades como el maestro, el sacerdote, el candidato, el líder. La familia tradicional vertical nos enseñó a obedecer.

Nuestras actitudes hacia la autoridad no dependen solamente de los valores que nos trasmite la educación formal, ni cambian mucho con cursos de cívica o patriotismo. Por debajo están estructuras de la personalidad, disposiciones psicológicas, sistemas de creencias, de valores y otros elementos que nos inculcan desde los primeros años y son difíciles de cambiar.

El niño que nace en una familia islámica no tiene las mismas actitudes hacia la violencia que uno nacido en la cultura nórdica. Nadie es violento porque escoge racionalmente entre vivir en paz o agredir a los otros. En *La personalidad autoritaria*² de Theodor Adorno encontramos una exposición profunda acerca de las relaciones entre psicología, cultura, valores y creencias que contribuyen a la formación de la personalidad autoritaria. Adorno usa conceptos como el sectarismo, la misoginia, el racismo, el machismo, la homofobia, la xenofobia, para construir “factores” que explican la conformación de la personalidad autoritaria.

Los autoritarios arremeten fanáticamente contra los elementos que anidan en su interior, de los que se avergüenzan y combaten con pasión. Los perseguidores más intransigentes de los homosexuales generalmente han tenido problemas de identidad sexual, los antisemitas, a veces, son descendientes culposos de judíos. Detrás de la opción por ideologías totalitarias hay elementos psicológicos que explican el extremismo, el fanatismo, el sectarismo. Muchas veces la violencia que predicen algunos tiene raíces más en su propia biografía que en los libros que citan para racionalizar sus angustias.

La forma en que vivimos la infancia determina nuestras visiones de la realidad. La de los nuevos electores está forjada en una familia que se ha transformado en los últimos cincuenta años y se reinventó de maneras inimaginables en este siglo. Esa mutación está en la base de las nuevas actitudes políticas del elector latinoamericano.

CRISIS DE LA FAMILIA TRADICIONAL

El rol de la familia de perpetuar valores conservadores se debilitó desde que los niños se educaron en instituciones formales y los padres se hicieron más liberales. El niño actual no convive con sus padres con la misma intensidad que los de hace cincuenta años. Quienes vivimos la infancia en ese entonces socializamos en familias cerradas, en las que la madre se dedicaba a la educación de los hijos, y los primos, tíos y parientes formaban un entorno en el que se transmitían las tradiciones. Las costumbres de la época y la falta de comunicaciones hacían difícil conocer demasiado a chicos distintos a los del entorno familiar.

En contraste, los niños actuales salen pronto del círculo de la familia. Desde los dos o tres años asisten a parvularios en los que se intercambian experiencias con personas extrañas a su familia que están con ellos más tiempo que sus propios padres y sus parientes biológicos. Duverger resaltaba el papel de la familia como transmisora de las ideas conservadoras y decía que la escuela era una instancia de cambio, en la que los maestros motivaban la crítica a los valores tradicionales. Según él, existía una contradicción entre las ideas

conservadoras de la familia, especialmente de las madres, y las ideas liberales de los maestros.

Actualmente la educación profesional ha sustituido casi a la familiar. Las madres trabajan como profesionales, las relaciones con la familia ampliada son débiles, crecieron las distancias físicas entre los parientes, los referentes del joven están en la escuela y en grupos de personas que comparten sus gustos.

Cuando avanzan los años, en la escuela y en el colegio, el joven entabla relaciones con un universo más amplio todavía. La red amplía el espectro de relaciones de una manera que antes era imposible imaginar. Podríamos decir que el nuevo elector se educa fuera de la familia, con menos influjo de sus padres, inserto en una sociedad con múltiples posibilidades de comprenderla.

EL REINO DE LO EFÍMERO

El niño se acostumbra a vivir en una realidad fugaz, que cambia todo el tiempo, que normalmente incorpora nuevos elementos. Esto es de alguna manera subversivo porque lo que aprende debilita la autoridad paterna. Los maestros “saben más” que sus padres biológicos y le transmiten conocimientos que cuestionan el monopolio del saber y la autoridad absoluta de los progenitores.

El padre del pasado, dueño de la verdad, dio paso a un padre que es autoridad más horizontal. En nuestra infancia, cuando no sabíamos algo, se lo preguntábamos a nuestro padre y aceptábamos lo que él decía como verdad. Actualmente,

cuando el nieto hace una pregunta al abuelo, chequea la información con un dios omnipresente. Toma el teléfono, se conecta con Google y dice: “No es así, abuelo, Google dice tal cosa”.

Esa ruptura de la autoridad es más grave entre los niños de estratos populares, cuyos padres son todavía menos informados que los maestros de la escuela. En las comunidades rurales dirigidas hasta hace poco por consejos de ancianos, los jóvenes irreverentes explican, teléfono en mano, cómo se producen las lluvias, sin fórmulas mágicas o religiosas.

A partir de 2007 la red se aceleró y las distancias se agudizaron. Comparando encuestas aplicadas en varios países en 2018, apreciamos cómo han cambiado las actitudes de los latinoamericanos en una década. Ciertos referentes, como sacerdotes, intelectuales, padres y maestros, perdieron autoridad por el imperio del dios de bolsillo y la creación de comunidades horizontales unidas por intereses comunes. La crisis de la familia como transmisora de valores se debilitó también por la cantidad de información que existe en la red, que se encuentra al alcance de cualquier niño, que genera conversaciones que nunca tuvimos en nuestra infancia.

Jean Baudrillard, en *El sistema de los objetos*,³ dice que las cosas que nos rodean revelan nuestros valores y cómo nos ubicamos en la realidad. Vivimos hoy “el imperio de lo efímero”.⁴ En la sociedad actual las relaciones con las personas son tan efímeras como las que tenemos con los objetos. Los padres no compran a su hijo una máquina de escribir Remington para que dure toda la vida como hacían los antiguos, sino computadoras que pronto irán a la basura. La

ropa, el carro, la casa, los textos de la pantalla, todo lo que usamos es efímero y se desecha en cuanto deja de ser útil. Esto es más vertiginoso en una sociedad en la que el progreso crece a una velocidad exponencial.

Otro tanto ocurre con las relaciones de pareja que, a veces, no tienen en su horizonte al matrimonio, dejando obsoleta la discusión sobre el divorcio. Si la relación con las personas y las cosas que nos rodean es tan efímera, ¿por qué los electores habrían de mantener relaciones permanentes con una ideología o con un partido? ¿No sería lógico que en ese ámbito tengan la misma liviandad con la que se desenvuelven en todo lo que hacen?

El nuevo elector, socializado de esa manera, no tiende a buscar valores permanentes. En el siglo pasado se respetaba la autenticidad del militante consecuente que nunca cambió de ideología y acabó en la miseria. César Vallejo, el gran poeta peruano, fue un modelo ético muriendo de hambre en París porque “se desayunaba con comunismo”.

Actualmente la gente no admira al que muere de hambre o al pobre porque es pobre. Si alguien asume la actitud de Vallejo pueden encerrarlo en una casa de enfermos mentales. Quienes predicen la pobreza lo hacen apoltronados en palacios rodeados de todos los lujos. La gente común admira al que tiene éxito, aunque en el camino haya cambiado su forma de pensar las veces que hayan sido necesarias.

Nuestra sociedad lúdica rechaza el sufrimiento. No se admira a los que padecen, sino a los que gozan de la vida. Incluso, cuando jóvenes católicos organizan procesiones o hacen encuentros en el Vaticano, unen la piedad con la

búsqueda de placer. En las grandes peregrinaciones los chicos rezan, pero también buscan novias, bailan y tienen ocasión de practicar sexo. Actualmente es raro que alguien se azote o use cilicios.

Cuando los jóvenes llegan a la adolescencia, incluso antes, se identifican con grupos de amigos que sustituyen en mucho a la familia biológica. La pertenencia a bandas de rock, tribus urbanas, pandillas, grupos de admiradores de youtubers, y otros entre quienes viven las rebeldías propias de esa etapa de la vida, es fundamental para la transmisión de valores e informaciones que están en la base de sus actitudes políticas.

La influencia de esos grupos agranda el divorcio de las nuevas generaciones con la política tradicional a la que sienten ajena, corrupta. Los líderes de la contracultura pueden apoyar a un candidato estrafalario, sin posibilidades de triunfo, pero no a uno que pueda ganar las elecciones y tenga un programa de cambio. Esto es válido tanto para los youtubers como para la mayoría de los artistas y famosos que, generalmente, son liberales que no apoyan el cambio real.

Si un político quiere llegar a las nuevas generaciones debe comprender su mundo. Los valores de los jóvenes no son eternos y menos los políticos. Suponer que los de antes eran mejores porque oían a los Inti-Illimani o cantaban la Internacional Comunista es absurdo. Intentar atraer a los jóvenes hedonistas de la actualidad con canciones que celebran la muerte es un disparate. Quieren ser felices, no sacrificarse por una utopía.

Para quienes mantienen valores antiguos esto es desconcertante. Quisieran que sus hijos digan que quieren

morir por una idea, cuidándose de que eso no suceda, como ellos mismos lo hicieron. No está claro que los valores violentos del siglo pasado sean mejores que la búsqueda de placer de los nuevos electores.

Hace pocos años, un candidato que pretendía conquistar los votos de los jóvenes de su país dijo que el demonio usaba el rock para mandar mensajes que se pueden descifrar escuchando al revés algunas canciones de bandas demonólatras. El 6 del sexto mes de 1996 quiso denunciar al diablo y anunciar que prohibiría los conciertos de rock en su país, porque los números conformaban el 666. Le sugerimos que más bien intentara comprender a los jóvenes a los que quería convocar. Por un lado, si existe un diablo inteligente, probablemente compraría una estación de radio para difundir su mensaje con más eficiencia que cantando rock al revés. Por otro, ese diablo con el que sienten simpatía algunas bandas de rock no tiene nada que ver con el diablo de la Iglesia. Es solo un divertido símbolo de protesta.

Para entender a los otros hay que comprender las diferencias, dialogar, asimilar. Si el candidato quería atraer votos de jóvenes, era bueno que compartiera el gusto por el rock o que al menos lo respetara. Le pedimos que vaya a unos conciertos y compre unos discos que sensibilicen su oído. Para sentir el rock metálico hay que educarse, como lo hacemos para disfrutar de la música de Igor Stravinski.

El nuevo elector no busca líderes sobrenaturales. Quiere que los dirigentes sean “como él”, padres que comprenden, que comparten sus valores, angustias, inquietudes. La democracia es cada vez más horizontal.

Cuando diseñamos la comunicación de un candidato o de un gobierno debemos usar formas de comunicación propias del grupo al que queremos llegar, sean vallas publicitarias, televisión, radio, o memes. Ninguna excluye a las demás, pero cada una es mejor que la otra para llegar a determinados públicos.

LA NUEVA FAMILIA Y EL VOTANTE

Las relaciones de autoridad cambiaron en la familia. El trato de los niños con el padre tiende a ser horizontal. De la época en que los mayores tuteaban a sus hijos y ellos los trataban con un cariñoso pero distante “usted”, hemos pasado a un trato casi de camaradas. El padre tiende a ser un compañero, un amigo. Su autoridad absoluta, propia de la sociedad machista, ha sido reemplazada por formas más democráticas.

Pasamos de una sociedad en la que el padre era el dueño del poder, a otra en la que cogobierna con la madre, y los hijos participan de una democracia limitada al grito de “los niños tenemos derechos”. Si hace cincuenta años decíamos lo mismo en la escuela, la familia o la iglesia, nos habrían enseñado que no era así con una patada en salva sea la parte. En ese entonces, padres y maestros repetían la máxima “la letra con sangre entra”. Actualmente, si un padre o un maestro golpea a los niños, pueden terminar con el psicólogo o en la estación de policía.

Aprendemos las relaciones de autoridad en la infancia. Proyectamos la imagen del padre en otros ámbitos y así se determina la forma en que nos vinculamos con el poder y las

autoridades. El tránsito del padre omnipotente e incuestionado al padre “amigo y camarada” tiene consecuencias en las conductas del elector.

Existe una correlación entre la violencia familiar y la opción política. El castigo físico a los hijos, tan común hace cincuenta años, es ahora mal visto y tiende a desaparecer. La legislación de muchos países lo castiga como delito. El padre de familia que arreglaba las cosas con dos correazos parece un salvaje.

Otro tanto ocurre con el marido que golpeaba a la pareja y en la sociedad machista parecía un “hombre con autoridad”. Ahora sufre un rechazo masivo, es visto con desprecio y si actúa de esta manera lo niega avergonzado. Todavía no alcanzamos la época en que la mujer que golpea a un hombre sea mal vista, pero la sociedad va hacia el rechazo a la violencia familiar.

Algunos estudios empíricos realizados por Informe Confidencial, con la participación de Roberto Zapata, encontraron una alta asociación entre educación autoritaria, violencia en la familia y preferencia electoral. Los electores que fueron golpeados por sus padres en la infancia tienden a votar por líderes autoritarios y los electores educados sin violencia suelen escoger candidatos más liberales. En las elecciones presidenciales ecuatorianas de 1996 se estudió el caso con investigaciones cuantitativas y cualitativas y se encontró una alta asociación entre haber sido golpeado de niño y el voto por candidatos violentos y “machistas”.

En la política vertical los líderes eran autoridades casi sobrenaturales. Los dirigentes contemporáneos deben ser más humanos, reflejando las relaciones de autoridad de la familia

moderna. En la ilusión de las campañas electorales, en las fantasías que crean la televisión y las redes, el elector puede tratar a los candidatos por el nombre y conversar con ellos de manera horizontal.

En casi todos los países de la región se menciona al candidato por su nombre o apellido. Los nuevos electores tienden a elegir mandatarios que parecen “gente común”. En la práctica, se cambió al general Juan Domingo Perón por Mauricio Macri, al doctor Víctor Haya de la Torre por Pedro Castillo, al doctor José María Velasco Ibarra por Rodrigo Borja, y a Rómulo Betancourt por Nicolás Maduro. El padre sabio y todopoderoso fue reemplazado por “uno como nosotros”.

No criticamos a los líderes contemporáneos, solo señalamos que se dio un cambio en el estilo de comunicación. En realidad, los líderes mesiánicos no fueron tan buenos para nuestras sociedades ni los democráticos tampoco fueron tan nocivos. Cualquier caudillo sabio de la antigüedad tenía menos información que un estudiante de colegio de estos días.

La crisis de la familia tradicional provocó otro cambio importante en los ciudadanos. El nuevo elector vota por candidatos que llegan directamente a él y a su entorno; no está obligado a votar por el candidato de la familia. Siente que tiene una relación personal con el candidato, que no depende de las opiniones del entorno tradicional. La familia nuclear cede espacio a una red de relaciones personales y cada uno decide las cosas en ese contexto.

Si el candidato busca los votos de los jóvenes, como grupo objetivo específico, es bueno que use sus códigos de

comunicación. Lo mismo debe hacer con personajes como dirigentes barriales, informantes, maestros, que son más libres.

En los últimos años, sobre todo a partir de la irrupción de TikTok, algunos políticos bailan, dicen cosas estrañísimas, se comportan como “pendeviejos”, término acuñado por un periodista argentino. Es bueno usar canales alternativos de comunicación, pero antes hay que saber qué es lo que se quiere comunicar y a quién. Si solo usa la herramienta, sin preocuparse de los contenidos, quedará en ridículo.

La democratización de la familia tradicional hace que los nuevos electores busquen líderes abiertos a nuevos valores. Dependen menos de la familia y más de sus entornos de amigos reales o virtuales para tomar decisiones políticas. Todo esto fortalece su independencia e individualismo.

LA FEMINIZACIÓN DE LA SOCIEDAD Y DE LA POLÍTICA

Cambiaron los roles de la mujer en la sociedad y en la política. En Occidente generalmente se acepta que las mujeres tienen iguales derechos que los hombres y deben tener las mismas oportunidades. En esto, Occidente dio un paso adelante en la evolución y se puso sobre otras culturas a la vanguardia de la igualdad de género.

En la década de los cincuenta se difundió la píldora anticonceptiva, que impulsó la liberación de las mujeres. Dejaron de ser máquinas de parir y cuidar hijos, para convertirse en sujeto de todas las actividades, con la misma energía y protagonismo que los hombres. La mujer se incorporó masivamente al mercado laboral, la educación, el

el mundo profesional, la política y otras actividades que antes estaban reservadas para los hombres. Es impresionante recordar que las pioneras en la lucha por los derechos de la mujer, la médica ecuatoriana Matilde Hidalgo de Prócel (1889-1974) y la médica italoargentina Julieta Lanteri (1873-1932) desafiaron a la sociedad cuando quisieron ingresar a la universidad. La posibilidad de estudiar, algo que hoy parece tan normal, fue un grito de guerra.

La participación de la mujer cambió la política en todos sus aspectos y la enriqueció con nuevas perspectivas. Vivimos un proceso de feminización del mundo occidental. Los valores machistas pierden espacio todo el tiempo, se tiende a respetar la igualdad de género y la gente “civilizada” rechaza la violencia. Pierde prestigio el macho violento y primitivo y aparece una nueva definición de la masculinidad. Antes fue prestigioso ser cazador, hoy es prestigioso ser ecologista.

Se debilitaron los prejuicios en contra de los homosexuales, y también cambió la apariencia física de los heterosexuales. En la moda metrosexual los rasgos feminoides en la vestimenta y el aspecto físico de los hombres no significa que sienten atracción por personas del mismo sexo; son otra forma de afirmar la heterosexualidad. Los hombres actuales se bañan con frecuencia, tratan de no oler mal, van al gimnasio, se pintan el pelo, utilizan cremas de belleza, se hacen cirugías estéticas. Tratan de ser “hermosos”. Algunas personas con mentalidad arcaica se burlan de estas prácticas, impensables hasta hace pocos años, cuando la sociedad rendía culto al macho brutal, al hombre que “cuanto más oso, más hermoso”.

Román Gubern, en *El eros electrónico*,⁵ dice que las hembras del pasado buscaban machos fuertes, de aspecto

desagradable, para que asusten a los extraños y protejan a sus hijos. Actualmente hombres y mujeres dialogamos, compartimos la crianza de los niños y las tareas de la casa. Es preferible que los hombres tengan rostros menos desagradables porque “en la especie humana actual, la crianza de los niños depende del cuidado que les prestan tanto el padre como la madre. Para colaborar con su crianza el padre del siglo XXI necesita desarrollar y expresar sentimientos como la ternura y el afecto”. Gubern afirma que estas características son “definidoras contemporáneas del rol de buen padre, reforzado con un rostro masculino con rasgos delicados”.

Las mujeres se incorporaron plenamente a la política, enriqueciéndose con sus puntos de vista y nuevas percepciones de la realidad, distintas de las masculinas. Hizo crisis la madre conservadora, sometida al padre, sumida en la ignorancia, que transmitía valores tradicionales a los hijos. Hasta principios del siglo pasado se creyó que era de mal gusto que la mujer se cultive. Se pensaba, como todavía ocurre en otras culturas, que la sofisticación intelectual podía conducirla al “desorden” sexual.

La salida de la mujer del ámbito familiar amplía sus horizontes y la hace menos conservadora. Las madres contemporáneas son más abiertas a ideas y valores que los hijos adquieren fuera de la familia, algunos de los cuales chocan con valores tradicionales.

El nuevo rol de la mujer transforma las relaciones de autoridad dentro de la familia y consolida los valores democráticos. La sociedad en su conjunto es más tolerante y pacífica: en las zonas urbanas la violencia y la muerte son menos frecuentes que en regiones más atrasadas de nuestros

países o en culturas orientales en las que la violencia contra la mujer se acepta socialmente y la autoridad masculina es absoluta.⁶

Pero tal vez el aporte más importante de las mujeres a la democracia es su visión práctica de la vida y su sentido común. Muchas de las masacres de la historia promovidas por líderes como Iósif Stalin, Osama Bin Laden, Adolf Hitler, François Duvalier y Jorge Rafael Videla se habrían ahorrado si hubiésemos tenido como líderes menos hombres mesiánicos. El sentido común se suele desarrollar mejor en las mujeres que en los hombres, y probablemente sea ese su mayor aporte a la formación del “nuevo elector”.

Vale la pena destacar que nos fijamos en las mujeres como un conjunto que transformó y mejoró la sociedad; no aludimos a casos individuales. Algunas mujeres, formadas en la sociedad machista, reproducen sus valores, son tan agresivas como los viejos simios y no ayudan a este salto adelante de la especie. Se educaron en hogares violentos, excluyentes y cuando luchan por sus derechos reflejan esa experiencia.

El creciente poder de la mujer conduce a que tengamos un elector con más sentido común, menos apocalíptico, más pacifista. La feminización de la política supone también la imposición de una agenda menos teorizante, centrada en atender las necesidades concretas de la gente.

LA LUCHA POR EL SUFRAGIO FEMENINO EN AMÉRICA LATINA

En Occidente, la mujer fue discriminada tanto impidiendo su acceso a la educación como en sus derechos políticos. Julieta

Lanteri fue una de las primeras mujeres que se graduó de doctora en Medicina en la Argentina. El 26 de noviembre de 1911 concurrió a la parroquia San Juan Evangelista, en La Boca, y fue la primera latinoamericana que intentó sufragar. Las autoridades habían convocado a votar a los “argentinos” y Julieta afirmó que el llamado incluía a las mujeres porque en el idioma castellano el género masculino es inclusivo. Cuando el Consejo Deliberante aclaró que las mujeres no podían votar, porque no constaban en los padrones militares, fue al Ministerio de Guerra para enrolarse, pero fue rechazada y se anuló su voto. Julieta fue una luchadora incansable. Encontró que la Constitución no le permitía votar, pero no decía nada sobre la prohibición de ser candidata y se postuló para diputada por el Partido Nacional Feminista.

En ese entonces los candidatos no hacían campaña, fingían que no les interesaba el cargo y maniobraban en las sombras para que la gente les “pidiera” que se candidaticen. Julieta rompió con la hipocresía, hizo un proselitismo abierto por el que fue tachada de populachera. Se subía a cajones de manzanas que colocaba en la vereda de las avenidas de Buenos Aires para pronunciar discursos, asistía a las salas de cine y hablaba en los intermedios, mientras cambiaban los rollos de la película, empapeló la ciudad con su lema: “En el Parlamento una banca me espera, llevadme a ella”. Quienes defendían las buenas costumbres rechazaron su activismo.

Su candidatura fue un intento frustrado por la sociedad machista: obtuvo 1730 votos de los 154.302 hombres que votaron. El círculo rojo la despreció, la prensa la llamó despectivamente “la Lanteri”, pero perseveró, apoyada por otras mujeres luchadoras como Alicia Moreau, Sara Justo y

Elvira Rawson. Un sospechoso accidente de tránsito terminó con su vida en 1932.

En los mismos años luchó por el derecho al sufragio la ecuatoriana Matilde Hidalgo de Prócel, que nació en 1889 en Loja, una provincia del sur del país, y siempre fue subversiva. Aunque en ese entonces se veía mal a las mujeres que querían estudiar, Matilde ingresó a un colegio que la admitió después de un mes de discusiones. Las madres prohibieron jugar a sus hijas con ella y el cura la obligó a oír misa parada, a dos metros de distancia, fuera de la iglesia. Pero, a pesar de todo, no claudicó y se graduó con honores.

Viajó a Quito para estudiar medicina en la Universidad Central del Ecuador, pero fue rechazada. Logró ingresar en la Universidad de Cuenca y fue la primera ecuatoriana doctorada en Medicina en 1921. Las pioneras de la lucha por los derechos de la mujer en América Latina empezaron por batallar para ingresar a la universidad.

En las elecciones de 1924, Matilde usó el argumento de la inclusividad del castellano para intentar votar y fue a inscribirse en el padrón electoral. Al principio las autoridades no aceptaron su solicitud, pero el Consejo de Estado resolvió que la Constitución liberal reconocía el derecho al voto de la mujer. Estudiamos las actas de las sesiones del Congreso Nacional en que se discutió el caso y pudimos leer los argumentos conservadores: defendían el voto femenino en teoría, pero decían que era una práctica nefasta pues, si las mujeres llegaban a votar, terminarían prostituyéndose. Sorteando los obstáculos, el 10 de mayo de 1924, Matilde Hidalgo de Prócel fue la primera latinoamericana que votó en una elección presidencial.

Para apreciar en su dimensión la lucha de estas mujeres, vale recordar que los primeros países que aprobaron el voto femenino fueron Inglaterra, en 1918, y Estados Unidos, en 1920. En Uruguay las mujeres votaron desde 1938, en Brasil desde 1932, México y la Argentina aprobaron el sufragio femenino en 1952, Colombia en 1954, Honduras, Nicaragua y Perú en 1955, y Paraguay en 1961.

Recién en los cincuenta, a partir de la difusión de la píldora anticonceptiva, las mujeres se incorporaron masivamente a la vida política y debilitaron la paranoia y los delirios de grandeza de los machos alfa que la dominaban.

Hace poco, Michelle Bachelet y Evelyn Matthei pasaron a la segunda vuelta en Chile. En 2010, Dilma Rousseff y Marina Silva sumaron el 67% de los votos en Brasil. Han sido presidentes Cristina Fernández de Kirchner, en la Argentina, Laura Chinchilla, en Costa Rica, y Michelle Bachelet en Chile.

Estos avances parecían imposibles cuando dictamos cursos para promover la participación femenina y publicamos, en 1987, un texto con consejos para que las mujeres puedan derrotar a candidatos varones. Se ha avanzado mucho, pero todavía hay que consolidar los nuevos valores. La mayoría dice que superó el machismo, la xenofobia, el racismo, pero esas taras siguen existiendo larvadas y explotan periódicamente en nuestras sociedades.

Christine Bard, en su libro *Historia política del pantalón*,⁷ cuenta que, cuando una diputada francesa ingresó al Parlamento con pantalón, se armó un escándalo que solo terminó cuando ella dijo: “Si tanto les asusta mi pantalón, pues

me lo quito". Esto no ocurrió hace un siglo. Fue en París en 1972.

EL FEMINISMO CONTEMPORÁNEO

El machismo se desmoronó en Occidente y desde la visión actual parece ridículo que la gente haya mantenido estos prejuicios. La revolución sexual se produjo en la década de los sesenta con la difusión masiva del rock, las protestas del Mayo del 68 y el movimiento hippie.

El mundo contemporáneo no se puede entender sin la participación de la mujer, reconocida como un otro al que se debe respetar, dejando de lado la psicopatía de la sociedad machista que impuso la discriminación como algo natural.

Las mujeres, especialmente las más jóvenes, se asumen como feministas, se identifican masivamente con la lucha por los derechos de la mujer. Son enormes las diferencias de actitud entre personas de distinta edad. Mientras muchas mayores defienden la penalización del aborto, las jóvenes, especialmente urbanas, quieren casi unánimemente su legalización. La discusión sobre el aborto es poco racional, parte de valores que impiden que unos y otros puedan entenderse. Los países que penalizan el aborto están solo en América Latina y África.

La situación de la mujer en los países islámicos es dramática desde nuestra perspectiva, pero se explica por la diferencia cultural con Occidente. Algunos creen que en el islam los hombres oprimen a mujeres a las que tienen sometidas por la fuerza. Esto es falso. Cuando cayó el sah de

Irán en 1979, lo más peligroso que había en las calles eran los grupos de mujeres vestidas con burkas negras que buscaban occidentales para matarlos. Las iraníes respaldaban fanáticamente el retorno del ayatola Jomeini.

La gran mayoría de las mujeres de esos países apoyan a movimientos islámicos, aunque a muchos occidentales nos enojen las disposiciones de la sharía que atentan contra los derechos humanos como nosotros los concebimos. Existen otras prácticas como la ablación, extirpación parcial o total del órgano sexual femenino para impedir que las mujeres puedan sentir placer sexual que, según la Organización Mundial de la Salud, afecta a entre 100 y 140 millones de niñas y mujeres en 28 países de África y en algunos de Asia, entre los que está Irak.

Es una versión radical de la tesis del Concilio de Trento, vigente hasta hace pocos años entre nosotros, de que el placer sexual femenino es pecado.

MUJER Y ALTERIDAD

Hasta hace poco vivíamos en sociedades verticales en las que se creía en verdades unívocas, transmitidas por superiores. El padre era fuente de la verdad para los hijos y la familia, el maestro para los alumnos, el sacerdote para los feligreses. Como todavía ocurre en países islámicos, la familia era propiedad de un macho alfa, patrón de quienes la integraban. Y lo más grave es que era como el antiguo Tlatoani de los aztecas, el dueño de la palabra.

La tecnología rompió el nido en el que encerraban a sus dominados. Con el teléfono y el cine se inició una revolución gracias a la cual ahora podemos intercambiar libremente sentimientos e ideas con otros. La radio amplió el horizonte, apareció una élite de artistas, cantantes, deportistas, que restó importancia a intelectuales y sacerdotes. En este proceso se licuó la sociedad machista y se consolidó la cultura occidental en la que la mujer fue sujeto del cambio.

La feminización de Occidente trajo transformaciones profundas. No solo se aceptaron los valores de la mujer, sino que, cuando se integró como alguien al que había que respetar por ser diferente, nuestra cultura incorporó el valor de la alteridad. Los hombres y mujeres tenemos distintas percepciones de la vida y las femeninas se instalaron en el conjunto de la sociedad.

El siglo XX fue el siglo de los delirios ideológicos de oradores trascendentales, comunistas, falangistas, islámicos, cristeros, nazis y de todo tipo, que provocaron la muerte de decenas de millones de personas

El horror nazi fue brutal y provocó la reacción de autores que escribieron textos que son indispensables para comprender el autoritarismo y la democracia contemporánea. Uno de ellos fue Emmanuel Lévinas (1906-1995), un judío lituano cuya familia fue exterminada por los nazis, pasó la guerra preso, fue torturado en un campo de concentración de Hannover, que en su texto *Alteridad y trascendencia*⁸ desarrolló el concepto alteridad.

La palabra “alteridad”, según el *Diccionario de la lengua española*, viene de la palabra latina *alter*, que significa “otro”,

alteritas (“diferencia”), expresando la condición o estado de ser diferente. Con frecuencia esta palabra es usada como sinónimo de *otredad*, condición de ser otro. El concepto de otredad estuvo en el centro de las reflexiones y análisis del gran Octavio Paz, quien, en algunos de sus textos capitales, sugirió medios para resolver los conflictos que comporta esta realidad; en su caso, el diálogo y dos de sus realizaciones, la poesía y el amor.⁹

Frente a la conciencia de nuestra individualidad, en algún momento caemos en la cuenta de que están los otros y de que hay algo más allá que no necesariamente coincide con lo que cada uno de nosotros percibe o imagina. Es el principio de respetar al otro hasta el punto de cambiar la propia perspectiva por la del “distinto”. No se trata de soportar al que no es como nosotros, sino que debemos apreciarlo justamente porque es diferente, aprender de él.

Entender la diferencia como posibilidad de crecer y no como un límite. El otro no debe ser lo que me enfrenta, sino el rostro del infinito que debo comprender y no tratar de dominar. Algunos autores desarrollaron ideas en esta línea. Además del ya mencionado, Octavio Paz, Jean-Paul Sartre en *Saint Genet, comediante y mártir*, Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, y Jacques Lacan, cuando definió al amor como “el deseo que tengo del deseo del otro”.

La feminización de la cultura liberó a los hombres de algunas taras ancestrales. Actualmente se ve la violencia como una patología. Nadie cree que un burro es más hombre que un humano porque patea más fuerte, pero esto solo lo entendimos cuando las mujeres transformaron nuestra sociedad.

Lo mismo ocurre con el derecho de los hombres a expresar sentimientos como llorar, cuidar su apariencia física o expresar afecto, que fueron reprimidos cuando se creyó que el macho debía ser brutal. Todo cambió por la reivindicación de actitudes que se veían como expresiones de la debilidad de la mujer y se asumieron como valores. Las mujeres se liberaron a sí mismas y lograron que los demás puedan vivir de una manera más plena.

La incorporación de la alteridad como valor cambió muchas cosas en Occidente: al reconocer a la mujer como un otro al que hay que amar porque es distinto, se abrió un espacio para el respeto a la diversidad, a distintas preferencias sexuales, condiciones raciales, religiosas y de todo orden.

El respeto por la mujer instaló a la alteridad como valor en nuestra cultura.

1. Laín Entralgo, Pedro, “Teoría y realidad del otro. II”, Madrid, *Revista de Occidente*, 1968.
2. Adorno, Theodor W. *et al.*, *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Proyección, 1965.
3. Baudrillard, Jean, *El sistema de los objetos*, Madrid, Siglo XXI, 2010.
4. Lipovetsky, Gilles, *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama, 2012.
5. Gubern, Román, *El eros electrónico*, Madrid, Taurus, 2000.
6. Es interesante leer el libro de Steven Pinker, *Los ángeles que llevamos dentro*, Barcelona, Paidós, 2018, sobre el descenso de la violencia en la sociedad moderna.
7. Bard, Christine, *Historia política del pantalón*, Barcelona, Tusquets, 2012.
8. Lévinas, Emmanuel, *Alteridad y trascendencia*, Madrid, Arena Libros, 2014.
9. Nos limitamos a mencionar el trabajo de Aguilar Víquez, Fidencio, “La otra voz: Octavio Paz y la noción de otredad”, *Open Insight*, vol. VI, n.º 10 (julio-diciembre 2015), pp. 27-59.

El sexo, principio del mal

EL MARTILLO DE LAS BRUJAS

En todas las culturas existieron supersticiones acerca de seres malignos que atacaban a los seres humanos y de hombres y mujeres que habían contactado con ellos y tenían poderes sobrenaturales. La idea de que existe la brujería es antigua, pero se oficializó en la cristiandad cuando en el siglo XV, Inocencio VIII dijo en la bula *Summis Desiderantes Affectibus* (“anhelamos con la más profunda ansiedad”) que la Iglesia creía en la existencia de las brujas y en la necesidad de combatirlas.

En 1487 dos frailes dominicos, Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, escribieron el *Malleus Maleficarum* (“el martillo de las brujas”), uno de los textos más perversos y misóginos de la historia, que tuvo enorme influencia en los juicios contra las brujas durante doscientos años. De acuerdo con los mitos de la época, fue un libro sobre brujas, no sobre brujos.

Según los frailes, la brujería surgía del insaciable apetito sexual de las mujeres, víctimas fáciles de supersticiones porque son “más crédulas, más propensas a la malignidad y embusteras por naturaleza”. Los vicios que cultivan son la infidelidad, la ambición y la lujuria.

El *Malleus* detalla los actos inmorales que cometen las brujas y las mañas que usan para provocar la impotencia en los

varones. Habla del comercio sexual del demonio con los seres humanos, primero como súcubo con forma de mujer, con la que consiguen semen para usarlo, adoptando, después, la forma masculina de íncubo, para desgraciarse a las brujas.

El estilo es adusto. Incluso los hechos más exóticos se presentan con un lenguaje neutral. Dice que existen brujas agresivas que atacan a los varones para que pierdan su capacidad de erección y reproducción. Hay capítulos enteros dedicados a contar cómo las brujas arrebatan el miembro viril a los varones y otros en los que relatan las enfermedades causadas por las hechiceras en hombres y mujeres.

En el *Malleus* se afirma que la palabra mujer (*femina*) es una derivación de “fe-minus”, que significa sin fe. El libro da consejos para detectar brujas por detalles como una verruga en el cuerpo y describe los tormentos a los que se las debe someter para que confiesen su condición satánica.

LA VIDA EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL

En la Edad Media los cristianos creían que existía una tierra plana, con luces fijas en el cielo que eran algunas con movimientos imprevisibles a las que llamaron “*planetae*” y un mundo subterráneo en el que estaba el infierno. La mayoría de la gente solo conocía el lugar en que había nacido y sus alrededores. Los más cultos tenían noticia de lo que estaba en torno al Mediterráneo y una idea brumosa de otras partes del Viejo Mundo.

En 1270 Alfonso X publicó la *Grande e general estoria*, la primera historia universal de la humanidad, en la que

apreciamos la concepción de la realidad que tenían los más cultos de esa época. El primer tomo relata lo ocurrido desde la creación hasta el tiempo de Abraham, el segundo desde Abraham hasta David, el tercero habla de la cautividad del pueblo escogido en Babilonia, el cuarto termina con el nacimiento de Cristo y el quinto relata lo ocurrido desde la muerte de Cristo hasta que empezó su reinado. Esos eran el tiempo y el espacio para los medievales.

Las películas contemporáneas presentan una Edad Media fastuosa que no existió, con lujos y gobernantes sabios. La realidad fue de privaciones. Más del 90% de la población vivía en la indigencia, comía poco, casi nunca carne. Cerca de la mitad de los niños moría antes de los cinco años. Las hambrunas y pestes que aparecían con frecuencia diezmaban a un buen porcentaje de la población.

Unos pocos privilegiados vivían en monasterios y castillos, comían bien, se vestían con cierto lujo y predicaban acerca de las bondades que significaba la pobreza para la mayoría. Ni los más privilegiados tenían cloacas, agua potable, ni las comodidades que se consideran básicas en la sociedad contemporánea. Leyendo el manual de *Cómo matar a un invitado*, escrito por Leonardo da Vinci, conocemos con sorpresa cuán modestas eran las condiciones de vida de los grandes señores.

La imprenta de tipos, inventada en Corea en el siglo IX, no llegó a Europa hasta más tarde. Los libros tenían precios siderales y solo estaban al alcance de nobles y reyes que los colecciónaban, aunque generalmente eran analfabetos. En el siglo XVI la imprenta llegó al Viejo Continente con Gutenberg. Al principio se imprimieron solo traducciones de

la Biblia y textos con contenido religioso, siempre con la autorización de autoridades eclesiásticas.

La población estaba sumergida en mitos y supersticiones. La ciencia dio sus primeros pasos con las ideas de los frailes franciscanos Roger Bacon y Guillermo de Ockham que se plantearon encontrar verdades que estuvieran más allá de los dogmas. Ambos fueron perseguidos. La ciencia empezó a desarrollarse cuando cerca de 1500 Colón fue y volvió de América, anunciando que existían tierras más allá del gran océano. Los nórdicos llevaban ya quinientos años asentados en Groenlandia y habían bajado hasta Manhattan, pero nunca supieron que estaban en otro continente.

ORIGEN DE LA NORMATIVA SEXUAL CRISTIANA

Jesús casi nunca habló sobre el sexo. No existen citas en las que condene el aborto, el divorcio o la homosexualidad. Tampoco parecía interesado en el matrimonio: de hecho, no casó a nadie. En dos episodios mencionados en los evangelios tuvo actitudes liberales: transformó agua en vino cuando faltó licor en una boda a la que asistía (Juan 2, 1-2). Se encontró con un grupo de hombres que estaban por lapidar a una pecadora siguiendo las costumbres de la época, y salvó su vida cuando pidió que lance la primera piedra quien esté libre de pecado (Juan 8, 1-11). Esta mujer, según algunos, no sería otra que la Magdalena, quien, después, se convertiría en una de sus colaboradoras más fieles por el resto de la vida.

Sus discípulos fueron personas pacíficas que pertenecían a sectores pobres de la época. Ninguno montó a caballo como lo

hacían los ricos, ni mató a nadie. No tiene ninguna base la leyenda de Santiago Matamoros que combatió en la batalla de Clavijo en el norte de España, y continuó como Santiago Mataindios colaborando en la conquista de México en las batallas de Centla, Tetlán y otras. Ningún apóstol fue caballero diestro con la espada.

Después de la muerte de Jesús algunos de sus seguidores se asentaron en el Mediterráneo y tomaron ideas de la filosofía griega. Por influjo de estoicos y gnósticos los cristianos asociaron al sexo con el pecado, el vicio, la suciedad y asumieron que la continencia era una virtud. Con ese punto de vista, los padres de la Iglesia, Jerónimo, Gregorio Niseno, Juan Crisóstomo y Agustín de Hipona, pusieron las bases de la ética sexual cristiana. Pidieron a los fieles que renuncien al gozo, que imiten a Dios Padre que engendró a su hijo sin sentir placer, porque actuó a través del arcángel Gabriel. Los seres humanos debían reproducirse como lo han hecho él y los ángeles sin hacer “cosas sucias”.

En el siglo XII se consolidó la escolástica, y por otra parte nació una concepción del sexo que la Iglesia católica ha mantenido casi inalterada hasta nuestros días. En 1123, en el primer Concilio de Letrán, se impuso la ley del celibato, es decir, la prohibición del matrimonio para todos los niveles cléricales de la Iglesia latina, sacerdotes, diáconos, subdiáconos y monjes. También se les prohibió mantener concubinas y alojar mujeres en sus casas.

La ley del celibato, a pesar de sus muchos cuestionamientos,¹⁰ ha obtenido sucesivas reafirmaciones dentro de la Iglesia católica, como en la Encíclica de Paulo VI, *Sacerdotalis Caelibatus* (“el celibato sacerdotal”), de 1967.

También el derecho vigente mantiene en todo su vigor la tradicionalmente denominada “ley del celibato”, declarando en el canon 277 que “los clérigos están obligados a observar una continencia perfecta y perpetua por el reino de los cielos y, por tanto, quedan sujetos a guardar el celibato...”.

A mediados del siglo XVI se reunió el Concilio de Trento. La doctrina sexual de la Iglesia sistematizada entre Letrán y Trento se inspira en el *Malleus Maleficarum*, los libros penitenciales, algunos textos conciliares y escritos de varios teólogos. Nada viene de la palabra de Jesús, sino que viene de ideas ajenas a Jesús, como la perversidad del cuerpo femenino, la renuncia al placer y la idealización de la castidad.

Los penitenciales fueron manuales de instrucciones para que los confesores pudieran imponer a los fieles penitencias adecuadas por sus pecados. Nacieron en Irlanda en el siglo sexto y se desarrollaron a lo largo de la Edad Media. Contienen detalles sexuales minuciosos y fantasiosos, propios de sacerdotes célibes que tenían ideas confusas de cómo es el cuerpo humano y vivían obsesionados con el sexo.

Aunque la Iglesia había expresado opiniones sobre el matrimonio y cómo debería llevarse a cabo, este no fue oficialmente perfilado como sacramento hasta el IV Concilio de Letrán (1215). En este concilio se definió el carácter sagrado del matrimonio, monogámico, bendecido por Dios e indisoluble. Dictaminó que el sexo solo se podía practicar con un fin: reproducir a la especie. Se prohibió a los miembros de la pareja cualquier placer que no fuera indispensable para procrear. Esa concepción del sexo negó el valor del deseo, del erotismo, exaltó la virginidad y la castidad.

El descubrimiento de América produjo una crisis colosal. Sus consecuencias sobre la teología fueron contundentes. Los occidentales se enteraron de que vivían en un mundo más grande que la tierra plana que imaginaban. De pronto supieron que existían enormes regiones y pueblos con costumbres distintas a las suyas. Al no proceder del cristianismo podían tener relación con el demonio.

El cielo y el infierno, que antes tenían un sitio encima y debajo de la tierra, pasaron a ser conceptos. Se hizo menos verosímil que el creador de algo tan inmenso y complicado se dedicara a espiar lo que hacen los seres humanos entre las sábanas para juzgarlos y destruir el universo por esos actos. Entre 1545 y 1564 se reunió el Concilio de Trento, el primero después del descubrimiento de América, que enfrentó a la Reforma luterana que dividió a la Iglesia romana, cuestionó la autoridad del papa y supuso, según Joseph Lortz, un proceso de descomposición de la unidad cristiana y ciertas estructuras de la realidad de Europa desgajándose las bases del Imperio y el pontificado romanos.¹¹

Pocos años después, la aparición de la imprenta entusiasmó a los liberales y aterró a los dogmáticos que la consideraron una amenaza. Los libros podían difundir nuevas ideas, tesis contrarias a los dogmas y confundir a la población.

Durante mucho tiempo no pudieron publicarse libremente, sin el *nihil obstat* de un obispo, que se aseguraba que no contenían enseñanzas contrarias a la doctrina de la Iglesia. El concilio promulgó el *Index Librorum Prohibitorum*, una lista de textos que los católicos no podían leer sin autorización de una autoridad eclesiástica. El índice permaneció vigente hasta 1966.¹²

Se declaró que solo la interpretación literal de la Biblia era la correcta, poniendo las bases para el enfrentamiento entre la ciencia y el dogmatismo en el seno de la cristiandad que dura hasta la actualidad. Trento organizó a la Iglesia para los siguientes cinco siglos y sus dogmas se mantuvieron casi intactos hasta el Concilio Vaticano II de 1962. En cuanto a la sexualidad, repitió las ideas del siglo XIII: el sexo solo era lícito dentro del matrimonio, para reproducir a la especie, y toda otra actividad sexual quedó desterrada.

LA MUJER, SEDE DEL MAL

En los dos concilios se sistematizó una ética sexual misógina que moldeó nuestra cultura y rige entre los cristianos de países más atrasados de Occidente y de África. Los teólogos y médicos medievales fantaseaban sobre el desenfreno al que podía llevar la sexualidad de la mujer, por el exceso de humedad de su cuerpo, que provocaba una pulsión erótica insaciable. Creían que el varón era racional y podía controlar sus instintos, mientras que la mujer era un ser inferior, incapaz de gobernarse por sí misma, descendiente de Eva, la responsable del pecado original, causa de todas las penas de la humanidad.

En la literatura de la época, la ninfómana es un estereotipo de mujer presa de una sexualidad desorbitada que destruía a los varones con maldad. El deseo sexual femenino se describía como grotesco, corrupto, imposible de controlar. Las mujeres insaciables exigían a sus compañeros más y más sexo y cuando no se sentían satisfechas les eran infieles o pagaban a otros hombres para satisfacer su concupiscencia.

La mujer estaba vinculada con fuerzas nocturnas, oscuras, con un firmamento desconocido y peligroso, con la luna que influía en sus ciclos menstruales e iluminaba los aquelarres en los que bailaban las brujas con el demonio.

Se generalizó la superstición de que los órganos femeninos eran capaces de embrujar al varón. La ignorancia de los autores acerca de cómo es el cuerpo de la mujer fue enorme. Todos estos especialistas en sexo no descubrieron que existía el clítoris hasta el siglo XVI, a pesar de que había sido estudiado en la cultura griega.

LA MENSTRUACIÓN

Los textos escritos por médicos, filósofos y religiosos transmitieron mitos acerca de la malignidad de la sangre menstrual, que ratificaron la perversidad de la mujer. Se decía que estas supersticiones tenían respaldo científico. Su base estaba en la Biblia, en el Levítico, que habla extensamente de las impurezas sexuales del hombre y de la mujer. Dice que la mujer que tenga la menstruación permanecerá impura por siete días. Y quien la toque quedará impuro hasta la tarde (Levítico 15, 19). Si el marido tiene relaciones con su esposa en el período menstrual queda impuro durante siete días. Durante ese tiempo y una semana más, la mujer también quedaba impura y no debía contactar con personas, animales u objetos. Si tocaba a un animal había que sacrificarlo, si rozaba un objeto había que quemarlo.

Las teorías creadas por varones célibes, que desconocían los ciclos de la vida femenina, demonizaron la menstruación. Para

ellos las mujeres eran el origen de la viruela y el sarampión, porque su sangre maligna se retenía en las porosidades de los cuerpos de otras personas y la naturaleza trataba de eliminarla a través de esas purulencias. Durante el período menstrual la mujer podía transmitir veneno con su mirada usando el aire como vehículo entre sus ojos y las víctimas.

Con el descubrimiento de América proliferaron enfermedades venéreas que se atribuyeron también a las mujeres. Los entendidos dijeron que provenían de su vagina, en donde se alojaban gérmenes que podían destruir el órgano masculino.

EL DESEO

Según los teólogos el sexo era malo y debía evitarse. No se podía practicar en los días sagrados, durante las festividades religiosas, ni mientras duraba la menstruación. Tampoco entre el jueves y el domingo, cuando se celebraba el aniversario de un santo, durante la cuaresma, en los treinta y cinco días anteriores a la Navidad y en los cuarenta anteriores a Pentecostés.

No debían mantenerse relaciones sexuales durante el día. Era pecado grave tenerlas en los días de abstinencia obligatoria. San Cesáreo de Arles y San Gregorio de Tours decretaron que quienes lo hicieran serían castigados con hijos leprosos, epilépticos, deformes o poseídos por el diablo.

El deseo se consideraba pecaminoso. Los médicos y religiosos inventaron mecanismos para evitar pensamientos impuros: a los varones se les recomendaba hacerse cortes en

las venas de la parte superior del muslo y a las mujeres lavativas con incienso y otras pócimas en sus órganos genitales. Todavía hoy hay religiosas de clausura que se azotan y mortifican para alejar las fantasías sexuales.

En el léxico medieval el amor era una pasión femenina, sensual, irresistible, destructiva, distinta del afecto conyugal masculino que tenía características racionales: la *charitas coniugalis*, mezcla de ternura con amistad, o la *dilectio*, sentimiento de preferencia y respeto por la pareja. El término amor estaba vinculado con pasiones provocadas por hechizos que llevaban a prácticas eróticas paganas, demoníacas, propias de culturas manejadas por el demonio. Para el cristianismo la virginidad fue un ideal, incluso dentro del matrimonio.

EL PECADO

La relación sexual entre un hombre y una mujer fuera del matrimonio se consideraba un pecado más o menos grave, según las circunstancias. La menos grave era la prostitución, aprobada como un “mal necesario”. Las prostitutas podían ejercer su oficio para satisfacer las bajas pasiones de los hombres y proteger la virtud de las mujeres decentes porque con su trabajo evitaban la seducción o violación de doncellas honorables. La pasión sin límites, propia del trato entre el cliente y la prostituta, permitía al hombre satisfacer placeres degradantes que no debía practicar con su legítima esposa.

EL MATRIMONIO

Los padres de la Iglesia de los primeros siglos aprobaron la actividad sexual solo cuando se encaminaba a tener hijos y la Iglesia dijo que la única justificación del matrimonio era engendrarlos. Se declaró que era pecado todo juego erótico innecesario para fertilizar.

La Iglesia valoraba la contribución de la mujer “al crecimiento de la comunidad cristiana” y temía que una prohibición del matrimonio la dejara en minoría frente a otras confesiones. La institución matrimonial era una sociedad de intereses en donde la mujer hacía las veces de una “máquina de parir”, un ciudadano de segunda categoría y era, ante todo, una *gynē*, cuyo significado era “portadora de hijos”. Tomemos en cuenta que en la Edad Media la mortalidad infantil era enorme y se necesitaba el nacimiento de muchos niños.

También durante el nazismo, Hitler puso fin a la etapa liberal de la República de Weimar, se limitaron los anticonceptivos, se prohibió la pornografía, se combatió la homosexualidad y el aborto. La reproducción se convirtió en consigna estatal porque el nazismo necesitaba más arios.

LA INFIDELIDAD

Según el sexo del pecador, la infidelidad se juzgó de distinta manera. Cuando el hombre era infiel cometía una falta menor calificada como “amancebamiento”. Si lo era la mujer cometía un pecado grave que autorizaba al marido a matar impunemente a su esposa y a su amante. La impunidad para que el esposo matara a la adúltera estuvo vigente en la

legislación de la mayoría de los países católicos hasta hace poco, rigió en España hasta 1963 y en Chile hasta 1953.

LOS ANTICONCEPTIVOS

Los médicos y teólogos censuraron el uso de anticonceptivos y el aborto, pero en textos difundidos desde el siglo XIII se dieron consejos para evitar la concepción de niños no deseados usando métodos mágicos: al momento de la copulación se debía llevar un útero de cabra virgen; colgarse al cuello o poner en la boca un talismán de piedra llamado gagates; guardar en el pecho los testículos de un macho de comadreja envueltos en piel de ganso o insertar en la vagina unos granos de cebada.

EL PLACER

Los teólogos creían que el matrimonio perfecto era aquel en que los esposos vivían en total abstinencia y guardaban su virginidad, imitando a la Virgen y San José. Pese a que el matrimonio era un sacramento, si no se consumaba era exaltado como algo sublime.

Como señala Barbara Rosenwein, historiadora de las emociones, el ideal de la virginidad, fundado en la unión con Dios, no estaba tan lejos del ideal del matrimonio cristiano asentado en la fidelidad y refractario a las prácticas divorcistas y poliándricas extendidas entre las sociedades germánicas de Occidente. Así lo revela la alianza entre los monasterios irlandeses y la aristocracia merovingia, que grababa en sus

lápidas funerarias los términos *carissimus* (-a) o *dulcissimus* (-a) referidos a un marido, una esposa o un hijo; signo de la impregnación cristiana de aquellas “comunidades emocionales” que pretendían escapar a la cólera y al derecho de venganza. Algunos príncipes y princesas casados que habían vivido “en celibato” fueron canonizados, como el emperador Enrique II y su esposa Cunegunda de Luxemburgo.

En Rusia, cuando los esposos habían mantenido relaciones sexuales no podían entrar a la iglesia y debían asistir a misa desde la puerta. En el siglo XVIII, el zar y la zarina no pasaban por delante de una cruz si habían tenido sexo en la noche anterior porque estaban “impuros” y “en pecado”.

Las caricias y la masturbación masculina se consideraban actividades contrarias a la naturaleza porque desviaban al semen del fin para el que fue creado: la reproducción. El hombre era un colaborador de la creación que producía esperma, mientras que la mujer era considerada solo un vaso receptor pasivo. Había una economía de la energía creadora que pretendía cuidar la simiente para que no se pierda y cumpla con el mandato divino de reproducir.

Hasta hace pocos años el culto al espermatozoide se mantuvo entre quienes se oponían al uso de los anticonceptivos. En la década de los ochenta Teresa de Calcuta predicaba que se había demostrado científicamente que los espermatozoides eran seres vivos, que competían entre sí por cumplir la orden divina de fecundar un óvulo y era pecado impedirles que realicen ese mandato. La monja luchaba para prohibir el uso de anticonceptivos en Calcuta, en donde miles de personas morían todos los meses por hambre.

En la Edad Media, para disminuir el placer se recomendaba la “camisa del monje”, túnicas que tapaban el cuerpo hasta los pies, descubriendo una estrecha rendija en la zona genital, solo lo imprescindible para procrear nuevos cristianos.

HIJOS FUERA DEL MATRIMONIO

Los paganos no discriminaban a los hijos nacidos fuera del matrimonio, pero no pasó lo mismo con el cristianismo. En Alemania los hijos naturales solo podían reclamar al padre algunos derechos de manutención. En el código de Sajonia fueron declarados incapaces para ejercer como jueces, jurados, testigos o tutores y no podían contratar a un abogado que los represente ante los tribunales. En Inglaterra sus padres biológicos no podían reconocerlos, quedaban fuera de la ley como hijos de nadie. En muchos países se consideró bastardo también al hijo nacido antes de que sus padres se casen.

LA HOMOSEXUALIDAD

Desde el siglo XIII la Iglesia persiguió a la homosexualidad y a la sodomía, que se castigaban con la pena de muerte en la hoguera o en la horca, precedida de torturas y mutilaciones del cuerpo. Se creía que eran una ofensa directa a Dios porque producían placer, pero evitaban la reproducción. Los sacerdotes sorprendidos en ese pecado eran introducidos en una jaula suspendida en el aire hasta que morían de inanición. La relación lesbica era una falta de menor importancia porque no desperdiciaba semen.

El problema alcanzó más estabilidad y fuerza a lo largo de la Edad Media, y se robusteció por el desprecio a la mujer y el poder ilimitado que se atribuyeron a sí mismos los obispos y los emperadores. Un ejemplo elocuente: en 1532, el emperador Carlos V, en el *Ordenamiento jurídico penal*, artículo 116, dispuso: “Siguiendo la costumbre común [a los homosexuales], hay que hacerlos pasar de la vida a la muerte mediante el fuego”.¹³

La persecución a los sodomitas continuó a lo largo del siglo XVI y del XVII, se los condenó a la hoguera en Francia, Italia, Alemania, España, Inglaterra e Irlanda. La sociedad cristiana y patriarcal mantuvo una doble moral predicando valores, mientras en la realidad pecaba. En el más alto nivel de la Iglesia la ética era laxa.

Rodrigo Borgia, papa Alejandro VI, que consiguió la corona gracias a la relación con su tío, el papa Calixto III, tuvo una vida privada escandalosa, signada por conflictos armados entre sus hijos Juan, César, Lucrecia y Jofre. Fue un estadista importante, uno de los papas con más influencia en la historia, que repartió las tierras del nuevo mundo entre Castilla y Portugal con el Tratado de Tordesillas.

La homosexualidad es un tema siempre de actualidad dentro de la Iglesia, porque son muchas las personas a las que les interesa vivamente este asunto y, en no pocos casos, llega a constituirse en un auténtico tormento. Hace algunos años, el conocido profesor de Genética de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, Juan Ramón Lacadena, se preguntaba: “¿El homosexual nace o se hace?”.¹⁴ Con esta pregunta se plantea la cuestión capital: ¿la homosexualidad es una “variedad natural” de la condición humana o es una

“perversión moral” de seres humanos, que son, por eso mismo, seres degenerados y pervertidos? La Iglesia, haciendo una lectura descontextualizada de una diatriba apasionada que el apóstol San Pablo lanza contra quienes se entregaban a prácticas homosexuales (Romanos 1, 24-31), ha considerado esta práctica como una degradación sexual.

De sobra sabemos que la religión no se ha llevado bien con la ciencia. Desde Galileo hasta nuestros días, el malestar de la religión frente al creciente progreso de la ciencia ha sido patente y la religión se ha visto obligada, en bastantes asuntos, a decir lo contrario de lo que venía diciendo durante siglos. Es evidente que en la sociedad se produjo un cambio en cuanto a la consideración de la homosexualidad como pecado y después como enfermedad, pasando a ser considerada simplemente una opción sexual más.

LA POSICIÓN SEXUAL

Durante siglos la Iglesia permitió el sexo en una sola posición, buena para reproducir evitando la diversión. Las otras, con la mujer arriba o el “coito a tergo” (el hombre detrás de la mujer) fueron consideradas depravaciones que estaban en contra de los roles “naturales” del hombre y la mujer. El sexo anal y el sexo oral eran aberraciones que desperdiciaban semen.

Entre los esposos solo cabía la postura natural, con la mujer abajo, pasiva, dominada, y el hombre arriba, evitando todo placer que no sea indispensable para la fecundación. Se debían reprimir las pasiones desmesuradas (*voluptas*), las fantasías depravadas (*delectio fornicationis*), las caricias y los

tocamientos (*contactus partium corporis*) que no conducían a generar una nueva vida.

Cuando nació la antropología a principios del siglo XX, Margaret Mead y otros investigadores encontraron que en el Pacífico Sur los isleños llamaban a esta posición la “postura del misionero”. No habían conocido a otras personas que tuvieran sexo de manera tan aburrida como los sacerdotes. Cuatrocientos años después del Concilio de Trento sus normas seguían vigentes, incluso en islas remotas.

La satanización del sexo originada en Trento se mantuvo vigente hasta hace pocos años. Fue una ética que minusvaloró a la mujer, persiguió a los divorciados, los homosexuales, el placer y el erotismo. Se derrumbó progresivamente gracias al desarrollo de las comunicaciones, el rock y la crisis de las ideologías.

Para los jóvenes parecería casi irreal que los mayores vivimos ese mundo.

10. Jean Meyer, en su libro *El celibato sacerdotal. Su historia en la Iglesia católica*, México, Tusquets, acota la investigación a los entreverados vericuetos que han conducido a la Iglesia católica a establecer el celibato sacerdotal. Meyer, con su dosis ya conocida de erudición, presenta los enredos de esta historia, donde el sexo, en cuanto ejercicio de libertad y poder, y la piedad, se eclipsan, confunden y seducen mutuamente.

11. Lortz, Joseph, *Historia de la Reforma*, t. I, Madrid, Taurus, 1963. “En su acontecer eclesiástico-religioso la Reforma es la negación de la Iglesia visible anclada en el magisterio objetivo y en el sacerdocio sacramental; y la religión de la conciencia basada en la palabra bíblica por decisión de cada uno. Esto quiere decir que, por estos dos aspectos de su desarrollo, la Reforma desplaza las fundamentales actitudes medievales del objetivismo, del tradicionalismo y del clericalismo y las sustituye por las actitudes del subjetivismo, del espiritualismo y del laicado. [...] La Reforma es un levantamiento revolucionario contra la Iglesia papal por parte de un movimiento teológico laico” (p. 22).

12. La abolición del índice de libros prohibidos fue notificada por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe el 14 de junio de 1966, bajo el papado de Pablo VI, justo después del Concilio Vaticano II. Para el momento de su abolición el índice contenía más de cuatro mil títulos censurados.

13. Ranke-Heinemann, Uta, *Eunucos por el reino de los cielos: la Iglesia católica y la sexualidad*, Madrid, Trotta, 1994, p. 295.

14. Gafo, Javier (ed.), *La homosexualidad: un debate abierto*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1997, p. 97.

La agonía de las utopías

Cuando Miguel de Unamuno escribió *La agonía del cristianismo*, usó la palabra “agonía” no para referirse al momento que precede a la muerte, sino como crisis radical que anticipa un renacimiento impredecible. En este texto la usamos en ese sentido: la agonía de Occidente a la que llegamos con la Tercera Revolución Industrial es radical. Todo parece morir, pero renace en una sociedad futura, que tendrá maneras que no podemos predecir.

NOSOTROS Y LA POLÍTICA

Vivimos en mundos imaginarios y eso es lo que nos distingue de otros primates. Durante doscientos mil años actuamos como los otros: si encontrábamos una cabeza de banano en la selva la comíamos. Según Yuval Harari, hace unos treinta mil años alguno convenció a sus compañeros de que, si le entregaban la fruta, un dios los gratificaría con comida por toda la eternidad. Cuando los que creyeron que lo simbólico podía manejar lo real fueron bastantes, se pudieron armar hordas de más de cien ejemplares, las creencias nos hicieron poderosos y exterminamos a los otros seres humanos. No dominamos el mundo porque se incrementó nuestra fuerza física, sino porque tuvimos fe en seres imaginarios.

Los símbolos ordenaron nuestra vida en torno a seres de todo tipo, que existen más en nuestra imaginación que en la realidad como la Peugeot, los partidos políticos, los clubes deportivos, la Organización de las Naciones Unidas. Si se congregan en un estadio cincuenta mil micos, se matan. Si se reúnen cincuenta mil humanos no pasa nada, porque se usan símbolos imposibles de imaginar para los simios: la autoridad, las entradas, el campeonato, Boca, River. Es por eso por lo que la mayoría de la gente respeta a los creyentes y teme a los que piensan críticamente: los mitos transmitidos por nuestros mayores nos ubican en el mundo, nos calman, aunque nos alejan de la realidad cuando nuestras creencias niegan la experiencia empírica.

Desde nuestros orígenes organizamos el poder como los demás animales: un macho alfa corría a otros y dirigía la horda. Cuando creamos sociedades complejas se conservó ese esquema que rige en buena parte del mundo gobernado por regímenes totalitarios y machistas. Los rusos tuvieron siempre zares con corona o con corbata, los islámicos tienden a confundir religión y política, los países influidos por Confucio, Lao-Tse y Buda son verticales. Ninguno está gobernado por una mujer.

Los occidentales creemos que nuestra especie busca la verdad. Esto tiene que ver con la raíz griega de nuestra cultura que quiso entender las cosas privilegiando la razón sobre otras formas de estar en el mundo como la contemplación y la fe.

Es falso que nuestra especie haya tenido el objetivo de encontrar la verdad. Desde hace sesenta y cinco millones de años el cerebro de los primeros mamíferos, los sinápsidos, evolucionó para tratar de sobrevivir y dominar su entorno, no

para encontrar su sentido. No es necesario imaginar a un *Homo sapiens* de hace cincuenta mil años reflexionando en su cueva sobre el sentido del universo, no solo porque era irrelevante para su vida, sino también porque no conocía nada acerca de lo que estaba más allá del entorno inmediato. La preocupación por la verdad surgió hace poco tiempo en la cultura griega y los occidentales le concedemos una importancia que no tiene en otras culturas.

Durante millones de años tratamos de evitar que nos devoren los depredadores y de conseguir alimentos. Eso fue difícil para mamíferos pequeños que vivían en un planeta dominado por dinosaurios. Pero obtuvimos informaciones prácticas, no buscamos desarrollar una teoría acerca de la realidad. Tenemos un cerebro utilitario, no uno especulativo. Recoge todo el tiempo y por distintas vías información útil para actuar. Cuando mide una distancia usa distintos métodos, no para averiguar cuál es el mejor, sino para afrontar los problemas que puedan presentarse.

Su actitud no es analítica. Acumula al mismo tiempo todos los datos que parecen útiles, aunque sean contradictorios. Actuamos así en todos los campos de la vida. Hace pocos años desarrollamos métodos complejos para analizar la realidad, después de millones de años en los que acumulamos habilidades y conocimientos que nos sirven para desarrollar esa actividad.

La política es una actividad humana entre tantas. Los electores viven, sienten, se apasionan, apoyan, rechazan. Aunque lo proclamen, no los moviliza la búsqueda de la verdad. Esto enoja a analistas tradicionales, que tampoco son racionales, y están cegados por la pasión de creerse racionales.

Somos simplemente *Homo sapiens* que hemos desarrollado en los últimos cincuenta años conocimientos científicos y técnicas complejas de comunicación que nos ayudan a relacionarnos mejor y a entender nuestros comportamientos.

Cuando algunos dicen que la gente está obsesionada por conocer la verdad de lo que ocurrió con un gobierno, normalmente están haciendo política. Por lo general persiguen en nombre de su verdad a los que piensan de otra manera. Si usan las herramientas que existen para averiguar sobre lo que conversa la gente en la red se llevarán una sorpresa: hay más personas buscando páginas pornográficas que reflexiones éticas o denuncias sobre casos de corrupción.

Tampoco es exacto que la mayoría de la población quiere la justicia. Los que más hablan sobre eso quieren “hacer justicia” en contra de alguien. Desde la lógica, esta es una *contradictio in terminis*. No se puede perseguir a alguien y llamar a esto “hacer justicia”. Lo que ocurre es que muchos paladines de la ética tampoco buscan la verdad, sino que persiguen a adversarios a los que creen culpables.

Actúan como los tribunales medievales que averiguaban la culpabilidad de un acusado acudiendo con la ordalía a la justicia divina. Si alguien era sospechoso de un crimen, era lanzado desde lo alto de una torre. Si era inocente Dios lo ayudaría para salir ilesa, si era culpable pagaría sus pecados con la vida. Con esos métodos, la tasa de culpabilidad era bastante alta.

Los místicos quieren encontrar verdades trascendentes que den sentido a su vida, los científicos tratan de entender la realidad. Los políticos suelen estar más cerca de la fe que de la

ciencia, tienen una visión estática de la verdad y suponen que la pueden encontrar en discursos y textos del pasado. Este es un esfuerzo inútil porque nada de lo que se pensó cuando apareció la máquina de vapor sirve para entender a electores que hablan por celulares y viven en YouTube.

Los dirigentes modernos saben que son humanos, que la ciencia produce todos los días nuevos conocimientos, que pueden equivocarse, y que sus ideas pueden quedar obsoletas en cualquier momento. Los más formados saben que pueden liderar procesos complejos y dirigir equipos que los ayuden a conseguir sus metas. La democracia y la ciencia se llevan mal con los iluminados.

LAS TAXONOMÍAS

Las grandes utopías agonizan y los nuevos electores viven en medio de las convulsiones de esa agonía. En los últimos años se ha replanteado todo, desde Dios hasta el orgasmo. Las grandes cosmovisiones se volvieron líquidas y la vida cotidiana avanzó sobre las teorías. La mayoría de los electores prefiere ver *Gran Hermano* que leer a Hegel, el youtuber Germán Garmendia vende en la Feria del Libro más libros que Karl Marx.

Como decía Quino, en boca de Mafalda, este fue el “continuose” del “acabose” que iniciaron sus padres. Los nuevos electores son hijos de la crisis de las ideologías, la revolución de las comunicaciones y la feminización de la cultura, que hicieron colapsar los valores de Occidente. Viven después del cataclismo conceptual provocado por la agonía del

catolicismo imperial, la muerte del socialismo real, la destrucción de la ética tradicional y el vertiginoso desarrollo de las comunicaciones individuales. El sexo, los valores y los límites de la realidad se perciben desde nuevas visiones que surgieron en los años sesenta y se consolidaron con la revolución de Internet.

Las brújulas que ordenaban la mente de los occidentales perdieron el norte y el sur. Muchos conceptos que organizaban la realidad y la política hasta el siglo XX desaparecieron con la caída del Muro de Berlín. Este proceso se había iniciado mucho antes, con el racionalismo, el liberalismo y el individualismo, pero a fines del siglo XX acabó también con los valores que regían la vida cotidiana de la gente.

Hasta ese entonces, para organizar las palabras y las cosas, usamos conjuntos de conceptos que se ordenaban desde Dios hasta el demonio, desde la izquierda hasta la derecha, desde la normalidad hasta la anormalidad y desde la Creación hasta el Juicio Final. Desde los años sesenta esos continuos teóricos se disolvieron. Todo se confundió con todo, las categorías perdieron solidez en una sociedad líquida en la que los conceptos se resignifican permanentemente.¹⁵

La consistencia lógica del siglo XX terminó siendo tan extraña como la de una taxonomía descrita por Jorge Luis Borges, que dice que “los animales se dividen en: a) pertenecientes al emperador; b) embalsamados; c) amaestrados; d) lechones; e) sirenas; f) fabulosos; g) perros sueltos; h) incluidos en esta clasificación; i) innumerables; j) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello; k) etcétera; l) que acaban de romper el jarrón; m) que de lejos parecen moscas”.

Borges atribuye la taxonomía a una antigua enciclopedia china, el *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. Desde la primera vez en que la leímos, citada por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*,¹⁶ nos produjo un cierto estremecimiento. ¿Cómo trabajar con una taxonomía que incluye en varias de sus categorías a los mismos seres, a tal punto que una de ellas comprende a los que pertenecen a todas las demás? Las mentes formadas en los rigores de la lógica cartesiana se desconciertan con un texto como este.

Nacimos en una época de revoluciones radicales que también reivindicaron la locura. En el fondo de nuestra inquietud por analizar la realidad con rigor lógico anida el temor de que la razón tenga los límites de un paradigma. Cuando en la segunda mitad del siglo XX empezó la agonía de las ideas apocalípticas hubo una gran ofensiva en esa línea, con el surrealismo, la *Carta a los poderes*, de Antonin Artaud, la reivindicación de Charles Fourier, la coherencia interna del mundo del manicomio de Irving Goffman, las contradicciones que desarrolla Sartre en el *Saint Genet*, y los libros de David Cooper y Ronald Laing, que enseñaron cuán débiles eran los límites de la razón.

Cooper nos conmovió comparando en *La muerte de la familia* la perversidad de una ancianita que, pagando puntualmente sus impuestos en California, financiaba el napalm que masacraba a los vietnamitas, con la vida inofensiva del recluido en un manicomio que se cree Napoleón. Los límites de la razón se diluían más leyendo *Nudos*, un libro de poemas antipsiquiátricos, escrito desde el borde de la locura por su socio Laing.

En la época en que se cuestionaba todo, parecía posible que la locura fuera una instancia revolucionaria para ampliar los límites de la realidad.

LAS CONFUSIONES IDEOLÓGICAS

Cuando se clasifican los partidos políticos latinoamericanos, usando el clivaje izquierda-derecha, sentimos el mismo desconcierto que frente a la taxonomía de Borges. Muchos partidos caben en varias categorías al mismo tiempo y algunos analistas hacen con esas categorías declaraciones de fe más que conceptos teóricos.

En un continuo que va de la izquierda a la derecha, ¿qué sitio ocupa el peronismo argentino? Si no usamos la caja negra del “populismo” en la que cabe todo, ¿podemos decir que el peronismo es de izquierda o de derecha? ¿Para clasificarlo debemos usar el discurso de los falangistas de Guardia del Hierro, del grupo Tacuara, de Montoneros, de José López Rega o el de Cristina Kirchner? ¿En dónde ubicar a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)? ¿Como uno de los primeros partidos marxistas fundados en México en los albores del siglo XX, el partido militarizado que se enfrentó a Manuel Odría, o el APRA *light* de Alan García de la campaña de 2001? ¿En dónde ubicar a los movimientos indigenistas contemporáneos que tienen un discurso de izquierda al mismo tiempo que defienden tesis profundamente conservadoras? ¿Y al Partido Revolucionario Institucional (PRI) actual? Podemos seguir hasta el infinito descubriendo que las excepciones son la regla cuando se usan categorías extrañas a la realidad.

A partir de 1960 aparecieron mixturas exóticas y desórdenes lógicos, que no existían cuando tuvieron vigencia los conceptos clásicos. Surgieron izquierdistas nacionalistas, revolucionarios que defienden las tradiciones ancestrales que despreciaban Marx y Friedrich Engels. Aparecieron como héroes de las nuevas generaciones personajes que en otra época habrían ido a la cárcel o a la hoguera. Ozzy Osbourne fue aclamado cuando descabezó de un mordisco a un murciélagos en pleno concierto, Marilyn Manson proclamó ser más grande que Satán, y Madonna cantó y protagonizó escenas que hubiera envidiado Safo de Lesbos.

Las ideologías que nacieron en el siglo XIX perdieron piso. Lo que parecía muy serio se volvió gracioso y, para la mayoría de los jóvenes contemporáneos, la “aventura a la vuelta de la esquina” es más importante que la lucha por la utopía comunista.¹⁷

LA AGONÍA DEL SOCIALISMO

No escaparon de este destino ni el orden conservador ni la oposición revolucionaria. Hasta hace poco las élites se enfrentaban por ideologías y supersticiones, envolviendo en la pelea a gente poco informada que los obedecía. Racionalizaban la lucha por sus intereses con ideas que les hacían sentir que peleaban por algo trascendente. El mundo se dividía en buenos y malos, demócratas y totalitarios, oscurantistas e iluminados, burgueses y proletarios, imperialistas y revolucionarios. Los individuos apoyaban a un bando u otro según cómo concebían el bien y el mal.

Las categorías que ordenaban la política quedaron aplastadas con la caída del Muro de Berlín. Lo que era izquierda o derecha parecía más o menos claro hasta el colapso del socialismo real. Algunos partidos querían estatizar los medios de producción, cantaban la Internacional, predicaban el internacionalismo proletario que iba a unificar a una humanidad sin fronteras ni diferencias de clase. La mayor parte de los seres humanos vivían en países con economías centralmente planificadas. No creían en la democracia “burguesa”, negaban la universalidad de los derechos humanos.

Se enfrentaban a otros que defendían el libre mercado, la democracia, la diversidad, se preocupaban por la ecología, los derechos de las mujeres, de las minorías raciales, culturales, sexuales, y de todo orden. El mundo se dividía entre “comunistas” y “capitalistas”. Algunos promovían una tercera vía invocando la doctrina social de la Iglesia católica o el “socialismo democrático”.

En 1990 el socialismo “real” se derrumbó cuando sus habitantes se dieron cuenta de que seguirían en la pobreza con esa organización de la economía. Con el desarrollo de las comunicaciones vieron cómo vivían los occidentales y quisieron imitarlos. A mediados de los años ochenta, oímos decir a Ake Wedin, el ideólogo de la política de izquierda de Olof Palme, que el Muro de Berlín se había construido para que no escapen a Occidente los obreros que vivían en el paraíso comunista y no para impedir que los explotados por el capitalismo se refugien en los países socialistas.

La mayoría de los políticos, periodistas, personas cultivadas, formados en la época de las ideologías, piensan la

política con categorías que se extraviaron de la realidad. Cuando los presidentes de izquierda ejercen el poder de manera “sensata” terminan haciendo cosas parecidas a los de derecha. El capitalismo resultó exitoso. Incluso China y los países del Sudeste Asiático implantaron economías capitalistas que crecen, más explotadoras de los trabajadores que el capitalismo. La cultura laboral 996 vigente en China —jornada laboral de nueve de la mañana a nueve de la noche, seis días a la semana— difícilmente sería aceptada por los sindicatos de Occidente. Políticamente estos países mantuvieron un sistema distinto de la democracia occidental, más autoritario y que impide la protesta de los trabajadores.

LAS OTRAS REVOLUCIONES

Otras revoluciones que se desarrollaron en los países capitalistas llevaron al colapso de las ideologías. Los temas que dominaron la escena fueron importantes para los jóvenes, pero no para los políticos de la antigua generación. Los padres de los jóvenes que odian la política vivieron su adolescencia cuando el mundo se cuestionaba desde todos los ángulos. Durante años, los anarquistas españoles publicaron la revista *El Viejo Topo*, cuyo nombre aludía a la idea de Mijaíl Bakunin, de que el objetivo no era tomar el Estado para instaurar una “dictadura del proletariado”, como los marxistas. Debían corroer los pilares que mantenían en pie al orden capitalista, como el viejo topo que destruye los cimientos de una casa de madera hasta que se viene abajo, sin necesidad de salir a la luz.

Algo semejante pasó con esas revoluciones. El mundo no sería como es si no se roían los pilares de los antiguos valores. Perdieron prestigio el machismo, la segregación racial, el culto a la violencia, la homofobia. Hace años habría sido imposible que existiera un barrio como Chueca, en Madrid, que las mujeres sean protagonistas de la política o que Pedro Almodóvar reciba premios por sus películas en vez de ir a la hoguera.

Pasamos de una época en la que la gente esperaba el fin de los tiempos escuchando sermones sobre el Apocalipsis o leyendo a Marx, a otra en la que se divierte viendo *La guerra de las galaxias*, comiendo palomitas de maíz. Los mitos creados por Hollywood se difunden mejor que la mitología griega. El personaje Harry Potter es más popular que los demonios con varias cabezas que tentaban a los santos. Los mitos livianos son más humanos y agradables que las historias apocalípticas que nos asustaron en la infancia.

La vieja mitología conducía a la flagelación, la penitencia de los ascetas, la muerte de guerrilleros y represores que derramaban sangre a borbotones, la de los nazis, los fusilamientos masivos de los comunistas. Los mitos actuales son más sanos, nos permiten jugar mirando películas de ciencia ficción.

LA AGONÍA DE LA VERDAD

La fragmentación y la agonía del cristianismo imperial y la crisis del comunismo dieron un golpe mortal a las certezas. Entraron en crisis dos instituciones que concedían la patente

de verdad a las ideas: la Iglesia católica romana y el Partido Comunista de la Unión Soviética.

En la década de los sesenta, Juan XXIII convocó al Concilio Vaticano II, que realizó una rectificación como pocas instituciones lo han hecho en el curso de la historia. El Concilio se inauguró el 11 de octubre de 1962 y se clausuró el 8 de diciembre de 1965. Contó con la presencia de dos mil quinientos “padres conciliares” de los cinco continentes, y es hasta ahora el más universal en la historia de la Iglesia.

Todos los textos del *Syllabus de los errores* (en latín, *Syllabus Errorum*)¹⁸ y los del Vaticano I,¹⁹ que contenían anatemas en contra de la libertad y de la modernidad, fueron contradichos en la letra y en el espíritu [...]. Este mundo denunciado como perverso por los prelados de Pío IX en 1870 es ahora, en 1965, alabado por la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (“alegría y esperanza”), uno de los documentos emblemáticos del Concilio Vaticano II.²⁰

El ecumenismo debilitó la tesis de que la Iglesia era la única dueña de la verdad, la posibilidad de la salvación sin bautismo rompió el monopolio teológico con el que Occidente justificó la conquista de buena parte del mundo. La Roma imperial, que poco tenía que ver con Jesús, volvió en algo a sus fuentes. Su profeta fue un carpintero pobre, rodeado de discípulos analfabetos que nunca formaron cortes, ni respetaron protocolos, ni fastuosidades imperiales. Esperaban la llegada del Juicio Final, no se dedicaban a fisiognear entre las sábanas de los demás. El Concilio abrió la posibilidad de que se discutan algunas verdades absolutas, se revise la situación de los santos, introdujo en la Iglesia un inédito relativismo.

Por otro lado, Marx había mantenido que el comunismo no podía instalarse en Rusia porque era una teoría concebida para países en los que se habían desarrollado las fuerzas productivas, como Alemania e Inglaterra. En su correspondencia con Engels apoyó sin ambages a Estados Unidos en la guerra con México. Esperaba que un país “avanzado” colonice a los mexicanos que todavía no habían experimentado la misión civilizadora del capital. En la Unión Soviética, después de un breve período revolucionario dirigido por Lenin, vino la dictadura de Stalin, mezcla de totalitarismo eslavo, supremacía rusa y teorías revolucionarias, que llevó a la muerte a decenas de millones de personas con el plan quinquenal, especialmente en Ucrania.

En febrero de 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Nikita Kruschev denunció los abusos del estalinismo, provocando el rechazo de Mao, admirador y discípulo de Stalin. El Partido Comunista Chino se separó de la Internacional, exaltó la importancia de los campesinos en el proceso revolucionario y se enfrentó con el comunismo ruso.

Sus iniciativas fueron sangrientas. El gran salto adelante de China costó decenas de millones de muertos, el maoísmo de Pol Pot mató al 25% de la población de Camboya, la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso fue la más cruel y sanguinaria de América Latina.

En todo caso, el monopolio de la verdad comunista hizo crisis. Se rompió con la obediencia al PCUS y después de China, la Albania de Enver Hoxha, Yugoslavia, y la izquierda nacida en el Mayo francés de 1968 pusieron en crisis la autoridad de esta Iglesia.

Florecieron otras revoluciones que, desde el punto de vista de los militantes de izquierda arcaicos, eran fruto de “desviaciones burguesas”, estaban prohibidas en los países del “socialismo real”. El escándalo del supuesto hijo de Volodia Teitelboim en Chile, reconocido por orden del partido para evitar que se conozca la infidelidad de la esposa de uno de sus dirigentes, la monogamia estricta, el rechazo a los homosexuales que fueron perseguidos de manera brutal en Cuba, fueron otros tantos elementos que alejaron del comunismo a las nuevas generaciones.

Los jóvenes occidentales, especialmente de los países del norte, defendían transformaciones radicales que rechazaban las dos Iglesias conservadoras, la católica y la comunista.

Durante los sesenta se desarrollaron en América Latina las ciencias sociales, bajo la sombra de un marxismo que Louis Althusser elevó a la categoría de ciencia. *Para leer el capital*, *La revolución teórica de Marx* y otros textos de este filósofo se convirtieron en evangelios de una nueva religión sectaria. El libro más editado de esos años fue el *Manual de materialismo histórico*, de su discípula Marta Harnecker, un catecismo simplón que ponía al marxismo al alcance de los niños.

En ambientes controlados por los comunistas hablar inglés era sospechoso: podía ser indicio de relaciones con la CIA. Los más ortodoxos nos veían mal a quienes oíamos a los Beatles y respaldábamos los “desviacionismos” capitalistas: los derechos civiles, los derechos humanos, la revolución sexual, la ecología, el feminismo, la defensa de la diversidad.

Los revolucionarios latinoamericanos eran, en general, conservadores y solemnes. Era de buen gusto ser “teóricos” y trascendentes, distintos de los hippies y los rockeros que, según algunos, expresaban los aspectos más decadentes de un capitalismo que estaba por desaparecer.

La raíz de la revolución estaba en el pensamiento de José Carlos Mariátegui y César Vallejo, no en la música de Janis Joplin o de “sus satánicas majestades”, los Rolling Stones. El mensaje revolucionario venía con “los heraldos negros que nos manda la muerte” y no con las guitarras de Woodstock. Nos debía doler el proletariado y proclamar que queríamos ofrendar nuestras vidas para construir al nuevo hombre socialista.

Digo hombre, porque el feminismo era visto como una desviación y las mujeres no tenían espacio. En la URSS y en los países del Este estaban excluidas de la vida pública. Ni siquiera se conocían los nombres de las primeras damas o de las esposas de los líderes del partido o del Estado. Ni qué hablar de mujeres que sean elegidas secretarias generales de los partidos comunistas o primeras ministras de las democracias populares.

Vietnam

En los años sesenta florecieron revoluciones que estaban más allá de la política como se la entendía tradicionalmente y dejaron una profunda huella en Occidente. Desde el punto de vista de los militantes tradicionales de la izquierda eran “desviaciones burguesas”, que se perseguían en los países

socialistas. Desde el punto de vista de muchos jóvenes occidentales, la revolución consistía más en estos cuestionamientos que en la lucha de clases.

No promovían una revolución socialista. La palabra sonaba bien, aludía a solidaridad y oposición al orden establecido, pero querían un cambio más profundo. Pretendían cuestionarlo todo, desde su vida sexual, hasta los límites de la realidad. Un lema de la revolución del Mayo francés fue “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Los mayores no lo tomaron en serio, pero esa revolución desató los sueños de los jóvenes.

En el vértigo de ese momento fue difícil percibir que los cambios que buscaban eran desordenados, contradictorios, incompatibles entre sí y que los regímenes comunistas también se derrumbarían con ese mensaje revolucionario. La libertad era incompatible con las dictaduras de una Europa del Este invadida por el Ejército Rojo, y con una visión masoquista de la vida propia de la izquierda ortodoxa y el catolicismo oscurantista.

Es difícil explicar los procesos sociales con una causalidad lineal. El nuevo elector es así porque el mundo cambió y el mundo es como es porque los seres humanos se hicieron distintos. Todo se alteró y a partir de los ochenta bastantes tesis que eran subversivas se volvieron parte del sistema. La mayoría aceptó los cambios que venían de los países del norte a los del sur y de las ciudades a las zonas rurales.

Pero la confusión fue enorme: algunos izquierdistas asumieron con fanatismo ideas liberales, apoyando al mismo tiempo a dictaduras militares del Caribe que violaban todas las libertades.

Las dictaduras proletarias fueron incompatibles con los ideales de libertad de los revolucionarios que rechazaban en las calles la invasión de Vietnam y querían vivir un mundo mejor.

Se mezclaron revoluciones libertarias, estatistas, de la *new age*, terroristas y otras. Todos rechazaban el sistema y la invasión de Vietnam desde distintos ángulos. En 1968, Mick Jagger participó en Londres de las protestas en contra de la invasión a Vietnam. Su banda, The Rolling Stones, cumplió un papel central para promover los cambios de la época, al igual que Pink Floyd, una de las mayores expresiones de la rebeldía de jóvenes que “no necesitaban educación” y “no querían ser un ladrillo más en la pared”.

Cuando miles de alemanes destrozaron el muro construido por los comunistas, Pink Floyd interpretó un concierto sobre sus ruinas. La pared opresora de su obra, que originalmente se refería a la familia y las costumbres de la sociedad burguesa, terminó siendo símbolo del totalitarismo comunista. La película y el disco *The Wall* fueron polémicos, prohibidos en algunos países por subversivos.

Los artistas coincidían con Fidel Castro en el rechazo a la invasión de Vietnam, pero nunca habrían apoyado los fusilamientos masivos de “contrarrevolucionarios”, ni la masacre orquestada por los maoístas camboyanos, ni los atentados terroristas de la banda alemana Baader Meinhof.

Buena parte de América Latina fue gobernada por dictaduras militares enfrentadas a movimientos guerrilleros que tenían un aura ética. Los jóvenes del norte vivían en democracias en las que podían luchar por nuevos valores que

parecían sospechosos a la izquierda tradicional, y que los habrían llevado a la cárcel en Rusia, China, Libia o Cuba.

La paz fue en lo que coincidían todas las revoluciones. En Vietnam se enfrentaban un gigantesco Goliat imperialista con un pequeño David socialista. Cuando el general Vo Nguyen Giap apareció con sus guerrilleros cerca de la embajada americana en Saigón, los revolucionarios del mundo celebraron el acontecimiento. En Chile, los Quilapayún compusieron canciones en homenaje al tío Ho y muchos estudiantes coreábamos su letra “Águila negra, ya caerás, el guerrillero te vencerá...”.

Parecía que los jóvenes del norte estaban del mismo lado, pero no era exactamente así. Cuando los hippies coreaban *peace, flowers, freedom, happiness*, querían que terminase la invasión norteamericana, pero no pensaban en el comunismo. Estaban en contra de esa guerra y de todas las guerras.

Cuando terminó la guerra pocos occidentales supieron lo que ocurrió en Indochina. La televisión internacional se fue con las tropas norteamericanas y la región desapareció de los medios mundiales. Se instalaron gobiernos comunistas en Laos, Camboya y Vietnam. Los Jemeres Rojos realizaron una masacre espantosa que solo terminó cuando Vietnam se vio obligado a invadir Camboya para detener la locura maoísta.

Por una ironía de la historia, los países símbolo de la lucha en contra del imperialismo se convirtieron en economías capitalistas ortodoxas y alcanzaron un buen nivel de desarrollo.

La izquierda no denunció los excesos de Pol Pot. Tuvo la complicidad atávica de encubrir “hechos negativos” que

podrían afectar la imagen de una revolución, cualquiera que fuera. Habían muerto millones de personas, pero solo eran burgueses y explotadores que no valía la pena defender. Además, el imperialismo podía usar esa información para desestimular a la izquierda. Era mejor callar.

LO ESOTÉRICO PRETENDE AMPLIAR LA REALIDAD

Los jóvenes ansiaban ampliar desde todos los ángulos los horizontes de lo que existía. Parecía que existían otras realidades a las que era posible acceder desde varios caminos, como una sexualidad libre o investigando acerca de civilizaciones ancestrales. *El retorno de los brujos*, de Louis Pauwels y Jacques Bergier, publicado en 1960, se convirtió en un *best seller* que hablaba de pilas eléctricas en Babilonia, discos voladores y civilizaciones alienígenas.

Algunos grupos esotéricos se prepararon para la llegada de la hora zodiacal de Acuario, anunciada por “sociedades blancas”, los hippies del musical *Hair* y toda suerte de sociedades secretas que hacían publicidad en la prensa, como los Rosacruces. Los mitos acerca de las horas zodiacales fueron parte de esa intención de ampliar los límites de la realidad.

Según sus seguidores, la tierra da una vuelta alrededor del sol una vez cada 365,25 días. Si se observa este movimiento desde nuestro planeta, parecería que es el sol el que da una vuelta cada año, superponiéndose con las doce constelaciones del zodíaco.

Cada era recibe el nombre de la constelación en la que se sitúa el sol en el solsticio de la primavera del norte (20 o 21 de marzo). Si el eje de la tierra fuese estático, esa constelación sería siempre la misma, pero el eje del planeta se mueve, describiendo un círculo completo cada veintiséis mil años. Si dividimos esos veintiséis mil años para las doce constelaciones, sabremos que el sol apunta a la misma constelación durante dos mil cien años, al cabo de los cuales apunta a otra que da su nombre a la “hora zodiacal”.

No todos los astrólogos se pusieron de acuerdo en cuál era el año en que se iniciaría la era de Acuario, pero iba a ser en ese período. Según quienes creen en esos mitos, alrededor de 1968 terminó la hora de Piscis cuyo avatar había sido Jesucristo. La edad de Acuario se iniciaba cuestionando la ética cristiana, como hizo Jesús, avatar de Piscis, que criticó la ética de Moisés, reemplazando al cordero deshuesado que comían los judíos, con el pescado de los cristianos. Ahora había llegado la era de Acuario en la que la fuerza del agua iba a destruir todas las prohibiciones.

Como casi todo lo que tiene que ver con la astrología, la astronomía no avala estas creencias, pero los mitos alentaron algunas locuras de la época. Según la Unión Astronómica, las constelaciones zodiacales no son doce y no pasa nada con la era de Acuario, pero eso solo tenía que ver con la burda realidad.

Los seres humanos habitamos en realidades que creamos con nuestros mitos. Las teorías de *El retorno de los brujos* se difundieron a través de *Planeta*, una revista editada por L. Pauwels en Buenos Aires, que hablaba de platillos voladores,

magia, mundos perdidos, la Atlántida y verdades alternativas tanto más creíbles cuanto más insólitas.

Los ovnis y el marxismo tuvieron su maridaje. El camarada J. Posadas lanzó manifiestos desde Mendoza (Argentina), y formó células de su organización por toda América Latina. La Cuarta Internacional Posadista decía que los tripulantes de los platillos voladores venían de sociedades con un “alto desarrollo de las fuerzas productivas”. Los habitantes de esos planetas que vivían en sociedades tan desarrolladas debían ser marxistas y además trotskistas, porque esa es la forma más elevada del pensamiento político. Posadas había contactado con tripulantes de los ovnis y transmitía sus mensajes al continente. Es gracioso revisar la lista de personas que fueron militantes del posadismo y ocuparon después posiciones importantes en el continente. Todo parecía posible, incluso teorías que ahora pueden sonar absurdas.

Algunos de esos mitos fueron recogidas por el “socialismo del siglo XXI”. Hugo Chávez dijo en un discurso que el capitalismo había acabado con la vida en Marte. Cuando la gente rio, se puso serio y contó que lo sabía de primera mano. Su fuente era el hijo de J. Posadas, que mantenía contacto con los alienígenas.

Los jóvenes tenían la impresión de que el orden establecido, la CIA, el imperialismo, ocultaban todo: datos sobre las masacres en Vietnam, sobre los ovnis, sobre el LSD, y todo lo que podía hacer más hermosa la vida. Muchos jóvenes creían que la lucha en contra de lo establecido pasaba no solo por Vietnam, sino por fomentar todas las transgresiones para realizar la vieja frase de Mijaíl Bakunin: “Que la libertad del

otro no sea el límite de mi libertad, sino que permita que mi libertad se proyecte hasta el infinito”.

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

El sexo fue el epicentro de la crisis de autoridad, alterando las relaciones entre padres e hijos y culminando con la política. A fines de los años cincuenta se difundió la píldora anticonceptiva, los adolescentes revolucionarios de los sesenta eran hijos de las primeras mujeres que la usaron de manera masiva.

La mujer conquistó el derecho de vivir una sexualidad más libre que la permitida por la sociedad conservadora. Hasta los años sesenta, se suponía que una mujer “decente” no debía sentir placer sexual. La esposa estaba para cumplir con sus “deberes” permitiendo que el marido desfogue sus “bajos instintos”. El matrimonio era un contrato que establecía obligaciones, no el encuentro de dos seres humanos para encontrar placer.

El sexo era algo negativo que había que soportar para reproducirse. Se debatía todavía si podía ser pecado que el hombre sienta placer cuando cumplía con el deber de reproducir. En el caso de las mujeres, el tema no tenía discusión: era pecado.

Aparecían en la publicidad imágenes eróticas femeninas que pretendían atraer a los hombres para que consumieran ciertos productos. Los eventuales clientes eran hombres que estaban obligados a sufrir el impacto de esa publicidad porque un “verdadero macho” debía ir detrás de toda mujer que se le

insinuara. No se usaban elementos eróticos masculinos porque las mujeres eran “decentes” y no debían tener fantasías eróticas. Un discípulo de Sigmund Freud, Wilhelm Reich, había hablado, años atrás, de la “función del orgasmo”²¹ como arma de liberación y semilla revolucionaria. Tuvo poco eco. En ese entonces, cuando una mujer hablaba del orgasmo, era considerada ninfómana.

Se creía que era un ser puro que debía llegar virgen al matrimonio. Los hombres, en cambio, podían vivir su sexualidad paralela con prostitutas y mujeres a las que despreciaban, mientras su amada se conservaba intacta, hasta el día en que vestía de blanco para que su padre le entregue a su nuevo amo. Un hombre que se preciara de ser tal debía tener varias mujeres. Una mujer que actuara de la misma manera era considerada prostituta.

El machismo fue una constante en la historia de la especie que los occidentales estamos superando. La mujer ha sido discriminada en la mayoría de las culturas del pasado y sigue siéndolo en muchas sociedades contemporáneas.

Los países islámicos, de África y Oriente, son, en general, falócratas. Los profetas y los dioses fueron todos hombres. David tuvo que llevar los prepucios de cien filisteos al rey Saúl para que le otorgue la mano de su hija. Los teólogos se estremecieron con la sola idea de que el Espíritu Santo sea mujer como lo sugirió Juan Pablo II. Actualmente se realiza una campaña para impedir que sigan cercenando el clítoris a las mujeres por prejuicios culturales y religiosos en África y Asia.

La revolución sexual de los sesenta cambió todo. Los occidentales ya no censuran a la mujer porque tiene deseos sexuales. En la publicidad se usan elementos eróticos masculinos para atraerlas. La mujer trabaja, produce, gana, compra, es una protagonista de la vida en las sociedades de libre mercado.

Cada vez se igualan más los derechos de hombres y mujeres. Se piensa que “si las mujeres deben llegar vírgenes al matrimonio, los hombres también deberían hacerlo”, o más bien que la virginidad es una antigua. Los estudios dicen que los hombres y mujeres occidentales se inician temprano en la vida sexual. Es normal que la mujer tenga sexo con su novio.

La fidelidad conyugal es un valor con matices. Los occidentales se horrorizan cuando saben que en los países islámicos entierran hasta los hombros a la mujer infiel, para que sus hijos, parientes y vecinos les rompan el cráneo a pedradas. En Occidente, hijo de la revolución de los sesenta, es impensable algo así.

Otro tanto pasó con el tema de la homosexualidad. Hasta los sesenta estaba perseguida. Las leyes la condenaban. Hitler, Castro, Francisco Franco, los comunistas y la Iglesia persiguieron a los homosexuales. Actualmente hay niveles crecientes de permisividad. En toda ciudad importante existe un barrio gay. La discriminación por preferencia sexual es vista como una actitud primitiva.

Perdió vigencia el don Juan que estudió Freud, homosexual reprimido, homófobo, que se casaba varias veces para llamar la atención, se exhibía constantemente con distintas mujeres,

inventaba romances y vivía una vida angustiada y agresiva por el miedo a sus propias pulsiones.

Existe un desarrollo interesante del tema en la obra autobiográfica de Fernando Gabeira que, en *¡A por otro compañero!*, *El crepúsculo del macho* y *Hóspede da utopia*, explica su evolución desde el guerrillero machista, duro, implacable, hasta el activista del movimiento gay en que se convirtió al volver a Brasil en 1979. Gabeira es un subversivo típico, que vivió las contradicciones de las revoluciones que hemos mencionado.

En el espacio entre el marxismo y las otras revoluciones, hubo autores que cobraron vigencia con la revolución del Mayo francés. Herbert Marcuse difundió su teoría acerca del consumismo y la relación de la liberación económica con la liberación sexual. La línea inaugurada por Wilhelm Reich culminó en esos años con David Cooper y Ronald Laing fundadores de la antipsiquiatría. El freudismo marxista tuvo impacto en la Argentina, en donde Marie Langer publicó la revista *Marxismo, Psicoanálisis y Sexpol*, y otros autores, como Eduardo Pavlovsky, produjeron una literatura interesante.²²

Todos plantearon que no cabía revolución política sin revolución sexual. *La muerte de la familia*, de David Cooper, fue el texto emblemático de esta posición.

El sexo se desmitificó, el desnudo se integró al teatro y al cine común, las comunas hippies, la vida sexual de San Francisco, especialmente en Haight-Ashbury, transformaron a muchos jóvenes.

LAS DROGAS

Las drogas se masificaron. No tenían una historia importante en la sociedad norteamericana. Recién las declararon ilegales en Estados Unidos cuando el movimiento hippie estaba en auge. En 1937, algunos estados aprobaron una legislación antimarihuana que el Congreso Federal ratificó en 1938. En 1970 Nixon firmó el Acta de Sustancias Reguladas que unificó más de cincuenta leyes federales sobre narcóticos, marihuana y drogas peligrosas para impedir su importación y distribución en Estados Unidos.

Cuando los Beatles grabaron *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* y filmaron *El submarino amarillo*, en la que una de las canciones, “Lucy in the Sky with Diamonds” (LSD), alude al ácido lisérgico. La banda produjo algunas obras para ser escuchadas bajo el efecto de estimulantes. Ciertas piezas como “Number Nine” no las comprende quien esté en sus cabales.

Emmett Grogan, fundador de los Diggers, uno de los grupos hippies más importantes de San Francisco, hizo una defensa apasionada de las drogas en su autobiografía. El libro ayuda a comprender el Haight-Ashbury de esos años. Grogan, como varios personajes del *underground*, murió por una sobredosis de heroína en 1978. Pasó lo mismo con otros ídolos como Brian Jones de los Rolling Stones, Keith Moon de The Who, Mama Cass de The Mamas and the Papas, John Bonham de Led Zeppelin, Tommy Bolin de Deep Purple, Janis Joplin y Jim Morrison de The Doors. Los ídolos de los jóvenes eran delincuentes que debían ser perseguidos para la ética tradicional.

Las drogas impactaron en esa generación. No solo muchos ídolos juveniles murieron con sobredosis, sino que otros quedaron mentalmente destruidos. Eso conmovió a algunos otros que produjeron una obra inquietante.

Tal vez uno de los más interesantes se produjo a propósito de la biografía de Syd Barrett, el genial fundador de Pink Floyd, fundido por la droga, al que sus compañeros homenajearon con canciones como “Shine on You Crazy Diamond”, “If you Wish You Were Here” y “Brain Damage”. El aniquilamiento mental de Barrett está presente en toda la obra de esta banda, con letras que es interesante estudiar.

Timothy Leary, el apóstol del LSD, fue otro de los personajes icónicos del momento. Inicialmente fue un psicólogo, profesor de Harvard, que empezó a experimentar con LSD cuando la droga recién apareció y se sabía poco sobre ella. Después, estudió los efectos de los hongos alucinógenos en México. Administró drogas a personajes importantes del mundo intelectual como Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Arthur Koestler y Aldous Huxley que se prestaron para sus experimentos. En 1965 sorprendieron a su hija introduciendo marihuana desde México. Él asumió la responsabilidad y fue condenado a treinta años de prisión. Recuperó su libertad en 1969 al declararse inconstitucional la ley en contra de la marihuana.

En ese año Ronald Reagan se postuló para la gobernación de California. Leary, que detestaba a los republicanos, se lanzó como candidato con el lema “Come Together Right Now”, que inspiró a su amigo John Lennon para que compusiera su jingle de campaña, convertido después en una de las canciones famosas de Los Beatles.

Desde su punto de vista, el LSD abría la mente a nuevas posibilidades de percibir la realidad. Cuando estaba por morir escribió un texto en el que se burló de su propia desaparición, *El trip de la muerte*, defendiendo con humor sus puntos de vista. Es interesante su relato acerca de la primera vez que inyectó heroína a Ronald Laing, uno de los principales ideólogos de la antipsiquiatría.

El uso de la marihuana y otros estimulantes, que se generalizó a partir de los sesenta, fue un fenómeno nuevo en Estados Unidos y en América Latina.

Desde entonces circuló masivamente entre los jóvenes latinoamericanos. Inicialmente el uso de las drogas se vinculó con una rebeldía que discutieron algunos grupos de izquierda. Para unos, era un invento del imperialismo para desmovilizar a los jóvenes y detener a la revolución. Para otros, eran un instrumento que servía para ir en contra del orden establecido y percibir nuevas realidades.

En todo caso, en los medios intelectuales terminó siendo de buen gusto tener una posición abierta ante los estimulantes. La desmitificación de las drogas fue parte de las “otras revoluciones” que cuestionaban el sistema. El LSD fue reemplazado después por la cocaína y los hongos alucinógenos que se difundieron también gracias a la literatura de Carlos Castañeda.

La idea de que se debían expandir los límites de la realidad y de que las drogas ayudaban para hacerlo fue el fundamento “teórico” de esas posiciones. Mientras los jóvenes norteamericanos “volaban” con LSD, los latinoamericanos usaban hongos alucinógenos, peyote, San Pedro y otras

sustancias vinculadas a culturas indígenas. Algunos mezclaron el marxismo con el chamanismo, y otros plantearon una versión psicodélica de la subversión. En todo caso, las drogas tuvieron un contenido político que se perdió.

Las drogas perdieron su encanto ideológico. La marihuana no es la aberración que desesperaba a los conservadores, ni la puerta de acceso a un mundo nuevo en el que creían otros. Nadie piensa que puede descubrir un mundo alternativo al capitalismo fumando un pito/porro de marihuana. Muchos jóvenes no tienen un miedo mágico de las drogas, pero conocen sus peligros. El uso del éxtasis y de otros estimulantes químicos se ha generalizado, pero no son frecuentes las muertes por sobredosis de esas drogas. Sin embargo, son parte de la realidad cotidiana de muchos jóvenes y uno de los temas que les interesan.

La utopía de expandir los límites de la realidad con la droga tuvo costos. Miles de jóvenes se “quedaron” del otro lado y perdieron contacto con lo real. Otros terminaron con el cerebro destruido, como Syd Barrett, o murieron en Free Street, la avenida de Katmandú en la que, hasta hace poco, fueron legales fumaderos de todo tipo. Miles de militantes que participaron en las revoluciones juveniles de los sesenta, especialmente en Europa, terminaron su vida tirados en las calles de la capital de Nepal.

LA LITERATURA

En los sesenta la literatura latinoamericana vivió una época de oro que se inició con Jorge Luis Borges y llegó a su cumbre

con una larga lista de escritores sobresalientes. Fue el “boom” de autores latinoamericanos con Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Ernesto Sabato, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Leopoldo Marechal, Bryce Echenique, José Lezama Lima, Carlos Castañeda y una larga lista de autores que nos conmovían todo el tiempo con sus obras. No está claro por qué hubo tal efervescencia intelectual en esos años, sin precedentes ni continuidad.

Mario Vargas Llosa, identificado inicialmente con la izquierda, publicó sus primeras novelas *La ciudad y los perros* en 1962, *La casa verde* en 1966 y *Conversación en la catedral* en 1969. La obra se complementó con novelas como *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *La guerra del fin del mundo* (1981). Julio Cortázar publicó *Historias de cronopios y de famas* (1962) y *Rayuela* (1963). En 1967 Gabriel García Márquez publicó en Buenos Aires *Cien años de soledad*, y Leopoldo Marechal, *El banquete de Severo Arcángelo* en 1965, por nombrar solamente algunos títulos.

Los jóvenes latinoamericanos estaban entre el conservadorismo de las élites católicas y marxistas, y el aluvión de heterodoxias más grande de la historia de Occidente. Desaparecieron concepciones simplonas de la sexualidad, de Jorge Isaacs, Juan León Mera, Hugo Wast. Eran contemporáneas de la cigüeña, incompatibles con Woodstock.

La literatura “comprometida” del realismo socialista, patrocinado por los soviéticos, produjo textos intrascendentes. Hubo, desde luego, excepciones como los poemas de Nikola Vaptzarov. Para los jóvenes occidentales, el paraíso socialista rodeado de guardias que mataban a quien quiera cruzar el Muro de Berlín parecía algo cercano al infierno.

Si el tema de nuestra reflexión fuese la literatura, podríamos dedicar muchas páginas a la obra de escritores que admiramos, pero queremos referirnos a quienes alentaron las “otras revoluciones”. Más allá de su interés literario, nos interesa su impacto en la destrucción de los valores de esa época.

La mayoría de los textos de los escritores norteamericanos de la generación beat se tradujeron y llegaron un poco tarde a América Latina. Sus ideas llegaron antes con el rock. En Latinoamérica no hubo un equivalente de estos autores que plantearan tan abiertamente una subversión integral.

En Estados Unidos William Burroughs, Jack Kerouac, Allen Ginsberg, y Timothy Leary fueron los héroes de la generación contestataria. En 1953, Burroughs publicó *Yonqui*, una novela acerca de sus experiencias con la heroína. La edición del libro le trajo problemas con la ley, fue acusado de hacer apología del uso de la droga. Seis años más tarde publicó *El almuerzo desnudo*, en el que hace un viaje por el mundo de la droga, mezclando alucinaciones, pesadillas, delirios poético-científicos, erotismo y perversiones. La novela tuvo gran impacto. Su publicación le significó un juicio por obscenidad que no le impidió completar la trilogía con *The Soft Machine* y *Nova Express* en 1964.

Jack Kerouac inició su obra en esta misma línea, con la novela *The Town and the City*, en la que contrapuso los valores agresivos y fríos de la ciudad, con los del mundo rural en que nació. El texto se convirtió en ideario de la generación beat, que añorando la vida rural se expresó en la comuna “hippie”, que quiso recuperar valores que se perdieron con la urbanización. Después, Kerouac vagó por la Unión Americana acompañado de Neal Cassady, protagonizando experiencias

que publicó en *On the Road*, donde relata un periplo en el que se rompieron todas las normas. La velocidad extrema, las drogas, la sexualidad desatada son los temas de esta obra, tal vez la más conocida de este género en América Latina.

Los temas de esta literatura fueron recurrentes. La droga como algo que expande la percepción de la realidad, la homosexualidad, el sexo en grupo y otras situaciones que potencian las sensaciones del cuerpo.

LA POESÍA

El poeta Allen Ginsberg fue el padre espiritual del Flower Power y uno de los militantes más activos en contra de la guerra de Vietnam y por los derechos de las minorías étnicas, sexuales y religiosas. Ginsberg alzó su voz cuando los derechos civiles eran un tema tabú y en los estados del sur se practicaba la segregación racial. Fue el tiempo de grandes movilizaciones encabezadas por Martin Luther King, que murió asesinado en 1968.

El poeta fue el modelo del antihéroe de una generación que quería romper todas las reglas. En los cincuenta se trasladó a San Francisco y se juntó con otros escritores de la generación beat que buscaban visiones alternativas de la vida, rechazaban el pasado y toda forma de autoridad u organización social.

Entre los líderes de las bandas de rock estuvieron importantes poetas, entre los que se destacaron Bob Dylan, que ganó el Premio Nobel de Literatura, y Jim Morrison, líder de la banda The Doors, autor de una amplia producción, en la que destaca *An American Prayer*.

La revista de poesía *El Corno Emplumado*, dirigida por Margaret Randall, editada en México con textos en inglés y en castellano, fue una de las publicaciones más importantes del *underground*. Randall vivió en San Francisco, donde conoció a Emmett Grogan y a otros líderes del movimiento “hippie”. Su libro *Los hippies* permite comprender ese mundo. Activista fervorosa en la lucha contra la guerra de Vietnam, renunció a la ciudadanía norteamericana y pasó a vivir en México, en donde fundó la mencionada revista.

En ella convocó a gente tan diversa como Ernesto Cardenal, los poetas dadaístas colombianos, Allen Ginsberg, Timothy Leary y todos los que quisieran cuestionar la vida desde cualquier ángulo, siempre que fueran muy radicales. La norma fue no respetar las normas y ser irreverente. El poemario *El señor T. S. Eliot ha muerto, los poetas nadaístas de Colombia invitan a un té canasta por su eterno retorno* es una muestra del pensamiento que nació entre la poesía frenética y polifacética de las múltiples revoluciones.

Hemos citado solamente los nombres de algunos de los líderes más conocidos de la contracultura. Tuvieron en común su marginalidad, la apología de las drogas, la apología de una sexualidad prohibida por la sociedad, la búsqueda de nuevos mundos y sensaciones, su oposición a la guerra de Vietnam, la lucha por la paz, los derechos civiles y los derechos de las minorías.

EL ROCK

Las revoluciones contaron con una herramienta de comunicación que apareció en el siglo XX y se hizo masiva: la música. El rock, las bandas, los festivales, los musicales convocaron a millones de personas, difundieron masivamente mensajes y corroyeron los viejos valores con el mensaje de cambio.

La actitud del público en los conciertos de rock no es la de quienes asistían a los espectáculos tradicionales. El concierto formal o la ópera clásica expresaban la estructura de poder de la antigua sociedad. Un público en silencio escuchaba extasiado al virtuoso, en una relación vertical. La distancia entre el que sabe y el que no sabe era absoluta. El público permanecía inmóvil, el artista era dueño del escenario, nadie podía producir ningún sonido.

En el concierto de rock los asistentes gritan, saltan, silban, cantan a gritos con el artista. Cuando un virtuoso como Ian Anderson de Jethro Tull interpreta la flauta, es difícil escucharlo con tanta algarabía. El rock está para movilizar, para integrar a los asistentes. Expresa un mundo en el que hasta para oír música los asistentes se comunican con imágenes y el movimiento de sus cuerpos.

Muchos de los que cambiaron el mundo se expresaron a través de la música. No fueron escritores formales, no redactaron manifiestos, ni declaraciones de principios. En realidad, tampoco defendían un proyecto para construir una nueva sociedad, sino que criticaban a fondo el orden establecido. Era claro que mantenían tesis progresistas y eran solidarios con los más débiles. Un concierto como “We are the World”, organizado por Michael Jackson para combatir el hambre de los niños de África, solo pudo ser organizado por

artistas occidentales. Ese tipo de actividades no se dan en otras culturas.

El rock apareció en los cincuenta vinculado a ritmos de origen afro como el blue, el góspel y la música country. Siempre fue contestatario. Al principio el movimiento del cuerpo de Elvis Presley, demasiado erótico para la moral de la época, hizo que lo enfoquen solo de la cintura para arriba en programas de televisión, como el de Ed Sullivan. Los jóvenes adoptaron con entusiasmo las transgresiones que liberaban su cuerpo. Les parecían más interesantes si con eso se aterraba su abuelita. El ritmo se difundió en todos los países de Occidente.

Los Beatles se convirtieron en voceros de una nueva generación. El conjunto, integrado por jóvenes de extracción popular de Londres, empezó tocando en bares marginales de Hamburgo. Vueltos a Inglaterra iniciaron su carrera a la fama en La Caverna, un club de jazz de Liverpool del que salieron también otros conjuntos famosos. Ringo Starr nació en un barrio obrero de Londres, Harrison era hijo de un chofer de bus, Lennon fue abandonado por su padre, un marino de mala reputación que después se aprovechó de su fama para armar escándalos y sacarle dinero.

La carrera del grupo fue meteórica. Se hicieron famosos en tres años, desde 1962 en que su canción “Love me do” los puso entre los veinte conjuntos más populares de Inglaterra. En febrero de 1964 llegaron a Nueva York, siendo muy jóvenes, todos tenían menos de veinticinco años. El nombre de la banda surgió de un juego de palabras inventado por Lennon entre “beat” (latido, golpe) y “beetle” (escarabajo). Aludía también a la generación contestataria norteamericana de la cultura “beat”.

En 1965, apareció el disco *Help* y Lennon publicó dos libros: *John Lennon in his Own Write* y *A Spaniard in the Works*, que fueron *best sellers* en ambos lados del Atlántico. La reina de Inglaterra les concedió la condecoración de la Orden de Miembros del Imperio británico reservada para héroes de guerra. Algunos militares que la habían recibido se indignaron y devolvieron sus medallas; no querían compartir ese honor con cuatro músicos sin valores morales. Lennon dijo que prefería que premiaran a quienes divertían a la gente, y no a los que se creían héroes porque mataban. Los Beatles, y en especial Lennon, se comprometieron con la causa de la paz, un valor de los nuevos tiempos.

Los músicos se ufanaron de usar drogas, jugaron con el nudismo, hablaron de la libertad sexual, lucharon por la paz e introdujeron elementos de culturas orientales en Occidente. Aunque la banda se disolvió en 1970, su música sigue vigente. Lennon, el más político y polémico de ellos, promovía una cruzada por la paz en el mundo cuando fue asesinado por un demente en diciembre de 1980. El lugar del crimen, en el Central Park de Nueva York, se convirtió en sitio de romería para sus devotos.

A pesar de sus transgresiones, los Beatles fueron los “buenos” que aparentemente competían con otras bandas que jugaban a ser los malos, como The Rolling Stones. Envueltos en escándalos por fumar drogas en público y transgredir otras normas, los Stones se hicieron famosos cuando, liderados por Mick Jagger y Keith Richards, realizaron su primera gira por Gran Bretaña en 1963. En 1967 sacaron el álbum *Between the Buttons*, en el que hicieron una elegía de las drogas que

coincidió con un escándalo en el que detuvieron a Jagger y Richards por posesión de cocaína.

Cuando los Beatles editaron *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band*, los Stones sacaron *Their Satanic Majesties Request* que inició la leyenda de la vinculación del rock con el satanismo, reforzada después por la obra de Black Sabbath.

Su videoclip *Símpatía por el diablo* es importante para comprender la cultura rock y su quiebre con la tradicional. Algunos que no entendían lo que ocurría creyeron que el diablo de los Rolling era un señor malísimo, el del *Malleus Maleficarum* de los cristianos, que hurgaba en las sábanas de la gente para hacerla pecar. Pero el Lucifer de los Rolling era menos lóbrego y más divertido: un símbolo para reírse del orden establecido. En una de las primeras presentaciones de *Símpatía por el diablo* se puede ver a Lennon, Yoko Ono y Ringo haciendo muecas y riéndose mientras bailan entre el público.

Algunas bandas como Black Sabbath jugaron a ser demonólatras, pero tenían la misma actitud. En realidad, no veneraban al diablo católico, sino que lo usaban como símbolo para asustar a los antiguos de una manera más violenta que los Rolling.

Algunos conservadores creyeron que su diablo organizaba conciertos, mandaba mensajes que se descifraban oyendo al revés algunas canciones, pero es ridículo interpretar el rock con mentalidad medieval. Fueron actos simbólicos de transgresión producidos por jóvenes que querían reírse de sus mayores; nunca leyeron textos eclesiásticos, organizaban bailes de disfraces para reírse de brujas y demonios.

Muchas bandas y conjuntos siguieron el juego. Hemos mencionado solo a varios de los más influyentes. La revolución se difundió a través de las guitarras eléctricas, las baterías y las voces de centenares de grupos. Era un nuevo tipo de revolución cuyas proclamas eran canciones, que se oían en conciertos y no en manifestaciones.

El gran evento del rock contestatario tuvo lugar el 21 de agosto de 1969, cuando medio millón de jóvenes participó en el concierto de Woodstock, un prado cercano a la ciudad de Nueva York. Los organizadores calcularon que asistirían cincuenta mil personas, pero llegaron más de medio millón, que integraron una multitud envuelta en una nube de marihuana que se olía a varios kilómetros a la redonda.

Los asistentes constataron que los que estaban en contra de la guerra de Vietnam y querían vivir en una sociedad alternativa eran muchos. Setenta y dos horas de rock, drogas, nudismo y fiesta sin normas terminaron sin ningún muerto, ni un herido, a pesar de que la policía no ingresó y todo estuvo en manos de los jóvenes.

Woodstock fue una de las primeras manifestaciones masivas de los jóvenes en contra de la guerra de Vietnam. Los vietnamitas ganaron la guerra por su heroísmo, pero también gracias al apoyo de la opinión pública norteamericana, sensibilizada por la movilización juvenil. Woodstock tuvo un papel fundamental en ese proceso.

Más que un concierto fue una manifestación por la paz, en contra de la segregación racial, por la revolución sexual, por los derechos civiles. El “festival de las flores” consagró al

movimiento hippie como una alternativa capaz de transgredir las normas sin provocar violencia.

Se presentaron músicos poco conocidos en ese momento, como Carlos Santana, que interpretó en “Soul Sacrifice” un diálogo genial entre su guitarra y la batería de Mike Shrieve, que contaba con dieciséis años. Murió un año después por sobredosis.

También se presentaron artistas consagrados. Cantó Joan Baez, “la reina de la canción protesta”, que había sido compañera de Bob Dylan en la lucha contra la guerra. Baez, aunque identificada con las tesis revolucionarias, se hizo famosa por su declaración: “La diferencia entre la izquierda y la derecha es la misma que existe entre la mierda de perro y la mierda de gato”.

Sería largo citar a todos los músicos que tocaron en el festival. Casi todos fueron famosos muy jóvenes y algunos murieron víctimas de sobredosis, como Jimmy Hendrix y Janis Joplin. En todo caso, Woodstock fue el punto de partida para otros festivales y reuniones que agruparon a un nuevo tipo de activistas.

En 1970 se realizó el festival de la isla de Wight que evidenció las contradicciones entre el contenido subversivo del mensaje de los artistas y la posición económica a la que habían llegado. Varios se habían convertido en millonarios. El público atacó a los organizadores acusándolos de manipular a la gente cantando música contestataria cuando lo que querían era hacer dinero. Dijeron que no se debería cobrar la entrada si cuestionaban a la sociedad capitalista. Los organizadores argumentaron que, si no cobraban, no se podrían hacer nuevos

festivales. Joan Baez dijo: “Los músicos del rock venimos de fuera, exploramos nuestro interior, morimos en muchos casos en esa exploración y en otros nos desesperamos al ver que, con la fama y el dinero, terminamos dentro del mismo sistema cuya crítica nos llevó al éxito”. El festival de Wight puso sobre la mesa un problema: los rockeros se instalan en el orden establecido como actores de una protesta socialmente aceptada, que es un buen negocio.

Sería muy largo enumerar a todas las bandas que conmovieron a la sociedad en ese momento. Led Zeppelin, Black Sabbath, The Doors, y cientos de autores y discos que formaron parte de la marea revolucionaria.

LOS MUSICALES Y LA *NEW AGE*

Algunas “óperas rock” difundieron nuevas ideas de manera más liviana. Los musicales habían sido un espacio de diversión de masas en Broadway. Algunos tuvieron un gran éxito. En los sesenta y setenta varios difundieron una subversión de valores que cambió a decenas de millones de personas. Mencionamos solo a los que tienen que ver más con esta reflexión.

Hair es la ópera rock que expresa mejor la visión hippie de la vida. Se inicia cuando un grupo de jóvenes quema sus libretas de enrolamiento para no ir a la guerra de Vietnam, mientras cantan a la nueva era y la llegada de la era Acuario en el Central Park de Nueva York. Se encuentra con ellos un joven de Oklahoma que ha ido a la ciudad para unirse al ejército, cuyos valores chocan con los de los hippies.

La obra es un manifiesto impactante en contra de la ética tradicional y de la guerra de Vietnam. Las canciones aluden a la masacre de My Lai, atacan a Lyndon Johnson, la CIA, el FBI y a todo lo que tenga que ver con la guerra. En la canción final, “Let the Sunshine In” mencionan al “querido Timothy Leary”.

Hair se estrenó en octubre de 1967 en Nueva York, provocando una gran discusión. Al final del primer acto todos los actores y actrices bailaban completamente desnudos, lo que asustó al teatro pacato de la época. El desnudo podía estar en los burdeles, pero no tan descaradamente en Broadway.

Sobre la base de esta obra se hizo una película, que tuvo impacto en millones de jóvenes del mundo, aunque para quienes analizan la historia y la política con valores almidonados, los musicales no sean importantes. Sin embargo, es seguro que muchos occidentales cambiaron más sus actitudes viendo este musical que leyendo a Marx.

Hair se presentó en la Argentina en 1971, cuando terminaba el gobierno de Alejandro Agustín Lanusse. Se obligó a los actores a llevar mallas color carne, pero no se pudo evitar el escándalo. Dos años después, algunos fanáticos dinamitaron un teatro para impedir que se presente *Jesucristo Superestrella*. La aparición de un Jesús humano, sencillo, sin pompas imperiales, la insinuación de que María Magdalena pudo estar enamorada de él, la imagen política de Judas, movieron las pasiones de oscurantistas que reaccionaron con violencia. Las canciones que tanto asustaban en ese entonces las cantan ahora los niños en las iglesias.

En respuesta, actrices y actores de *Hair* cantaron en las ruinas del teatro dinamitado la canción con que termina *Hair* “Permitan que brille el sol”.

En 1972, se presentó en Chile *Jesucristo Superestrella*. La cultura oficial de izquierda lo miró con sospecha, mientras la derecha se desgarraba las vestiduras. Para los unos la música políticamente correcta eran los Parra y los Inti-Illimani, guitarra, denuncia y tristeza, no alegría burguesa. Para los otros, la presentación de un Jesús humano era inadmisible.

Desde la perspectiva actual, estos incidentes parecen ridículos. El ciudadano común asiste, con sus hijos comiendo palomitas de maíz, a musicales como *La reina del desierto* y a películas que habrían sido decomisadas por la policía hace cuarenta años. Los nuevos electores viven en un mundo con menos hipocresías.

En 1969, Roger Daltrey y los Who filmaron la ópera *Tommy* protagonizada por un niño que se volvió autista cuando vio que su madre y su padrastro asesinaban a su padre. Al recobrar los sentidos se convirtió en apóstol de una secta que se expandió rápidamente: la religión del pinball. Los fieles obtenían la salvación jugando. La máquina de pinball es Dios, Tommy y sus padres, los profetas. Todo fracasa cuando la gente se percata de que jugar pinball es intrascendente, mata a los padres de Tommy y él escapa a una montaña.

Sustituir a Dios por un juego electrónico fue otra transgresión típica de los sesenta. En el fondo, los artistas se burlaban de las religiones y banalizaban valores místicos que eran el sustento de una ética que pretendían demoler. Roger Daltrey filmó, también, *Lisztomanía*, una película en la que

hizo el papel de Franz Liszt. Las dos fueron dirigidas por Ken Russell.

Cats se estrenó en 1980 cuando declinaba el rol contestatario de los musicales, pero lo mencionamos porque fue el musical con mayor éxito de la historia y también promovía los nuevos valores. Estuvo en cartel más tiempo que ningún otro, tanto en Londres como en Broadway, y en muchos otros sitios.

La música fue de Andrew Lloyd Webber y el libreto se armó con poemas de *El libro de los gatos habilidosos del viejo Possum*, de T. S. Eliot. Cuando se estrenó, vendió cerca de veinte millones de asientos solo en Londres y Nueva York, las ventas anticipadas recaudaron en la Gran Manzana seis millones de dólares.

En 1939, Eliot escribió esos poemas para sus nietos, contando historias sobre personajes gatunos. En 1980 su viuda entregó a Webber un poema no publicado sobre “Grizabella, la gata glamorosa”.

El argumento es simple. Cuando hay luna llena, en cierto mes del año, los gatos se reúnen en un terreno baldío y se convierten en gatos “jellicle” (gatos de gelatina), una mezcla de felinos melosos y mágicos y cantan su biografía.

Conociéndolos, los espectadores entienden que cada gato es distinto. Macavity es gánster, hay gatos felices que son payasos, aquel que duerme en la línea del tren, otro ha envejecido en la puerta del teatro, etc. Para esa noche, cada gato escoge un nombre “jellicle” que ningún otro gato habrá tenido ni podrá tener jamás. Ese nombre es algo único y distinto, como son los propios gatos.

Cats es un himno a la diversidad. Cada gato es como es, su encanto es ser distinto, no existe un modelo de gato. Grizabella, la gata más rechazada, patoja, fea y triste, al final, triunfa y resucita en la noche mágica. Según la obra, nada está prohibido y nada es malo o negativo. La permisividad y la aceptación del otro rigen en un mundo en el que los gatos son felices.

Muchos valores del nuevo elector, de los que hablaremos más adelante, nacen de estas revoluciones. Occidente no sería lo que es sin la aparición de todas estas locuras en la segunda mitad del siglo XX. El culto a lo fugaz, el rechazo del orden establecido y el individualismo se reforzaron con estas manifestaciones culturales.

Los musicales tuvieron mucho público y, a veces, se convirtieron en películas. Difundieron masivamente las ideas contestatarias de los sesenta de manera más divertida y masiva que los seminarios que organizaban los partidos subversivos. Fueron un elemento eficaz de difusión de un huracán anarquizante que carecía de un profeta o de una iglesia que lo conduzca, pero arrasó con muchos valores que habían dado sentido a la vida de los occidentales.

AMÉRICA LATINA

Para la élite de izquierda de nuestros países las cosas estaban claras. Estas revoluciones burguesas eran parte de la descomposición del capitalismo, cuyo colapso era inminente: iba a ser reemplazado por las democracias populares que habían liberado a los países del Este, Cuba China y Corea.

Mientras los jóvenes del norte luchaban para que no hubiera nuevos Vietnam, los militantes de izquierda de América Latina marchaban gritando: “¡Cuál es la consigna que nos dejó el comandante Che Guevara! Crear uno, dos, tres Vietnams...”.

Pablus Gallinazus componía canciones para las FARC de Colombia, mientras los Quilapayún, los Inti-Illimani, los Parra y otros inventaban la música milenaria que entonaban los indígenas cuando llegó Colón. Se produjo una masacre de armadillos cuando algunos revolucionarios dijeron que nuestros antepasados usaban charangos. Quienes nacimos en la zona andina nunca vimos esos instrumentos que llegaron del Cono Sur.

Lo interesante es que los que inventaron la música ancestral fueron latinoamericanos de países en los que la cultura prehispánica fue débil. Los indígenas aprendieron su música en los discos de los cantautores blancos y ahora la usan en espectáculos folklóricos. Las canciones se escuchan en cualquier estación de metro en Roma o Madrid, cuando algún latino trata de conseguir unas monedas. Mejor si toca un charango y si usa un sombrerito de lana con orejeras, como el de los aimaras bolivianos.

Pasó lo mismo con las artesanías típicas, cuyos modelos se unificaron y produjeron una “artesanía ancestral” que supone que los mayas y los olmecas se vestían como los cañaris y los incas. En realidad, muchos de ellos no usaban mucha ropa y mantenían tradiciones diferentes entre sí.

Esas artesanías, iguales en Guatemala, Perú o la Argentina, son una creación de la sociedad globalizada que creó productos de una supuesta cultura ancestral. Los pueblos que

habitaban América, cuando llegaron los españoles, tuvieron en común solamente estar en un continente que un genovés confundido supuso que era Japón. No tenían culturas parecidas, ni se comunicaban entre sí, pero los europeos los creyeron asiáticos y los llamaron indios.

En la Argentina, más allá de la música folklórica se desarrolló un rock nacional con figuras como Charly García, Luis Alberto Spinetta, Fito Páez y muchos otros, cuya obra estaba más cerca de la revolución de la *new age* que de la Revolución cubana. De hecho, la biografía de Charly García se parece más a la de Grogan que a la del Che. Una de sus composiciones más famosas, “Canción para mi muerte”, nació en el balcón de un hospital militar de Buenos Aires, cuando Charly fingió estar loco para escapar del servicio militar, la misma estratagema de Grogan cuando logró ser expulsado del ejército norteamericano.

TRIUNFO Y OCASO DE LAS REVOLUCIONES

La huella que quedó de las revoluciones socialistas y las guerrillas es liviana, pero las otras revoluciones cambiaron las actitudes de los occidentales frente a todo.

Ese cambio se produjo porque estalló el alud de transgresiones de los sesenta, el liberalismo se impuso en el mundo sobre el colectivismo, la familia monogámica entró en crisis, las mujeres feminizaron nuestra cultura, las ideologías apocalípticas terminaron pareciendo un poco cómicas, la banalización de lo solemne destruyó muchos mitos. Al mismo

tiempo se observa el desarrollo de la Tercera Revolución Industrial que está generando una nueva especie.

Con frecuencia preguntamos qué fue primero, el huevo o la gallina, tratando de explicar la realidad con causalidades lineales. En este caso, muchos se preguntan qué estuvo primero y qué después: ¿la sociedad está así porque cambiaron los seres humanos o la gente cambió porque se produjo la revolución tecnológica? Pero todo vino interrelacionado, con transformaciones que se fortalecían mutuamente. Los occidentales llegamos al siglo XXI con una forma distinta de ver las cosas respecto de la que tuvieron nuestros ancestros y que ayuda a que cambie todo.

Cuando las revoluciones triunfan, se moderan los excesos iniciales, los cambios se convierten en normas, la epopeya se diluye en la vida cotidiana. La democracia y el liberalismo son hijos de la Revolución francesa. Actualmente no se necesita degollar monarcas y provocar las masacres que organizaron Danton y Robespierre para que funcione el liberalismo. Se hacen campañas con cantos, globitos y memes. En vez de usar guillotinas, regalamos sombreros, gorras de colores y las cabezas permanecen en su sitio.

A fines de los sesenta, algunos hippies sintieron que su revolución se estaba “integrando al sistema”. Sintieron asco de sí mismos porque estaban siendo “comercializados”. Los dueños de The Psychedelic Shop cerraron la tienda emblemática de Haight-Ashbury porque creían que los pelos largos, las pipas, los collares, los jeans y los símbolos de protesta, que se producían ahora en serie, se habían convertido en una moda lucrativa para grandes empresas. Los dueños de la tienda convocaron a los hippies a vestirse de diversas

maneras para despistar, a no parecer hippies, incluso a evitar serlo, para impedir su comercialización. Su mensaje fue: “Hemos sido un zoológico al que venían los jovencitos del orden establecido para mirarnos como bichos raros y a jugar con nosotros. Debemos disolverse”.

La contracultura se había convertido en un negocio lucrativo y, al confundirse los significados, la ropa contestataria se transformó en moda. Hay por todos lados jóvenes ricos, de ideas conservadoras, que visten pantalones deshilachados porque eso es *cool*. En uno de los episodios más absurdos de esta banalización, el rostro del Che Guevara, el político más homófobo del siglo XX, se convirtió en símbolo de grupos gay europeos.

Otro tanto ocurrió con casi todos los ídolos del rock y la protesta. Santana no es el líder alternativo de Woodstock; en 2005 cantó en la ceremonia de los Oscar de Hollywood en dúo con Antonio Banderas. Otros, como Ozzy Osbourne, no murieron por sobredosis, pero viven hundidos en millones de dólares, idiotizados por el abuso de las drogas.

Con varios músicos y figuras revolucionarias se produjo lo que sucedió en su momento con Jean Genet, que pasó de ser un temido delincuente y homosexual demoníaco a estrella de las fiestas parisinas. Después de todo, para las élites era de buen gusto tener un invitado extraño en sus fiestas, cuando la diversidad se ponía de moda.

LO QUE QUEDÓ DE LA UTOPÍA

Lo real es que esas revoluciones triunfaron y algunos de sus postulados son parte del orden de Occidente. Los ídolos juveniles no mueren por sobredosis, tampoco mitifican las drogas, tienen conciencia de sus peligros. Son un aspecto de la realidad, como el alcohol o el nudismo.

Los derechos civiles avanzaron en Norteamérica. En 1960 el gobernador demócrata George Wallace prohibió en Alabama que los negros suban a buses reservados para blancos. En 2009, asumió la presidencia de Estados Unidos Barack Obama, afroamericano nacido en Hawái, educado parte de su vida en Indonesia, estadista de nota, símbolo del triunfo del sueño americano.

Las comunas de hippies desaparecieron, pero ningún niño cree que vino en el pico de una cigüeña. La mujer tiene un rol importante en la sociedad, el “macho” que golpea a su familia o persigue homosexuales es visto como salvaje. Hay clubs de *swingers* para intercambiar parejas. Los clientes no son militantes de izquierda que quieren hacer la revolución, sino empresarios y profesionales aburridos que buscan nuevas sensaciones.

La violencia está mal vista. Hace cincuenta años, las familias poderosas de Quito salían a cazar venados y, cuando mataban un astado, lo amarraban a la trompa del jeep y paseaban por las calles exhibiéndolo. La gente aplaudía. Si en estos días alguien hace lo mismo sería apresado, los niños llorarían, la prensa protestaría. Una escena que fue cotidiana se volvió intolerable.

Quedan algunos abuelos que tratan de mantener las viejas ideas y luchan con los fantasmas de la Guerra Fría. Unos se

movilizan a favor de los escombros de la Revolución cubana, sueñan con un socialismo que fracasó y oyen música de protesta, mientras sus hijos estudian marketing en Norteamérica. Otros tienen melenas blancas, fuman marihuana, se ponen chalecos de jean, manejan motos y hacen sonrojar a sus hijos y nietos que viven en un sistema que absorbió esas protestas.

15. Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

16. Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

17. Bruckner, Pascal y Finkielkraut, Alain, *La aventura a la vuelta de la esquina*, Barcelona, Anagrama, 1980.

18. Un controvertido documento expedido por el papa Pío IX en 1864. En él, además de criticar furiosamente a la modernidad y a movimientos político-sociales como el liberalismo, el socialismo y el comunismo, condenó la libertad de religión y la separación Iglesia-Estado, así como el racionalismo, el panteísmo y el naturalismo.

19. Primer Concilio celebrado en la ciudad del Vaticano, convocado por el papa Pío IX en 1869 para enfrentar al racionalismo y al galicanismo. En este Concilio se aprobó como dogma de fe la doctrina de la infalibilidad del papa.

20. Este documento promulgado por el papa Paulo VI marcó un viraje radical en la percepción de la Iglesia “desde adentro” (tradicionalmente ensimismada) “hacia afuera” (preocupándose por las realidades económicas, políticas y sociales de las personas en sus respectivos contextos).

21. Reich, Wilhelm, *La función del orgasmo*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

22. *Clinica grupal* de Eduardo Pavlovsky (Buenos Aires, Búsqueda, 1974) es una obra creativa que expone el psicoanálisis revolucionario con enorme creatividad.

La revolución tecnológica

LOS CAMBIOS EN LA SOCIEDAD DEL SIGLO XVI

El descubrimiento de América rompió los paradigmas vigentes de la época e inició una nueva etapa de la historia de la humanidad. La ciencia nació cuando se supo que el universo no era como lo describían ciertos libros sagrados. Se impuso la idea de que se debía abandonar la exégesis de textos que contenían verdades inmutables y que la forma de avanzar en el conocimiento era estudiar las teorías y experiencias existentes, para formular hipótesis que puedan ser contrastadas con la realidad.

Si alguien se dormía en el año 1000 y despertaba en 1500 hubiera encontrado una realidad muy semejante a la que dejó. Si alguien se dormía cuando llegó Colón a América y despertaba en estos días no entendería nada de lo que existe. La gran transformación de Occidente y de la humanidad se inició en 1500, avanzó lentamente al principio y se aceleró a una velocidad que creció de manera exponencial. El ritmo con que se producen actualmente innovaciones de todo tipo es brutal. Cada mes aparecen más inventos que los que surgían en un siglo en la Antigüedad.

Cuando se celebró el Concilio de Trento la cristiandad entró en crisis por la Reforma de Lutero y el descubrimiento de Colón. La commoción colombina se trasladó a todas las

culturas porque la mayoría creía que existía una tierra plana, en la que su propia cultura era el centro del universo. Cada pueblo se sentía escogido por algún Dios, creía que los demás seres humanos eran inferiores y le debían obediencia.

Los habitantes del hemisferio norte se angustiaban con el avance del invierno, porque los días se hacían más cortos y temían que el sol se extinga. Cuando llegaba el solsticio de invierno, el 25 de diciembre, celebraban su renacimiento con grandes fiestas. Los romanos celebraban la fiesta del Sol Invictus y los aztecas la resurrección de Huitzilopochtli. Los pueblos andinos en cambio celebraban esa fiesta cuando llegaba el solsticio de invierno del hemisferio sur, el 25 de junio, con el Inti Raymi.

Todos los reyes se creían únicos, no creían que existieran otros como ellos. Cuando Pizarro llegó a Catamarca le pidió a Atahualpa que se declarase vasallo del rey de España, a pesar de que el inca no tenía la menor idea de quién era ese rey, ni en dónde estaba España. El mundo era una colcha de retazos autosuficientes que tenían poco en común. Esto recién cambió a principios del siglo XX.

DESCONOCIMIENTO DE LA DIVERSIDAD CULTURAL

Originalmente hubo unas ocho especies de seres humanos, una de las cuales fue la nuestra, el *Homo sapiens*. Surgimos hace unos trescientos mil años, evolucionamos lentamente hasta que, hace unos diez mil, domesticamos animales y nació la agricultura. Después cabalgamos, produjimos el bronce y el hierro templado. Hace unos cuatro mil años desarrollamos

distintas formas de escritura. Con ellas nacieron las grandes religiones, y como dice Hermann Hesse: “Inventamos dioses, luchamos con ellos, y ellos nos bendicen”.

En Occidente se creía que lo que existía era Europa. China, el país más importante del mundo, ni siquiera era mencionado en la “historia universal”. Hasta principios del siglo XX se tenía una idea difusa de la existencia de otras culturas. En octubre de 1889 se organizó la Exposición Universal para celebrar el primer centenario de la Revolución francesa. Se exhibieron los avances de la ciencia, la producción y la cultura que se habían logrado en cien años de laicismo, igualdad, fraternidad y libertad.

El municipio de París autorizó al ingeniero Gustave Eiffel para que construya una horrible torre de metal, la edificación más alta del mundo, a condición de que la derrumbase en cuanto terminara el evento para no estropear el paisaje parisino. Algunos intelectuales y activistas fundaron la Internacional Socialista, con un entusiasmo progresista que no chocó con la presencia de varios circos humanos que estaban de moda.

En uno de ellos se exhibía a nueve indígenas onas secuestrados en el sur de América, presentados como animales exóticos, caníbales, a los que se arrojaba carne cruda de caballo y se mantenía sucios para atraer al público. Estuvieron en la torre Eiffel, símbolo del progreso de la humanidad y, después, fueron de gira por varios países europeos. Finalmente, cuatro sobrevivientes fueron devueltos a América. No fue el único caso. Se presentaron otros circos humanos en que se exhibieron africanos, asiáticos y americanos.

Por esos años recorrió el mundo el circo Buffalo Bill Wild West con un espectáculo que relataba las aventuras del explorador, que actuaba acompañado de pieles rojas y unos pocos bisontes narcotizados. El actor estrella era el propio Toro Sentado, líder indígena que firmó la paz con los norteamericanos. En medio de una batalla ficticia entre colonos y pieles rojas, el jefe cruzaba solemnemente el escenario y descansaba en un taburete desde el que presenciaba el resto de la obra. Recibía frenéticos aplausos. Aprovecharon su biografía para armar un espectáculo lucrativo, sin respeto por su papel en la historia.

Cuando se descubrió América, los teólogos discutieron sobre si los indígenas tenían alma. Al llegar los españoles a lo que es hoy Ecuador, se encontraron con nativos que reducían la cabeza de otros seres humanos y los llamaron jíbaros (perros salvajes remontados) o aucas, vocablo quechua que significa “salvaje”. Esa palabra fue usada por los incas para referirse a grupos irredimibles del sur de Sudamérica, a los que los españoles llamaron “araucanos”.

En todos los casos, los onas en Europa, Toro Sentado en el circo, o las denominaciones despectivas aplicadas a culturas precolombinas, se descalificó al otro: algunos eran los verdaderos seres humanos y los distintos eran salvajes que debían ser exterminados, domesticados o exhibidos como animales exóticos.

Esta situación se mantuvo, más o menos estable, hasta la primera mitad del siglo XX, cuando algunos europeos comprendieron que existían otras culturas. Los primeros antropólogos, como Claude Lévi-Strauss y Margaret Mead, describieron sociedades complejas, con valores y tradiciones

ancestrales distintos de los occidentales, seres humanos diferentes que no eran “salvajes” para exhibir en jaulas. La antropología habla de un otro al que había que comprender, superando el eurocentrismo. En las culturas occidentales se empezó a desarrollar la idea del respeto al distinto.

LA CENTRALIDAD DE LA TIERRA

Colón descubrió que la tierra era un planeta redondo, enorme, en el que existían regiones y gente desconocidas. Durante siglos, los occidentales exploraron las costas de varios continentes. Era difícil ir tierra adentro.

Para las religiones fue difícil aceptar que existan tantas cosas fuera de su control, los teólogos dijeron que la tierra era el universo y que todo giraba en su derredor. En la Biblia y el Corán no existe una tierra redonda. En 1993, la máxima autoridad religiosa de Arabia Saudí, el jeque Abdel-Aziz Ibn Baaz, emitió una fatwa, proclamando que el mundo era plano y que todo el que crea que es redondo no cree en Dios y debe ser castigado.

Pero a partir de los viajes de Colón, la ciencia avanzó en el conocimiento de la realidad, tanto en términos espaciales como temporales. Cien años después, Galileo inventó el telescopio, observó el firmamento, encontró que cuatro satélites orbitaban en torno a Júpiter, contradiciendo el principio de que todo giraba en torno a la tierra. Al estudiar las fases de Venus encontró paralelismos con las fases de la luna, por lo que apoyó la tesis de Copérnico de que la tierra giraba en torno al sol. Su libro *Diálogos sobre los dos máximos*

sistemas del mundo fue proscrito por la Inquisición como “un texto más execrable y pernicioso que los escritos de Lutero y Calvino”. Galileo fue condenado a prisión perpetua y se lo obligó a abjurar de sus descubrimientos puesto de rodillas.

Copérnico y Galileo afirmaron que la tierra giraba en torno al sol. Fueron perseguidos por sus descubrimientos, pero finalmente la comunidad científica aceptó que existían en la Vía Láctea otros planetas y miles de estrellas como el sol. La evidencia empírica se impuso sobre la superstición. Los antropocéntricos se conformaron con afirmar que, de todas formas, el sol estaba en el centro de la galaxia que, a su vez, era el universo.

Pasaron siglos hasta que, en 1920, Harlow Shapley descubrió que el sol era una estrella perdida en un brazo de la Vía Láctea, que gira en torno a un agujero negro que devora a cuanto planeta o estrella se le acerca.

En 1924, Edwin Hubble encontró en la nebulosa de Andrómeda estrellas que estaban a 2,3 millones de años luz de distancia. Se suponía que no existía nada fuera de la Vía Láctea que tuviera una dimensión de cien mil años luz. No era posible que algo esté más lejos. Entonces se descubrieron las galaxias. Por el momento se han localizado, al menos, dos billones de ellas con billones de estrellas, orbitadas por un número infinito de planetas como el nuestro. Estadísticamente es inevitable que existan formas de vida en muchos de ellos.

El fondo cósmico de microondas es una forma de radiación electromagnética generada por la luz que se produjo trescientos mil años después del Big Bang, cuando aparecieron los primeros átomos de helio y el universo se hizo

transparente. En este mapa cósmico no era posible que esté algo anterior a este universo, pero Roger Penrose detectó lo que parecen ser “fantasmas” de agujeros negros de universos anteriores. Es posible que hayan existido otros universos, distintos del actual, que dejaron ese rastro.

La Vía Láctea es una porción minúscula del actual universo, contiene cerca de cuatrocientos mil millones de estrellas, orbitadas por miles de millones de planetas capaces de albergar vida.

El universo se formó hace catorce mil millones de años, el sistema solar hace cinco mil millones. La vida apareció en la tierra hace unos cuatro mil millones de años, los mamíferos, doscientos ocho millones. Los primates empezaron a desarrollarse hace sesenta y cinco millones de años. Nuestra capacidad de comunicar, nuestra moral, nuestras actitudes y nuestros gustos surgen de esa evolución que es anterior a la existencia de nuestra especie.

Hace unos cinco millones nos sepamos del chimpancé, con el que compartimos cerca del 95% de genes. Frans de Waal, en su libro *El bonobo y los diez mandamientos*, estudia a este tipo de chimpancé cuyas pautas de comportamiento parecen orientadas por la moral humana. Los estudios realizados por De Waal y otros científicos dicen que los mandamientos son fruto de la evolución y no de un pacto social o un invento de los dioses.

Nuestros ancestros se relacionaron entre sí y con su entorno desarrollando habilidades, sentimientos y aptitudes que explican nuestros comportamientos. No buscaban la verdad, solo querían sobrevivir. Los estudios del Instituto Max Planck

de Antropología Evolutiva de Leipzig y otros entes académicos demuestran que las similitudes entre los seres humanos y otros animales son enormes.

Compartimos con ellos, especialmente con los mamíferos, la solidaridad con sus semejantes, especialmente niños y ancianos, la regla de “no matar” a los propios. Cuando en las encuestas averiguamos si el gobierno debe privilegiar a niños, ancianos o personas con discapacidad, la inmensa mayoría dice que sí. No es una respuesta racional, es una pulsión del bonobo. El deseo de justicia es también anterior a nuestra separación de los simios.

Los *Homo sapiens* vivimos inicialmente en pequeñas hordas, como otros primates, hasta que desarrollamos el lenguaje y concebimos el mundo simbólico. Recién hace diez mil años domesticamos animales y plantas, nos hicimos sedentarios, produjimos excedentes, formamos sociedades en las que pudimos mantener a guerreros y sacerdotes para que nos protejan de los peligros físicos y consigan ayuda de los dioses.

Con el tiempo, aparecieron sociedades aisladas entre sí, en las que guerreros y sacerdotes concentraron el poder y la riqueza mientras la mayoría obedecía. Les dijeron que tenían la suerte de ser así porque irían al cielo o porque servían al emperador y eso era bueno.

OBSERVAR Y CALCULAR

El mapa universal más antiguo que se conoce fue tallado el siglo VIII antes de Cristo en una piedra. Los textos

cuneiformes que lo acompañan explican que eso es todo lo que existe, visto desde los ojos de un pájaro. Como en casi todos los mapas antiguos aparece una tierra plana y circular, en cuyo centro está la principal ciudad de su cultura, en este caso Babilonia.

La mayoría de las naciones creían que estaban en el centro de la tierra y que eran únicos, superiores a los demás seres vivos. Los coreanos, chinos, japoneses, mediterráneos, islámicos y cartógrafos de otras culturas dibujaron mapas universales en los que existía su país y algo más. Los atlas islámicos se dibujaban en torno a la Meca; algunos cristianos creyeron que Dios había dividido a la tierra con una cruz de agua, cuyo brazo horizontal iba de Gibraltar hacia el este, por el mar Negro, y el vertical bajaba por el Dniéper y seguía por el Nilo.

En casi todas las cosmogonías, el sol era un dios y se identificaba con el poder. Los emperadores de China, Japón, el inca, Huitzilopochtli, creyeron ser encarnaciones del sol. Los griegos veneraron a Apolo, que se transformó en el Sol Invictus de los romanos, cuya festividad celebramos cada Navidad.

Para algunos era grave que se dijera que ellos no eran la encarnación del sol, ni la tierra el centro del universo. Los mitos se enfrentaban con la observación sistemática, el cálculo, la constatación empírica de cómo funciona la realidad, que refutaba a las creencias.

Al principio la ciencia tuvo dificultades para desarrollarse; después su avance se aceleró exponencialmente. En el siglo XXI se producen en un año más conocimientos que en varios

siglos del pasado y transitan por nuestras calles más sabios que todos los que existieron en la historia de la humanidad.

Ningún científico cree que el universo surgió cuando alguien creó nuestro planeta y al ser humano. Los sueños antropocéntricos perdieron sentido. El telescopio Hubble ha registrado imágenes de la galaxia GN-z11, que existió hace trece mil cuatrocientos millones de años, solo cuatrocientos millones de años después del Big Bang, mucho antes de que empezara a formarse el sistema solar.

Actualmente, en Occidente, la mayoría de la gente no cree que algún dios escogió a unos pueblos para que exterminen a otros. No pasa lo mismo con otras culturas, como la islámica, en la que las relaciones entre la ciencia y la religión se parecen a las que existían en la cristiandad cuando condenaron a Galileo. Irán es un país gobernado directamente por Dios, representado por un imán con conocimientos sobrenaturales. Los sunitas exterminan cristianos en África y Oriente Medio encabezados por líderes que tomaron el nombre de Abu Bakr, el primer califa de la Meca. En Arabia Saudita se ejecuta a cientos de personas todos los años, como a Ali al-Nimr, un adolescente que fue decapitado, crucificado y su cuerpo exhibido públicamente durante tres días por haberse convertido al cristianismo. Para ellos la verdad se encuentra en textos sagrados interpretados por clérigos infalibles, a los que no cabe refutar con los hechos, la ciencia o la razón.

En Occidente la gente está cada vez más informada y se van superando mitos. Hace poco se retiraron de la catedral de Maguncia los pedazos del huevo en el que nació el Espíritu Santo y una de sus plumas; de una iglesia de Navarra (España) sacaron los restos del barro que usó Dios para crear a Adán y

de otras iglesias una larga lista de reliquias. Al mismo tiempo nacen otras supersticiones y se reinventa todo el tiempo la historia. No existen seres humanos sin mitos.

SOCIEDAD Y CAMBIOS TECNOLÓGICOS

La idea de que todos tenemos derechos nació con el capitalismo y el liberalismo. Los antiguos creían que Dios gobernaba a través de los reyes y sus familias; el poder y la riqueza pertenecían a monarcas y jerarcas religiosos a los que la gente común debía someterse sin protestar. La ignorancia era enorme. Existían soberanos aislados que desconocían que existían otros. Cada uno de ellos se suponía único en la tierra y que todos los humanos le debían obediencia.

En 1450, Pachacútec, el primer inca que salió del Cuzco, creía ser hijo del Sol, señor de todo lo existente y exigió a los otros pueblos de la región andina que se le sometan. Su hijo Tupac Yupanqui avanzó hacia el sur y su nieto Huayna Cápac murió de viruela cuando conquistaba a los pueblos que habitaban lo que hoy es Ecuador. Fue víctima del bombardeo biológico de un ave que transmitía gérmenes que habían llegado con los conquistadores. Triste fin para un sol sucumbir por el estiércol de un ave.

Le sucedió Atahualpa, que cayó en manos de Pizarro en 1533. Algunos historiadores dicen que los incas estructuraron un imperio gigantesco en menos de cien años y construyeron un camino de nueve mil kilómetros, aunque no tenían ningún metal útil.

Acamapichtli, el primer Huey Tlatoani de los aztecas, creyó algo semejante. Cuando asumió el liderazgo de los mexicas hizo quemar todos los textos anteriores a su asunción, para que la historia de la humanidad empezara con su reinado. Qin Shi Huang, el primer emperador chino, incineró las obras de las cien escuelas de pensamiento y todas las historias que existían cuando fue coronado. Dispuso que entierren vivos a quinientos intelectuales y que cualquiera que se refiera a sus obras sea ejecutado. No cabía que existiera nada que contradijera su monopolio del saber.

El imán de Irán tiene la última palabra en la política de su país, se comunica con el Mahdi oculto, el duodécimo imán descendiente de Mahoma, que vive en las montañas desde hace mil años. Es obvio que quien tiene diálogo con un ser sobrenatural posee la verdad y no necesita el auxilio de la ciencia.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Hace doscientos años aparecieron la Revolución Industrial y el capitalismo, que generaron una enorme cantidad de riqueza y destruyeron el tejido social de la antigua sociedad. Muchos campesinos emigraron a las ciudades y quisieron compartir los bienes que aparecieron con la industrialización. Por primera vez había riqueza que era fruto del trabajo humano y no de la gracia de Dios. Se podía reclamar su reparto.

En cambio, la miseria es una condición objetiva. Alguien es miserable cuando no tiene medios para satisfacer las necesidades elementales: comer, beber, curarse, tener un techo,

vestirse. A diferencia de la miseria, que es la insuficiencia de recursos para vivir, la pobreza es relativa. En la sociedad preindustrial la miseria estuvo generalizada, pero no la pobreza.

Aparecieron los ideólogos del siglo XIX que exigían la distribución de la riqueza. Se desarrollaron las ideas democráticas, se dijo que la fuente del poder era la voluntad de la mayoría del pueblo y no la estirpe de familias que gobernaban por designio de Dios.

El laicismo volvió menos brutal la lucha por el poder, pero los dirigentes políticos se endiosaron. Dieron discursos, se creían sabios, inventaron ceremonias y protocolos para parecer sobrenaturales, y conservaron las costumbres atávicas de la lucha por el poder: se mordían unos a otros, concebían la política como una pelea entre machos alfa.

Algunos políticos viven intensamente las pulsiones del chimpancé y se dedican a planificar cuándo atacar, a quién atacar, cómo atacar. Algunos creyeron que era bueno imponer sus ideas matando a otros y lo hicieron. En general desarrollaron versiones paranoicas de la política según las cuales demonios y fuerzas perversas los perseguían a ellos y a los buenos. Esto funcionó bien hasta hace poco.

LOS SERES HUMANOS Y LA COMUNICACIÓN

Nuestros antepasados no estaban interesados en descubrir la verdad. Acumularon información para sobrevivir y desarrollaron el lenguaje para murmurar. Se vincularon con los líderes y con los dioses por la fe, no por la razón.

La comunicación entre los grupos de seres humanos era difícil, se hacía de viva voz y era complicado comunicarse con quienes estaban tierra adentro. Los primeros grupos sofisticados se formaron junto a grandes concentraciones de agua: el Mediterráneo, el Ganges, los altos del Yangtsé, el Titicaca, el Texcoco. Navegando los seres humanos se encontraban, comerciaban, peleaban, robaban, conquistaban, aprendían lo que otros habían inventado.

Hace cuatro mil años tribus de las estepas asiáticas descubrieron que había un animal que se dejaba montar y, a partir de eso, generaron el caballo que conocemos. La comunicación fuera del agua fue posible, pero no mejoró hasta el invento del automóvil a fines del siglo XIX.

Los puertos fueron sitios de encuentro de la gente informada. Allí aparecieron en el siglo XV los burgueses, personas que se enriquecían con su trabajo y no por gracia de los dioses.

Los individuos conocían a lo largo de su vida solo a pocas personas con las que contactaban físicamente y por lo general compartían sus creencias.

A partir del siglo XIX la ciencia y la técnica avanzaron rápidamente. El laicismo impulsó la curiosidad científica y los seres humanos transformaron la naturaleza. El aluminio era muy caro, porque no se encontraba en estado puro en la naturaleza. Se conseguía en pequeñas cantidades y era muy cotizado. Napoleón III comía en platos de aluminio, dejando para los invitados los de oro macizo. Cuando se terminó de construir el obelisco de Washington, la construcción más alta

del mundo, en 1884, se coronó con una piedra de dos kilos de aluminio, símbolo de la riqueza y el progreso técnico.

A los dos años, Karl Bayer aplicó sodio en la bauxita y obtuvo óxido de aluminio. El kilo del metal, que se vendía a mil doscientos dólares, pasó a cotizarse en un dólar y el aluminio se convirtió en uno de los metales más comunes y baratos del mundo. Algo semejante sucedió con el hielo, que era un bien preciado. Hasta mediados del siglo XIX algunas navieras transportaban a Europa miles de toneladas de hielo desde Suecia y los Grandes Lagos. A mediados del siglo XIX se encuentra gratis en cualquier heladera.

La industria y el capitalismo generaron una cantidad de bienes inimaginable. Perdió terreno la miseria, antes generalizada. Algunos se volvieron ricos gracias a su trabajo y la competencia. Los conservadores los vieron con sospecha porque su prosperidad no procedía de Dios, como la de los nobles y los eclesiásticos.

Mucha gente emigró a las ciudades huyendo de la miseria del campo y demandó participar de la riqueza que se había creado. Mientras los autores medievales siguieron ensalzando la pobreza, los ideólogos del siglo XIX quisieron distribuir la riqueza.

EMPEZAMOS A COMUNICARNOS

Hace unos cien años aparecieron inventos que nos comunicaron superando las distancias. Se derrumbaron los muros de las aldeas en que vivíamos encerrados, nos contactamos con otros lejanos. Con el telégrafo, el teléfono y

la radio interactuamos con algunos a los que no veíamos. Internet llevó este proceso más allá de todo límite. Actualmente podemos comunicarnos todo el tiempo, con cualquier persona, en cualquier lugar del mundo, sabemos lo que ocurre en cualquier sitio a los pocos minutos, en muchos países hay más teléfonos celulares que habitantes.

Algunas tradiciones y supersticiones se debilitaron, otras se inventan y se arraigan en grupos alentados por la infinita levedad de la verdad. Una nueva democracia nace y cambia al ritmo vertiginoso en que se transforma la información. Pasamos de la sociedad oligárquica a la democracia de los oradores y ahora a una democracia de masas en la que la red licuó la realidad.

No tenemos conciencia de la intensidad y de la velocidad del cambio. El 23 de abril se celebra el Día del Libro, conmemorando la muerte de William Shakespeare y Miguel de Cervantes ocurrida el 23 de abril de 1616. En realidad, los dos escritores no fallecieron el mismo día. España había adelantado el calendario diez días, como lo dispuso Gregorio XII, mientras que Inglaterra no lo actualizó hasta 1752. Shakespeare murió el 23 de abril del calendario inglés, o sea el 3 de mayo de España, que allí se llamaba 23 de abril.

A pesar de ser tan coetáneos, los dos autores nunca se conocieron, ni se leyeron mutuamente. Pasó lo mismo con Bach y Haendel que nacieron con un mes de diferencia, vivieron a cuarenta kilómetros de distancia, se operaron de los ojos con el mismo médico y tampoco supieron nada el uno del otro. Los *sapiens* llevamos en la tierra algo más de trescientos mil años, pero estuvimos básicamente incomunicados hasta hace muy poco.

ESCRIBIMOS

Hace unos cuatro mil años inventamos la escritura.²³ El escrito más antiguo que se conoce es el disco de Festo, encontrado en Creta, datado en 1700 a. C., que no fue escrito a mano, sino impreso usando un juego de cincuenta y cuatro sellos. No se ha interpretado todavía, ni se sabe a qué civilización pertenece, ni si fue de Creta o si alguien lo llevó allá.

Los frailes sabían que las imágenes comunican más que las palabras y por eso no dejaron de mezclarlas. En la Edad Media se editaron las biblia*s pauperum* para pobres, con ilustraciones que hacían que el mensaje fuera más fácil de entender. A veces, un breve texto acompañaba a las imágenes, en otras ocasiones no había palabras. Las biblia*s pauperum* se crearon para difundir la doctrina entre la gente común y por eso los textos se escribieron en lenguas vernáculas en lugar del latín.

LOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS

Los libros atemorizan a los poderosos, la biblioclastia es tan antigua como la escritura. En Atenas, se quemaron las obras de Protágoras porque difundían ideas contrarias a las buenas costumbres, condenaron a Sócrates a beber cicuta por dañar a los jóvenes con sus ideas. En Roma, se usó la *damnatio memoriae*, “la condena al olvido” para perseguir a los disidentes. Cuando el poeta Galo cayó en desgracia del emperador Augusto, este ordenó quemar su obra y prohibió mencionar su nombre. La práctica estalinista de borrar personajes de las fotos tuvo antecedentes en emperadores

chinos y líderes de otras civilizaciones que borraron de la memoria a quienes los criticaban.

Quemaron la biblioteca de Alejandría, la de Pérgamo, los libros de los albigenses. Siglos más tarde, en Florencia, el fraile Girolamo Savonarola arrojó a “la hoguera de las vanidades” varias obras clásicas, como las de Boccaccio. El dominico tuvo el fin natural de los fanáticos: lo quemaron vivo en la Piazza della Signoria cuando sus ideas molestaron al papa de turno. El obispo Diego de Landa incineró textos sagrados de los mayas en Yucatán porque creía que contrariaban las ideas cristianas. Solo tres códices sobrevivieron a la salvajada inquisitorial.

El nazismo hizo lo suyo. El 10 de mayo de 1933, las juventudes hitlerianas, instigadas por Joseph Goebbels, quemaron unos cuarenta mil libros entre los que estaban las obras de Freud, Marx, Bertolt Brecht, Heinrich Heine y de los hermanos Thomas y Heinrich Mann. Pero la barbaridad también se produjo en Norteamérica. En 1922, las autoridades quemaron quinientos ejemplares del *Ulises* de James Joyce por juzgarlo “inmoral”, provocando una ola de protestas de intelectuales liberales. *Ulises* es una novela larga, extraña, que consta de dieciocho capítulos que pueden leerse en cualquier orden. Su tratamiento de los temas sexuales aterró a los conservadores que destruyeron varias ediciones. El oscurantismo siempre le tuvo miedo al sexo.

Ray Bradbury protestó a su manera, en contra de la incineración de los libros, escribiendo *Fahrenheit 451*, una novela cuyo nombre es la temperatura a la que se queman los papeles. Un día, paseando por el campus de la Universidad de California en Los Ángeles, Bradbury escuchó el ruido de unas

máquinas de escribir en el subsuelo de la biblioteca. Descubrió un salón en donde las alquilaban por diez centavos la media hora. En aquel entonces, esa máquina era un objeto sofisticado, muy caro para una persona común. Bradbury juntó 9,80 dólares con los que escribió en nueve días la primera versión de *Fahrenheit*. “¿Cómo pude escribir tantas palabras tan rápido? Gracias a la biblioteca. Todos mis amigos, los más queridos, estaban en los estantes y me pedían que fuera creativo. Se pueden imaginar cuán emocionante fue escribir un libro sobre la quema de libros, en presencia de tantos amados textos en los estantes”.

El protagonista de la novela es Guy Montag, un bombero que vive en una sociedad distópica en la que los bomberos provocan incendios usando lanzallamas, persiguen a quienes quieren leer, los libros se queman por subversivos, al quemarse se convierten en mariposas negras que vuelan llevándose consigo a filósofos, críticos y fabuladores para que se anule la historia. Sin libros y con el dominio de gente fanática la distopía es total. La primera versión de la novela se publicó en la revista *Playboy*, porque los editores serios no querían publicar algo tan subversivo.

En la Argentina también se hizo presente la ignorancia. En 1953, los peronistas quemaron la sede del Partido Socialista y con ella la Biblioteca Obrera Juan B. Justo. En diciembre de 2017, otros descendientes de las mismas hordas destruyeron la casa de Justo cerca del Congreso. Detestan todo lo que tiene que ver con la cultura y el pluralismo.

Durante la dictadura de Augusto Pinochet allanaron la casa de Pablo Neruda buscando textos subversivos para quemarlos. Incautaron, entre ellos, libros sobre cubismo que terminaron

en la fogata porque los militares creyeron que elogiaban a la Revolución cubana. En Córdoba, en 1976, se quemó una buena cantidad por orden del general Luciano Benjamín Menéndez. Según dijo, pretendía impedir “que se siga engañando a nuestros hijos” y por eso ordenó “destruir por el fuego una documentación perniciosa que afecta al intelecto y a nuestra manera de ser cristiana”. Entre los libros subversivos estaba la obra de Marcel Proust, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez. No pudimos averiguar si constaba Joyce.

LA REVOLUCIÓN EN LAS COMUNICACIONES

La democracia apareció gracias a los adelantos tecnológicos y se transforma al ritmo de sus avances. El liberalismo fue hijo de la Primera Revolución Industrial y la democracia de masas de la Tercera Revolución Industrial.

La aparición de la máquina de vapor y el ferrocarril provocaron un crecimiento descomunal de la producción de bienes, servicios y comunicaciones. Hasta ese entonces, las noticias llegaban tierra adentro en boca de unos pocos itinerantes. Los puertos eran sitios más informados. La noticia de la toma de la Bastilla tardó en llegar a Madrid trece días y catorce en ser conocida en Péronne, una ciudad situada a ciento treinta y tres kilómetros de París.

Según el historiador Eric Hobsbawm, “el mundo de 1789 era enorme para la mayoría de sus habitantes. La mayor parte de los europeos vivía y moría en la misma parroquia en que había nacido, de no movilizarse por un acontecimiento extraño

o por el servicio militar. Nueve de cada diez franceses vivían en el mismo departamento en el que llegaron al mundo. Lo que sucedía en el resto del globo era tema de gentes del gobierno y materia del rumor”.

Los periódicos llegaban a pocos lectores de clase media y alta, y en ellos no había mucho que leer. En 1814 la circulación media de un periódico francés era de cinco mil ejemplares. Las noticias las difundían viajeros y la parte móvil de la población: mercaderes, buhoneros, artesanos y trabajadores de la tierra que emigraban estacionalmente por la siega o la vendimia. La variada población vagabunda comprendía a frailes mendicantes, peregrinos, contrabandistas, bandoleros, titiriteros, gitanos y soldados que caían sobre las poblaciones en tiempos de guerra.

Todo cambió con la máquina de vapor. Apareció un nuevo tipo de barcos, se inventó el ferrocarril, se movilizaron masivamente productos y personas. Los occidentales desarrollaron técnicas que les permitieron moverse de manera constante a velocidades vertiginosas. El desarrollo de la imprenta y la aparición del telégrafo fueron otros hitos en el avance de las comunicaciones.

EL TELÉFONO

En los albores del siglo XX, Alexander Graham Bell inventó el teléfono. Las personas que no se veían intercambiaron ideas, conocieron nuevas realidades, realizaron negocios. Empezó a derrumbarse la pared que encerraba a los ciudadanos en sus casas y sus aldeas. La comunicación entre los individuos abrió

espacios de libertad que habían sido vedados por la sociedad tradicional.

Como todos los adelantos tecnológicos, el teléfono suscitó los temores de los conservadores. Las noticias y las conversaciones se difundieron a una velocidad vertiginosa. Se podía marcar un número y hablar con alguien que estaba en algún lugar para conversar sin censura. Cualquier ciudadano pudo hablar con otro por distante que estuviese física, socialmente, o por prohibida que fuere su relación.

En la línea de reflexión de este libro, se ampliaron los horizontes: el individuo ya no estaba condenado a hablar solamente con parientes y vecinos. Podía comunicarse con otros seres humanos que escapaban al control de sus padres y de las autoridades, romper el cerco de vigilancia y control social en que vivía.

La sociedad, acostumbrada a vigilar y castigar, se inquietó porque se abría un espacio de libertad. Los jóvenes ya no necesitaban pararse en la esquina de la casa de su amada para verla a la distancia. Podían hacer algo subversivo: conversar directamente, sin censuras, incluso sobre “obscenidades”, burlando la vigilancia de los censores. Durante un tiempo, los padres de familia vigilaron al intruso y trajeron de responder personalmente las llamadas para impedir que sus hijos contactasen con personas indeseables o hablaran sobre temas prohibidos. Después se cansaron de vigilar y el aparato se transformó en una ventana de comunicación con lo prohibido.

El teléfono jugó un rol importante en el desmoronamiento de la moral tradicional, fomentando vínculos que no podían controlar los guardianes de la moral. Todo esto parece

intrascendente en una sociedad en la que todos tienen celulares, pero en su momento fue subversivo. El teléfono estimuló el crecimiento de la economía, aceleró los contactos comerciales, se empezaron a hacer negocios que antes eran imposibles.

El impacto social de la telefonía fue limitado por su escasa cobertura que se amplió de a poco. No era fácil conseguir una línea, pero, cuando alguien lo lograba, el mundo se ampliaba. Todavía, hace cincuenta años, llegar del campo a un sitio en el que había teléfono significaba conectarse con la civilización.

LA RADIO

El 24 de diciembre de 1906 Reginald Fessenden utilizó un alternador de alta frecuencia para transmitir voces y música a unas embarcaciones que estaban en el mar, usando ondas de radio. Lo que llamó “telefonía sin cables” era más que eso. Había inventado algo que transformaría radicalmente la vida y la política: la radio. Desde entonces fue posible que alguien hable o cante en un sitio y otros lo escuchen en cualquier lado.

Hasta la aparición de la radio, solo participaban en política los que sabían leer. En realidad, la democracia existe desde que cualquier mexicano puede oír a los candidatos, viva en Chihuahua o en Chiapas. Durante muchos años la gente escuchó fascinada por la radio lo que ocurría en las concentraciones políticas, los discursos, las sesiones del Congreso. Era lo más divertido que se podía hacer.

Con las voces de los líderes llegó la música. Es difícil imaginar cómo habrían sido Velasco Ibarra, Perón, Hitler,

Stalin si hubiesen escuchado música cuando eran jóvenes. En un proceso que duró algunos años, líderes políticos y grandes músicos unificaron a nuestros países. En Brasil fueron Getúlio Vargas, el carnaval y el samba; en la Argentina, Perón, Carlos Gardel y Roberto Goyeneche; en Ecuador, Velasco Ibarra y Julio Jaramillo.

Muchísima gente se incorporó a la política a través de la radio. La democracia se amplió y nacieron los “populismos”. No habrían existido Perón, Velasco Ibarra, Haya de la Torre, Vargas o Jorge Gaitán, sin pronunciar discursos por la radio. Tampoco habría sido posible que Hitler manipulara los sentimientos de los alemanes. La radio llevó al poder al nacionalsocialismo y fue un arma de algunas aventuras políticas nefastas del siglo XX.

LA TELEVISIÓN

La instalación de la radio en América Latina avanzó desde 1920 hasta mediados del siglo XX, cuando el *Homo sapiens* se transformó en *Homo videns*.²⁴ A partir de los años cincuenta, se difundió la televisión que implantó un nuevo tipo de comunicación. En política, la imagen prevaleció sobre la palabra. Se ha escrito mucho sobre el tema. Mencionamos solo lo que tiene que ver directamente con el nuevo elector.

La imagen proporciona al televíidente una información directa sobre lo que pasa, distinta de la que entregaban los medios impresos o la radio. Con esos medios cada lector o radioescucha podía imaginar imágenes, a partir de estímulos conceptuales o auditivos. La TV dejó menos espacio para la

imaginación, comunicó imágenes determinadas, pero al mismo tiempo proporcionó a los televidentes una enorme cantidad de información.

La televisión se convirtió en un Dios presente en todos los aspectos de la vida, dictó normas de comportamiento, dijo lo que estaba bien y lo que estaba mal.²⁵ Los límites entre la ficción y la realidad se debilitaron.

Se convirtió en el elemento central para la construcción de la realidad, el amigo de la infancia con el que más pasan los niños aprendiendo a moverse como sus personajes, reírse con sus chistes, llorar con sus dramas. La televisión dijo cómo se puede llegar a ser “alguien en la vida”, proporcionó los modelos aspiracionales que se deben imitar para “realizarse”.

Dice Tony Schwartz en *Media: the Second God*: “La radio y la televisión están en todos los lugares y están siempre con nosotros. Millones de personas oyen las mismas cadenas, tararean los mismos jingles comerciales, comparten sus angustias con los personajes de las telenovelas, el misterio del amor y la muerte, la agonía del pecado y el triunfo de los ‘buenos’. Los canales transmiten los mismos programas y noticias por todo el mundo... Dos billones de personas pudieron ver al mismo tiempo al primer hombre caminando sobre la luna”. Schwartz dijo que para tener éxito en la vida real era necesario actuar como si estuviéramos en un estudio de televisión.²⁶

El acceso a la televisión homogeneizó la comunicación, transmitió imágenes que “lo decían todo”. Su difusión consolidó la globalización de valores e influyó en el resultado de dos hechos trascendentales de fines del siglo XX: el fin de

la guerra de Vietnam y el desmoronamiento de los países comunistas.

Los jóvenes de Occidente se movilizaron en contra de la invasión a Vietnam, toda una generación se identificó con esa causa. No fueron motivados por discursos de Ho Chi Minh, que nunca escucharon, sino por el concierto de Woodstock. Los jóvenes norteamericanos se involucraron con la guerra cuando vieron imágenes de la masacre de My Lai y otras brutalidades en las que participaron las tropas de su país.

Para los habitantes de los países socialistas fue difícil creer que el comunismo los conducía a una vida mejor cuando compararon, a través de la pantalla de la televisión, sus condiciones de vida con las de quienes vivían en los países capitalistas. Los líderes políticos no abandonaron sus delirios ideológicos, pero el sentido común de la gente común derribó el Muro de Berlín.

La televisión reduce la violencia, aunque algunos conservadores piensen lo contrario.²⁷ En países con más televisión, la opinión pública se incendia cuando se produce un asesinato o se atropellan los derechos humanos. Cuando la policía de un país desarrollado aparece en la televisión matando a un estudiante, mucha gente protesta. El asesinato del afroamericano George Floyd literalmente conmovió al mundo porque se produjo en un país en el que hay libertad de prensa.

En países sin televisión o con televisión controlada, como la Etiopía de Mengistu Haile Mariam, la Camboya de Pol Pot o el Afganistán de los talibanes, se cometieron genocidios que no se pudieron frenar porque no estaban en la televisión. Los

dictadores sueñan con acabar con la libertad de prensa y controlar Internet para que no se sepa lo que ocurre en Venezuela, Cuba o Nicaragua.

La televisión proporcionó a los ciudadanos comunes una información antes reservada para las élites y fortaleció su independencia. Los electores tenían la ilusión de que lograban una relación directa con líderes que visitaban su casa todos los días. Pudieron verlos en primer plano, observar su rostro, sus ojos, deducir si mienten, si están alegres o deprimidos. La vida personal de los personajes y de los políticos se integraron a la chismografía cotidiana. La distancia imaginaria entre los líderes y los nuevos electores, ya mermada por otros elementos que hemos mencionado, se volvió ínfima.

Cuando vemos las noticias en directo, sentimos que podemos participar en lo que estamos viendo. Una cosa es leer acerca de lo que ocurrió el día anterior y otra seguir en vivo un acontecimiento. El televidente se siente involucrado. Si ve que un loco está atacando a los niños de una escuela de Nueva York o que un terrorista ataca a ciudadanos en Londres, se enoja, siente que debe hacer algo. La gente se informa acerca de cualquier cosa y quiere opinar.

La televisión altera el espacio y el tiempo. Cuando durante la pandemia de coronavirus vimos cómo abrían fosas comunes en Nueva York, tuvimos la sensación de que eso ocurría a la vuelta de la esquina. Durante el encierro, las noticias de distintos lugares se amontonaban, provocando en la gente una sensación de angustia y desastre difícil de superar.

La información sobre hechos reales llega mezclada con telenovelas, programas deportivos, música, *talk shows* y todo

lo imaginable. En 1992, ciertas investigaciones cualitativas que se hacían para Bill Clinton descubrieron que la gente daba el mismo grado de realidad a *La guerra de las galaxias* que a los videos que enseñaban a George Bush rescatado en el océano cuando su avión cayó en la guerra. Si hacemos una estadística, veremos que la gente está más en contacto con ficciones que con realidades, con programas mágicos que con programas científicos.

Los medios de comunicación impresos fueron creados para informar, discutir, polemizar. La televisión nació para divertir a los miembros de la familia que llegan al terminar su jornada de trabajo y quieren descansar. Cuando aparece un funcionario a contar lo que está haciendo, o el presidente trata de relatar sus desvelos, provocan fastidio. La televisión, cuando aburre, pierde rating y los programas se desmoronan si no hacen algo divertido.

El mensaje de candidatos y gobernantes aparece en este contexto de espectáculo que inunda la pantalla. En casi todos nuestros países, la discusión de tesis, las propagandas políticas, suelen lucir artificiales. Muchos gobiernos de la región transmiten cadenas para adular al gobernante de turno, impidiendo a la gente el disfrute de los programas que quiere.

Muchos políticos de América Latina no se dan cuenta de que las personas buscan en la televisión programas interesantes y no sus discursos, que son solemnes, aburridos, carecen de sentido del humor. Para comunicar eficientemente es mejor no fastidiar a los demás. Los presidentes suelen creer que todos los ciudadanos tienen interés en saber que sus empleados han construido un puente o un hospital, pero a la

mayoría de ellos no les interesa nada de eso, ni se convencen de nada cuando los fastidian con una cadena nacional.

Tampoco cabe caer en el extremo de la frivolidad. La comunicación política no es marketing. Hay presidentes que encargan el manejo de su imagen a agencias de publicidad que los venden como cajas de cereal. Otros, que un gran periodista argentino calificó de “pendeviejos”, creen que llegarán a los jóvenes haciendo tonterías. Hacen el ridículo. Es necesario repensar la comunicación política y producir algo que comunique un mensaje sin aburrir, la forma debe ser compatible con las nuevas formas de comunicación.

La propaganda política debe competir con la publicidad comercial que, a veces, produce cosas tan divertidas que las buscamos y las recomendamos a los amigos. No debe salir al aire si no está inserta en una estrategia que diga qué mensaje quiere transmitir y cuáles son los grupos a los que pretende llegar. El contenido debe ser fácil de entender para esos electores específicamente. Si el mensaje es equivocado, mientras más se difunda, provocará más daño a la campaña.

Los latinoamericanos actuales ven en su teléfono los bombardeos en Oriente Medio, las bodas de príncipes europeos, mientras que sus padres solo pudieron crear en su mente imágenes difusas de todo eso, a partir de lo que leían o escuchaban.

TELEVISIÓN Y CAMPAÑAS ELECTORALES

Durante muchos años se creyó que la televisión podía determinar el resultado de las elecciones y fue la principal

inquietud de los estrategas de las campañas. Con el tiempo esto no está claro. Pasó con Hugo Chávez en Venezuela o Abdalá Bucaram en Ecuador, que ganaron con la oposición masiva de los medios. Avanzando el siglo XXI se hizo frecuente que ganen candidatos como Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil, Pedro Castillo en el Perú, a pesar de la feroz oposición de los medios de comunicación y los intelectuales. En la sociedad de la Tercera Revolución Industrial cunde la antipatía en contra del establecimiento y los medios de comunicación son vistos como parte de él.

Los debates influyen poco sobre los votantes. En Brasil, donde son el evento más importante del proceso electoral, Bolsonaro ni siquiera asistió a un debate y ganó. Los indecisos no ven programas políticos porque no tienen información sobre eso y no quieren tenerla. Los que dudan no ven programas políticos. Los que ven debates quieren confirmar actitudes previas, se alegran de lo que dice su candidato y critican al adversario. No cambian de actitud. Cuando participan en la campaña profesionales sofisticados, pueden usar el debate para hacer cosas como instalar un meme drop.

La difusión de la televisión por cable disminuyó la fuerza de la televisión de aire, porque dio al ciudadano más opciones para escoger lo que ve. Cada uno hace lo que quiere, aprende acerca de la vida de los animales, la historia, el fútbol, se vuelve experto en películas violentas, en platillos voladores, o se inicia en los secretos de religiones de la nueva era, usando la enorme oferta de canales.

La televisión fortaleció la autonomía de un elector que recibe directamente información y organiza su mundo con

pocas mediaciones. La política es una de muchas cosas que aparecen mezcladas con otras. No necesita que el partido, el sindicato, el líder o el “doctor” le expliquen los problemas del país. La televisión lo dice todo. Frente a la pantalla, el nuevo elector “sabe lo que pasa” y toma decisiones en contacto con personajes, estrellas de cine, seres lejanos o imaginarios. Todos le hablan cara a cara. *The Osbournes*, *Sex and the City*, *Solteros sin compromiso*, *La guerra de las galaxias*, *The Simpson*, *Harry Potter* y *Piratas del Caribe* aparecen confundidos con el mensaje de los candidatos en una amalgama de sensaciones.

Al privilegiar el primer plano y los rostros, la TV desplazó la discusión de ideas en favor de la legibilidad de los rostros. Los electores, más que escuchar propuestas, escudriñan el rostro de los candidatos para saber si son confiables, si se les puede creer.

Los líderes mediáticos difunden modelos de comportamiento, porte y vestimenta, a través de la pantalla. Las masas los imitan, los adoptan; las élites inventan otras para diferenciarse de la gente común. Esto dentro de un cambio permanente de las modas y un relajamiento de las reglas sociales.

LAS COMPUTADORAS

Según Yuval Harari²⁸ no pudimos formar grupos con más de cien miembros hasta que, hace unos treinta mil años, inventamos el universo simbólico y los dioses. Con eso pudimos acumular más fuerza e información que los otros

seres humanos y primates. La gran diferencia de los *sapiens* con los demás fue su capacidad de acumular y procesar más información.

La Tercera Revolución Industrial empezó cuando, a fines de la Segunda Guerra Mundial, Alan Turing creó el primer ordenador, el concepto de algoritmo y teorizó acerca de la inteligencia artificial. Antes había creado un método para descifrar los códigos nazis, que ayudó a los aliados a ganar la guerra. A pesar de eso, la justicia inglesa lo condenó a la castración química por ser homosexual, lo que lo condujo a suicidarse mordiendo una manzana cargada con cianuro. Muchos dicen que ese es el origen del símbolo de Apple: la manzana mordida.

A partir de entonces, el desarrollo de las computadoras fue vertiginoso porque los ordenadores provocaron una aceleración exponencial de la ciencia. Cuando el hombre fue a la luna, uno de los instrumentos que permitieron la proeza fue una poderosa computadora, tan pequeña como para que pueda ingresar en el módulo lunar, desarrollada por científicos del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Era del tamaño de una maleta de viaje grande y tenía una memoria cien mil veces menor que la de un teléfono celular contemporáneo. Costó cientos de millones de dólares.

En 1965, Gordon Moore dijo que cada dos años se duplicaría la capacidad de los procesadores y su precio bajaría a la mitad. Fue la llamada ley de Moore. Esto ha venido ocurriendo e, incluso, se aceleró más desde 2015.

Actualmente, con un celular se puede conseguir más información que la que existió en todas las bibliotecas de la

historia de la humanidad. La velocidad con que la computadora Summit de IBM analiza los datos es tan enorme que puede hacer en un minuto cálculos que un ser humano necesitaría seis billones de años para realizar.

El crecimiento de la capacidad de las computadoras para acumular información y la velocidad para procesarla cambió el mundo. Actualmente nacen en un mes decenas de inventos que pronto estarán al alcance de la mayoría. En la próxima década se producirán las mayores transformaciones que se hayan dado desde el origen de la especie.

En su libro *Mapas del tiempo. Introducción a la gran historia*, David Christian dijo que los cambios se han acelerado tanto que los seres humanos no pueden registrar su ocurrencia. Cuando Christian escribió el texto, no había empezado lo que Ray Kurzweil llama la nueva “era de la aceleración” que se inició en 2007, cuando las nuevas plataformas digitales conectaron todo, aceleraron la velocidad del intercambio de información, del manejo de datos, bienes, servicios y capital.

En 1978, para aplicar las primeras encuestas políticas que se hicieron en Ecuador, usamos la computadora de la Universidad Central, un artefacto enorme, como un edificio, que tenía menos capacidad que cualquier computadora portátil actual. En 1982 compramos la primera PC para Informe Confidencial, un prodigo de la técnica que tenía 15 K de memoria. En ese entonces, los ordenadores parecían aparatos inaccesibles, pero, como predijo Moore, cualquier persona tiene ahora en su casa artefactos miles de veces más potentes que la computadora que llevó al hombre a la luna. Las computadoras se convirtieron en una extensión de nuestra

memoria: manejan nuestro coche, están siempre en nuestro teléfono, saben sobre cada uno de nosotros más que nuestro psicólogo y nos vinculan con la realidad virtual creada por Internet, que ahora es más importante que la otra realidad. Desde hace treinta años, los microprocesadores invadieron el mundo, se encuentran en todos lados y, con el desarrollo de la nanotecnología, ingresan cada vez más en nuestro cuerpo.

Las nuevas generaciones usan los ordenadores e Internet como algo natural y no pueden imaginar un tiempo en el que no existieron. Pero todavía, en pleno siglo XXI, algunos dirigentes las utilizan de manera rudimentaria y saben poco acerca de la singularidad, la impresión 3D, y el influjo determinante de esa parafernalia tecnológica en el futuro de la humanidad. Esto aumentó la brecha entre jóvenes y mayores, entre modernos y arcaicos, colabora con la crisis de la autoridad y hace colapsar a la democracia representativa.

Para un cibernauta, el que no sabe navegar es un analfabeto. Desde la aparición de la computadora, con apretar un botón escribimos, calculamos y hacemos operaciones que antes demandaban mucho tiempo. Desaparecieron de los colegios las tablas de logaritmos, las reglas de cálculo, las máquinas de escribir con papel carbón.

El ordenador fortalece la tendencia al aislamiento y al individualismo. Se puede aprender a manejar los programas sin intervención de otros, jugando con íconos que revelan las utilidades de los programas. El software es cada vez más amigable y conduce al individuo a trabajar solo. Los jóvenes exploran el mundo virtual con independencia de sus maestros y, generalmente, evitan conectarse con redes en las que están sus mayores.

De la pantalla de televisión, que reemplazó a la familia en los procesos de socialización, pasamos a la pantalla de la computadora, y ahora nos conectamos a la red. Descubrimos un mundo virtual en el que los seres humanos de carne y hueso son cada vez menos necesarios. El nuevo elector conforma sus preferencias políticas relacionándose con otros como él en la red. No necesita oír a los candidatos ni a los analistas políticos, y no se le ocurre ir a jugar naipes en un comité de campaña. Está en YouTube.

INTERNET

En torno a 1968, estallaron todas las revoluciones posibles. Sucedió el Mayo francés, se organizó el festival de Woodstock, el hombre pisó la luna, los rusos invadieron Checoslovaquia, se produjo la masacre de Tlatelolco, aparecieron Los Abuelos de la Nada, Astor Piazzolla compuso “Balada para un loco”.

Una computadora de la Universidad de California se conectó a la red ARPANET y pudo responder consultas que se le hacían desde sitios remotos. Esto que, al principio, no pareció muy importante, fue el gran paso para la transformación de la especie. Se han escrito decenas de libros sobre el tema y se investiga acerca de los efectos de la red en el cambio de la humanidad y de la política. Las conclusiones son siempre provisionales porque todas las semanas se producen innovaciones que dejan obsoletas a las hipótesis anteriores. En la primera edición de este libro no hablamos de Facebook, Twitter, YouTube, simplemente porque no existían cuando lo escribimos. Apareció dos años antes de 2007, el año

de la gran revolución de la red. En cada campaña, en cada momento de la comunicación de los gobiernos, descubrimos nuevos elementos y usos de la red y nos sorprendemos por la velocidad con que se producen las innovaciones.

Gracias a la red nacieron los correos electrónicos Hotmail, Gmail, Yahoo! y otros. En 1972, Ray Tomlinson escribió el primer programa de *email* y eligió arbitrariamente el signo @ para esta nueva forma de comunicación. Los correos electrónicos se difundieron de manera vertiginosa y sustituyeron al correo tradicional. Actualmente, quien no tiene una dirección de correo electrónico no se puede comunicar con otras personas. El viejo correo murió para estos efectos y no habría podido competir con los *emails* ni en número ni en velocidad.

La aparición del correo tradicional en el siglo XVIII ya había producido una revolución. Hobsbawm relata cómo la llegada de una carta era en muchos pueblos motivo de celebraciones. Era un hecho social porque se las leía a viva voz. Hasta el siglo XX, el correo creció, las cartas se hicieron más frecuentes y también los coleccionistas de estampillas. Antes de que aparecieran los correos electrónicos recibíamos alguna carta, pocas veces en el año, con noticias atrasadas, cuya respuesta demoraba mucho. Actualmente todos recibimos y enviamos decenas de correos electrónicos todos los días, intercambiamos mensajes de ida y vuelta en pocas horas con una misma persona que puede encontrarse en algún país remoto o en la oficina contigua.

Cambió el sentido del tiempo, vivimos el vértigo de la comunicación urgente, no podemos esperar un mes para que nos respondan el mensaje como ocurría con las cartas. Con la

aparición del mundo virtual, las distancias físicas perdieron importancia y la velocidad de la comunicación depende de la conexión a Internet.

Los consultores trabajamos en distintos países al mismo tiempo. Cada mañana leemos su prensa, nos comunicamos con nuestros clientes, recibimos sus respuestas, opinamos sobre sus discursos, podemos ver su publicidad y hacer sugerencias. Todo esto sin movernos de nuestra computadora, una ventana que nos conecta con realidades de cualquier país o ciudad.

La combinación de la computadora con Internet produjo otro efecto importante: todos los días se acelera la creación de conocimientos. La ciencia avanza a pasos agigantados. El MIT encontró que entre 1900 y 1950 se habían duplicado todos los conocimientos que había producido la humanidad a lo largo de su historia y que todos esos conocimientos se iban a duplicar nuevamente en veinte años. Ha ocurrido ya varias veces. Todo lo que se conocía hasta el 1 de enero de 2020 se duplicó en los primeros ciento setenta y tres días de 2021.

Hace pocos años se descubrió que existían las galaxias. Hoy conocemos detalles de astros que existieron pocos cientos de millones de años después del Big Bang. Las ciencias de la vida y del comportamiento humano nos entregan todos los meses nuevos descubrimientos que nos permiten conocer cómo somos y cómo es nuestra relación con los otros seres vivos.

Con la red es posible crear una gran cantidad de riqueza por el desarrollo de técnicas y conocimientos. Casi cualquier persona, si tiene inteligencia y audacia, puede emprender un negocio que puede ser enorme. Es indispensable una educación sofisticada en este mundo en el que el poder y la

riqueza tienen que ver más con el conocimiento que con plantas industriales o propiedades agrícolas. Entre los hombres más ricos del mundo están el fundador de Amazon Jeff Bezos, el creador de Microsoft, Bill Gates, el fundador de Facebook, Mark Zuckerberg. No tienen las fábricas de Henry Ford. Amazon, la librería más grande del mundo, no tiene libros. Uber, la mayor compañía de taxis, no tiene taxis, Google es un enorme medio de comunicación que no tiene periodistas.

Internet cambió todo. Hay mucha literatura especializada sobre el tema, aquí mencionaremos solamente lo que tiene que ver con cómo los electores perciben el mundo. Pasamos de sociedades en las que vivíamos relativamente aislados, a mantener una comunicación permanente con muchas otras personas, más allá de límites geográficos, sociales y de cualquier tipo. Intercambiamos imágenes, música, opiniones, todo tipo de información, sin preocuparnos por la veracidad de lo que comunicamos. Los algoritmos nos conectan con individuos con gustos similares que nos hacen creer que somos mayoría.

Las redes permiten la creación, el descubrimiento y la integración de comunidades virtuales unidas por un gusto, una creencia o una afición común. Si creo que la tierra es plana, los algoritmos me conectan con otros que creen lo mismo y con información que ratifica mis mitos. La red nos proporciona mucha información válida, pero, al mismo tiempo, está plagada de mentiras.

El usuario de la red es activo. El televidente no podía determinar lo que veía, ni siquiera cambiando de canales. El cibernetico ve lo que le viene en gana, va a los sitios que le interesan y los que no le interesan simplemente no existen para

él. Hay una oferta tan enorme de información, vinculada con los gustos de cada uno, que no hay tiempo para ver más.

Generalmente nos comunicamos con los que comparten nuestros intereses y puntos de vista; suponemos que “todo el mundo” cree lo mismo, lo que incrementa el fanatismo y el rechazo a los que piensan distinto. Si alguien está interesado en conocer cómo es la vida en Ganímedes, encontrará suficiente material y podrá relacionarse con personas interesadas con eso. Una mentira repetida por muchos se convierte en verdad y se forman comunidades que comparten cualquier tipo de creencias o supersticiones.

Las redes sociales reúnen a sus usuarios para que realicen actividades, tanto en el mundo virtual como en el real. Frecuentemente linchan virtualmente a líderes políticos o artistas, simplemente porque se hace tendencia una noticia negativa sobre ellos. Ese linchamiento virtual suele repetirse en los medios de comunicación tradicionales y puede provocar que el personaje sea atacado en la calle o en un avión. Han aparecido posiciones políticamente correctas que todos debemos compartir, so pena de ser rechazados en nombre del pluralismo.

Debilitados los liderazgos intermedios, aparecieron protestas más intensas y efímeras que las tradicionales. Estas movilizaciones expresan nuevas actitudes de la gente frente a la política. Son autoconvocadas, asoman en cualquier lugar, se inician por incidentes menores, se difunden por la red y se hacen imparables.

Generalmente rechazan a los liderazgos y a los partidos. No quieren ser manipulados por nadie y están en alerta para que

no lo hagan los partidos. Tienen una actitud semejante a la de los anarquistas de Max Steiner, que ponían bombas sin fundar partidos ni hacer política formal.

En los últimos años se produjeron varios movimientos de ese tipo. Uno de los primeros fue el de los “Forajidos” que derrocó al gobierno de Lucio Gutiérrez en Ecuador, en 2005. Siguieron, después, el de los Indignados españoles de 2011, el 132 de México, en 2012 las movilizaciones juveniles de la Primavera Árabe, la movilización pidiendo el esclarecimiento del asesinato del fiscal Alberto Nisman en la Argentina en 2015, las movilizaciones de los chalecos amarillos en Francia, contra el presidente Macron, en 2018.

Ninguno de esos movimientos fue organizado por partidos tradicionales; surgieron por comunicación directa de la red que reunió a miles de personas que no se conocían, se unieron para actuar, sin dirigentes o ideologías que los convoquen. Entre los participantes de estos movimientos se forman comunidades, con sentimientos intensos que son tan movilizadores como fugaces.

No es momento para hablar de tantas redes sociales que existen, con características propias y con impacto en distintos sectores de la población. Facebook fue, durante varios años, la más importante, seguida por Twitter e Instagram. Se usa LinkedIn para conectarse con compañeros de trabajo y con empleadores potenciales. A partir del lanzamiento de la campaña de Trump, en Tulsa, se hizo conocida la red TikTok, que parece tan indispensable para una campaña como antes lo fue Snapchat.

YouTube es una plataforma dedicada al intercambio de material audiovisual que generó un fenómeno social interesante: los youtubers. No son menos importantes Skype, PayPal, Google, Yahoo! y otros motores de búsqueda que ofrecen servicios extraordinarios, como traductores instantáneos a cualquier idioma y mapas, como el Google Earth.

La realidad física cambió con el desarrollo de la virtual. Casi todo está al alcance de quien sepa navegar. Desaparecieron distancias físicas y sociales, se agudizó el individualismo, las pantallas invadieron la vida y los valores tradicionales se pusieron en crisis. Surgieron redes formadas por personas que se comunican directamente con otras que comparten sus gustos. La teoría del caos está en plena vigencia.

Todo está conectado con todo, cualquiera sea el sitio en que aparece, no existen causas y efectos definidos. La crisis de autoridad en la familia, la liberación de la mujer, las relaciones sexuales casuales, las nuevas formas de la educación, fueron causa y efecto de la descomposición de la sociedad tradicional.

El nuevo elector vive frente a la pantalla: viaja, compra, conversa, hace amistades, a veces tiene sexo virtual. Rara vez necesita que alguien le enseñe algo para navegar. Su autonomía es absoluta. Cuando aprendemos a explorar la red vamos a sitios, sin un entrenamiento previo que venga del mundo real. Todo es virtual. La mayoría de la gente no aprende a navegar interactuando con otros seres humanos. El aprendizaje es una aventura personal y solitaria, en medio de íconos que no se vinculan con conceptos abstractos ni maestros. Participan solamente el cibernauta y los íconos. Si

en algún momento se necesita un consejo, se lo busca en la propia red o se conecta con personas del ciberespacio a las que conocemos por su NIC (Network Information Center). Rara vez necesitamos a alguien que esté fuera de la pantalla.

El acceso a tanta información hizo que muchos conformen sus actitudes políticas prescindiendo de candidatos, partidos y antiguas sociedades intermedias. Sus preferencias tienen que ver con su entorno de “amigos” físicos o virtuales.

Usando la red, un ciudadano entrenado puede conseguir toda la información que quiera acerca de cualquier tema. Es posible viajar por el sistema solar, aprender astronomía y participar directamente en la exploración espacial, ayudando al Centro Espacial Johnson de la NASA, averiguar las características y remedios para la enfermedad que contrajo su tía, conocer los resultados electorales de Brasil, averiguar la genealogía del rey de Jordania, acceder a sitios en los que se discute acerca de mascotas, salud, espectáculos, museos o literatura.

Es también fácil tener sexo casual y conocer a personas con las que se pueden establecer vínculos más permanentes. Internet es una biblioteca universal, la mayor que se haya creado en la historia de la humanidad, está al alcance de cualquiera que quiera y pueda conectarse. Conseguida la conexión, muchos contenidos son gratuitos. Actualmente, muchos gobiernos tienden a proporcionar el uso de la red de manera gratuita a toda la población. Seguramente será así en el futuro.

Es tan enorme la cantidad de información existente que algunos autores creen que “el exceso lleva a la degradación

entrópica de las ideas, es decir, a un tipo de desinformación cualitativa en la que los conceptos se simplifican y terminan convertidos en eslóganes, píldoras o clichés”. Al mismo tiempo, la red es el mayor difusor de informaciones falsas y sesgadas que haya existido, que convencen porque tienen el aval de estar en el ciberespacio.

Muchos usuarios usan la red para comunicarse e interactuar con otros seres humanos con los que establecen relaciones virtuales. Los chats permiten tipos de comunicación que antes eran desconocidos y hoy son cotidianos.

Con el teléfono empezaron a derrumbarse los muros que encerraban al elector en la casa paterna; la red terminó de destruir todo tipo de barreras. Actualmente todos podemos conversar con quien nos venga en gana sin que nadie pueda impedirlo. Conocemos a jóvenes comunes que chatean y se relacionan con personajes importantes. Para esos chicos, hablar con alguien así habría sido y es imposible en la realidad, pero pueden hacerlo de manera virtual.

La política ocupa un espacio minúsculo en la masa de información a la que acceden los nuevos electores. Hay más sitios sobre mascotas que sitios sobre política latinoamericana. La red aleja a los cibernautas de los temas tradicionales de la política, llena su cabeza con datos interesantes de otro tipo que son los que influyen en sus actitudes políticas.

Al mismo tiempo, todo se conoce de manera inmediata. La red difunde informaciones en tiempo real acerca de lo que ocurre en cualquier lugar. Mientras conversamos en un grupo de literatura, algunos avisan que se produjo un tsunami en el sur de Asia, que la CNN dijo tal o cual cosa acerca de la

guerra en Oriente Medio, gritan el gol de un partido de fútbol o mencionan cualquier tema que les parece interesante. Todo lo que es importante para quienes están conectados se comunica con urgencia. En ese océano de información no queda casi nada de las antiguas discusiones ideológicas que interesan a pocos.

La red mantiene informado al nuevo elector acerca de temas que no son los de los medios clásicos, sino los que interesan a cibernetas que los escogen con autonomía, sin pasar por el filtro de los consejeros tradicionales. Lo que le interesa a uno de ellos y coincide con lo que les gusta a otros se hace tendencia y sorprende a todos. No se conversa sobre temas políticos, a menos que sean curiosos.

En las redes no hay mucho espacio para discursos acerca de la economía o de la crisis de la socialdemocracia; pocos escuchan conferencias sobre estos temas en sus iPod. Se puede hablar de anécdotas que pueden tener impacto. La gente común no habla de temas trascendentales y, como en la red no existen jerarquías, los ilustrados no pueden obligar a conversar sobre lo que les importa. En la red no hay “cultos” e “incultos”, cada uno habla sobre lo que quiere. Si alguien se pone pesado y propone hablar sobre Hegel, simplemente lo “banean” y siguen conversando acerca de sus temas.

En el campo de la sexualidad, la red amplía las libertades que se instalaron en Occidente desde los años sesenta y las potencian de manera dramática. El anonimato con que opera el cibernetas hace que desaparezcan inhibiciones y se superen discriminaciones originadas en prejuicios sociales, de edad, enfermedad, raza o de otra índole. Esa falta de inhibiciones permite conversaciones sobre sexo explícitas.

La red no está controlada por nadie y expresa de manera espontánea las pulsiones de quienes se conectan con ella. Un alto porcentaje de sitios está dedicado a la sexualidad y a la pornografía, con preeminencia de “variantes alternativas especializadas como la paidofilia, hebefilia y parafilias diversas”, por encima de lo que llamaríamos “pornografía convencional”. La conclusión de los expertos es que “en las sociedades modernas existen deseos inconfesables cuyo volumen desborda las previsiones de psicólogos y sociólogos”.

No es correcto suponer que la red promueve el desorden sexual o la erotización de la sociedad. Es una herramienta que expresa lo que buscan millones de seres humanos que navegan, cuando no están coaccionados por convenciones sociales. En la red aparecen sus pulsiones y ansiedades no confesadas. Podríamos decir que expresa lo que los seres humanos conectados quisieran ver o discutir, si pudiesen expresar sus impulsos sin inhibiciones. La red no inventa nada. Expresa lo que siempre existió reprimido y soterrado, deseos que antes circulaban tímidamente, en sobres de correo anónimos y en folletos distribuidos furtivamente. La red ha favorecido su intercambio, capilaridad, alcance y nos dice cuál sería su fuerza en un mundo sin inhibiciones.

La intimidad es un valor a la baja. Entusiasmados por saberlo todo y espiar a los demás, los cibernautas se solazan fisgoneando. El voyerismo y el exhibicionismo son pulsiones que se liberaron con Internet. Todo lo privado puede ser invadido y se desató el morbo por hurgar en la vida ajena.

Ciertos programas como *Gran Hermano* revelan la fuerza de esa pulsión. Millones de personas se dedican a espiar la vida de protagonistas anónimos, gente que sale del anonimato

participando en ese juego. Los televidentes quieren conocer aspectos intrascendentes de su vida. *Gran Hermano* fue el primero de una serie de *reality shows* que hacen cosas semejantes. Millones de televidentes ven esos programas con más interés que cualquier debate político.

El inglés es el idioma de la red. Solo un 4% de los sitios están en francés o alemán y, menos todavía, en español u otros idiomas. De todas maneras, más allá de esas barreras, la red ha proporcionado a las minorías la posibilidad de expresarse y amplió la democracia. Las protestas nunca fueron tan internacionales como ahora. Incluso los grupos antiglobalizadores usan la red para luchar por el nacionalismo.

La mayoría de nosotros abrimos nuestro correo varias veces al día y recibimos mails con noticias, informaciones y opiniones de los amigos. El individualismo tiene un desarrollo extraño con la red. Tendemos a permanecer cada vez más tiempo frente a la pantalla, estamos solos, pero interactuando de manera virtual con muchas personas, como nunca pudieron hacerlo nuestros ancestros.

No estamos condenados a comunicarnos solo con parientes y vecinos como antes. Escogemos amigos sin límites, de acuerdo con nuestros gustos y nuestros intereses. Nos conmovemos por lo que les ocurre a personas a las que estimamos, aunque son solo un ícono en la pantalla. La revolución tecnológica nos permite crear nuestro propio mundo, con referencia a seres reales, cuya entidad podemos deshacer haciendo un clic en la pantalla.

Nada está vedado, todo es posible. La red permite que se cumplan las fantasías más extrañas y las depravaciones más

absurda. Solamente con ella pueden encontrarse e interactuar personas con gustos exóticos. Armin Meiwes, un técnico informático conocido como el “caníbal de Rotemburgo”, fue condenado a ocho años y medio de prisión por haber asesinado, descuartizado y comido a una persona. La condena que recibió fue leve porque el delito no estaba tipificado en el código penal. A ningún legislador se le había ocurrido que alguien podía comerse el cuerpo, juntamente con su víctima voluntaria, para incluir el delito en el Código Penal. No se supo con seguridad si el ingeniero berlinés fue la única víctima del caníbal. Al parecer otros doscientos cuatro aspirantes habían respondido a los anuncios de Meiwes en Internet, sin que se conozca si llegaron a contactar físicamente con él. Todo esto habría sido imposible sin la red.

Los cambios que vive el nuevo elector se aceleran en un proceso imposible de detener. Navegar no es un pasatiempo como criar iguanas o colecciónar sellos de correo. Quien navega en la red es distinto de quien no lo hace. El cibernauta accede a informaciones que amplían sus horizontes de manera radical y cambian su forma de relacionarse con los objetos y las personas. La transformación es semejante a la que ocurrió con el invento de la escritura: el que aprendió a leer tuvo actitudes y posibilidades de desarrollo que no podía tener el analfabeto.

Inicialmente creció la brecha generacional porque Internet era cosa de jóvenes, pero hoy pocos son los que no se conectan. La emigración de latinoamericanos hacia países del norte hizo que los correos electrónicos y los chats se volvieran comunes. En los pueblos más recónditos de El Salvador, Nicaragua, México o Ecuador hay “cibercafés” que contactan

a los emigrantes con sus familias. Estos son, además, lugares de encuentro para gente que mantiene un diálogo distinto al que tuvo hace años. En cualquier aldea de los Andes los asistentes hablan sobre las últimas noticias de la pandemia en Nueva York.

Quienes se fueron influyen en las comunidades de origen gracias a la red y más cuando envían recursos que mantienen a los parientes que quedaron en la tierra de origen. La red transmite valores que aprenden los emigrantes y acelera la globalización.

Las nuevas generaciones procesan sus rebeldías en la red. Los anarquistas individualistas, seguidores de Max Stirner, habrían encontrado la realización de su utopía en Internet: subvertir el orden sin necesidad de conocerse, reunirse, organizarse y correr el riesgo de poner el germen de un nuevo estado eligiendo un coordinador de la célula. Los *hackers*, personajes mitificados por la rebeldía juvenil, son los anarquistas contemporáneos. Son piratas de la red que invaden sitios, computadoras, consiguen información clasificada, atacan puntos vitales del sistema establecido. Son una expresión emblemática de la subversión contemporánea.²⁹

Los *hackers* establecen jerarquías por una “meritocracia tecnológica”. El valor central de su cultura es la libertad para crear, absorber conocimientos y redistribuirlos como les venga en gana. “La comunidad del hacker es global y virtual. Aunque se producen algunos encuentros casuales en el mundo real, la interacción suele ser electrónica. La mayoría de los *hackers* se conocen entre ellos por su Nick, no porque pretendan ocultar su identidad, sino porque su identidad sentida es el nombre que utilizan en la red”. Para un joven

rebelde la revolución tiene que ver más con los *hackers* y las bandas de rock que con los antiguos guerrilleros.

LOS CELULARES

Los celulares están en todos lados. Son, al mismo tiempo, teléfono, cámara de fotos, de cine, computadora, archivo de música, el primer artefacto que se incorpora a los cuerpos de los futuros ciborgs.

El celular aceleró la transformación y potenció la influencia de Internet. Actualmente se puede hablar, de manera directa y gratuita, desde cualquier sitio con una persona que se encuentra en otro lugar del mundo. El celular fortaleció la libertad, permite el acceso a todas las plataformas de la red y la comunicación se vuelve fácil y directa.

El uso del celular se ha generalizado en el continente. Todo joven quiere acceder a un celular y a Internet. Ambos forman parte de su canasta básica. Según los expertos, quien no tiene celular o no puede conectarse con la red en Occidente vive en extrema pobreza. El acceso a la tecnología es importante para la vida del nuevo elector.

LA REVOLUCIÓN DE LA INFORMACIÓN

El cambio del nuevo elector se profundizó con la revolución de las comunicaciones.

Las supersticiones parroquianas se debilitan cuando los jóvenes acceden a una información que ha crecido en cantidad, calidad, velocidad y diversidad. Por otro lado, crece la

irracionalidad, hay programas de alienígenas ancestrales que habría en lejanas galaxias, grupos que buscan el tesoro de los incas en islas del Caribe, algún presidente que habla con pajaritos, otro que gobierna con los poderes mágicos de las amatistas que maneja su mujer. Papa Doc y los zombis caminan por el ciberespacio.

Antes cada persona podía conversar acerca de la política, de los candidatos, de lo que ocurría en el país y en el mundo, con un reducido número de personas que tenían alguna idea sobre el tema. Actualmente la información creció, al mismo tiempo que lo “político” se volvió marginal. Muchos opinan sobre estos temas sin idea de lo que ocurre, a partir de datos marginales. A veces son tantos los que creen en cosas irracionales que determinan la suerte de las elecciones.

Lo que circula en la red no es menos profundo que lo que transmitía la televisión. Carecen de sentido los mitos acerca de la “decadencia” de la política, que antes era profunda y fue desplazada por los *reality shows*. No es verdad que las masas se movilizaban estudiando una política académica que se ha banalizado. Los antiguos programas de televisión no eran más serios que los actuales, sino más aburridos.

Si a la información de la televisión, añadimos lo que nos entrega Internet, las herramientas multimedia y el incremento de la calidad de los periódicos y de las radios logrado con la revolución tecnológica, constataremos que la información que se encuentra en cualquier casa, al alcance de los niños, es mejor que la que existía en las grandes bibliotecas de hace diez años.

Las lamentaciones de quienes añoran un pasado en el que “había verdaderos líderes realmente preparados” chocan con esa simple constatación. Otro tanto ocurre con la velocidad de la información. Vivimos un mundo en el que estamos informados al minuto. Nos acostumbramos a saber todo inmediatamente, a que nos respondan enseguida. Esto provoca la sensación de que todo lo que hacemos y preguntamos es urgente.

Antes los periódicos luchaban por las primicias. Actualmente ninguno puede competir con Internet. En cuanto ocurre algo importante, aparece la noticia en el teléfono. El periódico no trae novedades, solamente comenta hechos que fueron vistos por los lectores en tiempo real. En cualquier lugar en que nos encontremos hay personas que, tan pronto ocurre algo importante, nos transmiten la noticia. La vemos en el teléfono y la transmitimos a otros.

Mientras escribimos este texto, hemos consultado con amigos que conocen con más profundidad varios temas: un psicólogo que vive en España, una periodista mexicana, un filósofo argentino, un especialista en religiones que está en Estados Unidos. Hablamos con ellos en cualquier momento, les enviamos textos, les pedimos su opinión. Nada de esto habría sido posible sin la red.

Aunque los intelectuales quisiéramos que toda la población lea, analice ideas, programas de gobierno y decida racionalmente su voto, eso no ocurre, ni ocurrirá nunca. En los países con voto obligatorio muchos llegan a las urnas sin saber por quién votarán y lo deciden a última hora, a veces sin conocer a los candidatos. Manuel Mora y Araujo publicó uno de los mejores análisis sobre cómo se genera la opinión

pública,³⁰ *El poder de la conversación*, en el que afirma que lo que es realmente importante, lo que cada día tiene más poder, es lo que conversa la gente común.

Algunos líderes populistas tal vez ganan simplemente porque se identifican con esa conversación que suele ser caótica, con ideas poco democráticas y limitada por los extremismos de los que habló Guy Hermet.³¹

Es imposible adivinar cómo será el futuro porque la realidad rebasó las fantasías más audaces. Está claro que existe una tendencia a fomentar la libertad, intensificar y acelerar la comunicación. Algunos quisieran llegar a una educación de excelencia, que nos permita conquistar el universo.

Es poco probable que los países más avanzados vuelvan al ábaco, al sobre con estampillas y a prohibir los anticonceptivos. Hay movimientos regresivos: los militantes de Boko Haram creen que estudiar es pecado, los amish y menonitas de la tercera revolución, que temen el progreso y quisieran volver a una sociedad pobre.

Algunos creen que la meritocracia es una forma de exclusión que deja en desventaja a quienes no pueden prepararse. Michael Sandel es el autor más sólido de esa línea que argumenta en su último libro, *La tiranía del mérito*.³² De todas maneras, los nuevos destructores de máquinas no tendrán incidencia en el futuro, como no lo tuvieron los seguidores de Ned Ludd.

23. Sobre los temas referidos al origen de la escritura y de los libros, recomendamos la lectura del libro de Irene Vallejo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, Siruela, 2020. Un recorrido fascinante por la vida e intentos de destrucción de este artefacto que inventamos para que las palabras pudieran viajar en el espacio y en el tiempo.

24. Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 2002.
25. Schwartz, Tony, *Media: The Second God*, Nueva York, Anchor Books, 1983.
26. Ailes, Roger, *Tú eres el mensaje*, Barcelona, Paidós, 1993.
27. Pinker, Steven, *Los ángeles que llevamos dentro*, Barcelona, Paidós, 2018.
28. Harari, Yuval Noah, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Buenos Aires, Debate, 2014.
29. Himanen, Pekka, *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*, Buenos Aires, Destino, 2002.
30. Mora y Araujo, Manuel, *El poder de la conversación*, Buenos Aires, La Crujía, 2005. Hay otra edición del mismo libro en la colección Liderazgo Democrático, publicada por Informe Confidencial y la GSPM de la George Washington University, Ecuador, 2005.
31. Hermet, Guy, *El pueblo contra la democracia*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1989.
32. Sandel, Michael, *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, Madrid, Debate, 2020.

SEGUNDA PARTE
LOS NUEVOS ELECTORES

El mundo de los nuevos electores

Algunos creen que la democracia latinoamericana se ha restringido, que el “pueblo” quiere una democracia “participativa” en la que gremios, las ONG y otras instituciones que persiguen fines parciales reemplacen a los votantes. Las críticas vienen, a veces, del “vanguardismo” marxista, ya que, según ellos, la revolución debía ser conducida por elites militantes ajenas a la “clase en sí”.³³ En todos nuestros países hay decenas de partidos de este tipo, y por lo general obtienen menos del 10% en las elecciones.

Desconfían de la “democracia burguesa” porque la creen manejada por el marketing. Sus argumentos mezclan quejas de militantes ideológicos y de defensores del “pensamiento correcto”: “nos falta dinero para competir”, “la burguesía manipula la mente de la gente”, “la gente se volvió superficial, no oye ideas profundas”, el imperialismo impide vender los cincuenta tomos de las obras de Lenin y difunde textos de *Harry Potter*.

Algunos añoran algo que nunca existió: una democracia en la que todos estudiaban, ideológica, institucional, dirigida por sabios. Creen que la democracia se devaluó porque la gente perdió el interés en la discusión de los temas de fondo. La verdad es que nunca el conjunto de la población se dedicó a leer y polemizar.

En las últimas décadas, la democracia se amplió cuantitativa y cualitativamente, aunque no como hubieran querido algunos académicos. Los electores no se hicieron sociólogos y los intelectuales se convirtieron en una minoría menos influyente, inmersa en una multitud que maneja la vida a su manera y admira a deportistas, artistas, astros de la televisión y youtubers.

No hay menos gente que participa en la política, o que lo hace manipulada por el marketing. La mayoría de los votantes son electores nuevos, que antes no votaban o iban a las urnas manejados por los aparatos clientelares. Servían de carne de cañón de proyectos que mantenían algunas élites con delirios ideológicos.

Ahora expresan lo que quieren, simpatizan con lo que quieren o dicen que no les interesa la política, y producen resultados electorales que desconciertan a los estudiosos, en los que asoman Pedro Castillo, Jair Bolsonaro y Tiririca, ovacionados por multitudes que no leen editoriales.

Los cambios que se produjeron en los últimos años fueron descomunales. Nuestra sociedad es distinta a la anterior en todo, sus componentes son novedosos, desde la familia hasta los grupos de WhatsApp. Los nuevos electores, los jóvenes y los que estuvieron excluidos del sistema, se integran a un mundo en el que los políticos tradicionales se respetan poco.

UN MUNDO MÁS GRANDE

Hace cincuenta años, el mundo de la mayoría de la gente se reducía a su barrio o, a lo mucho, a su municipio.

Actualmente, muchos viajan a diversos sitios de su país y del extranjero, y se informan comunicándose con otros a través de las redes. Casi todos saben cómo son otros lugares. Cualquiera de ellos sabe que existen más países que los que podían mencionar los mayores sabios de la Antigüedad y tiene noticia, aunque sea borrosa, de lo que pasa en el mundo. La realidad de las personas se extiende más allá de su entorno inmediato, los temas que eran patrimonio de pocos forman parte de la conversación de la gente común.

Constantemente recibimos nuevas informaciones. Pocas tienen que ver con la política y temas trascendentales, mezcladas con chismes, videos acerca de animales o acontecimientos estrafalarios. En todo caso, los electores manejan muchos datos que consiguen, interpretan y reproducen por sí mismos. El mensaje producido por los ilustrados, los candidatos y las campañas se licúa en ese torbellino. Gracias a Internet, cualquier persona de un barrio pobre o del campo se pone en contacto con un mundo más grande que el de sus antepasados.

Cuando el mundo parecía pequeño y se reducía a una porción de nuestros países, quienes se tomaban las calles sentían que controlaban el universo. Hoy esas acciones tienen menos fuerza, están en un contexto mucho más amplio. Cuando hace cincuenta años se organizaba una manifestación, normalmente impactaba en bastantes votantes. Actualmente, las manifestaciones se realizan en el centro de grandes ciudades y la mayoría de los habitantes ni siquiera se percatan de que ocurrieron.

En ciudades como Buenos Aires, algunos salen a protestar todos los días con estandartes rojos, hoces, martillos y otros símbolos de izquierda. Son parte del paisaje urbano. No

impresionan a nadie, no inciden en las elecciones, sacan pocos votos. Cuando exageran, pueden generar reacciones que ayudan a quienes los combaten. Si no se renuevan, seguirán su camino a la extinción, como ya ocurrió con Tradición, Familia y Propiedad.

Actualmente existe otro tipo de movilizaciones cada vez más numerosas, que se harán cada vez más frecuentes con la difusión de Internet. Algunas de ellas son meramente virtuales. Cualquier persona tiene en su bolsillo un celular con el que puede comunicarse con otros y conmover al mundo. A Donald Trump, resguardado por servicios de inteligencia sofisticados, lo enloquecieron adolescentes que bailaban “Macarena” en TikTok, mientras fingían solicitar entradas para la inauguración de su campaña. Trump creyó que asistiría más de un millón de partidarios, lo anunció, preparó una tribuna para hablar a la multitud, pero llegaron solo seis mil trescientas personas. Fue una movilización virtual que golpeó al presidente de Estados Unidos. Las demostraciones de la sociedad hiperconectada se desarrollan muchas veces sin que se puedan percibir las instituciones políticas o los medios de comunicación de la sociedad análoga.

Hay por otro lado movilizaciones autoconvocadas que han derribado gobiernos y conmovido al mundo que tienen elementos comunes. Son más poderosas si carecen de un liderazgo único, de un programa, y están manejadas por gente común. No se organizan con asistentes pagados, los organizadores no reparten comida, ni los llevan en camiones contratados. La gente llega y se va como quiere y cuando quiere. Están allí simplemente porque lo han decidido y eso les da una enorme fuerza. A veces se potencian más si no existe

un líder claro, son dispersas e imprevisibles, inorgánicas, sin coherencia ideológica, amontonan demandas inconexas, son divertidas, exaltadas, con formas poco convencionales.

Un vendedor ambulante se prendió fuego en una aldea de Túnez angustiado por su situación económica, las autoridades se burlaron del incidente, cundió la ira, surgió la Primavera Árabe promovida por jóvenes inorgánicos, armados de celulares, que acabó con varios gobiernos. Los chalecos amarillos sitiaron a Macron mejor de lo que pudieron hacerlo el Partido Comunista y los sindicatos franceses en el apogeo de su poder. En octubre de 1919 se desataron en Chile movilizaciones por el incremento del precio del boleto del metro, que no se detuvieron hasta que se convocó a una constituyente. Son las movilizaciones de la nueva etapa, efímeras, fanáticas, que commueven a la sociedad y desaparecen.

LOS ELECTORES SON MÁS NUMEROSOS

La población creció

La población creció mucho. Parece una afirmación de Perogrullo, pero no lo es. Pasamos de una democracia en la que participaban pocos, a una democracia de masas en la que votan casi todos. Hasta hace poco las ciudades eran pequeñas y no eran muchos los que participaban en política. Muchos de los que lo hacían se conocían y tenían un contacto personal, eran vecinos, se reunían a jugar naipes en el local del partido. Hoy la mayoría de los electores viven en grandes ciudades, no

mantienen relaciones personales intensas, pasan prendidos a su celular.

Cuando asesoramos a candidatos o gobernantes de pequeñas circunscripciones, usamos técnicas distintas a las de las grandes jurisdicciones. Si los electores son pocos, las relaciones personales pesan más que la comunicación en serie. Cuando los electores son numerosos, las campañas tienen otras características.

Hasta hace unos años se creía que lo más importante era producir publicidad para la radio y la televisión, llegar a su audiencia con un mensaje que moviera votos. Actualmente se ha fortalecido la independencia de los individuos, se debilitaron los mecanismos tradicionales de relación. El elector toma decisiones influido por lo que se dice en su entorno, que no se circumscribe al físico, sino que se integra al universo de la red. La familia se debilitó e influye menos que en el pasado. Hay grupos de pertenencia, que pueden ser físicos o virtuales, pero que influyen en el elector.

Ya no se puede ganar las elecciones en Buenos Aires o en la Ciudad de México repartiendo “despensas”, bolsas con alimentos. La gente es pragmática: incluso cuando las reciben, vota como quiere. Existe un sentimiento de dignidad que puede provocar en las personas un sentimiento de indignación, y no de gratitud, por los regalos. Hay nuevos desafíos, como comprender la dinámica de los cibercafés en los que se congregan personas de recursos escasos para navegar. El principal desafío es entender la sociedad desde los ojos de la gente, en una sociedad que está fragmentada.

Hasta hace poco, algunos políticos mantenían redes de “compañeros”. Asistían a bautizos, primeras comuniones y otros eventos de ese tipo, consolidando relaciones personales de su red clientelar. Era el aparato con el que se informaban de lo que “decía la gente” y hacían proselitismo. No necesitaban de encuestas o asesores profesionales. La información provenía de sus partidarios. Era sesgada, su actividad primitiva, pero todos actuaban igual y creían que por eso alguno ganaba las elecciones. El esquema funcionó mientras los electores estuvieron poco informados.

La decisión de usar métodos antiguos o modernos en una campaña no es ideológica. Depende del nivel de preparación de los candidatos: unos piensan, otros solo improvisan. Tampoco el mundo es en blanco y negro: los cambios se dan en una sociedad en la que sobreviven elementos arcaicos que, poco a poco, son desplazados por otros. Hay lugares en los que la política tradicional ayuda, otros en los que es indispensable la comunicación moderna, otros en los que la red se ha convertido en la mejor herramienta de trabajo y, generalmente, es la combinación de todas las herramientas la que sirve para triunfar.

En una elección en Buenos Aires, por ejemplo, no se pueden usar masivamente métodos clientelares. La gente tiene actitudes urbanas, interactúa constantemente con otros. Provocaría fastidio ver camiones repartiendo bolsas de comida en la ciudad. El elector metropolitano mantiene relaciones seriales, efímeras y prácticas que no son compatibles con el sometimiento. Cambia la situación en zonas de la provincia de Buenos Aires, donde el peronismo mueve votantes con el método clientelar que adoptó nuevas formas: reparten

subsidios, protegen a integrantes de barras bravas que operan en una zona gris entre el delito, el narcomenudeo, la militancia política y la impunidad.

A pesar de las diversidades regionales, no existen elecciones nacionales o que convoquen a muchos electores en las que solo redes clientelares permitan manejar a un electorado crecientemente independiente y complejo.

Mencionemos unos pocos números. La Ciudad de México, hace cincuenta años, tenía tres millones de habitantes, hoy tiene veinticuatro. El México de hace cincuenta años tenía menos habitantes que Guadalajara o Monterrey. Lima tenía un millón, hoy tiene nueve. Ocurre lo mismo con todas las ciudades latinoamericanas: crecieron en poco tiempo, por el descenso de la mortalidad infantil y el éxodo masivo de gente del campo a la ciudad.

Proporcionalmente votan más

El número de ciudadanos que se involucran en la política también creció porque es mayor el porcentaje de los que votan. Los “nuevos electores” son mayoría. Actualmente participan en las elecciones muchos que antes no lo hacían, porque lo impedían las leyes, las costumbres o el bajo desarrollo de la tecnología.

Las mujeres votan masivamente. El sufragio femenino se aprobó en nuestros países durante la primera mitad del siglo XX. Las primeras que concurrieron a las urnas, como ya lo comentamos en páginas anteriores, fueron mujeres valientes que desafiaron la maledicencia de muchos. Actualmente nadie imagina una democracia sin mujeres.

La Revolución francesa proclamó la igualdad, pero unos eran más iguales que otros. Votaban los propietarios y quienes pertenecían a grupos que cumplían con ciertos requisitos. En el otro extremo, la legislación actual reconoce, incluso, el voto de los analfabetos. En algunos países solo están excluidos los interdictos por razones de salud mental o por su situación legal. En otros, pueden incluso ganar las elecciones.

Las comunicaciones se desarrollaron, las carreteras se extendieron, pudieron votar habitantes de sitios remotos. Antiguamente, para muchos era difícil llegar a los recintos electorales o informarse sobre política. En Estados Unidos se vota el primer martes de noviembre porque, pasados los días santos de varias religiones, la gente necesitaba un día más, el lunes, para llegar a los sitios en que se votaba.

En la primera mitad del siglo XX, muchos latinoamericanos conocían poco sobre su país y menos acerca de lo que pasaba con el poder. Hoy no es así. Bien o mal, la mayoría está informada sobre lo que pasa. Tienen su versión de los acontecimientos, construida con información que consiguen a través de las redes, los medios, la propaganda y desde la fuente más confiable: sus parientes y amigos reales o virtuales. No por eso son objetivos; creen en mitos con los que fabrican una versión de lo que ocurre.

Hasta la década de los sesenta, en promedio, votaba en la región menos del 20% de ciudadanos mayores de dieciocho años, mientras que ahora lo hace el 90%. Antes la participación en la democracia fue tema de minorías urbanas, masculinas, relativamente informadas. Hoy se extendió al conjunto de la población.

Entre 1950 y 1980, la mayoría de nuestros países fueron gobernados por militares. Los últimos presidentes elegidos, antes de que termine la Guerra Fría, Arturo Illia en la Argentina (1963), José María Velasco Ibarra en Ecuador (1968), Víctor Paz Estenssoro en Bolivia (1964), Fernando Belaúnde Terry en Perú (1963) y otros, fueron elegidos en democracias restringidas en las que votaba una minoría. Al volver la democracia, en los años ochenta, casi todos los países incorporaron a la mayoría de la población.

Repetir las campañas de Velasco Ibarra o Perón sería insensato y llevaría a la derrota. Las enormes transformaciones cuantitativas provocaron cambios cualitativos y la sola incorporación de tantos nuevos participantes hace indispensable repensar el esquema.

Que haya una mayor densidad de electores en el conjunto de la población tiene consecuencias prácticas. Casi todos pueden votar, lo hacen con bastante autonomía, opinan, preguntan, exigen respuestas y los líderes están obligados a dárselas. Lo más importante: imponen su agenda y, cuando los políticos no la aceptan, los rechazan.

Muchos de los nuevos electores tenían poca educación tradicional. No procedían de las viejas elites de sacerdotes, intelectuales, doctores, miembros de gremios artesanales, sindicatos o grupos profesionales.

Dos meses antes de las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016, publicamos en la revista *Noticias* de la Argentina un ensayo en el que analizamos las dificultades de Hillary Clinton, y dijimos que Trump ganaría las elecciones. Hillary era una de las personas más preparadas que se

postularon para la presidencia de Estados Unidos, pero su imagen tradicional resultaba poco atractiva para los votantes liberales que votaron por Bernie Sanders. Eran disidentes que habrían soñado con asistir a Woodstock, comiendo palomitas de maíz, y no estaban cómodos con una candidata tan convencional. Hillary era muy capaz pero aburrida.

Algunas investigaciones que hemos realizado en al menos cuatro países lo confirman. Muchas veces deciden el resultado de las elecciones el espectáculo y otros elementos que no tienen que ver con la política. Cuando Tiririca ganó abrumadoramente las elecciones para diputado federal en San Pablo, en 2010, lo hizo porque pudo comunicarse con los electores mejor que los políticos formales derrotados por el divertido payaso.

Manuel Mora y Araujo dice en *El poder de la conversación* que la opinión pública se forma con el diálogo de la gente. Esa conversación incorpora menos referencias a la política que antes porque existen muchos temas interesantes que aparecen todos los días y llenan la cabeza de los electores. Es difícil que la mayoría lea a Jacques Maritain en un mundo con tanta oferta de placer.

Resumiendo, digamos que la democracia se extendió porque votan más ciudadanos, y porque hay una mayor densidad de votantes que antes. La gran mayoría permanecen conectados, intercambian informaciones sobre muchos temas, y el conjunto de esas conversaciones determina la suerte de los procesos electorales. Conocer su contenido y tratar de incorporarlo a la campaña puede significar el éxito o fracaso en las elecciones. No se puede pensar en política sin tomar en

cuenta esta invasión de la cotidianidad sobre las teorías y sin entender la agenda del nuevo elector.

UN MUNDO SIN DOLOR

En Occidente, el avance tecnológico permitió superar una etapa de la historia en la que estábamos condenados al dolor y en la que algunos veneraban el dolor.

En el siglo XIX la medicina avanzó. Hasta entonces los barberos y hasta los herreros extraían las piezas dentales dañadas de un golpe y, aunque existía la cirugía, las operaciones se realizaban con el paciente totalmente consciente. Estremece imaginar cómo serían operaciones en las que los enfermos daban alaridos en locales especialmente acondicionados con puertas sucesivas para que sus gritos no conmovieran al barrio. Se necesitaban ayudantes que sujetaran al paciente y lo immobilizaran para que el cirujano pudiera intervenir.

Las tasas de mortalidad eran muy altas. Operarse significaba llegar al borde de la muerte. Los relatos de principios del siglo XX nos dicen que algunos pacientes se dejaban morir o se suicidaban por miedo al dolor.

Ni qué hablar del parto que, además, era mucho más frecuente. En ese entonces las mujeres tenían muchos hijos y varios no sobrevivían. Las tasas de mortalidad infantil eran altas. Las mujeres experimentaban dolores terribles sin posibilidad de mitigarlos. Casi todos estaban condenados a padecer muchos dolores antes de que apareciera la anestesia, la penicilina, los desinfectantes y de que se implantara una

higiene estricta en los hospitales. Las casas de salud eran, en realidad, la antesala de la muerte y focos de infección que ponían en riesgo a todo un barrio.

Actualmente podemos recibir una inyección de anestesia cuando nos calzan un diente, y los más blandos pedimos anestesia local para no sentir ni siquiera el pinchazo. En los hospitales, aun en los más modestos, se cuida normalmente a los enfermos, se imponen el silencio y una higiene básica. La medicina se especializó. Los odontólogos reemplazaron a los peluqueros, la mayoría de los médicos están especializados, uno en pulmones, otro en fracturas de huesos, otro en ojos, o en hígado. Nos hacemos exámenes y radiografías con frecuencia. En todos estos procesos tratamos de no sufrir y podemos hacerlo. El dolor no es parte inevitable de la vida como lo fue en el pasado.

Tampoco estamos en contacto con la muerte con tanta frecuencia. La mortalidad infantil se desplomó. Hace pocas décadas, casi todos los ciudadanos tenían hermanos que habían muerto en los primeros años de vida. Hijos, parientes y amigos morían con frecuencia. Hoy esto es menos usual. También porque nuestra expectativa de vida es más alta. El dolor y la muerte son inevitables, pero los experimentamos con menos frecuencia.

En el ámbito religioso, se veía al dolor como una prueba que enviaba Dios e, incluso, como herramienta de salvación. Cuando se padecían infortunios de cualquier orden se le agradecía a Dios por la prueba que había enviado. Cuando en un evento alguien quedaba mutilado agradecía a Dios por esta “desgracia con felicidad”, nadie presentó una demanda por la mala práctica profesional que permitió el desastre. No solo

había que aceptar los dolores, sino que, a veces, el masoquismo parecía una virtud. En los monasterios y en las procesiones los fieles se azotaban, se ponían cilicios, se infligían heridas para “agradar a Dios”.

Estamos hablando de tiempos recientes, no de costumbres del tiempo de los padres de la Iglesia que tuvieron ocurrencias tan brutales como las de Orígenes de Alejandría. En la década de los sesenta, los estudiantes y profesores de los conventos e institutos religiosos practicaban la “penitencia” como una forma de purificación. En los claustros, todavía hoy, curas y monjas se azotan y torturan para ahuyentar las tentaciones sexuales. En una de sus novelas, Leopoldo Marechal describe las nuevas actitudes ante la ascética, cuando Pablo Inaudi, encerrado en una celda, quiere hacer penitencia. Examina los látigos que están a su alcance, unos con pedazos de metal y otros con nudos para incrementar el dolor. Termina azotándose con los cordones de los zapatos, herramienta suficiente para espantar a las moscas que revoloteaban por el cuarto, y para producir el mínimo dolor aceptable para un asceta moderno.

En Occidente la gente no rinde culto al dolor sino al placer. No pasa lo mismo en otras culturas. Sigue siendo estremecedora la Ashura, la fiesta más importante del calendario chií, que se celebra en Kerbala a fines de septiembre, con la que los chiitas recuerdan la muerte del imán Al Husein, nieto de Mahoma. Miles de personas desfilan haciéndose cortes hasta sangrar profusamente, mientras lloran y gritan recordando a su profeta.

Pasa lo mismo con la ceremonia de los mil nombres de Dios en Kataragama o en Sri Lanka, en donde los santones pisan brasas encendidas, se cortan partes del cuerpo o se provocan

heridas como parte de su camino a la perfección. Cuando esas religiones se trasladan a Occidente, más bien dejan de lado esas prácticas, las reemplazan por la meditación y la aromaterapia, actividades agradables para llegar al nirvana, más lúdicas que los sacrificios y mortificaciones que practican otros religiosos.

EL INDIVIDUALISMO

El individualismo del nuevo elector tiende a agudizarse. Transitamos de una sociedad estructurada en torno a la familia y lealtades más permanentes a otra compuesta por individuos y grupos heterogéneos que se relacionan con lealtades efímeras. Habiendo aprendido sus valores en una familia en crisis, viviendo una democracia de masas, hijo de las pantallas de la televisión, las computadoras e Internet, el nuevo ciudadano toma sus decisiones con una independencia respecto de su entorno familiar que nunca tuvieron sus padres. El peso de la familia y los vecinos decae frente a un entorno de nuevo tipo físico y virtual.

La televisión produjo la ilusión de que existía una relación personal entre el elector y el candidato. En esa fantasía, los líderes políticos visitan personalmente su casa. El primer plano de la televisión permite que vea el rostro y los ojos del candidato o del presidente, lo critiquen porque está mal rasurado o elucubren acerca de la fiesta a la que asistió en la víspera. El elector toma sus decisiones teniendo en cuenta esa relación personal con los líderes, cuyo manejo puede ser decisivo para los resultados.

Hay que recordar que el individualismo debilita el influjo de las organizaciones políticas y de otro orden, pero seguimos siendo seres sociales. Los estudios de Alex Pentland³⁴ insisten en que el destinatario del mensaje es un ser social que depende y busca la aprobación de su entorno.

La relación del elector con el candidato no es menos racional que antes. Los textos y la prensa escrita, que ocuparon un lugar destacado en la democracia de la palabra, conducían a conversar sobre temas más abstractos. Con el tiempo, el instrumento de comunicación privilegiado pasó a ser la televisión, inventada para entretener, no para analizar. La relación del elector con el candidato está plagada de emociones, resentimientos, identidades, prejuicios de todo orden. El televidente no puede ver en la televisión al “proletariado”, a la burguesía, al PRI o al peronismo. Mira a personas que, a veces, le caen bien, a veces le provocan temor, y en las que tal vez pueda confiar. No mira manifiestos, observa imágenes que denotan algo, pero, sobre todo, que connotan algo. Le impactan los contextos.

Por eso las campañas electorales giran en torno a la imagen personal de los candidatos. Los votantes se interesan cada vez menos en programas de gobierno y se fijan más en la calidad de las personas que eligen. Los programas, finalmente, se parecen todos. Cuando algún candidato concibe un planteamiento novedoso, las encuestas detectan el impacto y sus competidores lo copian.

Lo gracioso es que, gracias a Internet, este plagio tiene una dimensión continental. Cualquier idea interesante que se usa en una campaña electoral en la Argentina, por ejemplo, se reproduce enseguida en México o República Dominicana. Las

campañas de Mauricio Macri tuvieron un impacto en el continente que no han tenido otras. Tenemos una amplia colección de plagios, a veces literales, de sus propagandas.

Cuando los candidatos saben que alguna de sus ideas o posiciones puede quitarles votos, evitan mencionarla. Su objetivo es ganar la elección. Aunque piensen subir los impuestos o el precio de los combustibles, normalmente no lo dicen. Cuando asumen el mando repiten lo que todos: que reciben un país en estado lamentable y que están obligados a tomar medidas impopulares por culpa del presidente anterior.

No nos referimos a ningún caso concreto. Es un rito que cumplen la mayoría de los mandatarios. Los que dicen la verdad en la campaña, como fue el caso de Mario Vargas Llosa en Perú, pierden las elecciones. Cuando lo ocultan y aplican el paquete de ajuste, una vez en el poder, terminan demolidos, como le sucedió a Dilma Rousseff en Brasil.

Las campañas terminan unificando las propuestas de acuerdo con lo que dicen las encuestas. Por lo general, los electores creen que los políticos son mentirosos y por eso más que analizar sus tesis analizan a los candidatos para saber si son confiables.

En varios países encontramos que un alto porcentaje de los electores que apoya a un candidato cree que cumplirá sus propuestas, aunque no saben cuáles son. Sabemos que la credibilidad del candidato es una de las claves del éxito electoral. El respaldo que reciben algunos *outsiders* muchas veces tiene que ver con la búsqueda de rostros nuevos, porque “los de siempre son mentirosos”.

En todo caso, el individualismo de los electores debilitó a organizaciones intermedias y, particularmente, a los partidos políticos en su rol de mediación entre los ciudadanos y el poder. Es tan marcado este individualismo que algunos autores hablan de la posibilidad de llegar a una democracia directa, en la que cada ciudadano participe de las decisiones políticas desde su casa, votando en referéndums y eligiendo autoridades. Esas utopías, desde luego, no toman en cuenta que la democracia directa no es una alternativa práctica. Por el momento, no se vislumbra ningún reemplazo sensato para la democracia representativa.

A lo sumo hay que tomar en cuenta que los electores son individualistas y ven la política desde su mundo personal. En grupos de enfoque, cuando hemos pedido a ciudadanos de clase popular que dibujen cuál es el principal problema del país, aparecen su casa, su hijo, su empleo. Para ellos el país es eso: su vida, sus necesidades. Lo previsible es que esa tendencia al individualismo, que interpela al paradigma de la democracia representativa, se fortalezca en el mediano plazo.

EL CONSUMISMO

Algunos sectores de la Iglesia católica han atacado en estos años el consumismo y defendido la bondad de la pobreza. Con una concepción medieval de la vida dicen que la pobreza es una bendición, pero ellos la evitan viviendo en palacios fastuosos o casas de barrios ricos. Antes de la Revolución Industrial, los únicos prósperos eran los nobles y los eclesiásticos, que asistían a los necesitados y mantenían

hospitales y otros servicios sociales, cuando casi no había Estado.

André Gorz, el gran filósofo marxista referente de los jóvenes revolucionarios de los años sesenta, cayó en crisis con la revolución. En 2007 escribió sus últimos textos, *Carta a D* y *La salida del capitalismo ya ha empezado*, antes de suicidarse con su esposa Dorine Keir, emulando el suicidio de Laura Marx y Pablo Lafargue. En ambos casos los protagonistas no actuaron por desesperación, sino que tomaron la decisión de interrumpir la existencia para no sufrir una decadencia irreversible.

Gorz escribió en el 69 *Adiós al proletariado*, un texto fundamental para entender la crisis de la izquierda. Dice que existe pobreza desde que asomaron con el capitalismo individuos que llegaron a ser ricos con su trabajo y otros que quisieron que se distribuya esa riqueza. Eso no pasó antes porque creían que la opulencia de reyes y religiosos era una gracia incuestionable, otorgada por Dios.

Actualmente la intermediación entre los pobres y el Estado para conseguir recursos es un negocio que se extingue. Más allá de las teorías, tanto los ricos como los pobres y la clase media consumen más que sus ancestros. Los pobres no quieren seguir siendo pobres para irse al cielo, prefieren vivir mejor en este mundo.

El ciudadano quiere mejorar sus condiciones de vida y eso influye en su decisión política. Vota por quien cree que lo ayudará a mejorar su situación y reacciona en contra de quien parecería que pretende quitarle su dinero, incrementando impuestos, subiendo el precio de los servicios o tomando otras

medidas. Los alegatos en contra de la sociedad consumista de Marcuse murieron con el hipismo. A nivel religioso, la exaltación de la pobreza de algunos líderes católicos dio espacio a grupos evangélicos que tienen una visión más práctica de la vida.

En la sociedad contemporánea, para vivir con lo básico, todos necesitamos bienes y servicios que, hasta hace poco, eran un gasto superfluo. Los ciudadanos necesitan esos productos, los demandan, los usan, averiguan cuándo aparecen nuevos modelos de teléfono, nuevas plataformas. La mayoría quiere consumir y experimentar, cambiar de pareja, muebles, carro, mascota y de todo lo imaginable. No solo queremos tener un celular, sino que demandamos el último modelo con nuevos servicios. Consumir y exhibir bienes de marca es conseguir prestigio y bienestar. Incluso cuando la marca es falsificada, sirve para presumir en el pequeño entorno de cada uno, que es su universo.

Si un político pretende hablar en contra de la cultura del consumo puede tener problemas. Solo en un país tan eclesial como la Argentina pueden existir dirigentes que prediquen el pobrismo. A quien se le ocurra predicar algo así, entre los cientos de miles de latinos que se agolpan en la frontera de México dispuestos a dar la vida por instalarse en la sociedad de consumo, le pueden romper la cabeza.

La revolución tecnológica, que renueva permanentemente los bienes, nos empuja a comprar cosas sin las cuales la vida parece miserable. La televisión en color, que fue el centro de todo hogar modesto, fue desplazada por el walkman, la computadora, el celular inteligente e Internet. Todo eso es parte de las inquietudes del nuevo elector que se interesa más

por la tecnología que por la lucha de clases y los partidos. Para él, PC no significa Partido Comunista, como ocurría antes, sino Personal Computer.

Todos consumimos y queremos consumir más. La publicidad dice lo que debemos comer, los comerciales dejan en claro que quien no tiene zapatos de cierta marca es un idiota y que para conseguir pareja hay que usar el perfume de algún anónimo que aparece en las propagandas de las revistas con cara de sabio. Nos han vendido la idea de que debemos ser atractivos, flacos, no comer azúcar ni nada que impida usar el último modelo de ropa. Se podría suponer que, para mantener la condición de seres humanos, debe protegernos alguna marca. La sociedad de consumo es la sociedad de las etiquetas. Todo esto tiene consecuencias en la vida de la gente, en sus expectativas de vida y, por lo tanto, en sus preferencias políticas.

Todos pretenden tener los últimos modelos. Quieren todo para sí mismos, para sus parientes, para los grupos con los que se identifican. El nuevo elector hace lo que puede para conseguir los productos que le proporcionen prestigio en su entorno. ¿Cómo reacciona la mayoría de los electores que no puede acceder a esos bienes que parecen indispensables?

La política latinoamericana está cargada de una enorme dosis de resentimiento provocado por sueños consumistas insatisfechos. Uno de los mejores analistas del tema decía que es por eso por lo que los electores votan tan fácilmente “en contra” de lo que sea. Les gusta estar en contra de los gobiernos. En este momento la mayoría de los mandatarios tiene la peor evaluación de la historia de su país. El fastidio con el sistema se ha generalizado.

Muchos hombres y mujeres de clase media, que tienen recursos para vivir una vida “pasable”, buscan dos trabajos para mejorar su nivel de consumo. Si no compran la primera marca de leche sienten que son pobres, no llegan a fin de mes. Comprar una marca menos prestigiosa es sentir hambre, aunque eso solo se relacione con el prestigio ante sí mismos.

Necesitan una parafernalia de electrodomésticos, quieren ir al cine, divertirse, buscan una escuela mejor para sus hijos. Los de clase media y alta necesitan viajar, mandar a sus hijos a estudiar en el extranjero. Los intelectuales viajan con frecuencia, necesitan computadoras, software y otras cosas con las que pueden luchar en contra del consumismo y del mundo globalizado que rechazan. En ocasiones, se dedican a escribir libros en contra del imperialismo para conseguir unos ingresos que les permitan enviar a sus hijos a estudiar en Estados Unidos.

Especialmente quienes hacen dinero fácil tienen un consumo desorbitado. Cuando allanaron la casa de un ejecutivo de un banco, que se hizo rico a la sombra de un gobierno argentino, encontraron que tenía ciento ochenta y nueve autos y cientos de miles de hectáreas de tierra que acumulaba sin cultivar. Un dirigente sindical de su mismo grupo lo superó: tenía doscientos coches, yates, aviones, radios.

Casi todos tratan de conseguir recursos por cualquier medio para satisfacer necesidades creadas por una sociedad en la que la ascética es un fantasma que quedó colgado con las sábanas en la lavandería.

AUGE DEL HEDONISMO

La meta de la sociedad contemporánea es el placer. El culto al dolor que llevaba a la santidad puede ser tipificado como delito. En 2006, una monja de clausura se escapó del convento en una provincia argentina y denunció que sus antiguas compañeras se flagelaban, usaba cilicios y otros instrumentos de tortura. El comisario, poco versado en las costumbres de los conventos, y con el sentido común propio del siglo XXI, allanó el monasterio y apresó a todas sus habitantes, acusándolas de sadomasoquismo. Tuvo que disculparse con las autoridades eclesiásticas cuando el obispo le explicó que no eran perversiones, sino prácticas virtuosas para alejar las tentaciones sexuales. Un ciudadano común de nuestros días no comprende que algunas personas se autoflagelen para aplacar el deseo sexual.

En el siglo pasado, los cristeros mexicanos arriesgaron la vida por el triunfo de Cristo Rey sobre la Iluminación. Años más tarde hubo jóvenes que iban a la guerrilla porque no temían morir “entre árboles y pájaros”. Eran otros tiempos. Desapareció la fe de quienes éramos capaces de asistir a seminarios, leer a Althusser y realizar otros sacrificios por la revolución.

Actualmente, las campañas electorales son ocasión para socializar, encontrarse con otros y divertirse. Pueden ser también oportunidad para conseguir algún empleo si triunfa el candidato, o ganar algún dinero pintando paredes o imprimiendo folletos. Antes los activistas de la campaña recibían un adoctrinamiento que los motivaba. Actualmente esa es la excepción. La campaña debe ser divertida, amena,

tanto para los que trabajan en ella como para los electores, que tampoco quieren aburrirse.

La mayoría de “voluntarios” que realizan tareas repetitivas, como repartir folletos o agitar banderas en las esquinas, reciben una paga. Las grandes concentraciones, que nunca sirvieron de mucho, tienen todavía menos sentido. En la mayoría de nuestros países hay “empresas” que movilizan gente para que participe en actos políticos. Pueden llevar un número casi ilimitado de personas si se paga su tarifa. A su vez las empresas pagan a los asistentes para que vayan a gritar o agitar banderas realizando un trabajo como cualquier otro, que no tiene que ver con sus preferencias políticas. Hemos conocido a candidatos que contrataron estos servicios y sacaron menos votos que el número de personas que los aplaudieron en el cierre de la campaña.

Hay un caso emblemático. En el conurbano de Buenos Aires existen muchas personas que viven de subsidios, controlados por políticos, y activistas que tienen el negocio de la pobreza y los usan como fuerza de choque. Entremezclados con algunas de esas organizaciones están los “barras bravas”, supuestos hinchas de equipos de fútbol, que cultivan la violencia y generalmente se vinculan a redes de narcotraficantes y delincuentes.

Se han escrito libros románticos que hablan de una nueva opción revolucionaria que nace supuestamente de esos pobres a sueldo, sin tomar en cuenta que una alternativa política revolucionaria debe proponer el cambio del conjunto de la sociedad y no mantener una fuerza de choque para ser manipulada por algunos políticos, porque agoniza con lo mínimo que se requiere para vivir en esta sociedad

consumista. Más allá del idealismo de algunos que escriben sobre la cultura “villera”, los pobres que viven mal, para estar disponibles para los políticos, querrían vivir mejor. No son piqueteros porque esa es la mayor aspiración que tienen para ellos y para sus hijos, sino porque no tienen alternativa.

En las campañas electorales pocos son los que trabajan por adhesión al candidato, al partido, o porque defienden tesis ideológicas. Nos referimos a las campañas importantes, con posibilidades de triunfar electoralmente. Las campañas de grupos ideológicos duros tienen más voluntarios reales, pero consiguen pocos votos. Son minorías movidas por algunos ideales que naufragaron a fines del siglo pasado.

Incluso las pocas guerrillas que existen son poco ideológicas. En Colombia quedan grupos de desmovilizados que durante décadas no supieron hacer otra cosa que combatir. En Paraguay existen aún unos pocos delincuentes vinculados al narcotráfico que es el socio que queda para la subversión. Rusia y China son potencias capitalistas que disputan mercados, no mandan recursos para las guerrillas.

En definitiva, a los nuevos electores no les gusta la política tradicional. Cuando se unen a un proyecto no se mueven por discursos solemnes ni por programas de gobierno. Sus motivaciones son lúdicas y pragmáticas, quieren divertirse y vivir mejor.

UN MUNDO EROTIZADO

Con la televisión y la revolución de las comunicaciones cayeron algunos mitos. Bastantes líderes latinoamericanos del

siglo pasado creyeron durante su infancia que habían llegado desde París en el pico de una cigüeña. La sexualidad era algo sobre lo que no se debía hablar sino con autoridades, parientes, maestros, sacerdotes. Asociada al pecado y a la reproducción, no dejaba espacio al erotismo. Los más anticuados hasta hoy no quieren que los niños reciban educación sexual para que se conserven “puros”, pero es un esfuerzo inútil; ellos se informan a su manera.

Cualquier adolescente puede conversar con sus amigos sobre sexo, acceder a sitios de Internet con contenido sexual, pornográfico y encontrar sexo casual. Es mejor que los jóvenes y adolescentes tengan la formación adecuada para desenvolverse en esta sociedad erotizada. La educación debe capacitarlos para afrontar la realidad.

Antes los jóvenes se informaban de estos temas clandestinamente, por conversaciones y experiencias con gente de su edad. El prostíbulo jugaba un papel importante en la iniciación sexual de los hombres mientras, al menos en teoría, las “mujeres decentes” debían esperar la bendición de un sacerdote para experimentar con su cuerpo. Los hijos de las élites, que se educaban en colegios católicos, aprendían algunas cosas guiados por “padres espirituales”, sacerdotes que los informaban sobre la sexualidad y se servían de las confesiones para fisgonear y conocer los detalles de su vida sexual.

Cuando, en 1954, un importante cardenal ecuatoriano prohibió a los católicos ir al cine, dijo que, en esas salas, hombres y mujeres presenciaban películas en la penumbra y fácilmente armarían una orgía. Además del ambiente pecaminoso, el cine incitaba a la volubilidad porque algunas

“rameras” desataban la libido del público, exhibiendo sus tobillos en pantalla.

La revolución sexual fue uno de los motores de las revoluciones de los años sesenta, aunque bastantes no quisieron hablar mucho del tema. En esa sociedad reprimida era más elegante luchar por el futuro de la humanidad, la paz en Vietnam y el socialismo que por la libertad sexual. Lo más probable, sin embargo, es que en las movilizaciones juveniles la liberación de Eros haya tenido más importancia que el culto a Tánatos.

Con retraso, sin tanta espectacularidad, pero con fuerza, la liberación de Eros llegó a América Latina en las últimas décadas, transformando al nuevo elector. Los niños latinoamericanos tienen acceso a información sobre temas sexuales desde sus primeros años. En las escuelas, la televisión, la red, y en contacto con sus compañeros, los pequeños se informan sobre temas que sus padres descubrieron cuando eran adultos. A veces hacen preguntas a sus padres solo para saber cuán desinformados están.

Un antiguo secretario general de un importante partido comunista latinoamericano decía que no se habría hecho comunista si hubiese tenido la libertad sexual de sus nietos, porque no habría tenido tiempo para asistir a tanto seminario sobre Marx y la doctrina revolucionaria. Lo más probable es que hubiera sido así. La erotización de la sociedad abre posibilidades vitales que cambian la agenda de la gente.

La emergencia del erotismo ha sido discutida por muchos autores. En *La transparencia del mal*, Baudrillard dice que “se nos ha impuesto la ley de la confusión de los géneros. Todo es

sexual. Todo es político. Todo es estético. A la vez, la realidad se ha vuelto sexual, todo es objeto del deseo: el poder, el saber, todo se interpreta en términos de fantasía y de inhibición, el estereotipo sexual se ha extendido por todas partes”. No solo hay una mayor libertad sexual, sino también una erotización generalizada de los comportamientos humanos, respecto de todas las actividades y, también, respecto de la política.

En la sociedad lúdica, el sexo, que tiene que ver con el placer, consolida nuevas normas de comportamiento. Los muchachos no se inician tanto con prostitutas, las muchachas reprimen menos su sexualidad. La iniciación sexual se produce temprano, por curiosidad o simplemente por búsqueda de placer.

Adrián Helien y Alba Piotto publicaron el libro *Cuerpxs equivocadxs. Hacia la comprensión de la diversidad sexual*, en el que hablan de las muchas identidades sexuales sobre las que conversan los actuales adolescentes. “Las personas que se identifican como pertenecientes a la categoría ‘no binario’ rechazan la asunción del género hombre/mujer”.

No se identifican ni con el rosa ni con el celeste. Tinder, una aplicación de citas con cincuenta millones de usuarios, permite a quienes ingresan elegir no solo entre dos géneros, sino entre cuarenta. Crecen los espacios públicos, como universidades, centros comerciales, museos, bares o escuelas, que cuentan con baños multigénero.

Con *Beyond He or She* (“más allá de él o ella”), como título de tapa, la revista *Time* abordó el tema usando una encuesta realizada por la ONG norteamericana Glaad, que muestra que

el 20% de los *millennials* no se reconocen ni estrictamente heterosexuales ni dentro de la categoría cisgénero.

Sam Escobar ha escrito en *Esquire* algunas columnas sobre el uso de prendas de vestir que prescinden del género. “Hoy hay hombres que no tienen problema en vestir una musculosa o remera larga que en una mujer funciona como vestido. Si les gusta y les queda cómodo, lo llevan”.

Los líderes mayores, nacidos en una sociedad reprimida, necesitan comprender a electores que experimentan con naturalidad una libertad sexual que no tiene retorno. Es difícil creer que en el futuro los niños vuelvan a creer en la cigüeña y los adolescentes en las virtudes de la virginidad. Lo más probable es que las libertades se afirman y se extiendan, como parte de la evolución de una humanidad que va hacia una creciente separación del sexo con la reproducción.

SEXO Y POLÍTICA

Algunos autores han estudiado la relación del sexo con la política. Freud, además de plantear conceptos provocadores en *Más allá del principio del placer* y en *El malestar de la cultura*, escribió un texto interpretando la Primera Guerra Mundial a partir de la personalidad del presidente Thomas W. Wilson.

El psicólogo inglés Hans Eysenck estudió en los años cincuenta la relación entre la ideología de los británicos y sus actitudes frente a la sexualidad, encontrando que los más conservadores eran los más ortodoxos, sea cual sea su ideología, de izquierda o derecha.

Entre los descendientes intelectuales de Freud se generó una corriente que se inició con Wilhelm Reich y culminó con el freudismo marxista de Cooper y Laing, que tuvo impacto entre los revolucionarios de los sesenta. Fue parte de una transformación por la que la sexualidad actual no tiene que ver con la de hace cincuenta años.

Pero, aunque el erotismo invadió la vida cotidiana de la gente, a los líderes políticos latinoamericanos les ha costado hablar del tema, porque es más cómodo hablar de José Martí y de Hipólito Yrigoyen. Cuando los medios de comunicación incursionan de manera irreverente en este campo, la mayoría de los políticos no sabe qué responder. La mayoría de la gente acepta el matrimonio igualitario; en la cultura urbana más educada discriminar a los homosexuales es rasgo de salvajismo; la vida cotidiana se volvió muy liberal, pero algunos políticos tradicionales no saben cómo abordar los temas.

Los nuevos electores se interesan más en el sexo que en discutir sobre la vigencia del liberalismo, y eso los aleja de los pollitos de otras generaciones. En los últimos años esto inquieta más a los votantes jóvenes, porque además de que viven una sexualidad más temprana, más frecuente y con más parejas que sus mayores, apareció el sida, que para ellos es más importante que la deuda externa. Pocos candidatos y periodistas están dispuestos a hablar de preservativos y prefieren hablar de la inflación. Los estadistas hablan de grandes problemas de la humanidad o definen la izquierda y la derecha, pero no dicen cómo enfrentará una pareja joven un embarazo no deseado.

Cuando hablamos de todo esto, no mezclamos esferas de la vida que no tienen nada que ver entre sí. Todo es político y al mismo tiempo es sexual. El voto de los jóvenes se puede mover si el candidato habla acerca de temas que les interesan, más que si se pronuncia sobre el ALCA. A pocos les importa más la invasión a Irak que la posibilidad de que su pareja esté embarazada. Viven libremente su sexualidad y quieren una sociedad menos hipócrita.

Esta problemática tiene consecuencias en los contenidos y formas de la comunicación. Algunos creen que la calentura está en las sábanas y culpan a la televisión de la “degradación moral” de la sociedad. Los publicistas usan desnudos en sus anuncios porque la gente se interesa en el sexo y se fija más fácilmente en la propaganda si tiene algo de excitante. No son ellos los que promueven el sexo, sino que la demanda de la sociedad provoca esa oferta de publicidad erótica. Los comunicadores saben que el deseo se desató en Occidente, la publicidad no produce una nueva moral, sino que se ajusta a las costumbres y valores del momento.

La publicidad tiene un enorme desarrollo en casi todos los órdenes de la vida, pero en la política suele tener límites por la egolatría de los líderes y a veces es bastante mala. Coca-Cola no sacaría al aire su propaganda de hace treinta años sin que el público se aburra, porque perdería clientes. Los comerciales han evolucionado hasta convertirse en obras de arte, plenas de color y deseo. Lo mismo ocurre con la publicidad de ropa, comida y otros productos que está en calles y pantallas.

En cambio, la publicidad política es generalmente arcaica. Repite los mismos contenidos aburridos desde hace décadas, carece de sensualidad y de humor. En todos nuestros países,

desde el Río Grande hasta la Patagonia, vemos los mismos comerciales: partidarios agitando banderitas, caravanas con personas que aplauden al candidato, un pescador que lanza su red, montañas, políticos solemnes diciendo lo mismo sobre la pobreza, la educación y la corrupción. Muchos candidatos se sacan la misma foto, oteando el horizonte por si vuela una gaviota muerta. Generalmente hablan de sí mismos, como si el principal problema de la gente fuese si sacó o no una medalla en el colegio, la palabra más frecuente es “yo”.

Las cadenas de televisión en las que aparecen presidentes y líderes acartonados detrás de un escritorio, con banderas y fotos del mismo que habla en la pared, son horribles y quitan popularidad. Algunos aprenden a “hablar como estadistas”, prolongando el sonido de las vocales, como cuando no había parlantes y los oradores trataban de llegar con su voz hasta el final de una plaza.

Los equipos de gobierno deberían tomar en cuenta que el mundo de los electores cambió, que tienen muchas cosas más interesantes que hacer que oír discursos. Quienes diseñan la estrategia de la campaña tienen un desafío: lograr que los publicistas no produzcan piezas incomprensibles o con mensajes equivocados, originados en su inspiración artística. La política es política, no publicidad.

En todo caso, la mente del nuevo elector está cargada de erotismo. El sexo ocupa un lugar importante en su percepción de la vida. Sus actitudes frente a la sexualidad son distintas de las que tienen los políticos mayores que se asustan con el tema. Los jóvenes tienen menos prejuicios que sus dirigentes.

EL CULTO A LA JUVENTUD

El nuevo elector es más lúdico e individualista que los antiguos y estas pulsiones llegaron de la mano con un renovado culto a la juventud. Con los avances de la medicina actual, cuando el ciudadano pasa de los cincuenta años está en pleno desarrollo, pero es discriminado. Muchos anuncios de trabajo ponen como requisito tener menos de treinta años y los que son mayores se sienten discriminados.

Desde los sucesos de Mayo del 68 se desató en Occidente un culto a la juventud que se incrementa constantemente. El fenómeno se agudizó cuando subió la expectativa de vida y bajó la tasa de natalidad. Cuando terminaban los sesenta, muchos jóvenes que soñábamos con la revolución sentimos que la “izquierda formal” se había institucionalizado y había dejado de ser una alternativa revolucionaria. Sospechábamos algo que se confirmó después: que los comunistas eran, principalmente en temas sexuales, tan conservadores como los grupos más anticuados de la Iglesia católica. Innumerables testimonios lo ratifican, y tal vez el más llamativo es el del supuesto hijo de Volodia Teitelboim, el dirigente comunista chileno, que a la muerte de su padre delató los entretelones de la vida de sus camaradas.

En las nuevas perspectivas revolucionarias el imperialismo ruso no era atractivo. Los jóvenes de izquierda no podían defender la invasión soviética a Checoslovaquia. La presencia rusa de los países de Europa oriental empezó a verse no como la liberación que llevó el Ejército Rojo, sino como una ocupación de tropas rusas. Todos los países del “socialismo real” negaban a la mujer tanto como la Iglesia católica. Así

como nunca hubo papisas, tampoco hubo secretarias generales de los partidos comunistas. Cuba era el país más homófobo de Occidente, los gays eran encerrados en campos de concentración para que se curasen de su enfermedad. Algunos países nórdicos crearon la figura de “exilio sexual” para ayudar a los homosexuales cubanos a escapar de la isla.

La “revolución de mayo” no defendió ideas precisas, no tuvo un manifiesto con rigurosidad cartesiana, pero había algo que olía a totalitario y anquilosado en las propuestas comunistas. Los jóvenes sintieron que debían explorar nuevos horizontes. Empezaban a producirse las actitudes políticas contemporáneas, que se expresan más en actitudes y eventos que en palabras.

Los jóvenes de fines de los sesenta y principios de los setenta chocaron con el mundo de sus padres. Parecía que había que construir una utopía que no tenía que ver ni con el comunismo obsoleto, ni con las reglas conservadoras de Occidente. Después del Mayo francés dirigentes revolucionarios propusieron formar el Partido Mundial de la Juventud. Algunos llegamos a creer que cumplir veinte años era pisar los umbrales de la traición. Se intentó instalar el partido en países europeos y en zonas urbanas de Norteamérica, a pesar de la hostilidad de políticos de derecha y de izquierda.

Hacia fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, algunos de estos cambios resucitaron en una ola de “reivindicación de los sesenta”. Muertas las utopías estatistas, algunas de las transformaciones liberales se convirtieron en bandera de militantes de izquierda que las habían rechazado.

Quienes creímos que los que cumplían veinte años eran traidores potenciales, no sabíamos que la juventud se cura de manera inevitable con el tiempo, que corre con una velocidad vertiginosa. El culto a la juventud fue más allá de las fronteras de politizados que leían a Marcuse y se generalizó como un nuevo valor de Occidente.

JUVENTUD E INFORMACIÓN

Muchas sociedades de la Antigüedad, en particular las rurales, estaban dirigidas por Consejos de Ancianos; ser mayor era credencial de sabiduría y experiencia. Hoy es casi un certificado de ignorancia. Cada día se respeta menos a los mayores en Occidente. La experiencia y la sabiduría que se acumulaban a lo largo de la vida no parecen un valor cuando lo prioritario es la innovación y parece que la sabiduría está a la mano, haciendo un clic en Google.

El desprecio por la experiencia no tiene sentido. En su libro *Blink. El poder de razonar sin pensar*, Malcolm Gladwell explica que tomamos la mayor parte de las decisiones rápidamente, a partir de pequeñas informaciones que se acumulan en el subconsciente, gracias a la experiencia. Enfatiza que muchas de esas decisiones son correctas, pero no las podemos explicar con palabras. Es la misma línea del Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman en su libro *Pensar rápido, pensar despacio*, en el que analiza y explica los dos sistemas que modelan cómo pensamos: el sistema 1, rápido, intuitivo y emocional, y el sistema 2, más lento, reflexivo y racional. El conocimiento rápido es frecuente, útil

en muchas esferas, pero solo el pensamiento lento nos permite llegar a un análisis profundo de la realidad.

Gladwell habla de la experta en arte que con solo mirar un cuadro sabe que está falsificado. Los consultores, en muchas ocasiones, sabemos que un candidato no es viable con solo conversar unos minutos y los electores descubren que un político es mentiroso con solo verlo un momento en televisión.

El progreso de la ciencia, la tecnología y el acceso masivo de niños y jóvenes a la información, que se encuentra en la televisión, Internet y otros medios que cada día mejoran sus servicios, han provocado este desprecio por la experiencia. Muchos jóvenes, aunque leen poco, sienten un cierto desprecio intelectual por adultos que tienen menos información que ellos y conversan sobre temas que les parecen aburridos. Los jóvenes se percatan de que los mayores mantienen prejuicios que no tienen sentido, a la luz de los nuevos descubrimientos de la ciencia. Por lo general no se burlan abiertamente, pero callan y sonríen cuando saben que sus padres creyeron en la revolución soviética y siguen confundidos por mitos arcaicos.

En las comunidades indígenas la sabiduría de quienes organizaban la danza de la lluvia se devalúa cuando los niños consultan en Google cómo rociar hielo seco en las nubes. Los consejos de ancianos portadores de la “sabiduría milenaria” sucumben ante conocimientos que están en la red. En muchos casos, las ceremonias y los ritos se mantienen y reinventan como fuentes de ingresos para nuevas generaciones que, detrás de sus túnicas de druidas o sombreros con plumas, viven un nuevo individualismo y necesitan satisfacer un consumismo que no tuvieron sus mayores.

Hay personas de las nuevas generaciones que encuentran en la tradición una herramienta para conseguir los dólares que necesitan para comprar los mismos iPod, computadoras, autos y productos de la cultura occidental que rechazan en sus manifiestos. Algunas comunidades chantajean a empresas petroleras y mineras que trabajan en sus “territorios ancestrales”, defendiendo tradiciones milenarias recién inventadas que son un pretexto para conseguir dólares para construir vías, hospitales, canales de televisión y adelantos tecnológicos que acabarán con lo que queda de sus tradiciones. Veneran a la Pachamama cuando los ayuda a conseguir billetes verdes con la efigie de Washington.

Muchos padres y abuelos se fascinan cuando los niños llegan a la casa con preguntas que no pueden responder, o cuando deben recurrir a ellos para solucionar los problemas que tienen con las computadoras o para navegar en la red. La tecnología es parte natural de la vida del joven y los mayores no somos tan diestros como ellos en ese campo.

EROS Y JUVENTUD

El culto a la juventud produce una obsesión por la belleza del cuerpo. En nuestra sociedad se cree que para tener éxito es preciso ser apuesto, joven, flaco, sano.

Cientos de miles de latinoamericanos corren todas las mañanas por calles y parques de nuestras ciudades, tratando de huir de la vejez, la gordura y la muerte. Buscan spas, hacen aeróbicos, compran aparatos para bajar de peso y llegan a la anemia con tal de conseguir los lánguidos cuerpos que

cumplen con los estándares de la belleza contemporánea. Los desnudos de Jean Fragonard se esconden en las bodegas, sin que nadie entienda cómo el artista pudo pintar mujeres tan rollizas.

Todos los días aparecen especialistas que han descubierto alguna nueva dieta, una pócima mágica que borra las arrugas o combate cancerígenos, colesteroles o cualquier otro elemento del que hay que cuidarse. El café tiene cafeína, la carne grasa, los fideos azúcar, la lechuga lechuguina, cualquier cosa “cualquiercosa”. Todo lo que es agradable, si no mata, al menos envejece o es pecado para los que creen en el infierno. El ayuno de los antiguos para conseguir el cielo perdió sentido, sirve para conseguir algo más importante: preservar una imagen juvenil, cumplir con los cánones de belleza vigentes, tener más placer, mejor consumo.

El culto a la eterna juventud y a la salud crea en el elector nuevas necesidades y demandas económicas. Ya no se puede beber el agua de la canilla, hay que comprarla embotellada. Se deben comer solo comidas sanas. Los productores de antes hacían la trampa de poner agua en la leche para ganar más dinero, pero no era legal. Hoy la leche aguada es más cara porque no tiene grasa, las verduras pequeñas y estropeadas son mejores y más caras porque son naturales; se necesita más dinero para comprar las pócimas de la nueva fuente de la juventud.

JUVENTUD Y POLÍTICA

El culto a la juventud provoca en los electores una sensación de independencia que, a veces, se transforma en prescindencia y lejanía de las organizaciones del pasado. Los pocos jóvenes que se integran a los partidos tradicionales y aprenden de los viejos líderes son muchas veces sus hijos o parientes.

A los nuevos electores la política les parece una actividad de mayores. Su discusión les suena arcaica en una sociedad que cambia todo el tiempo, en la que parece que los autores anteriores a Internet han caducado. Hay más jóvenes que siguen a youtubers que otros preocupados por la poesía. En la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, en 2016, el autor más vendido fue el chileno Germán Garmendia (con #Chupaelperro), un youtuber para el que tuvieron que armar un pabellón especial por la cantidad de gente convocada.

Pocos jóvenes inteligentes quieren dedicarse a las ciencias sociales, la poesía y la política. Los atraen decenas de actividades que antes no existían. La búsqueda del placer, el dinero y la red los conducen a un mundo plural y excitante. Ser emprendedores desata su imaginación y les permite producir de manera creativa.

Los cursos de militancia partidista han desaparecido y también los locales de campaña del barrio en los que sus padres jugaban a los naipes.

UNA NUEVA MORAL EFÍMERA Y PLURAL

La libertad es el concepto que señala el norte en el horizonte de la juventud occidental. El nuevo elector disfruta de una libertad inimaginable hace poco, pero quiere ser todavía más

libre. Cuando se celebraron los veinte años del Mayo francés, Daniel Cohn-Bendit, que fue uno de los líderes de la revuelta estudiantil de 1968, afirmó por su consecuencia: “Occidente nunca será como antes”.

Los habitantes de las grandes ciudades tienen más acceso a la educación y son más libres en muchos sentidos. Las transformaciones demoraron en llegar a América Latina, pero se han instalado más entre la gente común que en la dirigencia, que se resiste a aceptar el cambio. Las personas se comunican todos los días con los artefactos propios de la tercera revolución, y asumen valores más allá de lo que comprenden las élites. Allí está la base de un divorcio que desestabiliza la democracia.

Perdieron fuerza valores como la virginidad, la indisolubilidad del matrimonio, la prohibición de los anticonceptivos, la penalización del aborto. Entre los jóvenes, y más entre las mujeres, son temas que no se discuten porque las dudas caducaron. Para los electores más jóvenes el sexo es un hecho de la vida cotidiana y el matrimonio puede llegar después de largos períodos de vida en común. Muchas parejas menores de treinta años no están casadas ni piensan casarse. En la terminología juvenil se acuñaron los términos de “amigo con derechos” o “aminoivos” para referirse a amigos que tienen intercambio sexual sin plantearse una relación permanente.

Existe entre los jóvenes un respeto creciente por la diversidad sexual. El sexo tiene que ver con el placer y es algo en lo que cada uno decide lo que hace, sin preocuparse del vecino. La legislación de casi todos los países despenalizó la homosexualidad; en toda ciudad medianamente grande hay un

espacio para la subcultura gay; el aborto está penalizado solo en algunos países africanos y de América Latina.

En el cine, el desnudo y las escenas de sexo explícito son frecuentes. Los presencian adultos y menores, riéndose y comiendo palomitas de maíz. Cuando ven determinadas películas de Almodóvar, los lectores de la Biblia que creen literalmente en el relato de Sodoma y Gomorra deberían ir con extinguidores y trajes de asbesto porque eso es más pecaminoso que las aburridas perversiones de los antiguos. Es poco probable que en esas ciudades bíblicas se hayan vivido las libertades que ahora están al alcance de cualquier persona.

Pero, más allá del sexo, las nuevas generaciones viven una nueva ética distinta de la antigua. Ni siquiera rompieron con ella, porque la ruptura la hicieron sus mayores. Los nuevos electores viven los valores de un mundo que surgió sobre las ruinas del anterior.

El libro de Pekka Himanen, *La ética del hacker*, prologado por Linus Torvalds, describe la ética de los jóvenes *hackers*. No representan al adolescente medio, ocupan el lugar que tuvieron en su momento las bandas de rock o los guerrilleros: son antihéroes que expresan los nuevos valores de manera radical. Linus es el creador del sistema operativo Linux, alternativa al Windows de Microsoft, que se ofrece gratuitamente en la red. Es una de las grandes hazañas colectivas de miles de *hackers* que trabajan por el simple placer de reírse de Bill Gates.

Linus dice en el prólogo que, en todas sus actividades, la humanidad atraviesa tres etapas: supervivencia, vida social y entretenimiento. El sexo fue una herramienta para reproducir,

pasó a ser un instrumento de socialización y llegó a su plenitud cuando se convirtió en simple entretenimiento, búsqueda pura de placer, liberada de toda condición.

Ocurre lo mismo con los ordenadores. Inicialmente fueron una herramienta de trabajo, después ayudaron a nuevas formas de socialización con los chats, que promovieron amistades virtuales y otras relaciones. Según Himanen, los ordenadores han llegado a su cumbre con los *hackers* porque se convirtieron en entretenimiento puro que se justifica por sí mismo. El hacker disfruta de su relación con la red porque juega con ella sin límites, sin objetivos y sin compromisos con nada.

La ética protestante que, según Max Weber fue importante para el surgimiento del capitalismo, convirtió al trabajo en una virtud que hacía buenos a los laboriosos y malos a los ociosos. Frente a ese “trabajocentrismo”, los *hackers* proponen el ociocentrismo, un nuevo valor que pretende superar una ética inhumana que impuso el valor del sufrimiento. Lo que ellos llaman “metaética” es una concepción de la vida que promueve la libertad ilimitada, una empresa sin jefes, manejada por los propios trabajadores, con horarios y ritmos que cambian a su gusto. Esa utopía está cerca del trabajo a distancia que se fortaleció con la pandemia, a los emprendimientos y a varios valores de Silicon Valley, sobre los que hablaremos más adelante.

Los *hackers* disfrutan del domingo, día en el que Dios descansó, y desprecian el viernes en que trabajó. Dicen que la nueva ética arrasa con el inmovilismo y las verdades definitivas. Plantean nuevos valores: el ocio, la pasión, la libertad sin barreras, la creatividad.

33. Lenin teorizó en esa dirección. Los marxistas-leninistas sacralizaron a los partidos comunistas, verdaderas vanguardias del proletariado. “¿Qué hacer?”, Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, t. 6 de las *Obras completas* de Vladimir Illich Lenin, pp. 1-203, Moscú, Progreso, 1981.

34. Pentland, Alex, *Social Physics. How Social Networks Can Make Us Smarter*, Nueva York, Penguin Books, 2015.

El nuevo elector y la política

CREEN MENOS QUE LOS ANTIGUOS

La vida es un constante acto de fe. Según explica Yuval Harari,³⁵ los *Homo sapiens* actuamos de manera muy parecida a la de otros primates, hasta que, hace unos treinta mil años, concebimos el mundo simbólico. Gracias a los símbolos nos fue posible organizar grandes hordas con las que aplastamos a los demás primates. Somos humanos porque tenemos la capacidad de crear mundos imaginarios en los que organizamos epopeyas. La fe en esos seres imaginarios nos permite organizarnos, ser fuertes, crear elementos inasibles que dan sentido a nuestra vida.

Solo por excepción nos vinculamos racionalmente con lo real. Si actuáramos analizando con lógica todo lo que ocurre y no usáramos automáticamente una gran cantidad de ideas, principios y axiomas sin cuestionamiento, no podríamos hacer nada. Si cada vez que tenemos sed necesitamos demostrar la existencia del agua en el mundo extramental, moriremos deshidratados antes de terminar nuestro razonamiento.

Generalmente suponemos que existen las cosas que nos rodean, y buscamos un sentido a nuestra vida, a partir de mitos y símbolos que dicen si actuamos bien o mal. Desde nuestros primeros años de vida aprendemos que determinada religión es la verdadera, que ciertos objetos son comestibles o agradables,

que otros no son buenos, que algunas actitudes merecen reconocimiento y otra reprobación. Eso va desde la aceptación o el rechazo de la vestimenta de las mujeres, que diferencia a un islámico de un cristiano, hasta la costumbre de saborear frutas con picante, tan difundida entre los niños mexicanos y que causaría sorpresa y casi horror en un niño argentino.

Actualmente ocurre en algunas sociedades lo que antes era usual en Occidente. Bastantes creen en verdades absolutas y pueden matarse y matar a los demás en nombre de dioses y otros mitos. Como ya señalamos en el primer capítulo, la Iglesia católica actuó así a partir de la publicación, en 1486, del *Malleus Maleficarum* y de la bula de Inocencio VIII, *Summis Desiderantes Affectibus*, que significó, en la práctica, un reconocimiento a la existencia de las brujas y, por lo tanto, la necesidad de combatirlas. Miles de mujeres, acusadas de haber pactado con el maligno, fueron quemadas. El texto establece que cuando una mujer tiene una verruga, ese es un signo de compadrazgo con el diablo que la puede llevar a la hoguera.³⁶

Los nazis se comportaron de igual manera: mataron a millones de personas porque creían en la superioridad de los arios y la perversidad de judíos y gitanos. También los soviéticos, cuando supusieron que naciones distintas a la rusa representaban un peligro para la revolución, y mataron a treinta millones de personas con el Plan Quinquenal. Hasta el siglo pasado, en Occidente, los militantes religiosos y de otro tipo creían que era bueno matar a los adversarios.

El fanatismo es una actitud ante la vida que no tiene que ver con las ideologías. Eysenck estudió la asociación entre militancia política y actitudes hacia el sexo con

investigaciones que arrojaron resultados sorprendentes. El autor partía de la hipótesis de que los laboristas tendrían actitudes más permisivas que los conservadores, pero los estudios demostraron que no había relación entre las ideologías y las actitudes sobre el sexo. Lo que sí encontró fue que los más rígidos en temas sexuales eran los más ortodoxos dentro de su ideología, cualquiera que esta fuera. Ser dogmático o mantener una posición de apertura ante las verdades ajenas tiene más que ver con actitudes ante la vida y con características psicológicas del individuo que con su pertenencia a una ideología o una religión.

Somos lo que somos porque nos educaron de determinada manera. Si desde nuestra infancia vemos que nuestros padres se golpean hasta sangrar en las procesiones de Kerbala en homenaje al imán Al Husein, aprenderemos que eso es bueno y probablemente nos flagelaremos cuando seamos adultos. Si nos educan con la idea de que hay que matar a los infieles porque eso agrada a Dios, podemos terminar autoinmolándonos en un atentado. Si nuestros padres fueron al festival de Woodstock y viven en San Francisco es poco probable que ingresemos a un convento de clausura.

Las adhesiones fanáticas a verdades absolutas se han debilitado en Occidente. La mayoría de la gente tiene convicciones más livianas, acepta que hay creencias distintas que son respetables y no aprueba que alguien mate a otro porque discrepa de él. Es curioso que eso no choque con la intensidad con que la gente puede identificarse con una tesis. Pueden ser actitudes fanáticas, pero suelen ser efímeras.

No por eso nos hemos vuelto racionales. En *El mundo y sus demonios*, Carl Sagan dice que ya no creemos en brujas y

demonios, pero sí en alienígenas ancestrales y otras supersticiones propias de la nueva época y de una sociedad que volvió líquido hasta lo sagrado.

Felizmente, la fe en estos mitos superficiales no nos lleva a cometer brutalidades. Hace cuarenta años, fusilaron a cientos de personas en Cuba por “contrarrevolucionarios” y los intelectuales del continente aplaudieron la hazaña o guardaron un silencio cómplice. Hace menos tiempo todavía, miles de argentinos, chilenos y uruguayos fueron asesinados por dictaduras militares y no hubo cómo detener la masacre. Tenemos la fortuna de vivir en un tiempo en el que es más difícil que ocurran estas cosas, sobre todo en Occidente.

La democracia de masas supone más tolerancia. Los nuevos electores quieren vivir y dejar vivir, no morir y matar al distinto.

SON MÁS LAICOS

La relación de los feligreses con la Iglesia cambió, en especial donde triunfaron revoluciones liberales. De una época en que curas armados con fusiles conducían masas a la guerra cristera o en las que el cardenal decidía quién sería el candidato de los católicos en las elecciones, hemos pasado a otra en la que la Iglesia influye poco en los procesos políticos.

Terminadas las elecciones presidenciales mexicanas de 2012, preguntamos en una encuesta nacional si para votar los electores habían tomado en cuenta la opinión de la Iglesia católica. El resultado fue sorprendente: solo un 2% dijo que sí lo había hecho. Aunque la mayoría de los latinoamericanos se

dicen católicos, la Iglesia no tiene el papel político de otros momentos, ni siquiera en la Argentina, el país más clerical del continente.

Cuando arreció la lucha entre conservadores y liberales, la Iglesia dirigió a las masas “conservadoras”.³⁷ En México, Costa Rica y Ecuador triunfaron revoluciones que instauraron la separación entre el Estado y la Iglesia. La Argentina, Colombia y Chile tuvieron un enorme retraso en lo que a esto respecta y algunas instituciones, como el divorcio o el matrimonio civil, se instauraron recientemente, hacia fines del siglo XX.

Durante la Guerra Fría, la Iglesia católica se alineó contra la Unión Soviética y varios jerarcas eclesiásticos tuvieron un papel destacado en la lucha anticomunista. Los obispos llamaban a votar en contra de la izquierda y a respaldar a candidatos conservadores. En los últimos años las actitudes del Vaticano han sido variadas. El papa Juan Pablo II proscribió al poeta y cura trapense Ernesto Cardenal de Nicaragua e inició el proceso de beatificación de líderes cristeros. El papa Francisco reincorporó al poeta al ministerio sacerdotal y se identificó con la izquierda peronista.

Pero pasó la etapa en que la Iglesia era la gran electora. Actualmente, en casi todos los países, no es una maquinaria electoral, sino una institución con fuerza moral. Solo a ella se pudo recurrir cuando las dictaduras militares del Cono Sur asesinaban disidentes, y es la instancia a la que acude todo gobierno latinoamericano cuando tambalea. Pero no determina el resultado de una elección o la popularidad de un gobierno. Muchos párrocos y algunos obispos tienen influencia en los votantes, más por su gestión personal que por ser

representantes de Dios en la tierra. La separación de la Iglesia y la política existe. En nuestros países, la mayoría de la población no pide consejo a los eclesiásticos cuando va a votar.

La Iglesia católica pretendió durante mucho tiempo ser depositaria de la verdad. Actualmente, ha perdido ese monopolio cuando en los templos católicos se realizan ceremonias con magos y chamanes indígenas. La desmitificación de la liturgia, la expansión del protestantismo, los grupos carismáticos, las religiones de la *new age* y otra serie de elementos agudizaron su crisis.

Lo místico tiene mucho de misterioso e inexplicable. Los ritos y liturgias católicos de hace cincuenta años, normalmente poco o nada comprendidos y en los que un sacerdote, vestido de manera fastuosa, hacía movimientos extraños en el altar, pronunciaba conjuros en un idioma incomprensible, de espaldas al público, eran más cercanos a la magia que a la expresión de la fe de los creyentes. Con el Concilio Vaticano II, y todo el impulso dado a la renovación litúrgica,³⁸ desaparecieron los ritos incomprensibles, los feligreses ven lo que hace el sacerdote con el pan y el vino, entienden las palabras que pronuncia y saben lo que dicen cuando participan. Ha desaparecido el misterio de las formas y, para sobrevivir, la Iglesia católica necesitó dotar a sus celebraciones con un asidero teológico espiritual más profundo.

Los ciudadanos más sofisticados pueden permanecer en la religión reforzados por la fe. En los sectores populares se siente más la falta de elementos mágicos y, al mismo tiempo, se percibe la falta de resultados prácticos. En muchos sectores

decae un catolicismo que ensalza la pobreza y critica el consumo. Los pobres no quieren seguir siendo pobres para ir al cielo; prefieren consumir y ser felices en esta vida. Los grupos protestantes, especialmente en el campo, ayudan a la gente a progresar, dicen que, con sus espectáculos televisivos, sanan y mejoran la vida concreta de la gente.

Probablemente por eso tienen éxito rituales chamánicos, los éxtasis de pentecostales, las prédicas en la televisión con pastores que fingen un acento portugués y quitan espacio a una religión católica que, a fuerza de incorporar elementos racionales, perdió el encanto del misterio. La crisis se agrava con el actual papa que ha puesto al activismo político por encima de la acción pastoral. Desde su asunción, más de diez millones de mexicanos han dejado la Iglesia; en su último viaje a Chile se convirtió en el primer papa católico al que reciben con protestas y atentados en un país occidental. La realidad es que el catolicismo retrocede en América Latina frente al protestantismo, en Europa frente al agnosticismo y en África frente al islam.

A partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia católica hizo un intento por volver a la doctrina predicada por Jesús, que no fue monarca, ni líder militar. Fue distinto de otros fundadores de religiones monoteístas como Moisés y Mahoma. Después del Concilio, una corriente quiso alejarse del cristianismo imperial de Teodosio II. Los grupos que siguieron mezclando la religión y la política, como Tradición, Familia y Propiedad, o la teología de la liberación, casi han desaparecido.

Al mismo tiempo, lo que tiene que ver con la mística se banalizó por el auge de supersticiones de plástico relacionadas con la *new age*, los platillos voladores, los “misterios” de las

culturas ancestrales, y la presencia creciente de iglesias y sectas cristianas o africanas.

DESMITIFICARON EL PODER

Los cambios volvieron a la política más cotidiana y despojaron al poder de algunos elementos misteriosos. Los regímenes totalitarios han endiosado a sus dirigentes y han tratado de ocultar las facetas humanas de su vida. El poder absoluto quiso divinizar a sus líderes. Eran pocos los que podían ver en persona al emperador de la vieja China. Los partidarios de Hitler creían que era un ser sobrenatural que iba a transformar el mundo. Francisco Franco se proclamó “caudillo de España por la gracia de Dios” y sus partidarios creían que eso era así. François Duvalier en Haití reinaba, incluso, sobre la muerte, mantenía ejércitos de zombis y de insectos a su servicio. En los países comunistas nadie sabía cómo vivían los líderes, quiénes eran sus familiares, o cuáles eran sus gustos. Las aficiones mundanas parecían propias de los vulgares mandatarios capitalistas y no de líderes proletarios que trabajaban por los altos fines de la historia.

Los seguidores de Mao Tse-Tung comprimieron su pensamiento en un pequeño libro que, según ellos, producía milagros. El líder de Corea del Norte, Kim Jong II, según su biografía oficial, nació en una montaña sagrada, iluminada por dos arcoíris, mientras se escuchaban cantos misteriosos de aves desconocidas. No defecó nunca en su vida y en tres años escribió tres mil libros sobre todas las artes y las ciencias. Para un líder proletario, como él, era poca cosa haber nacido en una maternidad cerca de Vladivostok, como ocurrió en la realidad.

En el mundo del nuevo elector esos mitos carecen de sentido. Sabe que sus dirigentes son seres humanos y quiere elegir mandatarios que “sean como él”, que tengan sentimientos. Intuye que detrás de los delirios de grandeza de los héroes se ocultan psicopatías que pueden perjudicarlo. Ni Hitler, ni Duvalier, ni Stalin, ni otros iluminados del pasado conseguirían su voto.

La televisión permite que todos conozcan detalles de la vida de sus líderes que, en otras épocas, estuvieron reservados a las élites cortesanas. Con el desarrollo de los medios, los aburridos romances del príncipe de Gales con una divorciada o los insultos a un ministro que entra a un restaurante son noticia. ¿Qué habría pasado con la mayoría de los líderes de la Antigüedad si hubiesen estado sujetos a ese escrutinio? Es fácil imaginar lo que habría ocurrido si un canal de televisión ponía al aire detalles de la vida privada de los papas Borgia, de Enrique VIII de Inglaterra, o de Irene de Bizancio sacándole los ojos a su hijo para arrebatarle el trono.

Hoy la gente ve a los dirigentes como personas normales. Cuando organizamos grupos de enfoque para diseñar una campaña electoral, el psicólogo organiza juegos para saber la visión que tienen los electores de los líderes de ese país o de esa ciudad. En uno de ellos, los asistentes conversan con los candidatos que han entrado a la sala y se han sentado en sillas para dialogar con ellos. La forma en que se dirigen a los dirigentes, su lenguaje corporal, las palabras que usan y sus actitudes demuestran cuánto han desacralizado a los dirigentes. Los tratan como personas a las que pueden dirigirse con un trato horizontal.

El temor reverencial a la autoridad entró en crisis. Los electores buscan y encuentran dirigentes que se les parecen por su apariencia física, su indumentaria, su lenguaje corporal, sus gustos, sus aficiones. Desconfían de los que parecen muy ricos o preparados, incluso cuando tienen más méritos que la media de la población. Ser muy inteligente, culto o rico puede ser peligroso para conseguir votos. Cuando algún dirigente cae en los arrebatos místicos típicos de los viejos caudillos que exigían a sus seguidores que los escuchen, llueva o haga sol, la idea provoca sonrisas y miradas de picardía. Algunos podrán facturar unos pesos extra por la extravagancia del orador.

Solamente personas atemorizadas por gobiernos autoritarios o asistentes pagados escuchan los discursos que duran horas. Eran usuales en el siglo pasado, pero aburren demasiado. Los electores actuales quieren relacionarse con dirigentes humanos, que tienen deseos, sentimientos, con gente capaz de equivocarse, reír, llorar, emocionarse.

Hay que tener cuidado cuando se analizan determinados hechos desde el paradigma de la antigua política. Lo que parece la resurrección de los liderazgos mesiánicos, por los triunfos de Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa, son nuevas expresiones del espectáculo, la diversidad o sentimientos de revancha social que no tienen que ver con el “carisma”. Desde los ojos de los electores, más que líderes mesiánicos son actores de espectáculos llamativos, protagonizados por “uno de nosotros” que quiere fastidiar a los poderosos.

La mayoría de los dirigentes latinoamericanos organizan campañas electorales anticuadas por falta de preparación. Se guían por sus intuiciones, sin comprender el uso de las

investigaciones científicas. Cuando terminan las elecciones, no cuentan con estudios que les digan por qué ganaron o perdieron, para orientar su gobierno o intentar ganar en una nueva oportunidad. Si tuvieron éxito, frecuentemente creen que fue porque los electores creyeron que eran la encarnación de la patria, pero eso no suele ser así.

Los motivos son más cotidianos y no tienen mucho que ver con las dotes mágicas de los candidatos. Muchas veces empieza aquí el divorcio entre los presidentes y quienes los votaron movidos por sus propias motivaciones, que los elegidos no siempre saben percibir. Si contaran con investigación científica y con estrategia durante la campaña, comprenderían la lógica de su triunfo y conocerían las razones y demandas por las que consiguieron respaldo.

DESACRALIZARON LOS SÍMBOLOS

Los símbolos se extraviaron de su significado original y deambulan en medio de la confusión causada por el derrumbe de las utopías, como “los seis personajes en busca de autor” en la obra de Luigi Pirandello. Cuando una banda de rock usa camisetas con el rostro del Che Guevara, sus integrantes normalmente no saben lo que él pensaba, ni desean vivir nunca en un país como Cuba. Lo más probable es que, si aparecían en la isla, hubieran sido ejecutados por “raros” o drogadictos. En su caso, la imagen del Che solo significa “rebeldía” y es torpe atribuirle otros sentidos. En los festivales se combina con los rostros de Jim Morrison, Marilyn Manson, del demonio, y nada de esto significa nada.

Otro tanto ocurre con las religiones orientales trasplantadas a nuestras sociedades que, generalmente, son tan auténticas como la nieve de los árboles de Navidad en el verano austral. Más allá de enriquecer nuestra cultura con visiones distintas, las túnicas de los monjes budistas que venden incienso en las calles de México, Lima o Buenos Aires tienen tanta relación con Buda como las camisetas de Morrison con la Revolución cubana. Son manifestaciones de nuevos misticismos y de la crisis de la religión oficial, que no tienen que ver ni con las cuatro nobles verdades ni con el sermón de Benarés.

Cuando llegó el año 2000 cundió el temor de que se venía el fin del mundo. La sociedad de consumo aprovechó para organizar fiestas, se fabricaron miles de copas conmemorativas y camisetas. Ni siquiera el Juicio Final opacó el ánimo festivo y hedonista de la gente.

Los jóvenes tienen una relación distinta con las banderas, los escudos y los himnos nacionales: los respetan, pero no los veneran como sus mayores. Las nuevas generaciones también ven las hazañas bélicas de otra manera. Las apoyan cuando se sienten en riesgo, pero los conmueven los atropellos que inevitablemente se producen en toda guerra. Las comunicaciones permiten conocer la realidad y muchos occidentales rechazan la guerra, cualquier guerra. La generación que vio por televisión las brutalidades de la guerra de Vietnam se comprometió con la paz. Cuando volvieron a su país, los veteranos de Indochina no fueron recibidos como héroes, como en otras ocasiones, sino que sintieron cierto rechazo social. Pasa lo mismo con los que vuelven de Afganistán o Irak. La mayoría está en contra del terrorismo islámico, pero no se siente feliz con que su país mate a miles

de islámicos y con que muchos de sus jóvenes mueran o vuelvan con la cabeza destruida.

La guerra es parte de la sociedad del espectáculo. La muerte de cada soldado norteamericano en Irak commueve al país. La televisión entrevista a sus parientes, su mascota se convierte en personaje nacional, en un espectáculo sin épica. En el siglo pasado, la muerte de millones de personas tenía menos impacto y se justificaba en nombre de ideales abstractos. Actualmente, se cuestiona la validez de una guerra porque hace sufrir a una familia, cuando aparece en la pantalla de televisión.

La muerte de cientos de miles de árabes carece de importancia porque no produce efectos mediáticos. En una concepción maniquea de la realidad, son solo números que cuentan a personas que apoyan el mal. Si a principios del siglo XX hubiese existido la CNN o cualquier otro medio masivo de comunicación, no se habría producido la Primera Guerra Mundial, que fue fruto de una torpe falta de información. La guerra banalizada se convierte en un algo que no se parece a su espantosa realidad, y algunos analizan las peripecias para producir un videojuego que regalar a los niños en la próxima Navidad.

Casi todo perdió profundidad, se integró al mercado. Los símbolos partidistas, las pancartas y los discursos son un producto más de la sociedad consumista en la que los contenidos importan poco; priman las formas y la búsqueda de placer.

IZQUIERDA Y DERECHA SIGNIFICAN POCO

No entramos en la discusión sobre la caducidad de los conceptos de izquierda y derecha. Francis Fukuyama habló de la muerte de las ideologías y del tránsito a contradicciones que tienen que ver más con identidades culturales. Se han escrito decenas de libros atacando o defendiendo sus tesis, que sirven tanto para entender la política internacional como la nacional.

Nos interesa comprender el tema desde la perspectiva del nuevo elector. La investigación empírica dice que la mayoría de los latinoamericanos no tienen interés en las posturas ideológicas de los candidatos. En estudios que hemos realizado en la Argentina, México, Ecuador, Brasil, Paraguay, Perú, Guatemala, la mayoría de los ciudadanos rechaza las discusiones ideológicas y entre el 70% y el 80% dice que no le interesa que el próximo mandatario sea de izquierda o de derecha.

En Uruguay y Chile muchas personas se interesan por la discusión ideológica, pero tampoco les quita el sueño. Son democracias maduras en las que la llegada al poder de la izquierda o la derecha no significa una hecatombe. Su interés por las ideologías no les ha sacado de la razón. Sin embargo, la gente está cansada del esquema. En el caso chileno, la abstención llega al 60%, y es mucho más alta entre los menores de treinta años. En los otros países estudiados, entre el 70% y el 80% de los ciudadanos dicen que no les interesa la política y no tienen interés en discutir temas ideológicos.

Por otra parte, algunos líderes tampoco están realmente interesados en la discusión. Hay candidatos que consultan si les conviene presentarse como candidatos de izquierda o de derecha para mejorar sus posibilidades de triunfo. Su adhesión a una u otra tendencia es meramente utilitaria. Esto es menos

frecuente en las capitales de países relativamente grandes en donde suele existir una élite que da importancia a las ideologías y más frecuente en zonas más apartadas.

En estudios que se hacen después de las elecciones, algunos científicos sociales explican el avance o retroceso de la izquierda o la derecha por el desarrollo de las fuerzas productivas, el crecimiento de la pobreza y otras causas de ese tipo. Muchas veces la explicación es más simple: los datos han variado porque un caudillo se cambió de camiseta. En regiones más tradicionales, cuando un cacique va a la derecha o a la izquierda no ocurre una toma de conciencia, sino que los seguidores acompañan al dirigente y por eso parece que sube una tendencia ideológica u otra.

En la Argentina se da un caso peculiar: la protesta es una ocupación de personas que salen todos los días a interrumpir el tránsito de la ciudad de Buenos Aires con pancartas de cualquier tipo. Algunos son pobres del conurbano a los que llevan, a veces sin saber por qué, a manifestaciones organizadas por quienes tienen el negocio de la pobreza. En otros casos son miembros de grupos de izquierda que hacen demostraciones desde hace años, solidarizándose con cualquier causa. Generalmente no logran impacto en el conjunto de la población, no crecen, son anticuados, pero esa es su ocupación.

Son curiosidades políticas que se producen en lo que alguien llamó “el país del fin del mundo”. A esta altura de la historia no tiene sentido discutir acerca del futuro de la Revolución soviética y del socialismo en un solo país, pero ellos siguen interesados en esas causas.

Si la contradicción entre izquierda y derecha no tiene interés para la mayoría de los electores, ni para los dirigentes reales, ¿por qué deberíamos usar esas categorías para explicar los procesos políticos? ¿No será simplemente un juego intelectual que tuvo interés cuando estuvo vigente el paradigma de la Guerra Fría?

En algunos países los partidos prácticamente se extinguieron, como ocurrió en Venezuela, Ecuador, Perú y otros. En otros subsisten estructuras partidistas debilitadas por la crisis del antiguo paradigma. En Chile y Uruguay funciona una democracia estable en la que se enfrentan coaliciones de izquierda con partidos de centro derecha. En los dos países la discusión ideológica es intensa, pero tiene pocas consecuencias prácticas. Son sistemas políticos estables, no hay fuerzas políticas que planteen temas de la sociedad del siglo XXI para generar entusiasmo en las nuevas generaciones, pero tampoco hay milenaristas que quieren volver a la Edad Media.

Algo semejante ocurre en Brasil en donde el sistema partidista colapsó en medio de una crisis general de la sociedad. Siempre existieron muchos partidos, pero, finalmente, los que tuvieron presencia a nivel nacional fueron tres: el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y el Partido de los Trabajadores (PT). La sucesión de escándalos en que se vieron envueltos la mayoría de los líderes políticos y empresarios los llevó a una hecatombe. La elección de Jair Bolsonaro, un *outsider* de extrema derecha, cuestionó la situación y es difícil saber lo que pueda pasar.

En países como México o la Argentina, el aparato partidista sigue siendo útil para ganar las elecciones. Los partidos tienen poco que ver con ideologías y más con el dinero que los gobiernos locales pueden conseguir para pagar a su estructura política. En la sociedad crematística, no hay aparato sin dinero.

La gente se preocupa cada vez más de asuntos cotidianos, que tienen que ver con los nuevos valores, y si los partidos no dan espacio a estos temas no lograrán sobrevivir. Mientras más anticuados son sus planteamientos ideológicos, tienen menos posibilidad de atraer a la gente. El debilitamiento de las definiciones ideológicas hace que los electores den menos importancia a los idearios y que los candidatos salten fácilmente de un partido a otro, cosa que parecía más difícil cuando los liberales eran liberales, los conservadores, conservadores, y los izquierdistas de izquierda.

Al principio, los líderes políticos predicaban doctrinas a un pueblo con poca información. Aprendían oratoria, querían convencer a los electores hablando de teorías y conseguían el voto con la palabra. Tampoco los líderes estaban tan informados. La cruzada organizada en 1920 por el cardenal Carlos María de la Torre para pedir a los soviéticos que no estaticen a las mujeres con los otros medios de producción no tenía ningún sentido, pero movilizó a muchos.

Los líderes primero se comunicaron con textos escritos, después con la voz a través de la radio, pero siempre supusieron que los votantes analizaban conceptos y escogían racionalmente por quién votaban.

En un primer momento, la discusión giró en torno a la religión. En algunos países triunfaron revoluciones liberales, otros continuaron bajo la tutela de la Iglesia católica, izquierda y derecha se definieron como laicos y clericales. Después la contradicción cambió por la expansión del comunismo, en particular luego del triunfo de la revolución cubana. El enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos tuvo varias formas hasta el colapso del socialismo real con el que casi todos los países con economías estatizadas se hicieron capitalistas y la contradicción entre izquierda y derecha acabó por volverse difusa.

En la democracia actual los líderes tienen sus propuestas, pero no pueden actuar de forma autárquica, están obligados a dialogar con electores, que tienen sus propios puntos de vista y no los cambian porque oyen discursos. Para comunicarse con ellos eficientemente, es bueno que los líderes cuenten con equipos profesionales que analicen investigaciones para conocer cómo evoluciona la opinión pública. Si las investigaciones son serias, se puede descubrir que sus ideas están equivocadas o son inviables. En otras ocasiones, es necesario elaborar estrategias sofisticadas que les permitan persuadir a los electores de tesis en las que no creen. Tal vez el caso más llamativo en este campo es el de la paz de Ecuador con Perú. La inmensa mayoría de la población no estaba dispuesta a probar la paz si no se recuperaban los territorios que estaban en disputa, la negociación que encabezó el presidente convenció al Perú de que firmara la paz, pero no recuperó ni un centímetro cuadrado de territorio. Hubo un trabajo magistral para explicar a la gente que la paz era buena, a pesar de la pobre negociación.

En todo caso, el nuevo elector está más allá de lo que piensan algunas élites intelectuales que se empachan con prejuicios. Los jóvenes tienen cada vez menos interés por los viejos temas e instalan otros que los políticos no pueden ignorar.

NO QUIEREN SER REPRESENTADOS

Según los estudios, los nuevos electores y, particularmente los jóvenes, son críticos del orden establecido, pero quieren transformarlo dentro de nuevos parámetros, que superan el paradigma de la Primera Revolución Industrial. Rechazan las tesis del viejo paradigma que tratan de obligarlos a que se definan como “socialistas” o “liberales”, porque sienten que el problema es más profundo.

La mayoría no quiere participar en los partidos, ni plantear alternativas para revitalizarlos, ni creen que haya que poner parches moralistas para que todo siga igual. En casi todos los países opinan mal de los parlamentos, los presidentes, los medios de comunicación, los sindicatos; les parece que la política es una actividad corrupta en la que es mejor no participar.

Cuando se diseña el mensaje electoral desde el punto de vista de las élites, y no desde la de los ciudadanos comunes, se pueden cometer equivocaciones. Las polémicas que interesan a los políticos pueden parecer irrelevantes e incluso repelentes a estos electores críticos, que son mayoría, y pueden decidir la suerte de los comicios.

El elector común rechaza lo que tiene que ver con la política más por sensaciones que por argumentos. Es suspicaz con todo lo que parece político y en muchas ocasiones vota por un candidato porque le parece distinto de los políticos de siempre. Tal vez fue la razón de fondo para el triunfo de Pedro Castillo para la presidencia de Perú. Cuando se lo veía en la televisión, era quien menos se parecía al estereotipo de político.

Al ciudadano común le impactan detalles que delatan realidades profundas de los líderes con las que no pueden engañar. Lo curioso es que algunos no entienden el tema y cuando asumen el poder, presentándose como distintos, vuelven al discurso tradicional, se dedican a confrontar, a ser el “señor presidente” y terminan siendo “otro más de los de siempre”. Quieren ser Velasco Ibarra o Perón, sin darse cuenta de que los eligieron justamente porque no se parecían a ellos. Esos presidentes suelen terminar en crisis, como Dilma Rousseff que acabó destituida por tener una comunicación antipática, incumplir su oferta de campaña, con el pretexto de que era corrupta.

Los electores desconfían de casi todos los entes colectivos. En todos lados las instituciones están desprestigiadas. Antes, solían tener saldos positivos de imagen la Iglesia católica, los medios de comunicación y las fuerzas armadas. Hoy se han desmoronado y se sumaron a las instituciones que tienen que ver con la política, partidos, sindicatos, parlamento, gobierno, que aparecen casi siempre con malas imágenes.

Si la crisis estuviese focalizada, podría explicarse por errores de un partido, sindicato o congreso, pero está en todos lados. Es una crisis sistémica. No es posible que todos se

equivoquen; debería haber alguien que esté haciendo bien las cosas en algún sitio.

Hay organizaciones privadas que han pretendido ocupar ese espacio, pero eso es imposible. Los sindicatos, asociaciones indígenas, ONG, grupos ecologistas, defienden por definición intereses parciales. A veces se han presentado a elecciones o han apoyado a candidatos y han sufrido derrotas aparatosas. A veces ponen sus objetivos por encima de los fines del estado en su conjunto. Una propuesta política debe defender los intereses del conjunto de la sociedad.

En general, los electores desconfían de las instituciones y de los líderes, no sienten la necesidad de ser representados. Desde el mundo individualista en el que socializan y desde la ilusión de participación que produce la política mediática, no quieren que nadie hable por ellos.

Las redes permiten que cada uno tenga su propio blog y canal de televisión y cualquiera puede tomar un video y subirlo para que sea visto por todo el mundo.

Quieren vivir su relación o su falta de relación con el poder desde su computadora. Opinan sobre temas económicos o políticos, si creen que algo los afecta, y con frecuencia adoptan actitudes sentimentales y fanáticas, sin hacer mucho esfuerzo para estudiar los temas. Con leer una página de Google se sienten expertos en cualquier cosa.

Están en contra del ALCA o de la invasión a Irak porque les cae mal Estados Unidos; ven mal al Fondo Monetario Internacional, porque cuando sus representantes llegan a nuestros países, sube el precio de la gasolina, hay problemas, huelgas y violencia. No tienen interés en comprender estudios

que dicen que las medidas de ajuste provocarán provisionalmente hambre, pero tendrán consecuencias macroeconómicas positivas. Los burócratas suponen que los ciudadanos son sensatos y apoyarán que se haga “lo que hay que hacer”. La gente sabe lo que se “debe hacer”: no fastidiarla, satisfacer sus demandas y dejarla vivir en paz. La tarea de explicar medidas antipáticas que sirven para el desarrollo es muy difícil, pero no imposible. Se asemeja a lo que ya mencionamos sobre la paz en Ecuador.

Algunos pretenden llegar a los nuevos votantes con un discurso teórico complejo, suponiendo que las explicaciones los convencen. No es así. Los electores toman sus decisiones desde sus sentimientos positivos o negativos, en un juego personal que privilegia el corto plazo, sin mediaciones, influidos por un entorno que ahora también es virtual.

RECHAZAN LOS AUTORITARISMOS

Los nuevos electores critican la política y las instituciones, pero no rechazan la democracia. No apoyarían que un grupo de militares “asuma todos los poderes”, como ocurría hasta hace pocos años. En eso hemos avanzado. Parece que las dictaduras militares no volverán a nuestros países.

El respeto a la diversidad y las actitudes que hemos descrito ponen a los occidentales más cerca de una utopía individualista liberal que de un modelo comunista o fascista. Preferirían que no existan autoridades que coarten sus espacios vitales, saben que los gobiernos autoritarios no respetan las libertades básicas. En sus versiones extremas, los gobernantes

de Irán, Arabia Saudita, Corea, Turkmenistán y otros terminan prohibiendo la música, la televisión o Internet, que son para ellos elementos indispensables para vivir mejor. Oyen que las dictaduras de los setenta perseguían a los jóvenes para cortarles el pelo, impedir que oigan rock, y les parece inverosímil que esto haya ocurrido.

Son críticos de la democracia representativa, pero rechazan más el autoritarismo. No les gusta el actual sistema, porque no les proporciona toda la libertad que quisieran, no porque quieren un Estado que los reprima. En casi todos los países, la mayoría se opone a esquemas corporativistas que algunos quieren imponer en nombre de la “democracia participativa”. No quieren “desperdiciar el tiempo”, dedicándose a la política, como querrían los teóricos, pero tampoco quieren perder ese pequeño espacio de poder que les confiere su voto.

No quieren ser representados, prefieren que otros manejen los asuntos políticos, pero sin que les quiten su cuota de poder. Defienden su derecho a votar, porque saben que es su fuerza con la que pueden impedir que los atropellen, y conseguir cosas que les parecen importantes desde su vida cotidiana.

SE SIENTEN INSATISFECHOS, FRUSTRADOS, QUERRÍAN EMIGRAR

Durante cuatro décadas realizamos investigaciones cualitativas en varios países con Roberto Zapata, nuestro socio, que conserva intacto su acento español. En casi todos los sitios, al terminar sesiones grupales con jóvenes, algunos de los asistentes se arremolinan a su alrededor, pidiéndole ayuda para emigrar a España.

Muchos, en particular de clase media, han perdido la fe en el futuro de sus países y solo quieren irse. Sienten que su realidad no les permite desarrollarse como querrían. Buscan consumir más, tener acceso a tecnología de punta, vivir mejor, y creen que no van a progresar en su país como lo harían en los países capitalistas avanzados. Nunca nos encontramos con alguno que quiera emigrar a Cuba, Venezuela o Nicaragua.

Vemos en muchos textos que los latinoamericanos dijeron hace años que atravesaban una crisis económica, pero esta sensación se agudizó y se generalizó. Las ganas de emigrar no tienen que ver con que viven peor o con que decayó su nivel de vida. Recorremos el continente desde hace mucho tiempo y en casi todos los países se ve un enorme progreso. Tal vez el único que antes parecía más próspero y ha zozobrado es Venezuela.

Los que quieren emigrar no son hijos de quienes viajaban en primera y ahora viajan en turista, sino ciudadanos de hogares modestos, cuyos padres, muchas veces, ni siquiera salieron de sus aldeas, que ven en la emigración la posibilidad de mejorar. Con el dinero de los emigrantes se han transformado pueblos y barrios en El Salvador, México, la República Dominicana o el Ecuador. Quienes se van a un país con leyes laborales que los protegen obtienen ingresos que nunca habrían conseguido en su país aunque la economía hubiese prosperado.

La televisión e Internet los sacan de su realidad provinciana y los ponen en contacto con el mundo. Quieren vivir como los habitantes de los países desarrollados. Son pragmáticos, individualistas, buscan placer. Ninguno querría ir a Cuba o a Corea del Norte para construir el paraíso de los trabajadores. Todos quieren ir a países capitalistas “neoliberales”, buscan

una vida mejor en sociedades a las que rechazan algunos políticos que pretenden representarlos. No huyen de nuestros países semiestatistas a los totalmente estatistas, sino hacia los liberales.

Los emigrantes mantienen relaciones con sus parientes que arman nuevas oleadas migratorias. Los estudios confirman que mucha gente va a países a los que antes viajaron sus vecinos o parientes. El dinero que envían quienes emigraron es una fuente de ingresos para varios de nuestros países en los que muchas personas de barrios pobres viven de las remesas que reciben y eso les permite ser propietarios privilegiados de motos, aparatos electrónicos y usuarios de ropa de marca. Está poco estudiado cómo llegar a esos votantes de extracción popular, con acceso a un consumo inusual para el entorno en que viven, socializados en familias desarticuladas, que trasladan a sus comunidades su versión de las costumbres de otros países, y cuyo voto, en algunas ciudades, puede ser decisivo.

En todo caso, nada de esto tiene que ver con las viejas ideas de la izquierda, ni con el proletariado. Estos jóvenes no luchan por la clase obrera ni por la revolución mundial; buscan reconocimiento y placer. Tienen dinero, pero se sienten marginales y expresan su disconformidad integrándose a pandillas, relacionadas con el uso y comercio de drogas y otras conductas marginales.

Pero los emigrantes no solo envían dinero, transmiten también valores y visiones del mundo, que fomentan el malestar de sus comunidades de origen. La posmodernidad llega en mensajes y correos que cuentan anécdotas y experiencias. La sociedad tradicional sufre un nuevo ataque

desde este flanco: las cosmovisiones comunitarias se debilitan, se difunden nuevas actitudes que corroen las identidades locales y generan nuevos sincretismos.³⁹

Poco se ha pensado sobre el efecto de estos fenómenos en las campañas electorales y en las crisis de los gobiernos de la región.

QUIEREN UN CAMBIO RADICAL QUE ESTÁ MÁS ALLÁ DE LA POLÍTICA

Destruídos los paradigmas que orientaron la vida de sus mayores, la agonía de la sociedad los obliga a buscar un cambio radical. Está claro que la vieja sociedad caducó, los sueños revolucionarios murieron, pero la subversión es uno de los motores del progreso de la vida. Los avances se producen porque hay individuos que tratan de innovar lo que los rodea, aunque las masas sean conservadoras. Los nuevos electores, para satisfacer sus demandas, quieren un cambio que va más allá de la política.

Si analizamos la situación, desde las ideas tradicionales, parece que la mesa está servida para que prosperen la izquierda y la revolución socialista. Pero esto no es así. Fueron alternativas, concebidas dentro de un paradigma nacido de la Primera Revolución Industrial, que fracasaron, llevaron a la pobreza a todos los países en que implantaron, se identificaron con el autoritarismo y están más lejos de los jóvenes que la sociedad liberal.

No quieren volver a las contradicciones del siglo XX: no armarían guerrillas y Cuba, Venezuela y Nicaragua no tienen

que ver con sus sueños. No quieren un comunismo aburrido y austero como el que vivió la Unión Soviética, ni desean que controlen y coarten sus libertades. Quieren integrarse a un futuro que cambia vertiginosamente y se proyecta más allá de este tiempo.

El pobrismo no es una alternativa. No aspiran a tener un pequeño terreno y una vaca para sobrevivir, como predicen algunos personajes de mentalidad feudal. Quisieran trabajar con Elon Musk para colonizar Marte.

En América Latina, los sindicatos y los partidos de izquierda no fueron la vanguardia de la lucha revolucionaria, que pretendió la teoría marxista. En general, los sindicatos terminaron representando intereses de sus afiliados, en especial de la burocracia. Tratan de mantener sus conquistas y mejorar sus condiciones de vida. Triunfó el tradeunionismo que criticó Lenin. Los grandes protagonistas de las luchas actuales no son los sindicatos de la carne o los sindicatos metalúrgicos. Son los maestros y los empleados de empresas estatales cuyas reivindicaciones no favorecen al conjunto de la sociedad. Desde la teoría marxista, la clase obrera debía luchar para recuperar la plusvalía que los dueños de los medios de producción arrebataban a los trabajadores. Cuando los sindicatos son estatales no se adueñan de la plusvalía de ningún rico. Sus demandas las paga el conjunto de la población a través de impuestos e incrementos de los precios de los servicios.

En la Argentina, muchos dirigentes sindicales son millonarios que forman una parte exótica de la vieja sociedad. Como mencionamos, cuando allanaron las propiedades de un dirigente de los obreros de la construcción, encontraron que

tenía doscientos coches para su uso privado, yates, aviones, mansiones, milicias armadas para extorsionar. ¿Cabe que un joven idealista actual apoye a estos proletarios?

El cambio que quieren los nuevos electores no está relacionado con esos grupos. No quisieran pagar más impuestos para que algunos burócratas tengan más fortunas. Quieren transformar el mundo de manera radical. La revolución para ellos tiene que ver con instancias más pragmáticas y al mismo tiempo más simbólicas.

Quieren líderes diferentes a los “políticos de siempre”. Ese “ser diferente” fue lo único en lo que coincidieron los presidentes Carlos Menem, Alberto Fujimori, Hugo Chávez, Rafael Correa, Evo Morales y Fernando Collor de Mello, y los alcaldes Ricardo Belmont de Lima, Antanas Mockus de Santa Fe de Bogotá y Carlos Palenque en La Paz que, al menos al inicio, comunicaron que eran distintos por su presencia física, sus hábitos estrafalarios y elementos étnicos o religiosos.

En estos años pasó lo mismo con Donald Trump, actor de un *reality show* que es lo menos parecido a un político norteamericano; Pedro Castillo, presidente del Perú; Jair Bolsonaro en Brasil. En la Argentina, Mauricio Macri intentó impulsar una nueva política, comunicando también transgresión y diferencias con la vieja política.

Uno de los principales desafíos de la nueva política es intentar comprender esa necesidad de cambio, usando investigaciones empíricas que permitan conocer la política desde el punto de vista de los nuevos electores.

Es necesario que surja una nueva democracia a través del diálogo entre los líderes y los ciudadanos que han cambiado

tanto por la Tercera Revolución Industrial.

Nada de esto es lineal o mecánico. América Latina es un crisol de mundos entre los que están la feria de pulgas de San Telmo de Buenos Aires, con comunidades indígenas de los Andes, o las que viven en la Sierra Tarahumara de Chihuahua. Los temas analizados impactan en todas partes, con distintas intensidades y modalidades, pero alteraron de todas maneras la vida de los latinoamericanos.

Como dijimos en otro capítulo, no creemos que la historia sea teleológica y se dirija a ningún sitio, pero sí que estas actitudes de los electores frente a la vida y la política parecen irreversibles y se agudizarán durante los próximos años.

35. Harari, Yuval Noah, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Buenos Aires, Debate, 2014.

36. El texto de la bula papal resulta digno de anotarse. Al contrario que en anteriores cartas pastorales esta encíclica entra en detalles sobre la creencia popular, según la cual: “[Las brujas] matan al niño en el vientre de su madre, así como los fetos del ganado; sustraen la fertilidad de los campos, malogran las uvas de la viña y las frutas de los árboles; hechizan a los hombres, mujeres, animales de tiro, al ganado y otros animales domésticos; hacen perecer, sofocar y extinguir vides, plantaciones de frutales, prados, pastos, el grano, el trigo y otros cereales; además... impiden a los hombres engendrar, y a las mujeres concebir, ya que los maridos no pueden conocer a sus mujeres, y las mujeres no pueden recibir a sus maridos”. Sobre este tema recomendamos el artículo del profesor Gustav Henningsen, investigador emérito de Danish Folklore Archive, “La Inquisición y las brujas”, en *Ehumanista: Journal of Iberian Studies*, vol. 26, 2014, pp. 133-152. De este artículo hemos tomado la cita.

37. En países con revoluciones laicas tempranas, como México, Costa Rica o Ecuador, la Iglesia católica participó de manera activa de la guerra civil. La mezcla más curiosa de religión y política fue, sin duda, la guerra cristera mexicana. En otros países como Colombia o la Argentina, la Iglesia impidió hasta hace poco que existiera el matrimonio civil.

38. Es destacable el hecho de que la primera palabra oficial del Concilio Vaticano II se refiera a la liturgia y a su reforma: la constitución *Sacrosanctum Concilium*, de

1963. Esta renovación ha sido considerada por muchos como el fruto más visible de la obra conciliar. Cf. Berrio, Fernando, “La liturgia en el Concilio Vaticano II: bases, repercusiones y desafíos de una reforma”, *Teología y vida*, 2014, vol. 55, n.º 3, 2014, pp. 517-548.

39. En relación con cómo se inventan tradiciones, es muy interesante consultar el texto de Hobsbawm, Eric y Ranger Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012.

LOS VALORES DEL NUEVO ELECTOR

NOSOTROS, QUE TANTO AMÁBAMOS LA REVOLUCIÓN

En el siglo XX, algunos jóvenes se comprometieron con causas políticas por las que decían que podían dar la vida. Los jóvenes actuales no dicen eso, no oyen a los Inti-Illimani, pero es falso que no tienen ideales. Sucede simplemente que fracasó la economía centralmente planificada, los países del socialismo real adoptaron el capitalismo, fracasó una propuesta de cambio.

La militancia revolucionaria tenía sentido cuando era parte de la lucha por una utopía global. Acabada la Guerra Fría, en algunos casos los grupos de izquierda se quedaron repitiendo consignas que habían perdido el sentido. La clase obrera iba a ser el motor de la historia, según la teoría marxista, pero actualmente los partidos obreros se topan con que, con la Cuarta Revolución Industrial, en pocos años desaparecerá el proletariado, por la robotización, la inteligencia artificial, Internet de las cosas y otros elementos.

Rusia y China son países capitalistas que compiten por mercados, no financian guerrillas. Algunos militantes de izquierda critican la “banalidad” reinante, añoran el tiempo en que tanto amaban la revolución,⁴⁰ quisieran que sus hijos vivan una adolescencia como la suya, pero a los jóvenes

actuales les entusiasma más navegar en la red que leer *El capital* o escuchar sermones sobre la teología de la liberación.

Desde la oposición conservadora, algunos quieren volver al pasado. Algunos creen que dando clases de moral y cívica en los colegios los niños volverán a creer en la cigüeña y a leer a Hugo Wast. Según ellos, habría que censurar el cine, la radio, la música, Internet y poner controles que impidan la difusión de “malas costumbres”. Les gustaría, también, que no existiera educación sexual en las escuelas, porque creen que es mejor que los niños sean ignorantes. Todo eso es imposible. Están más informados que antes y cuando los conservadores presentan ese tipo de propuestas hacen el ridículo. Aunque compren una bermuda para el *David* de Miguel Ángel, no hay remedio: el sexo existe.

En estas décadas todo cambió, se transformaron los valores. Caducaron aquellos que dieron calor a la infancia de la generación que está en el otoño de la vida y aparecieron otros. No es verdad que no existen valores y está desapareciendo un mundo ideal. Lo que se acabó es la cultura falocrática, que cedió el paso a otra, feminizada, que constituye un paso adelante en la evolución.

LOS NUEVOS VALORES

Hay consenso en Occidente sobre el respeto a los derechos civiles, está mal visto el racismo, se aceptan la diversidad sexual y los derechos de las mujeres. El tema de las drogas se discute con menos mitos, muchos saben del peligro que significan, pero las usan con algún control. Han aparecido el

éxtasis y otras drogas sintéticas que disputan el mercado de las tradicionales, pero el tema se discute desde la salud pública. No se alientan las fantasías psicodélicas de los años sesenta sobre los mundos a los que se podía acceder por esta vía. Que los temas se discutan más racionalmente es un avance.

La sexualidad se libera en un proceso que avanza de manera incontenible. La mayoría de los políticos evitan referirse al tema. Los incomoda. Se sonrojan cuando dicen algo que molesta al machismo tradicional. En esto, el abismo generacional es enorme. No hay duda de que cada día el sexo interesa más a los jóvenes que la postura del gobierno frente a la deuda externa. Los jóvenes despiertan a la sexualidad temprano, tienen una vida más libre que los mayores, y es lógico que temas como los anticonceptivos, el sida o el aborto les interesen intensamente. Algunos arcaicos creen que es mejor no hablar de esas cosas. De nuevo, prefieren la ignorancia al debate.

Mientras en algunos países africanos y latinoamericanos se esgrimen argumentos extraterrestres para impedir la venta de la “píldora del día después”, los jóvenes se ríen de esas discusiones. La mayoría de los nuevos electores hablan de esto más que de la gobernabilidad. Para los políticos del pasado es difícil poner en su agenda esta problemática, aunque sientan que al no hacerlo se alejan de los electores. El oscurantismo sexual va a morir pronto.

Insistimos en que existen valores tan o más importantes que los del siglo pasado, pero son distintos. A la larga, la saga de *Harry Potter* no ha causado ninguna masacre como las que provocaron el *Malleus Malleficarum* o el Corán. El niño mago

es un personaje más agradable que los curas de la Inquisición, Mahoma o Hitler.

En Occidente, la paz se convirtió en un valor de las nuevas generaciones. Existe violencia, pero en menor grado y la gente tiende a rechazarla, al menos, en los países occidentales. Ninguna democracia ha provocado en los países democráticos matanzas como la de Pol Pot en Camboya, Mengistu Haile Mariam en Etiopía, Stalin en la Unión Soviética con el Plan Quinquenal, o en China con la campaña del Gran Salto Adelante. Para los occidentales no existe ninguna causa que justifique masacres de esa magnitud, al menos dentro de su cultura.

Nos referimos siempre a las actitudes de la gente frente a los problemas de su propio país. Algunos mantienen delirios mesiánicos y provocan masacres fuera de Occidente. La mayoría las justifica cuando están lejos, no las ven por televisión, creen que no cuestan muchas vidas de los “buenos” y suponen que son necesarias para combatir al terrorismo. Es la reacción de la mayoría de los norteamericanos frente a la política de su gobierno en Oriente Medio.

La guerra fue siempre una estupidez, pero sigue existiendo, con la misma lógica de siempre. Como decía un estratega belicista en un seminario en Washington: “A mí lo que me importa es que los musulmanes no vengan a matar a los norteamericanos. Lo que pase en Oriente Medio no es mi problema. Son los árabes quienes deben preocuparse por conseguir mandatarios que lleven la felicidad y la paz a su país. Ese no es mi negocio”. Esta postura es absurda en un mundo globalizado. Mientras no logremos normas para la convivencia entre distintos, seguirá existiendo la violencia.

No es probable que se repitan guerras tan brutales como las que asolaron a Europa en la primera mitad del siglo XX. Ese enorme mosaico de países diferentes aprendió el valor del respeto a los otros y la colaboración.

Pero hay algo más importante: actualmente la paz es un valor de la vida cotidiana. Hace cincuenta años se suponía que el niño que golpeaba a sus compañeritos era más hombre, pegando a los otros demostraba su virilidad. Actualmente, cuando ataca a los otros termina en el psicólogo. Lo que antes parecía heroico es hoy una psicopatía. Los estudiantes de hoy son menos primitivos que los de antes, saben que cualquier burro patea más fuerte que ellos y que por eso no es más hombre.

Los hechos violentos causan una reacción negativa a nivel del mundo. Cuando un policía mata a George Floyd en Estados Unidos, alguien registra el asesinato en su celular, sube la foto a YouTube y genera movilizaciones hasta en Europa. Todos nos indignamos, protestamos. Antes no ocurrían estas cosas.

Estamos aprendiendo a vivir en un mundo en el que, por lo menos a nivel declarativo, casi todos dicen que respetan la diversidad sexual y la igualdad de la mujer. Nada de esto es unánime ni tiene la misma intensidad en todos lados. La gente más culta, urbana, informada, adopta más fácilmente estas tesis, pero el conjunto de la sociedad dice que las acepta. Las mujeres impregnaron en nuestra cultura sus valores y la gente rechaza la violencia del marido con su esposa, de los progenitores con sus hijos, del maestro con los estudiantes, del empleador con los trabajadores.

Los jóvenes saben poco de las epopeyas griegas. No leen la *Ilíada* ni la *Odisea*, como lo hicimos los mayores. A veces ven una versión liviana de los viejos mitos en una película, pero no saben quiénes fueron Agamenón, Penélope o Menelao. Sus héroes son menos artificiales. Saben cuáles son los personajes de *La guerra de las galaxias* y de *El señor de los anillos*. Las utopías clásicas tienen poco mercado y las fantasías de los adolescentes se nutren con nuevos sueños, inventados por escritores, que escriben *best sellers*. Tampoco es claro que sea mejor conocer detalles de mitos en los que creían pueblos más atrasados o divertirse con nuevas fantasías que son más entretenidas.

El respeto a los derechos humanos se fortalece en Occidente. Muchos intelectuales que hace años guardaban un silencio cómplice cuando el gobierno de Cuba fusilaba disidentes hoy protestan.

LA IMPLANTACIÓN DE LA DEMOCRACIA

¿Qué tienen que ver estas reflexiones sobre el rock, la feminización de la cultura, la revolución tecnológica, las drogas y la crisis de los intelectuales con las actitudes políticas de los nuevos electores? ¿A qué viene todo esto en un libro que pretende comprender la política actual de América Latina?

La democracia representativa vive una crisis que, inevitablemente, la llevará a renacer con otras formas y contenidos. Caducó. No se puede llegar al nuevo elector con las viejas formas de comunicación. El nuevo elector es más independiente, informado, lúdico, individualista, pragmático,

socializado en una familia democrática, hijo de una sociedad feminizada que ha superado bastantes taras del pasado. También evoluciona. Cada día es mejor.

Se equivocan algunos cuando creen que la democracia funcionaría con un presidente solemne, mesiánico, que recupere “la majestad” del poder, que use disfraces. Los nuevos electores buscan otro tipo de dirigentes. Los antiguos liderazgos tienen algo de ridículo. No los representan.

La llegada de la democracia a América Latina, con todas sus imperfecciones, nos condujo a una nueva etapa de la historia. A partir de la década de los ochenta, todo el continente, con excepción de Cuba, tuvo gobiernos elegidos democráticamente. Muchos de nuestros países llegaron a la democracia antes que España, Grecia, Portugal y que los de Europa del Este, incluida la mitad de Alemania. La democracia se ha venido consolidando como un valor de nuestra cultura y pocos admitirían que algún militar trasnochado asuma todos los poderes.

Todavía no reaccionamos racionalmente ante el peligro externo, en particular frente al terrorismo islámico. Tampoco estamos muy interesados en la violencia que ocurre fuera de las pantallas, en países lejanos, o de otras culturas, pero al menos avanzamos en lo que tiene que ver con nuestra cultura.

Cuando lleguemos a otra etapa en esta evolución podremos superar el eurocentrismo y rechazar las masacres que ocurren en todo el mundo. Por el momento se han superado los antagonismos entre la mayoría de los países occidentales, que costaron tantos millones de muertos. Es difícil que vuelvan a producirse guerras entre Francia, Alemania, Inglaterra y los

demás países europeos, que en el pasado arrastraron a buena parte del mundo.

Para que se renueven los partidos y las organizaciones políticas habrá que asimilar estos cambios y repensarlo todo. Debemos incorporar los avances científicos y tecnológicos de Occidente en una nueva cultura que es necesario recrear.

Replantear los valores, aceptarlos como elementos dinámicos, que se renuevan constantemente, y dan algún sentido a la vida y a la muerte, es uno de los retos de la nueva democracia.

En lo político, los jóvenes se sienten ajenos a problemas que interesaron a sus progenitores. Los hijos de antiguos líderes marxistas estudian marketing y televisión, van a conciertos de rock, solicitan visa para Estados Unidos, mientras sus padres se sienten frustrados, creen que la sociedad consumista los ha devorado, escuchan con nostalgia a Pablo Gallinazo y lamentan que no digan que ofrecen su vida por la revolución.

Los nuevos votantes quieren vivir cómodamente, no morir por Castro o Pol Pot. No son peores que los jóvenes de antes, que creían que era bueno matar a otros por diferencias políticas. La percepción que tienen de “la izquierda” y la “revolución” es distinta. Son conceptos que pesan entre analistas y políticos de cierta edad, que no entienden al nuevo elector.

En nuestros países ya no hay dictaduras militares, ni guerrillas. La democracia se consolidó, con méritos y defectos. Es tan sólida que todos pueden hablar mal de ella, sin que vuelvan las dictaduras. Ni la de Pinochet, ni la de Videla, ni la de Franco, ni la de Castro. Criticar al sistema es un

componente sano de la vida democrática. El día en que sean apresados los oradores que dicen barbaridades en contra de la democracia británica en Hyde Park Corner, se habrá acabado la democracia en el Reino Unido.

Todo esto no debe llevarnos a añorar nuestra adolescencia y decir: “¡qué superficiales son los jóvenes actuales!”. Tampoco a censurar sus actitudes porque cuando tuvimos su edad, vivimos nuestras rebeldías, enfrentamos a nuestros mayores. No podemos decir ahora “que todo tiempo pasado fue mejor” y obligar a nuestros hijos a repetir nuestra adolescencia. Es imposible que tiren a la basura todos sus aparatos electrónicos y compren discos de vinilo. El mundo no se derrumba, el pasado fue más oscuro, y siempre el futuro será mejor.

Los jóvenes actuales no son inferiores ni superiores a quienes, andando por los caminos de Swann en busca del tiempo perdido con Marcel Proust, disfrutamos de la poesía de César Vallejo, cultivamos la lectura y luchamos oponiéndonos a la invasión norteamericana a Vietnam, porque creíamos que íbamos cambiar el universo.

Tienen valores más sofisticados que los nuestros, son más informados, menos machistas, menos violentos, menos autoritarios. Son distintos, radicalmente diferentes, y tenemos que comprenderlos en su diversidad.

Vivimos una crisis radical de valores que abarca desde la comprensión de lo religioso hasta nuevas concepciones de la sexualidad, pasando por todas las esferas de la vida de los ciudadanos. Nace una nueva edad.

LA AGONÍA DE LA RELIGIÓN

Es difícil que los seres humanos encuentren sentido a su existencia si no se apoyan en algún tipo de mística. Esto ocurre también con los occidentales, pero la Iglesia no es la misma de hace años. Ya no quema brujas ni herejes, ni arma guerras para liberar los “santos lugares”, ni sirve de pretexto para conquistar tierras para evangelizar. Tampoco habla latín.

Celebra ritos ecuménicos con ministros de otras confesiones. Bastantes latinoamericanos han adherido a grupos cristianos, como los evangelistas, mientras que otros vuelven los ojos a religiones orientales, de la *new age*, o viajan al desierto de Atacama, para encontrarse con alienígenas.

Terminó el contenido subversivo de lo esotérico. Nadie piensa instaurar la era de Acuario. Aparecen en la televisión historias divertidas de civilizaciones avanzadas que vinieron de otras galaxias para construir templos en la Edad de Piedra. Algunas agencias llevan turistas a sitios como Roswell, en Nuevo México, donde pueden comprar fotografías de la autopsia de un marciano y recuerdos de plástico.

El Occidente plural en lo religioso, y básicamente laico, no sabe cómo enfrentar al islam. Algunos cristianos fundamentalistas, numerosos en Norteamérica, creen que los países musulmanes van a abandonar su religión, obligándolos por la fuerza a celebrar elecciones, que no tienen sentido en su cultura. Obran con tanta inocencia como lo haría un líder islámico que piense que los latinoamericanos nos haremos chiitas, cuando los árabes nos impongan el gobierno de un emir descendiente del profeta. Tal vez sea cierto que, si lo aceptamos, podríamos llegar al cielo islámico, pero la mayoría de nosotros no estamos interesados en eso. Somos distintos.

No es probable que aparezcan movimientos milenaristas como varios que provocaron masacres en el pasado. La guerra de los cristeros mexicanos, que ya mencionamos, que querían que Jesucristo gobernara su país, se produjo solo hace cien años; las últimas sublevaciones campesinas que querían terminar con la república para que gobernaran el padre João María y el emperador don Sebastián, en Brasil, ocurrieron en 1954. Decenas de miles de personas murieron en esos levantamientos que pretendían fines “superiores”, enfrentando a la democracia.

En las ciudades no hay partidos religiosos que luchen en contra de otras confesiones o del ateísmo. Europa es un continente masivamente escéptico. En América Latina las religiones *new age*, las religiones afro, iglesias cristianas, satisfacen cada vez más las necesidades de la gente, mientras la Iglesia oficial es una institución respetable, a la que se recurre en momentos de crisis, pero influye poco en el voto de los electores.

En todo caso, ha desaparecido el ingrediente mágico del discurso político. En general, el demonio ya no está en la vida cotidiana. La gente no pretende ganar el paraíso con su voto como hace un siglo, sino conseguir cosas más simples como empleo, agua potable o pavimento para la calle del barrio. A veces también tratan de fastidiar a los que viven mejor, satisfacer sus resentimientos y votan por “enemigos de los ricos”, pero la mezcla de religión y propaganda electoral suena un poco delirante.

LAS IDEOLOGÍAS

Otro tanto pasa con las ideologías. La izquierda y la derecha, como se las concebía antes, son conceptos válidos para los sobrevivientes de la guerra pasada. Los nuevos electores no dejarían de asistir a una fiesta por ir a una conferencia sobre el “Pensamiento de alguien y su vigencia en la sociedad contemporánea”. No les interesa. La revolución política de la izquierda clásica se extinguió, otras revoluciones triunfaron y son parte de la vida cotidiana. El sueño por mundos mejores no se puede extinguir, renace con formas renovadas.

Quienes votan por Morena en México, el Partido Colorado en Paraguay, la izquierda en Chile o Pedro Castillo en el Perú, lo hacen más por identidades semejantes a las que tienen con un club de fútbol que por contenidos ideológicos. Las hinchadas tienen también su sesgo social. Ser fanático de Boca en Buenos Aires es más común en personas de extracción popular y de militancia peronista, pero eso nada tiene que ver con que lean *El capital* o discursos de Perón. En Chile, el país más ideologizado del continente, es masiva la abstención entre los jóvenes. El discurso de las “ideologías” ya cumplió su ciclo histórico.

Esto no significa que vamos hacia una política sin ideas, sino todo lo contrario: hay que integrar al debate temas y valores de la sociedad que nace. Para algunos antiguos es difícil entenderlo, pero necesitamos concebir nuevos sueños y nuevas utopías, fuera del paradigma de la Guerra Fría.

Hay que replantear el debate político desde la vida y el placer. La ética protestante de Weber se formuló en el siglo XIX para explicar la Primera Revolución Industrial. Cuando se está implantando la Cuarta Revolución Industrial, la consigna

“del trabajo a la casa y de la casa al trabajo” suena estremecedora.

Las formas del capitalismo más avanzado de Silicon Valley plantean infinitas posibilidades de desarrollo, distintas del capitalismo chino, que se construye con una jornada de trabajo 996, de nueve de la mañana a nueve de la noche, seis días a la semana.

Las nuevas utopías que aparecen plantean una sociedad sin trabajo rutinario y sin casa, un espacio desatado del placer, como el que soñó Charles Fourier en sus momentos de mayor lucidez, cuando vivía en los manicomios de Francia. Más que el paraíso de los trabajadores que quiso instaurar Marx, la sociedad contemporánea va hacia el “derecho a la pereza” que defendía su yerno, Pablo Lafargue.

Perdieron vigencia las consignas de la década de los setenta que movilizaron a millones de jóvenes occidentales exigiendo *peace, flowers, freedom, happiness*, respeto a los derechos civiles, garantías a las minorías, posiciones liberales frente a las drogas. Cumplieron su ciclo como fuerzas contestatarias y cambiaron la realidad. Hoy la contracultura es un gran negocio. Sus voceros son cantantes que cuestionan la injusticia desde mansiones fastuosas, vistiendo jeans deshilachados intencionalmente, que son más caros que los productos comunes de las empresas de la contracultura.

POLÍTICA Y COMUNICACIÓN

La historia de la humanidad es la historia de la comunicación. Somos primates que nos comunicamos de manera compleja

con nuestros semejantes. En los últimos años, acumulamos y procesamos enormes cantidades de información y la comunicamos a otros a través de la red. Las innovaciones tecnológicas permitieron acelerar exponencialmente la producción de conocimientos, provocando la transformación más grande de la especie.

Cuando se consolidó la escritura, se dio un salto tan enorme que los dioses llegaron para quedarse entre nosotros. Cuando los arameos inventaron el alfabeto pusieron la base de las religiones monoteístas que veneran el libro. Varios siglos después, la imprenta permitió que los textos se difundan, que se intercambien ideas, existan discusiones teóricas, se escriban manifiestos y aparezca la democracia. No habríamos tenido democracia si no hubiera existido la imprenta.

A fines del siglo XIX, y durante el siglo XX, la democracia creció y se transformó con la difusión de los diarios, la radio, el teléfono. Después, con la aparición de la televisión, las computadoras, los teléfonos celulares, la red. No podemos pretender que la comunicación ni la política sigan siendo las mismas.

La democracia nació con el culto a los textos. Los antiguos oradores usaban recursos para emocionar a multitudes poco informadas con discursos estridentes. Algunos creen que esa fue una forma superior de la política. No nos parece claro que haya sido así. Los líderes se comunicaban de esa manera con un electorado más reducido y manipulable.

Las palabras entraron en crisis y también esas formas de la política. Los textos comunican pensamientos; quienes nos formamos en la *Galaxia Gutenberg* (Marshall McLuhan)

intentamos reflexionar, comunicar ideas. La democracia habría sido imposible sin la imprenta que permitió que se publicaran los primeros periódicos, panfletos, idearios, armas privilegiadas de lucha en la primera fase de su desarrollo. En ese entonces la democracia era para quienes leían, que eran pocos por las altas tasas de analfabetismo.

En la década de los treinta se inauguraron las primeras estaciones de radio en América Latina. Este fue un instrumento que democratizó la sociedad y amplió el contacto de los líderes con las masas. Pasamos del texto escrito a la voz. La democracia se amplió. Para participar en los procesos políticos ya no fue necesario saber leer, bastaba con oír a los dirigentes. Muchos se dedicaban a escuchar discursos comprensibles, pero que llamaban la atención en una sociedad sin alternativas de placer.

Hasta entonces no se hacían campañas electorales. Los caballeros importantes de un país, y no las damas, se reunían, nominaban un nuevo presidente o un candidato, que fingía no tener interés en el cargo. Lo visitaban, le proponían que se sacrificara por la patria y lo confirmaban como nuevo presidente, mediante procesos electorales restringidos y manipulados.

Con la radio esto cambió. Aparecieron los primeros líderes que hicieron campañas pidiendo el voto a la gente. Usaron la radio y movilizaron a los votantes con su voz y usaron a organizaciones como sindicatos, gremios, asociaciones de diversa índole, partidos políticos. La gente “distinguida” de la época vio a las campañas electorales como algo vulgar. Los nuevos presidentes ya no eran caballeros a los que les pedían que tengan la bondad de gobernar, sino personas vulgares que

buscaban el voto de la “chusma velasquista” o de los “descamisados” peronistas.

Es interesante leer, en la prensa de la época, los argumentos de los políticos aristocratizantes, idénticos a los de quienes se oponen a la democracia de masas. Dicen que el mundo se va a acabar por la mediocridad, que los políticos ya no son los líderes sabios de antes, que los países se precipitan hacia la vulgaridad y la ignorancia.

La radio, las manifestaciones y los discursos formaron parte de esa primera ampliación de la democracia. Cuando Perón hablaba en Buenos Aires se lo podía oír en Tucumán o en la Patagonia. Cuando Lázaro Cárdenas hablaba en el Distrito Federal de México, se lo escuchaba igual en Sonora y en Chiapas.

La radio amplió la cantidad de electores informados sobre la política, permitió que las palabras de los candidatos lleguen a gente que estaba lejos. Por décadas la radio fue el instrumento de comunicación privilegiado de los líderes. La gente escuchaba discursos, noticias, manifiestos. Hasta los años sesenta, las radiodifusoras transmitían las sesiones del Congreso y había quienes las oían con atención. Los candidatos debían ser grandes oradores.

Los estrategas de comunicación desarrollaron a principios del siglo XX métodos para usar la “psicología de masas” y provocar delirios colectivos, con discursos vibrantes, estandartes, uniformes y efectos de sonido, que manejaban a la gente, usados por nazis, fascistas, comunistas. En América Latina, algunos candidatos y organizaciones “populistas”

como los apristas, peronistas y otros, imitaron esas prácticas y, por eso, algunos los consideraron “fascistas”.

Muchos políticos se entusiasmaron con la idea de manipular a las masas, rescatando las teorías de Gustave Le Bon de su libro *Psicología de las masas*. Se elucubró acerca de la “propaganda subliminal”; decían que repitiendo una y otra vez determinado mensaje se lo podía instalar en la mente del votante para que adopte una posición política. La idea de que la tecnología servía para manipular la mente de los electores fue una obsesión de estudiosos y periodistas y nació en esta etapa de la historia.

La radio incorporó a la política a millones de personas que escuchaban voces de líderes por los que votaban. Hitler fue hijo de la radio. Sus discursos le permitieron ganar las elecciones alemanas e iniciar un proceso de espantosas consecuencias para la humanidad. Goebbels y otros políticos de la época armaron espectáculos basados en la oratoria. Hacían los eventos más atractivos que podían con la tecnología con que contaban: grandes escenarios, iluminaciones, efectos de sonido, tambores, estandartes, bandas de guerra y, cuando los oradores eran pequeños de estatura, los hacían más altos con el uso de banquitos.

Algunos creen que en aquel entonces la política fue algo serio, superior a la actual, porque se hacía con palabras. Pero si revisamos los discursos de muchos líderes de la época no encontramos demasiados conceptos ni un debate racional. Armaban shows con largas peroratas que pocos entendían, pero ayudaban a matar el tiempo en sociedades aburridas.

POLÍTICA E IMAGEN

La siguiente revolución en la comunicación se produjo en la década de los cincuenta; nació el *Homo videns* del que habla Giovanni Sartori. Se popularizó la televisión, la palabra fue sustituida por las imágenes. Después, con las computadoras, Internet, los celulares, nuestras posibilidades de comunicación se proyectaron hasta el infinito.

En Occidente, este desarrollo ha sido, y sigue siendo, vertiginoso. Internet y otros medios electrónicos tienen restricciones en Cuba, China, Corea, los países islámicos; todo dictador se siente amenazado cuando la gente puede comunicarse con libertad.

La revolución de las comunicaciones tiene consecuencias sobre las campañas. Para empezar, se necesita un entrenamiento distinto. Los campeones de oratoria pierden las elecciones frente a comunicadores modernos. Como dijimos en otro momento, en la sociedad contemporánea, ni siquiera los cantantes cantan. Madonna es genial no solo por su voz, sino por el espectáculo que produce, en el que su voz es una parte importante, pero no lo único que seduce a sus admiradores. Los políticos que no entienden esto están condenados al fracaso.

Por otra parte, la demagogia del líder mesiánico se complicó. Los que añoran la vieja política no saben que es más difícil mentir con la imagen. En estudios que hemos realizado con grupos de enfoque en distintos países constatamos que los ciudadanos comunes tienen más información que antes. No es posible engañarlos con facilidad. Ven al personaje, ven sus

ojos, ven el entorno en que se mueve, consiguiendo así una información de calidad.

Cuando un candidato dice que quiere dar la vida por los pobres con voz dramática, muchos saben que miente por lo que comunica su rostro, por el entorno, por la gente que lo rodea. Si solo lo hubiesen escuchado por radio, tal vez le hubieran creído. Al verlo en televisión dicen: “¡Con esa cara! ¡Eso no es cierto!”. Los políticos dan al televidente más información de la que querrían a través de su rostro y de su lenguaje corporal.

Los consultores con experiencia aconsejan a sus clientes no mentir. Contrariamente al mito de que somos maestros de la manipulación, simplemente tratamos que los políticos a los que apoyamos se comuniquen de manera adecuada con los electores. Sabemos que mentir es peligroso.

Hay que tomar en cuenta que los electores juegan al *Gran Hermano*. Les divierte fisgonear en la intimidad de los famosos. Los líderes están en vitrina. La gente común se mete con todo lo que hacen, vigilan sus acciones y su vida privada. Opinan sobre todo y han perdido el respeto reverencial que les tenían cuando la distancia entre los dirigentes y el pueblo llano era enorme.

Esta es la democracia de masas en la que tenemos que actuar. No hay marcha atrás. Estos elementos se profundizarán y el futuro estará cada vez más en manos de la mayoría “ignorante” y menos en las de élites intelectuales.

Muchos políticos y estudiosos, de cierta edad, no aceptan este mundo, hijo de sus propias rebeliones juveniles. Difunden ideas pesimistas, cuestionan a la democracia de masas a la

que, en su momento, combatieron y calificaron como “democracia burguesa”, replantean la política desde el corporativismo, se resisten a vivir en esta sociedad en la que la gente común decide lo que quiere y no actúa como dicen los libros.

Todo esto está en la base del desencuentro de los partidos, de los políticos, de los académicos y de los analistas con el nuevo elector. Es un error suponer que vivimos una nueva etapa de la historia en muchos aspectos de la vida, pero que en política el tiempo debe detenerse.

⁴⁰. Cohn-Bendit, Daniel, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1987.

EL RESURGIMIENTO

LA TERCERA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Al mismo tiempo que desaparecía el socialismo real, eclosionó la Tercera Revolución Industrial, que se produjo a lo largo del siglo XX. Es la transformación más radical de la historia de la especie, en la que se desarrolla y vive el nuevo elector.

En 1886 se fundó la Universidad de Stanford, epicentro de la Tercera Revolución Industrial, que genera gran parte de los conocimientos que se producen en el mundo y que formó, en Silicon Valley, un modelo de alianza exitoso entre científicos y empresarios. Hasta 2018 ganaron el Premio Nobel ochenta y un académicos afiliados a esta universidad y veintisiete el Premio Turing.

En 1939 la universidad estimuló a dos de sus egresados, Bill Hewlett y David Packard, para que iniciaran una empresa que se instaló en el garaje de Packard, con un capital inicial de quinientos treinta y ocho dólares. Primero construyeron un oscilador de audio, instrumentos de prueba electrónica para ingenieros de sonido, luego calculadoras, computadoras, impresoras 3D. Apareció lo que sería un valor del valle: los intentos que fracasan son apreciados como parte de la experiencia.

Plantearon el estilo Hewlett-Packard (HP), una nueva relación con los trabajadores, “basada en la fe en las personas,

seguros de que en su trayectoria cometerán errores y de que también harán contribuciones que, a lo largo del tiempo, impulsarán a la empresa en la dirección que desea ir, de forma coherente con sus objetivos básicos”.

HP empezó por definir, a través de un proceso abierto a todos los miembros de la empresa, los objetivos que perseguía, para incorporarlos a su cultura corporativa. A los ojos de los trabajadores, identidad empresarial y objetivos eran una misma cosa. Un trabajador de HP trabaja según “el estilo HP”. La empresa se esfuerza en transmitir objetivos y valores de forma que todos sus miembros se sienten identificados con ellos.

Actualmente, el modelo es un ejemplo paradigmático de cómo dirigir exitosamente una organización. La empresa fija los objetivos, pero no los procedimientos a través de los cuales se conseguirán. Cuando HP encarga una misión al trabajador, confía en que tendrá el criterio para concebir el mejor modo de conseguirla. La empresa se esfuerza para atraer y mantener talento, atendiendo las motivaciones de sus trabajadores, creando un entorno de trabajo que contribuya a su realización personal.

Las cualidades de un buen directivo son el liderazgo, la autoridad y la capacidad de generar confianza. Aunque parezca utópico, la experiencia dice que las empresas que trascienden sus objetivos productivos inmediatos para responder a motivaciones más profundas, a largo plazo, son más eficientes y obtienen mejores resultados.

El desarrollo de estos valores ha sido la columna vertebral de lo que es ahora Silicon Valley.

LOS VALORES DE SILICON VALLEY

Así como la crisis de la ética tradicional se instaló en el conjunto de Occidente con el rock y la música, las nuevas actitudes que la gente sufre son fruto de valores que llegan en los objetos que se producen en los lugares más avanzados tecnológicamente, en las noticias sobre cómo funcionaban las grandes empresas del mundo, en el mensaje de los nuevos personajes influyentes, que ya no son el Che Guevara y Ho Chi Minh, sino Jeff Bezos, Mark Zuckerberg, Bill Gates y Elon Musk.

Hay valores generados en el valle que ingresan a la vida de los nuevos electores y que son extraños a los dirigentes de más edad.

Frente a la vieja concepción inmovilista del saber, se fomenta el aprendizaje constante. En esto hay una diferencia entre América Latina y parte del este norteamericano con el valle. Nos graduábamos de algo y éramos conocedores de lo que se necesitaba para trabajar en la vida. Éramos algo: abogados, historiadores, ingenieros. En la nueva sociedad hay que aprender permanentemente, se entiende el valor del conocimiento holístico.

La gente conectada con la revolución es optimista, sobre sí misma y los demás. Les preocupa la falta de tiempo para crear más, para inventar. No envidian a los otros, creen que el progreso de los otros beneficia a todos.

La percepción del fracaso empresarial, como algo positivo, es distintivo del valle, que lo distingue de otros sitios en que es un estigma. Algunos inversores del valle creen que el fracaso

es una experiencia útil para quien empieza un negocio. Caducó la sociedad vertical, en la que el patrono o el caudillo no se equivocan y por eso tienen autoridad. Las empresas del valle, y a veces todo el valle, han afrontado crisis que parecían terminales y solo sirvieron para impulsarlas.

Actuar con celeridad es otra de las premisas. Uno de sus mentores dice: “En Europa se toma té muchas veces antes de hacer negocios. Acá estamos para resolver todo rápidamente”.

Existe una mentalidad colaborativa, abierta. No hay suspicacia con la competencia. “Cuando me interesa un tema, contacto con quienes están en esa área sin trabas. Comparto lo que sé y ellos comparten lo suyo conmigo. Dato que no se comparte carece de valor”.

La innovación y la creatividad son ingredientes básicos de la cultura del valle. No se aprecia el trabajo monótono, repetitivo. Google permite que sus empleados dediquen el 20% de su tiempo a proyectos que no tienen relación con aquello en lo que trabajan. “Hay libertad para hacer cosas”.

El valle promueve la integración de razas y culturas como otra clave del éxito. El 30% de los ingenieros que trabajan en Silicon Valley nacieron fuera de Estados Unidos. La diversidad promueve una concepción dinámica de la cultura. Todas las empresas saben que, tarde o temprano, pueden acabar vendiéndose o desapareciendo, y eso no es un drama. “No veo por qué el objetivo de una compañía es que esta sobreviva”.

Es prácticamente imposible ver a una persona con corbata en los cuarteles generales de las grandes empresas tecnológicas. Manda la ropa informal.

Desde luego que nadie habla de subsidios estatales a las empresas que nacen, ni del papel de los gobiernos, más allá de algunas quejas. Se habla poco sobre bancos y financiación bancaria. Lo que está presente es el capital de riesgo a través de fondos de *venture capital*, que abundan sobre todo en Palo Alto.

Greg Horowitz dice: “De Boston se reconoce su afán por el conocimiento; de Nueva York su voracidad por el dinero; en Silicon Valley se valoran las ideas”.

LA RED Y EL PODER

Niall Ferguson⁴¹ cita a George Orwell: “En la política es fácil que la parte sea mayor que el todo o que dos objetos estén en el mismo lugar simultáneamente”. Puso como ejemplo la paradoja de que “durante años antes de la guerra, casi todas las personas ilustradas de Inglaterra querían enfrentar a Alemania, pero la mayoría estaba en contra de tener los armamentos suficientes para hacerlo”.

En Estados Unidos, antes de las elecciones de 2020, los conservadores querían enfrentar a la gran tecnología, pero estaban en contra de cambiar las leyes necesarias para que eso sea posible, aunque la amenaza del poder de Silicon Valley estaba frente a sus narices día y noche, en sus teléfonos móviles, tabletas y computadoras portátiles.

Las redes sociales ayudaron a Trump a llegar a la Casa Blanca, pero Silicon Valley no quería que eso vuelva a suceder. La conclusión del libro *The Square and the Tower* es que las nuevas plataformas de redes representan un nuevo tipo

de poder que plantea un desafío radical al poder jerárquico tradicional del Estado.

Las plataformas como Facebook, Amazon, Twitter, Google, Apple y otras más han establecido un dominio sobre lo público como el que tuvo la Iglesia católica antes de la reforma. En 2008, ninguna estaba entre las empresas más grandes del mundo; hoy ocupan el primer, tercer, cuarto y quinto lugar, justo por encima de sus homólogos chinos Tencent y Alibaba.

Las plataformas convirtieron a una web, originalmente descentralizada, en una esfera pública jerárquica y oligárquicamente organizada, en la que no solo ganan dinero, sino que al controlar el acceso a la red ejercen un enorme poder.

Tras la violenta manifestación de Charlottesville en agosto de 2017, Matthew Prince, director ejecutivo del proveedor de Internet, CloudFlare, dijo: “Literalmente, me desperté de mal humor y decidí que no debía permitir que entraran a la red los miembros de la revista supremacista blanca *Daily Stormer* porque son unos idiotas”. Después, sin embargo, admitió que nadie debería tener ese poder. “Necesitamos tener un debate sobre esto con reglas claras y marcos claros. Mis caprichos y los de Jeff Bezos, Larry Page y Mark Zuckerberg no deberían determinar quién puede estar en línea”.

En las elecciones de 2020, Twitter objetó tuits de Trump en los que dijo que había vencido a Joe Biden. A raíz del asalto al Capitolio, Twitter y Facebook cerraron varias cuentas, incluida la del presidente, “suspendido permanentemente”. Cuando los leales a Trump trasladaron sus conversaciones de Twitter a su rival Parler, Twitter, Google y Apple eliminaron a Parler de

sus tiendas de aplicaciones. Después, Amazon expulsó a Parler de su servicio “en la nube” y lo sacó por completo de Internet. Fue una impresionante demostración de poder.

No solo le negaron a Trump el acceso a los canales que utilizó para comunicarse con los votantes durante su presidencia, sino que fue excluido de un dominio que los tribunales han reconocido como un bien público en manos privadas.

LOS OTROS VALLES

En Silicon Valley, entre Palo Alto y Mountain View, se concentra entre el 30% y el 40% de las empresas que integran el listado de las empresas más ricas del mundo según *Fortune 500*. Pero hay otros centros que lo emulan en otros países.

En el Reino Unido está “Silicon Fen”, en el sur de Fenland, en torno a la Universidad de Cambridge. Miles de empresas de alta tecnología se han ubicado en este centro que mantiene un convenio con el MIT.

En China está el Silicon Delta en la ciudad de Shenzhen, que en 1979 fue declarada zona económica especial en la que no regían las leyes comunistas. Hoy, casi cuarenta años después, se ha convertido en el Silicon Valley del gigante asiático. Aloja un espacio de coworking de más de cinco mil metros cuadrados, bautizado como Simply Work, y está en la punta de los estudios sobre robotización.

La ciudad india de Bangalore no es famosa por sus templos, como Agra o Amritsar, sino porque aloja al Silicon Plateau que reúne a miles de empresas tecnológicas de todo el mundo.

Existe una universidad llamada Silicon City College. Se repite el mismo esquema de otros lados: universidades que desarrollan la ciencia y la tecnología, aliadas a empresas de avanzada.

LA VELOCIDAD DEL DESARROLLO DE LA CIENCIA

Las computadoras fueron la máquina de vapor de esta revolución industrial, e Internet, el ferrocarril. La humanidad entró en una vorágine de cambio que va a terminar modificando a la especie.

El MIT realizó una investigación sobre la evolución del conocimiento desde el 10.000 a. C., cuando la especie humana necesitó seis mil años para duplicar sus conocimientos. Con el tiempo, la velocidad fue mayor. Desde 1990 hasta 2003 se duplicaron tres veces, y en los primeros ciento setenta días de 2021, en plena pandemia, se duplicaron nuevamente. Cada veintitrés minutos se producen tantos conocimientos como los que contienen todos los libros de la biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Las computadoras, que son el motor del cambio, evolucionan a una velocidad exponencial. La que llevó al Apolo 11 a la luna tenía 72 K de memoria, cincuenta mil veces menos que un reproductor de música de MP3. La computadora más rápida actual es Summit de IBM, que hace doscientos cuatrillones de cálculos por segundo y es cien millones de veces más rápida que una computadora común.

En 2030 habrá en el mundo más robots que seres humanos trabajando en las fábricas. Su distribución no será uniforme.

La mayoría trabajará en países desarrollados, incrementando su riqueza exponencialmente. Ya venían ocupando su espacio. El metro de Torino, inaugurado en 2011, trabaja con una flota de veintinueve trenes Val 208 robotizados de Siemens, y emplea a menos de diez personas para toda su operación. Las torres de estacionamiento de Volkswagen en Wolfsburg, Alemania, alojan hasta a ochocientos coches, y están manejadas íntegramente por robots que pueden entregar el vehículo en treinta segundos.

La empresa rusa Apis Cor desarrolló una impresora 3D capaz de construir en veinticuatro horas una casa. Se parece a otras empresas chinas que imprimen casas y edificios usando un número mínimo de trabajadores. La empresa Redefine Meat presentó en julio de 2020 Alt-Steak, una carne vegetal que reproduce la textura, el sabor y la apariencia del filete de res, con un volumen y costo que harán posible su comercialización a gran escala.

Según la empresa OpenAI, la potencia de las computadoras de los principales proyectos de inteligencia artificial aumentó entre 2012 y 2018 en un factor de trescientos mil. Para entenderlo usemos un símil: si la batería de un celular duraba veinticuatro horas en 2012 y se hubiese incrementado al mismo ritmo, duraría más de ochocientos años en 2018.

El incremento de la potencia informática ha permitido la creación del generador de lenguaje GPT-3 de OpenAI, capaz de responder preguntas científicas, corregir la gramática de textos, descifrar anagramas y traducir. Cuando se lo carga con un título y el resumen de una oración puede generar textos que un lector común no podría distinguir de los escritos por un literato. El GPT-3 trabaja con un billón de palabras escritas, un

algoritmo que se ejecuta en una red neuronal con ciento setenta y cinco mil millones de parámetros, y un programa que puede ejecutar ininterrumpidamente tres mil seiscientos cuarenta billones de cálculos por segundo.

Todo eso trae consigo nuevas relaciones de los seres entre sí, con las cosas, nuevas formas de propiedad. La revolución de la inteligencia no solo está cambiando la producción, sino que está generando un nuevo tipo de ser humano.

LAS CREENCIAS Y LA CIENCIA

Con la Primera Revolución Industrial surgió la idea de que el poder legítimo proviene de la mayoría. Inicialmente los revolucionarios idealizaron a Estados Unidos, un país sin nobles, en el que los trabajadores podían ser presidentes. Carlos Marx estuvo entre ellos. Escribía para el *New York Tribune* y en la correspondencia con Engels apoyó a los norteamericanos en la guerra con México, porque los latinos necesitaban experimentar la “misión civilizadora del capital”. Escribió una biografía despectiva de Simón Bolívar que haría temblar de furia a los militares bolivarianos.

En el imaginario creado a partir de la Revolución francesa usamos los términos “izquierda” y “derecha” para diferenciar a quienes defienden ideas progresistas de los reaccionarios. Inicialmente la “derecha” eran la Iglesia, los nobles, los terratenientes, y la “izquierda” los burgueses y trabajadores que defendían el laicismo. Con la revolución soviética, la “izquierda” se asoció al comunismo y al socialismo. El discurso revolucionario se asentó en la contradicción entre

imperialismo y comunismo, y entre capitalismo y liberación. Fue la discusión vigente hasta 1990.

Actualmente en los países capitalistas, encabezados por Estados Unidos, China, Japón y la Unión Europea, se produce un desarrollo de la ciencia y la tecnología a una velocidad exponencial, base de la revolución de la inteligencia artificial.

En *The Robots are Coming: A Human's Survival Guide to Profiting in the Age of Automation*, John Pugliano dice que, en cinco años, todos los trabajos rutinarios serán ejecutados por algoritmos. Las máquinas se encargarán de la acumulación y procesamiento de datos, de la redacción de documento en estudios de abogados y otros profesionales. Habrá menos trabajo para los arquitectos que diseñan construcciones en serie y crecerá la demanda de profesionales con capacidad creativa.

Los adelantos tecnológicos siempre provocaron el temor de que llevarían al desempleo, pero no fue así. En los países con tecnología avanzada hay más empleo, porque aparecen nuevas ocupaciones, de más calidad, se produce más riqueza y la gente vive mejor. Nadie trata de huir de Silicon Valley para instalarse en Venezuela o Nicaragua; muchos latinoamericanos dan la vida por ingresar a Estados Unidos.

Es importante plantear un cambio radical en la educación. La memorización perdió sentido desde que los ordenadores almacenan y procesan información con una eficiencia con la que no podemos competir. Tenemos que estimular la imaginación. En el mundo que viene tendrán mejores oportunidades quienes puedan resolver problemas imprevistos, anticiparse al futuro y generar respuestas creativas.

La robótica y la inteligencia artificial avanzan a pasos agigantados. En países como Corea del Sur, Alemania, Japón, al iniciarse la pandemia, había cerca de quinientos robots por cada diez mil trabajadores. Ahora hay ochocientos. El Programa de la Universidad de Oxford sobre Tecnología y Empleo, auspiciado por el Banco Mundial, calcula que el porcentaje de trabajadores amenazados por el desempleo será enorme en países como la Argentina (65%), India (69%) y China (77%). En Estados Unidos está amenazado el 47% de la fuerza laboral.

Tenemos que discutir los riesgos y ventajas de la revolución de la inteligencia, un tsunami que viene inevitablemente, que puede ser una gran oportunidad para salir adelante o una enorme tragedia. Los robots y cíborgs, que controlarán el mundo en pocos años, no se acordarán de los populistas y los antipopulistas, de la izquierda y la derecha, Mao, Franco, Pol Pot, Stalin y Trump. La contradicción de fondo está entre la ciencia y la libertad, enfrentadas a la magia y al corporativismo.

En el mediano plazo se impondrán de manera inevitable las ideas de avanzada que nos conducirán a un mundo con más valores, alejado de la violencia, que se lanzará a la conquista del cosmos.

LA CUARTA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Según Klaus Schwab, fundador del Foro Económico Mundial,⁴² “estamos al borde de una revolución tecnológica que modificará totalmente la forma en que vivimos,

trabajamos y nos relacionamos. En su escala, alcance y complejidad, esta transformación será distinta a cualquiera ocurrida antes. La manufactura se transformará y con ella el modo del empleo. No será solo un paso más en la carrera tecnológica, sino un cambio de paradigma, basado en sistemas ciberfísicos que combinan infraestructura física con software, sensores, nanotecnología, tecnología digital de comunicaciones e Internet de las cosas. Cambiará por completo el mundo del empleo y afectará a las industrias de todo el planeta. Las empresas podrán crear redes inteligentes que se controlen a sí mismas, a lo largo de toda la cadena de valor”.

En el Foro de Davos de 2016 Schwab se anticipó en señalar los elementos que integran esta revolución: nanotecnología, neurotecnología, robots, inteligencia artificial, biotecnología, sistemas de almacenamiento de energía, Internet de las cosas, el *edge computing*, drones, impresoras 3D y la obsesión por dotar de inteligencia a cada resquicio de existencia.

Debemos ser conscientes de que las nuevas tecnologías están cambiando aspectos tan íntimos como nuestra identidad, nuestra privacidad, nuestros hábitos de consumo o cómo nos relacionamos. La tecnología está transformando cómo aprendemos, cómo entendemos la propiedad, el dinero, la jerarquía o nuestro tiempo. Y por supuesto nos está cambiando a nosotros mismos mediante tecnologías como la realidad aumentada o la integración de todo tipo de máquinas en nuestra vida o incluso en nuestros propios cuerpos. Un mundo nuevo está llegando.

La cuarta revolución acabará con millones de puestos de trabajo, elevará los niveles de ingreso globales y mejorará la

calidad de vida, pero este proceso de transformación solo beneficiará a quienes sean capaces de innovar y adaptarse.

El empleo futuro está en trabajos que no existen todavía, en industrias que usarán nuevas tecnologías, en condiciones planetarias que nunca se experimentaron. “Ser disruptivo es el estándar de oro para ejecutivos y ciudadanos, pero sigue siendo un objetivo complicado de llevar a la práctica”, se señalaba en 2016, en el reporte del Barómetro Global de Innovación, una medición que publica General Electric cada año.

Pero no todos ven el futuro con optimismo: los sondeos reflejan las preocupaciones de empresarios por el “darwinismo tecnológico”, donde no lograrán sobrevivir aquellos que no se adapten.

La informática personal, la irrupción de los smartphones, la aparición en escena de la nube y la omnipresencia de Internet han transformado por completo la economía y la sociedad en que vivimos.

INTERNET DE LAS COSAS

Vamos a una sociedad donde la conectividad personal es universal, al menos en los países desarrollados. Más de cinco mil millones de personas usan un smartphone todos los días, que sirve para tareas tan diversas como acompañarnos cuando corremos o pagar en la tienda como si fuese una tarjeta de crédito; es la fuente de nuestro entretenimiento, al tiempo que nos permite acceder a aplicaciones de negocios en cualquier lugar del mundo.

La conectividad se vuelve omnipresente, mimetizándose con el ser humano a través de las formas en que nos movemos en la realidad. Internet está casi siempre con nosotros: podemos ver películas en *streaming* o trabajar desde los cielos, en aviones que rodean al planeta. Los coches conectados se democratizan e incorporan aplicaciones y toda clase de servicios.

Cuando nuestros vehículos sean autónomos, como lo pretenden Google, Tesla y la mayoría de las automotrices, cada uno producirá más de cuatro mil GB de datos al día. El coche nos llevará a donde queramos, gracias a cientos de sensores interconectados entre sí y con un sistema en la nube, manejado por algoritmos.

Los coches autónomos son la punta del iceberg de Internet de las cosas y la proliferación de objetos conectados que viene.

Gartner Inc., una empresa norteamericana consultora y de investigación de las tecnologías de la información con sede en Stamford, Connecticut, en su estudio de 2017 había anticipado que en 2020 habría más de veinte mil cuatrocientos millones de dispositivos conectados. Schneider Electric espera que en 2025 haya unos setenta y cinco mil millones de cosas conectadas. Esta es la hiperconectividad.

Desde sensores en plantas eléctricas hasta medicina remota, pasando por edificios inteligentes, logística automatizada, industria 4.0, Internet de las cosas dotará de inteligencia a todo lo que podamos imaginar.

⁴¹ Ferguson, Niall, *The Square and the Tower: Networks and Power, from the Freemasons to Facebook*, Nueva York, Penguin Press, 2017.

⁴² Schwab, Klaus, *La Cuarta Revolución Industrial*, Barcelona, Debate, 2016.

Todo tiempo pasado fue peor

EPÍLOGO

En las pocas décadas en las que nos tocó vivir, fuimos testigos de las mayores transformaciones de la historia de la humanidad. Pasamos de una sociedad en la que nos comunicábamos con los rostros y un mundo que se reducía al vecindario a otra en la que nos asomamos al cosmos y nos comunicamos con pantallas.

Cuando niños, los ángeles vivían entre nosotros como personas de la familia, mientras el gato con botas correteaba entre los muebles de la vieja casona. En nuestro mundo simbólico existían fantasmas, curas sin cabeza y aparecidos, tanto en la ciudad como en el campo. La realidad se circunscribía a la familia, los vecinos y los condiscípulos. Los niños de nuestra escuela estábamos orgullosos de que el rector, un canónigo, tenga el título de “camarero secreto de su santidad”. Decían que por las noches iba a trabajar a Roma y por eso estaba siempre malhumorado.

En 1961, los evangelistas fundaron el primer canal de televisión, Hoy Cristo Jesús Bendice, HCJB, en el que se podían ver coros de ese grupo religioso y algunos cortos del Pájaro Loco y de Mr. Ed. No era tan divertido como el

YouTube actual, pero era lo que había en la pequeña oferta de placer de entonces.

Las ciudades eran muy pequeñas. Durante la campaña electoral, los candidatos importantes organizaban su entrada en cada centro urbano. El acontecimiento paralizaba a todos por semanas. Chocaban manifestantes y manifestantes en contra, y normalmente había algunos muertos. La política era más rudimentaria y por lo tanto más fanática.

La polarización contemporánea es ruidosa, pero menos violenta. Los estudiantes de los primeros cursos del colegio de los jesuitas salíamos, con niños de otros establecimientos católicos, al grito de “Viva Cristo Rey, abajo Cuba”. Los mayores, por las noches, cortaban las cuerdas que sostenían las carpas en que predicaban los protestantes. Nadie les alquilaba un local y por eso armaban tiendas de circo.

Los candidatos pronunciaban discursos prolongados ante multitudes enfervorizadas. El tono de las intervenciones era delirante. No es cierto que se discutieran tesis profundas, como creen algunos que añoran el pasado. Tampoco la filosofía era interesante para los electores de ese entonces.

En sus campañas Velasco Ibarra repetía una frase de Yrigoyen: “La próxima elección no es una elección cualquiera. Si votáis bien, el Ecuador se salvará. Si no, se destruirá para siempre”. El candidato ganó las elecciones cuatro veces, el país se salvó, lo derribaron antes de que cumpliera un año, todo se destruyó por toda la eternidad, pero nadie se dio cuenta.

El reparto de regalos era frecuente. Los camiones con bolsas de alimentos recorrían los pueblos haciendo proselitismo. Las

señoras ricas iban a votar encabezando una hilera de empleados y personas dependientes de la familia poderosa para que votara por su candidato. Después los premiaban con café y pan.

Los líderes hablaban de temas teóricos. Leyendo los contenidos de los discursos, nos damos cuenta de que las masas seguramente no los habrán entendido, pero, como ahora, veían un espectáculo que los movilizaba con estímulos sentimentales.

Los discursos no eran conceptuales, y tampoco el debate que mantenían con sus adversarios. En general había más de insultos y de incitación al fanatismo que de propuestas programáticas. Importaba ante todo el culto. La personalidad del candidato que denostaba a sus adversarios. Las necesidades de la gente no estaban en el discurso.

Las campañas las manejaban miembros de un aparato que normalmente buscaban empleos para entregar su aporte patriótico al Estado y conseguir un sueldo. Los miembros de la masa no tenían mucho que hacer.

LAS NUEVAS FORMAS DE LA SOCIEDAD

Lo que hemos expuesto en las páginas de este texto alteró la realidad, cambió a los seres humanos y las relaciones que mantenemos entre nosotros. Esa revolución se inició hace décadas, se acelera todos los días y no tiene un final previsible.

Los cambios se articularon con facilidad porque, desde los años sesenta, ocurrieron muchas transformaciones que destruyeron los viejos valores, y sobre sus escombros se pudo

instalar una nueva sociedad. Nuevas perspectivas y valores se desarrollaron, especialmente en las sociedades capitalistas, que cobraron fuerza y se emplazaron en toda Europa cuando cayó el socialismo real.

Se consolidó, al mismo tiempo, la Tercera Revolución Industrial, que se profundizó con la pandemia; y está llegando la cuarta, con la que aparecerán nuevas especies que superarán a la nuestra. La evolución nunca se detuvo y ahora se aceleró.

Cada vez empleamos más tiempo en navegar, leer noticias, revisar el correo, ver videos, escuchar música, buscar informaciones, conversar. El celular se convirtió en una parte central de nuestro cuerpo, sin la cual no podemos vivir.

La red filtra nuestra relación con la realidad. Como siempre, el cerebro humano se adapta a cada cambio tecnológico. Internet es el más radical que ha ocurrido.

Algunos temen que perdamos la facultad de leer y se debilite la de pensar con profundidad, otros creen que la tecnología se va a combinar con el cerebro para aumentar exponencialmente nuestra capacidad intelectual. En todo caso, la red está cambiando físicamente nuestro cerebro.

Antes podíamos sumergirnos en un texto por bastante tiempo y recorrer los caminos de Swann. Actualmente, a los pocos párrafos nos desconcentramos y hacemos otras cosas. Normalmente, leemos el libro en un artefacto que nos conecta también con Amazon, YouTube, y nos da constantemente noticias sobre lo que ocurre en el mundo. Los medios suministran información y también modelan el proceso de pensar. Internet, convertida en el medio de comunicación

universal, adiestra a nuestros cerebros para recibir información de manera rápida y en pequeñas porciones.

Raymond Kurzweil dice que este es el primer paso para incorporar la tecnología en el cerebro humano y ampliar sus capacidades. “Nuestras primeras herramientas que inventamos ampliaron nuestro alcance físico, y las actuales extienden nuestro alcance mental. Nuestros cerebros advierten que no necesitan dedicar un esfuerzo mental (y neuronal) a aquellas tareas que podemos dejar a las máquinas”. “Somos menos capaces de realizar operaciones aritméticas desde que las calculadoras las hacen por nosotros desde hace muchas décadas. Confiamos en Google como un amplificador de nuestra memoria, y de hecho recordamos mejor las cosas con él. Pero eso no es un problema porque estas herramientas se están volviendo más ubicuas, y están disponibles todo el tiempo”.

Más allá de los temores sobre hipotéticos efectos negativos de Internet sobre la cognición, Kurzweil da la bienvenida a esta influencia: “Cuanto más confiamos en la parte no biológica (las máquinas) de nuestra inteligencia, la parte biológica trabaja menos, pero el conjunto aumenta su inteligencia”. “La red ofrece la oportunidad de albergar toda la computación, el conocimiento y la comunicación que hay. Al final, excederá ampliamente la capacidad de la inteligencia humana biológica”. “Una vez que las máquinas puedan hacer todo lo que hacen los humanos, se dará una conjunción poderosa porque mezclados con ellas nos haremos más inteligentes”.

LO QUE VIENE

Con el ingreso de la inteligencia artificial en las computadoras cuánticas se va a dar un nuevo gran salto en la historia de la comunicación. A diferencia de las computadoras clásicas, que manipulan bits que pueden ser 1 o 0, los llamados qubits de los ordenadores cuánticos pueden ser 1 y 0 a la vez. Esto les permite procesar enormes cantidades de información simultáneamente.

¿Podría una máquina producir los principios abstractos y no intuitivos de la teoría cuántica, o los principios de Albert Einstein de la relatividad? ¿Podría producir una teoría que los humanos no podemos entender? Parece que vamos hacia eso.

Hay que abandonar la idea de que el elector es una unidad tonta a la que podemos mover con publicidad. Tiene distintos niveles de interés y de compromiso, y hay que tratarlo de manera más personalizada. Quiere participar en todo, desde su punto de vista.

LA NUEVA SOCIEDAD Y LA POLÍTICA

Los algoritmos fomentan en la red los fanatismos y la difusión de teorías conspirativas, pero se impone un ordenamiento general. Es indispensable promover la necesidad de generar el respeto por el otro, tanto a nivel nacional como internacional. Es necesario generar una sociedad en la que existan personas que piensan de distinta manera, que puedan convivir.

La educación repetitiva y memorística educa seres humanos que no pueden competir en ese campo con las máquinas.

Necesitamos fomentar la creatividad, la disruptión, el caos creativo, la pluralidad interna, la discrepancia.

Internet de las cosas se difunde vertiginosamente y está alterando la realidad. Muchos objetos se conectan a la red con una microcomputadora, recopilan información y crean conceptos, en lo que hasta hace poco era un territorio virtual solo para humanos, más de cincuenta mil millones de dispositivos estarán conectados a la red en 2030.

Esa combinación de Internet de las cosas con la inteligencia artificial está ya en nuestros teléfonos, hablamos con Siri y Alexa. En este momento la refrigeradora inteligente sabe lo que tiene y pide lo que se agota. Las casas inteligentes se manejan solas, prenden y apagan cualquier cosa. Es solo el comienzo de una realidad que en pocos años se transformará todavía más.

Toda la información que se produce se almacena en sitios como Amazon, Google y otros. Para que funcione Internet de las cosas todo debe estar prendido siempre y por eso las máquinas pueden oír y registrar todo lo que hacemos.

Hay enormes desafíos. La privacidad tiende a desaparecer. En China el desarrollo tecnológico ha generado un control total de la población. El Estado registra y premia o castiga hasta los aspectos más personales de la vida cotidiana.

Las alternativas chinas de las redes que usamos en Occidente carecen de elementos que en nuestra sociedad parecen esenciales: libertad de acceso, comunicación abierta con la comunidad, producción libre de contenidos. El gobierno dispone de un sistema que controla y censura todo lo que se produce.

Con el tiempo se ha vuelto común la censura social, más específicamente, el *shaming* (avergonzamiento público). En una versión menos dramática que la de Corea del Norte, son los ciudadanos comunes quienes denuncian a los que hablan en contra de lo que llaman “los intereses del país”. La gran victoria del sistema no es solo el bloqueo exitoso, sino que los ciudadanos no demanden información y se conformen con lo que determina el sistema.

Las transformaciones que han ocurrido están llegando a otros niveles. Estamos preparando un nuevo texto acerca de la política y las revoluciones industriales.

Bibliografía

Adorno, Theodor y otros, *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Proyección, 1965.

Aguilar Víquez, Fidencio, “La otra voz: Octavio Paz y la noción de otredad”, *Open Insight*, vol. VI, n.º 10 (julio-diciembre de 2015), pp. 27-59.

Ailes, Roger, *Tú eres el mensaje*, Barcelona, Paidós, 1993.

Albert, Pierre; Tudesq, André-Jean, *Historia de la radio y la televisión*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, México D. F., Siglo XXI, 1990.

Althusser, Louis; Balibar, Étienne, *Para leer El capital*, México D. F., Siglo XXI, 1967.

Artaud, Antonin, *Carta a los poderes*, Buenos Aires, Argonauta, 2003

Arterton, Christopher, *Las estrategias informativas de las campañas presidenciales*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1987.

Bard, Christine, *Historia política del pantalón*, Barcelona, Tusquets, 2012.

- Baudrillard, Jean, *La transparencia del mal: ensayos sobre los fenómenos extremos*, 5.^a edición, Barcelona, Anagrama, 2006.
- *El sistema de los objetos*, Madrid, Siglo XXI, 2010.
- Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Berger, Peter; Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- Berrio, Fernando, “La liturgia en el Concilio Vaticano II: bases, repercusiones y desafíos de una reforma”, *Teología y vida*, 2014, vol. 55, n.^o 3, 2014, pp. 517-548.
- Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda, razones y significados de una distinción política*, México, Punto de Lectura, 2001.
- Brown, Lilian, *Your Public Best*, Nueva York, Newmarket Press, 1989.
- Bruckner, Pascal; Finkielkraut, Alain, *La aventura a la vuelta de la esquina*, Barcelona, Anagrama, 1980.
- Burroughs, William, *El almuerzo desnudo*, Barcelona, Anagrama, 1959.
- *Yonqui*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- Byung-Chul, Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.
- Careaga, Gabriel, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México D. F., Cal y Arena, 1997.
- Castells, Manuel, *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Areté, 2001.

- Cebrián, Juan Luis, *La red*, Bogotá, Taurus, 1998.
- Christian, David, *Mapas del tiempo; introducción a la gran historia*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Cohn-Bendit, Daniel, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- Cook, Jeff Scott, *The Elements of Speechwriting and Public Speaking*, Nueva York, McMillan, 1991.
- Cooper, David, *La muerte de la familia*, Barcelona, Ariel, 1976.
- *El lenguaje de la locura*, Barcelona, Ariel, 1979.
- Cooper, David; Laing, Ronald, *Psiquiatría y antipsiquiatría*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- De la Torre, Carlos María, *Carta pastoral acerca del socialismo*, Quito, La Prensa Católica, 1921.
- *Carta pastoral del excelentísimo y reverendísimo señor Dr. Carlos María de la Torre, arzobispo de Quito sobre el cine*, Quito, Imprenta del Clero, 1941.
- De Unamuno, Miguel, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- De Waal, Frans, *El bonobo y los Diez Mandamientos*, Barcelona, Tusquets, 2014.
- Diamond, Jared, *Guns, Germs and Steel*, Londres, Norton, 1999.
- Dionne, Eugene Joseph, *Why Americans Hate Politics*, Nueva York, Simon & Schuster, 1991.

Di Tella, Torcuato, *Latin American Politics, a Theoretical Framework*, Texas, University of Texas Press, 1990.

Durán Barba, Jaime; Nieto, Santiago, “La estrategia de comunicación de un gobierno”. En *Estrategias de comunicación para gobiernos*, The Graduate School of Political Management; The George Washington University, Buenos Aires, La Crujía, 2002.

— *Mujer, sexualidad, Internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2006.

— *El arte de ganar. Elecciones y conflicto en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

— *La política en el siglo XXI. Arte, mito o ciencia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2019.

Duverger, Maurice, *Métodos de las ciencias sociales*, Barcelona, Ariel, 1981.

El Gadafi, Muamar, *El libro verde*, Trípoli, Centro Mundial de Investigaciones y Estudios sobre el Libro Verde, Yamahirya Árabe, Libre, Popular y Socialista, 1983.

Eysenck, Hans, *Psicología de la decisión política*, Barcelona, Ariel, 1962.

— *Usos y abusos de la pornografía*, Madrid, Alianza, 1985.

Feinberg, Mortimer; Tarrant, John, *Por qué hay personas inteligentes que hacen estupideces*, Buenos Aires, Granica, 1999.

Ferguson, Niall, *The Square and the Tower: Networks and Power, from the Freemasons to Facebook*, Nueva York,

- Penguin Press, 2017.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, México D. F., Siglo XXI, 1975.
- *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- Fourier, Charles, *El nuevo mundo amoroso*, México D. F., Siglo XXI, 1972.
- Freud, Sigmund, *El malestar de la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.
- *Más allá del principio del placer*, Madrid, Akal, 2020.
- *El presidente Thomas Woodrow Wilson (un estudio psicológico)*, Buenos Aires, ACME, 1995.
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
- “Contra la política de identidad. El nuevo tribalismo y la crisis de la democracia” (original: “Against Identity Politics, The New Tribalism and the Crisis of Democracy”, *Foreign Affairs*, September/October 2018). Traducción española en: es.scribd.com
peruimmigrationdocumentationproject.blogspot.com
- Gabeira, Fernando, *¡A por otra, compañero!*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- *El crepúsculo del macho*, Barcelona, Anagrama, 1980.
- *Hóspede da utopia*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1981.
- Gafo, Javier (ed.), *La homosexualidad: un debate abierto*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1997.

Gartner, Leslie, *Biología celular e histología*, 8.^a edición, Madrid, Wolters Kluwer, 2020.

Ginsberg, Allen, *Aullido y otros poemas*, Barcelona, Visor, 1993.

Gladwell, Malcolm, *Blink. El poder de razonar sin pensar*, Madrid, Taurus, 2005.

——— *El punto clave*, Madrid, Taurus, 2017.

——— “Small Change: Why the Revolution Will Not be Tweeted,” *The New Yorker*, October 4, 2010, www.newyorker.com

Goffman, Irving, *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.

Gorz, André, *Adiós al proletariado*, Barcelona, Ediciones 2001, 1982.

——— “La salida del capitalismo ya ha empezado”, 2007, en: <http://www.elcorreo.eu.org/La-salida-del-capitalismo-ya-ha-empezado-Andre-Gorz?lang=fr>

——— *Carta a D. Historia de un amor*, Barcelona, Paidós, 2008.

Grogan, Emmett, *Ringolevio: A Life Played for Keeps*, Boston, Little Brown, 1972.

Gubern, Roman, *El eros electrónico*, Madrid, Taurus, 1999.

Harari, Yuval Noah, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Buenos Aires, Debate, 2014.

——— *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Buenos Aires, Debate, 2016.

Harnecker, Martha, *Manual de materialismo histórico*, México D. F., Siglo XXI, 1971.

Hearth, Joseph; Potter, Andrew, *Rebelarse vende, el negocio de la contracultura*, Madrid, Taurus, 2005.

Helien, Adrián; Piotto, Alba, *Cuerpxs equivocadxs. Hacia la comprensión de la diversidad sexual*, Buenos Aires, Paidós, 2012.

Henningsen, Gustav, “La Inquisición y las brujas”, en *Humanista: Journal of Iberian Studies*, vol. 26, 2014, pp. 133-152.

Hermet, Guy, *El pueblo contra la democracia*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1989.

Himanen, Pekka, *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*, Bueno Aires, Destino, 2002.

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1994.

——— *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

Hobsbawm, Eric; Ranger, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012.

Horowitz, Greg; Hwang, Victor, *The Rainforest: The Secret to Building the Next Silicon Valley*, Los Altos Hills, California, Regenwald, 2012.

Huntington, Samuel P. *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

Izurieta, Roberto; Perina, Rubén; Arterton, Christopher, *Estrategias de comunicación para gobiernos*, Buenos Aires,

La Crujía, 2002.

Kahneman, Daniel, *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona, Debate, 2012.

Kerouac, Jack, *En el camino*, Barcelona Anagrama, 1989.

Kramer, Heinrich; Sprenger, Jacobus, *Malleus Maleficarum, El martillo de las brujas*, Barcelona, Círculo Latino, 2005.

Labán, René, *Música rock y satanismo*, Barcelona, Obelisco, 1991.

Lacan, Jacques, *El deseo y su interpretación. El seminario. Libro 6*, Buenos Aires, Paidós, 1959.

Laín Entralgo, Pedro, “Teoría y realidad del otro I y II”, Madrid, *Revista de Occidente*, 1961.

Laing, Ronald, *Nudos*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

Leary, Timothy, *El trip de la muerte*, Barcelona, Kairós, 1997.

Lévinas, Emmanuel, *Alteridad y trascendencia*, Madrid, Arena Libros, 2014.

Lipovetsky, Gilles, *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama, 2012.

Lortz, Joseph, *Historia de la Reforma*, tomo I, Madrid, Taurus, 1963.

Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, 2.^{da} ed., México, Joaquín Mortiz, 1987.

McLuhan, Marshall, *Galaxia Gutenberg. Génesis del Homo typographicus*, Barcelona, Círculo de lectores, 1998.

Meyer, Jean, *El celibato sacerdotal. Su historia en la Iglesia católica*, México, Tusquets, 2009.

Mora y Araujo, Manuel, *El poder de la conversación. Elementos para una teoría de la opinión pública*, Quito, Ediciones de la GSPM-GWU e Informe Confidencial, Colección Liderazgo democrático, 2005.

Napolitan, Joseph, *Cómo ganar las elecciones*, Quito, Colección Liderazgo Democrático, Ediciones de la GSPM-GWU e Informe Confidencial, 2000.

Napolitan, Joseph; Durán Barba, Jaime, *Cien peldaños al poder*, 2.^a ed., Quito, Colección Liderazgo Democrático, The George Washington University, Washington, 2002.

O'Neill, Tip, *All Politics is Local and other Rules of the Game*, Holbrook, Massachusetts, Adams Media Corporation, 1992.

Oppenheimer, Andrés, *Crear o morir*, Buenos Aires, Debate, 2014.

——— *Sálvese quien pueda. El futuro del trabajo en la era de la automatización*, Buenos Aires, Debate, 2018.

Orellana, Raquel, *Eros Buenos Aires*, Buenos Aires, Florentinas, 1997.

Pavlovsky, Eduardo, *Clinica grupal*, Buenos Aires, Búsqueda, 1974.

Pease García, Henry, *La democracia fujimorista, del Estado intervencionista al Estado mafioso*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Pentland, Alex, *Social Physics: How Social Networks Can Make Us Smarter*, Nueva York, Penguin Books, 2015.

Pinker, Steven, *Los ángeles que llevamos dentro*, Barcelona, Paidós, 2018.

Pleck, Joseph, *The Myth of Masculinity*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1981.

Powels, Louis; Bergier, Jacques, *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

Pugliano, John, *The Robots are Coming: A Human's Survival Guide to Profiting in the Age of Automation*, Berkeley, California, Ulysses Press, 2017.

Randall, Margaret, *Los hippies, expresión de una crisis*, México D. F., Siglo XXI, 1970.

Ranke-Heinemann, Uta, *Eunucos por el reino de los cielos: la Iglesia católica y la sexualidad*, Madrid, Trotta, 1994.

Reich, Wilhelm, *La función del orgasmo*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

Restrepo, Luis Carlos, *El derecho a la ternura*, Bogotá, Arango Editores, 1994.

Rosenwein, Barbara, *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

Rozitchner, Alejandro, *Ideas falsas, moral para gente que quiere vivir*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2004.

——— *Amor y país*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Russell, Bertrand, *Sobre el cinismo de la juventud. Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1962.

Sagan, Carl, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, México, Planeta, 1997.

Sandel, Michael, *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, Madrid, Debate, 2020.

Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 2002.

Sartre, Jean-Paul, *Saint Genet, comediante y mártir*, Buenos Aires, Losada, 1967.

Schleichert, Hubert, *Cómo discutir con un fundamentalista sin perder la razón. Introducción al pensamiento subversivo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Schwab, Klaus, *La cuarta revolución industrial*, Barcelona, Debate, 2016.

Schwartz, Tony, *Media: The Second God*, Nueva York, Anchor Books, 1983.

——— *El acorde emocional*, Quito, Colección Liderazgo Democrático, Ediciones de la GSPM GWU e Informe Confidencial, 2002.

Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Unamuno, Miguel de, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

Vallejo, Irene, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, Siruela, 2020.

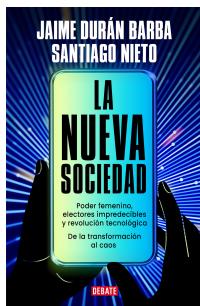
Vargas Llosa, Mario, *La guerra del fin del mundo*, Barcelona, Seix Barral, 1981.

——— *La verdad de las mentiras*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.

VV. AA., *La prensa y los lectores. El mito de la influencia*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998.

Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza, 2012.

Yuk, Hui, *On the Existence of Digital Objects*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2016.



Después del éxito de *La política en el siglo XXI*, donde Jaime Durán Barba y Santiago Nieto explicaron las razones del colapso de la política tradicional, en este nuevo y prometedor libro demuestran por qué los profundos cambios tecnológicos que estamos viviendo han creado la nueva sociedad de la red: diversa, se informa en tiempo real y no necesita la mediación de la autoridad. Tras consolidarse una extraordinaria revolución tecnológica, que se aceleró con la pandemia, la forma en la que vivimos se modificó totalmente y los protagonistas dejaron de ser los políticos aferrados a ideologías arcaicas y pasaron a ser los individuos comunes.

Basándose en calibrados estudios de campo y en su sólida experiencia como académicos y consultores en comunicación política, los autores se internan en las profundidades de esta nueva sociedad y revelan valiosas claves para comprender un mundo que ya no se comporta según un patrón fijo, donde la aparición de una app puede desestabilizar a un gobierno, un virus que muta en Sudáfrica ocasiona la clausura de Broadway y un joven humilde tiene millones de seguidores transmitiendo desde su cuarto. Un libro provocativo, que invita a tirar por la borda recetas del pasado para aprender a escuchar a mujeres y hombres empoderados e imprevisibles, a quienes ya no los mueven los discursos ni las pujas electorales sino sus propias ilusiones.



Jaime Durán Barba

Es uno de los fundadores de la consultoría política en América Latina. Estudió derecho, filosofía, sociología e historia. Fue director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), ministro de la presidencia del Ecuador y condecorado por el gobierno brasileño con la Ordem Nacional do Cruzeiro do Sul. Inició su carrera como consultor en 1980, y fundó y dirigió la encuestadora Informe Confidencial hasta 1998. También es profesor de la George Washington University, miembro del Club Político Argentino, y columnista del periódico Perfil en Buenos Aires. Actualmente asesora a candidatos y mandatarios de varios países de América Latina. Ha publicado más de una decena de libros, entre los que se destacan *Mujer, sexualidad, internet, política, El arte de ganar, La política en el siglo XXI y ¿Y dónde está la gente?*, en coautoría con Santiago Nieto, y *Cien peldaños al poder*, con Joseph Napolitan.

Santiago Nieto

Es consultor político con más de treinta años de experiencia en campañas electorales y comunicación de gobierno. Trabajó en Argentina, Brasil, México, Panamá, Estados Unidos, Guatemala, Paraguay y Ecuador. Director de la encuestadora Informe Confidencial desde 1998, fundó y dirige el Instituto de Estudios Sociales y de la Opinión Pública, y la Casa

Editorial Sente. Es profesor de Metodología de la Investigación Política del posgrado en español en Política y Gobernanza de la Graduate School of Political Management de la George Washington University. Ha dictado cátedra en la Universidad Autónoma de Chihuahua, la Universidad Católica del Ecuador y la Universidad Central del Ecuador, y es conferencista en varias instituciones de Latinoamérica y Estados Unidos. Ha publicado con Jaime Durán Barba los libros *Mujer, sexualidad, internet y política*, *El arte de ganar*, *La política en el siglo XXI* y *¿Y dónde está la gente?*

Durán Barba, Jaime

La nueva sociedad / Jaime Durán Barba. - 1^a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Debate,
2022.

(Ensayo)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

1. Ensayo político. I. Nieto, Santiago. II. Título.

Índice

La nueva sociedad

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

La gente común no vive de la política. Introducción

Primera parte. Mujer, sexo, internet

1. Mujer: la feminización de Occidente

El idioma de las mujeres

Las reglas del poder y la familia

Crisis de la familia tradicional

El reino de lo efímero

La nueva familia y el votante

La feminización de la sociedad y de la política

La lucha por el sufragio femenino en América

Latina

El feminismo contemporáneo

Mujer y alteridad

2. El sexo, principio del mal

El martillo de las brujas

La vida en la sociedad medieval

- Origen de la normativa sexual cristiana
- La mujer, sede del mal
- La menstruación
- El deseo
- El pecado
- El matrimonio
- La infidelidad
- Los anticonceptivos
- El placer
- Hijos fuera del matrimonio
- La homosexualidad
- La posición sexual
- 3. La agonía de las utopías
- Nosotros y la política
- Las taxonomías
- Las confusiones ideológicas
- La agonía del socialismo
- Las otras revoluciones
- La agonía de la verdad
- Vietnam
- Lo esotérico pretende ampliar la realidad
- La revolución sexual
- Las drogas
- La literatura
- La poesía
- El rock
- Los musicales y la new age
- América Latina
- Triunfo y ocaso de las revoluciones
- Lo que quedó de la utopía
- 4. La revolución tecnológica

Los cambios en la sociedad del siglo XVI
Desconocimiento de la diversidad cultural
La centralidad de la Tierra
Observar y calcular
Sociedad y cambios tecnológicos
La Revolución Industrial
Los seres humanos y la comunicación
Empezamos a comunicarnos
Escribimos
Los enemigos de los libros
La revolución en las comunicaciones
El teléfono
La radio
La televisión
Televisión y campañas electorales
Las computadoras
Internet
Los celulares
La revolución de la información

Segunda parte. Los nuevos electores

5. El mundo de los nuevos electores

Un mundo más grande
Los electores son más numerosos
La población creció
Proporcionalmente votan más

Un mundo sin dolor
El individualismo
El consumismo
Auge del hedonismo
Un mundo erotizado
Sexo y política

El culto a la juventud
Juventud e información
Eros y juventud
Juventud y política
Una nueva moral efímera y plural

6. El nuevo elector y la política

Crean menos que los antiguos
Son más laicos
Desmitificaron el poder
Desacralizaron los símbolos
Izquierda y derecha significan poco
No quieren ser representados
Rechazan los autoritarismos
Se sienten insatisfechos, frustrados, querían
emigrar

Quieren un cambio radical que está más allá de la
política

7. Los valores del nuevo elector

Nosotros, que tanto amábamos la revolución
Los nuevos valores
La implantación de la democracia
La agonía de la religión
Las ideologías
Política y comunicación
Política e imagen

8. El resurgimiento

La Tercera Revolución Industrial
Los valores de Silicon Valley
La red y el poder
Los otros valles
La velocidad del desarrollo de la ciencia

Las creencias y la ciencia
La Cuarta Revolución Industrial
Internet de las cosas
Todo tiempo pasado fue peor. Epílogo
Las nuevas formas de la sociedad
Lo que viene
La nueva sociedad y la política
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre los autores
Créditos